Revista Leoplan N° 292 - 24 Julio 1946

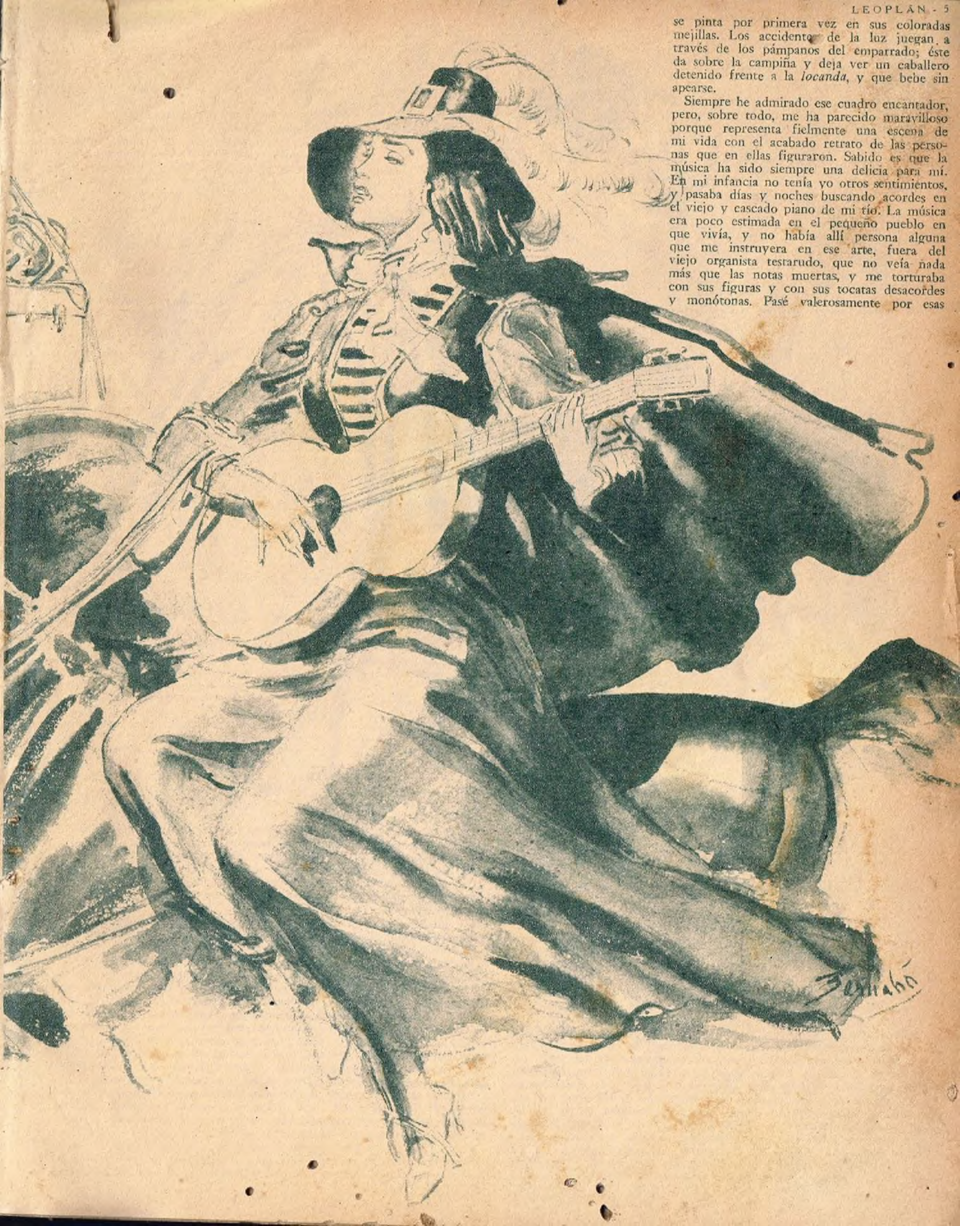
Incompleta =(

Faltan las páginas 1 a la 4



se pinta por primera vez en sus coloradas mejillas. Los accidentes de la luz juegan a través de los pámpanos del emparrado; éste da sobre la campiña y deja ver un caballero detenido frente a la *locanda*, y que bebe sin apearse.

Siempre he admirado ese cuadro encantador, pero, sobre todo, me ha parecido maravilloso porque representa fielmente una escena de mi vida con el acabado retrato de las personas que en ellas figuraron. Sabido es que la música ha sido siempre una delicia para mí. En mi infancia no tenía yo otros sentimientos, y pasaba días y noches buscando acordes en el viejo y cascado piano de mi tío. La música era poco estimada en el pequeño pueblo en que vivía, y no había allí persona alguna que me instruyera en ese arte, fuera del viejo organista testarudo, que no veía nada más que las notas muertas, y me torturaba con sus figuras y con sus tocatas desacordes y monótonas. Pasé valerosamente por esas





pruebas, sin que mi ardor llegara a enfriarse. El organista me reprendía a menudo con acritud; pero bastaba que tocase un trozo con su vieja y vigorosa manera para que me reconciliara con él y con la música.

Muchas veces experimenté singulares sensaciones, y ciertos trozos del gran Sebastián Bach producían en mí el efecto de un cuento terrible de aparecidos, y me causaban esos escalofríos de terror a que uno se abandona con tanto encanto en los tiernos años de la infancia. Pero el paraíso se entreabría ante mis ojos cuando, en las veladas de invierno, el clarinete del pueblo con sus discípulos, acompañados por una pareja de *dilettanti* caducos, acudían a dar un concierto en que yo golpeaba los timbales, empleo que se me había dado a causa de la precisión de mi oído. Más tarde vi cuán locos y ridículos eran los tales conciertos.

Por lo común mi maestro tocaba dos conciertos de Wolff o de Emmanuel Bach; un aficionado al clarinete andaba a la greña con las composiciones de Stamitz, y el receptor de impuestos gastaba tanto aliento en la flauta que casi siempre apagaba las dos velas que iluminaban su atril, y había que estar encendiéndolas continuamente.

Respecto del canto, no había ni que soñar en él, con gran disgusto de mi tío. Este hablaba todavía con entusiasmo del tiempo en que los cuatro chantres de las cuatro iglesias se reunían en la sala de conciertos para ejecutar la ópera de *Carlota en la Corte*. Alababa, sobre todo, la tolerancia que reinaba en aquellas reuniones, porque además de los dos chantres de las iglesias católicas y protestantes que consentían en concertarse, había otros dos que formaban parte, el uno de la comunión francesa y el otro de la comunión alemana.

En medio de aquellas lamentaciones, mi tío recordó que existía en el pueblo una señorita de cincuenta y cinco años que vivía de una pequeña pensión, obtenida como ex cantante de la corte, y pensó que podía embellecer aún más nuestros conciertos.

La señorita recibió orgullosamente la invitación y se hizo rogar largo tiempo. Cedió por fin y consintió en exhumar sus antiguas melodías favoritas.

Era una mujer singular; su pequeña y flaca figura está aún viva en mi memoria. Acostumbraba entrar muy gravemente, con su partitura en la mano, e inclinar muellemente el busto para saludar a la asamblea. Llevaba un extraño tocado, delante del cual iba prendido un ramillete de violetas de Italia que temblaba y vacilaba mientras ella cantaba. Cuando terminaba su trozo entre el ruido de los aplausos, entregaba su partitura a mi maestro, a quien le era entonces permitido meter los dedos en la tabaquera de porcelana de la ex cantante de la corte, favor que recibía con toda la humildad concebible en apariencia; pero apenas se alejaba, y mi tío, que se había declarado su admirador, se retiraba a sus habitaciones, el viejo organista poníase a parodiar el canto defectuoso de la dama, cosa que hacía del modo más mordaz y burlesco.

Mi maestro el organista despreciaba soberanamente el canto, y yo compartía ese desprecio, que no hacía sino aumentar mi pasión musical. Me instruyó con el mayor celo en el contrapunto, y muy pronto pude componer las figuras más difíciles.

Cierto día hallábame ejecutando una de mis composiciones (era el día del santo de mi tío) cuando un criado de la posada vecina fué a anunciarnos que acababan de llegar dos señoras extranjeras,

y, antes que mi tío hubiera podido quitarse la bata floreada, entraron las señoras.

Sabido es cuánto efecto produce la llegada de personas extrañas en los habitantes de una pequeña población, y la vista de aquellas dos mujeres era a propósito para causar cierta emoción, así es que su presencia me agitó de una manera singular.

Figúrese el lector dos italianas esbeltas y garbosas, vestidas de mil colores, siguiendo la última moda, que se presentaban como *virtuosas* con todo atrevimiento, pero que, sin embargo, estaban llenas de gracia; adelantáronse hacia mi tío y le dirigieron algunas palabras armoniosas y sonoras. Mi tío no les comprendió una sola palabra; retrocedió confuso y señaló un sofá con la mano.

Sentáronse y se dijeron la una a la otra algunas frases que sonaban como música, y al fin hicieron comprender a mi tío que eran cantantes, que viajaban dando conciertos, y se dirigían a él para que las ayudase en su empresa musical.

Mientras hablaban pude oírles sus nombres, y ya con eso me pareció que las comprendía mejor. Lauretta parecía la de más edad; miraba en torno suyo con ojos relucientes, y hablaba a mi tío, el cual se encontraba azorado, con una volubilidad arrebatadora y multiplicando sus ademanes vivos y graciosos. No era muy alta, y sí voluptuosamente redondeada, y mi vista se perdió más de una vez en la contemplación de encantos que hasta entonces no había conocido. Teresina, más alta, más esbelta y de rostro largo y serio, hablaba poco y se hacía comprender mejor. De cuando en cuando sonreía con aire singular; parecía entretenerse viendo a mi buen tío que se esforzaba por sepultarse en el fondo de su bata de seda floreada.

Levantáronse por fin: mi tío les prometió organizar el concierto para el día subsiguiente, y fué invitado, lo mismo que yo, presentado a ellas como un joven *virtuoso*, a ir aquella noche a tomar la *cioccolata* junto con las dos hermanas.

Bajamos lentamente la escalera y llegamos a la casa de las italianas, algo conmovidos, como personas expuestas a correr una aventura.

Cuando mi tío, que se había preparado detenidamente, hubo dicho sobre el arte muchas cosas lindas que nadie entendió, cuando el chocolate hirviente me hubo quemado la lengua dos veces, dolor que soporté sin decir palabra, con la constancia de un Mucio Scevola, Lauretta anunció que deseaba cantarnos algo. Teresina tomó la guitarra, la templó y tocó algunos acordes.

Yo no había escuchado nunca ese instrumento, y el sonido sordo y misterioso de sus cuerdas vibró profundamente en mis oídos. Lauretta comenzó en un tono muy bajo que sostuvo hasta el *fortissimo*, y que terminó bruscamente con una octava y media, y una modulación atrevida y complicada. Todavía recuerdo las palabras del principio: *Sento l'amica speme*. Yo sentía anudárseme la garganta. ¡Jamás había sospechado efectos semejantes!

Pero cuando Lauretta siguió elevándose cada vez con mayor libertad y audacia en las alas del canto, cuando los tonos fueron haciéndose más brillantes, el sentimiento de la música, tanto tiempo muerto y vacío en mi alma, se despertó y me abrasó el corazón. ¡Ah! Acababa de oír por primera vez un acento musical.

En seguida las hermanas comenzaron a cantar juntas los dúos puros y suaves del abate St. Steffani. La voz de contralto, llana y sonora, de Teresina, me penetraba hasta el fondo del alma. No podía reprimir mis movimientos interiores, y las lágrimas corrían abundantemente de mis ojos. En vano me lanzaba mi tío miradas descontentas; no les prestaba atención alguna, hallábame fuera de mí.

Las dos cantantes se complacían con mi emoción; se informaron de mis estudios musicales: me avergoncé de mis lecciones, y exclamé, con la audacia que da el entusiasmo, que aquella era la primera vez que oía música.

—*Il buon fanciullo!* —murmuró Lauretta, con dulce y conmovido acento.

De vuelta en casa, me asaltó una especie de rabia; recogí todas las sonatas y todas las fugas que había pergeñado, junté también a ellas cuarenta y cinco variaciones sobre un canon compuesto por el organista, y las arrojé al fuego, entregándome a una risa infernal cuando vi aquellos millares de notas corriendo en forma de brillantes chispas por las cenizas negras y carbonizadas de mis cuadernos. En seguida me senté al piano y traté, primero, de imitar el sonido de la guitarra, y después, de repetir el canto de las dos hermanas.

—¿Vas a dejar o no de rompernos los oídos? —exclamó mi tío, apareciendo repentinamente en mi habitación a las doce de la noche.

Al mismo tiempo apagó las dos luces, y se volvió a su cuarto, del que acababa de salir. Tuve que obedecer. El sueño me trajo consigo el secreto del canto. Así lo creí por lo menos, pues soñando, cantaba maravillosamente: *Sento l'amica speme*...

A la mañana siguiente ya mi tío había reclutado cuantas personas sabían manejar un arco o soplar una flauta. Cifraba su orgullo en demostrar cuán bien organizada estaba nuestra música; pero no tuvo suerte. Lauretta puso en los atriles una gran partitura; desde el recitado ya se habían confundido y perdido todos los ejecutantes; ninguno de ellos tenía la menor idea del acompañamiento. Lauretta gritaba, echaba pestes, lloraba de cólera y de impaciencia. El organista

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 108)

Ushuaia, frente a la blanca soledad

EN LOS UMBRALES DEL IMPERIO DE LOS HIELOS ETERNOS, REFLEJANDOSE EN LAS AGUAS DEL CANAL DE BEAGLE, LA CIUDAD SUREÑA PROGRESA A PASO TAN LENTO COMO SEGURO

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

En el cuerpo geográfico de nuestra patria, la Tierra del Fuego es como un pie, con el empeine atravesado —ajorca de agua— por el Estrecho de Magallanes, y engarzada en su planta la ciudad de Ushuaia, capital de aquel lejano territorio.

Desde esta población, la más austral del continente sudamericano, no hay más que un grado de latitud hasta el Cabo de Hornos. Y más allá, las soledades del océano Antártico, las blancas y heladas soledades de las regiones polares.

De cara a ellas está Ushuaia, como refugiada en una profunda bahía, al amparo de montañas y bosques, que la preservan de los vientos glaciales del sudoeste. Esto hace que su clima contradiga en cierto modo su posición geográfica, siendo, si no apacible, por lo menos soportable, y desde luego mucho menos riguroso que el de otras zonas que están en la misma latitud.

Eligió bien el reverendo Tomás Bridges, cuando en 1868, ganado por la imponente belleza de aquellos parajes, se estableció allí con su misión protestante, para dedicarse a la conversión de sus pobladores, los indios onas y yagones, pues las casas de madera que él levantó a orillas del canal Beagle fueron el origen de Ushuaia.

Cuando nuestro país creó las gobernaciones territoriales, en 1883, escogió la pequeña población formada en torno a la misión Bridges como capital del territorio argentino de la Tierra del Fuego. El coronel Laherre toma posesión de Ushuaia en nombre del gobierno nacional y empieza a ondear la bandera argentina a orillas del Beagle, reflejada en sus aguas de zafiro, por la que asoman aquí y allá, como cuentas de azabache, las lustrosas cabezas de los lobos de mar.

Es el instante en que se incorpora a la vida activa del país aquella extremidad austral de nuestra patria, perdida entre frías y misteriosas



CALLE DE LA CAPITAL FUEGUINA, QUE PARTE DEL CANAL Y ASCIENDE A LA MONTAÑA.

LA CIUDAD DE USHUAIA, A ORILLAS DEL CANAL BEAGLE Y EN LA FALDA DEL MONTE OLIVIA.

soledades, y que hasta entonces sólo había tenido interés para exploradores y geógrafos.

Precisamente el nombre del canal a cuya orilla se levanta Ushuaia, nos recuerda a la goleta *Beagle*, que al mando del gran navegante inglés Roberto Fitzroy anduvo de exploración por estos lugares en el primer tercio del siglo XIX, llevando a bordo al joven geólogo y naturalista Carlos Darwin, cuyo nombre ostenta una cordillera del archipiélago fueguino. Y fué al pasar por aquí cuando el autor del *Origen de las especies* escribió en su *Diario:* "Una sola mirada a esta región bastaría, a quien no esté acostumbrado al mar, para soñar durante ocho días seguidos con naufragios, peligros y muertes".

¿Quién podía pensar en afincarse en aquellos parajes de tan funesta celebridad? Pedro Sarmiento de Gamboa fué el primero en intentar poblarlos, allá por el año de 1584, y de su fabulosa empresa sólo quedó el espantable recuerdo de la *Bahía del Hambre*, que impidió que nadie, durante siglos, volviera a poner la planta en tales latitudes.

Al infortunio de aquellos primeros pobla-



ARREO DE OVEJAS POR UNA DE SUS CALLES, TESTIMONIO DE UNA DE LAS RIQUEZAS DE LA REGION.

LOS NIÑOS DE USHUAIA, QUE SON LA ALEGRIA DE LA CIUDAD SUREÑA.

dores, aniquilados por el hambre, la soledad y el frío, había que agregar el relato de frecuentes naufragios en las proximidades del Cabo de Hornos. Por cierto que, a esta trágica realidad, no dejó de mezclarse la leyenda, pues se incluyó en esos naufragios el de la nave *Santa Margarita*, donde se suponía que iban el archiduque de Austria Juan Salvador, que ocultaba su verdadera personalidad bajo el nombre de Juan Orth, y su bella enamorada Milly Stubel. Parece que sí, que la *Santa Margarita* se estrelló contra los acantilados de la Isla de la Desolación, mientras intentaba pasar el Cabo Pilar, pero que no llevaba a bordo a la misteriosa y romántica pareja, ni por lo tanto pudo salvarse de la catástrofe, como se decía...

Quien trajo a Buenos Aires esta noticia, a fines del siglo pasado, fué el ingeniero Julio Popper, un audaz aventurero rumano que se cuenta, con el reverendo Tomás Bridges, entre los primeros pobladores de la Tierra del Fuego. Sólo que aquél no fué a estas desoladas regiones en misión evangelizadora, sino para buscar la fortuna en las arenas auríferas que arrastra el mar en la entrada oriental del Estrecho de Magallanes, sin que quedara de su paso otra cosa que el recuerdo de los bárbaros y fantásticos medios de que se valió para enriquecerse.

No pudiendo ser contado Julio Popper entre los primeros pobladores de la Tierra del Fuego, queda ese título íntegramente para el reverendo Tomás Bridges, ahuyentador del maleficio que parecía pesar sobre aquellos lugares, al levantar en ellos un caserío donde la vida no tenía nada de ingrata, y que contaba, cuando el gobierno argentino tomó posesión de él, con ciento cincuenta habitantes.

Desde entonces, una nueva vida comienza para Ushuaia. Y no deja de tener repercusión en la lejana ciudad la introducción de la industria pastoril en el inmenso Sur, cuando las llanuras patagónicas y fueguinas, que se creían tierras estériles, tierras malditas, se convierten en tierras de bendición, poblándose de miles y miles de ovejas.



CASITAS BAJAS, MADERA Y CINC, EN UNA TIPICA CALLE DE USHUAIA.

Y así como el paso de un rebaño por las calles de la ciudad, que hoy cuenta con millar y medio de habitantes, nos revela una de las razones de su prosperidad, las embarcaciones que se ven en el muelle nos dicen que la ciudad busca también en el mar sus medios de vida, existiendo la posibilidad de una gran industria pesquera, que puede convertirse en una considerable fuente de riqueza, al igual que el pastoreo y la industria maderera.

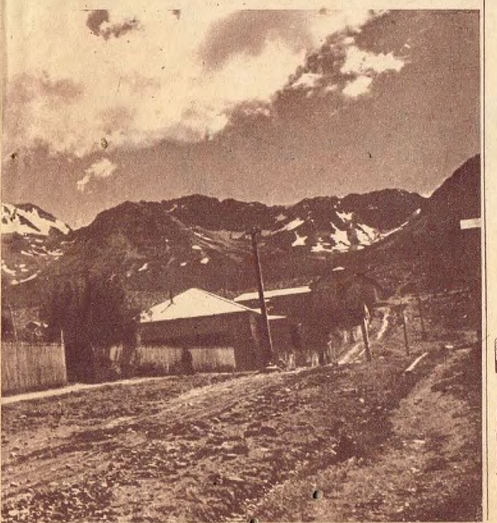
Hoy todo tiene allí un carácter embrionario, empezando por la ciudad misma, con sus casas bajas de madera y cinc, con sus dos grandes calles paralelas al muelle, y algunas otras transversales, que suben hasta la montaña. Y en esta niñez de la ciudad, quienes mejor la representan son los niños: esos doscientos y tantos pequeñuelos que acuden a la escuela primaria y que alegran las calles de Ushuaia, más que con sus delantalitos blancos, con sus rostros sonrosados y su aspecto saludable, lo que prueba la bondad de aquel clima, pese a sus rigores.

Respaldada por los montes de la cadena Martial, entre los que sobresale la cumbre majestuosa del Olivia, eternamente nevada, Ushuaia es el centro de uno de los paisajes más imponentes y bellos del planeta, y todo cuanto la rodea parece ser augurio, en su grandiosidad, de su futura grandeza. Para ello no hace falta otra cosa que acercarla al resto de la República, que pueda comunicarse más rápida y directamente con el mundo. Y, quien sin duda trae la solución de este problema en sus alas ligeras, es el avión.

El mar fué, durante siglos, el peor enemigo, o más bien el celoso guardián de esta tierra, enemigo de cuantos intentaban acercarse a ella, como si se tratara de una tierra encantada. Hasta existe una leyenda, según la cual los fuegos que vió Magallanes en el interior de la isla, al atravesar el estrecho, y que originaron su nombre — Tierra de los Fuegos o del Fuego —, no eran encendidos por los indios, sino por Araeholeu, el duende morador de la montaña, al cual el cacique Huelche, nuevo Prometeo, se lo robaría...

Durante mucho tiempo, embarcaciones demasiado frágiles para luchar con las olas más majestuosas y terribles de todos los mares, al decir de los navegantes que siguieron la ruta de Magallanes y Juan Sebastián Elcano, pasaron de largo o se estrellaron contra las rocas. Por eso vemos que aquellos lugares empiezan a poblarse cuando los progresos de la navegación permiten vencer más fácilmente los peligros del mar entre el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos. Pero eso no quiere decir que la ruta del Océano Antártico no siga siendo larga, difícil y arriesgada.

No será extraño, pues, que en los días que vendrán, cuando los caminos del cielo sean recorridos por el avión, como hoy son recorridos por el auto los caminos de la tierra, Ushuaia se convierta en activa metrópoli comercial y en codiciada meta de turismo, transformándose la Cenicienta de hoy en princesa de las ciudades argentinas del mañana.





"Piche-ciego"

RAMÓN había nacido con mala suerte: era petiso, chueco y albino.

A estas calamidades y, precisamente, por ser albino, sumaba la muy molesta de ser "cegatón" a más no poder. Por eso le decían "piche-ciego", comparándolo con esa especie rara y diminuta de armadillo, tímido y enemigo de la claridad, que vive casi siempre en sus cuevas o escondido en los pajonales. Una espesa pelambre plateada que le cubre totalmente la parte anterior de la cabeza, ocultando los ojos, le ha valido el calificativo de ciego.

Para decir verdad, cuando Ramón descuidaba el arreglo de su persona (lo que ocurría con harta frecuencia) y andaba con barba crecida, su parecido con el piche-ciego era notable. De ahí que aceptase el apodo sin protestas y hasta obtenía del mismo cierto motivo de satisfacción. Pues, si bien era cegatón a la luz del día, en cambio veía muy bien en la oscuridad, y su condición de nictálope le otorgaba considerable superioridad sobre los demás peones. Sobre todo cuando había que salir de "recogida", mucho antes que aclarase, o era necesario rondar un arreo, en plena noche y en campo abierto. Entonces Piche-Ciego era "como gato" y capaz de seguir un rastro cuando los demás no veían ni las orejas de sus montados.

Fuera de estas cualidades y su mérito, reconocido por todos, de voluntario y trabajador, Ramón pasaba por ser un "infeliz".

Que había que echar las lecheras al tambo, muy de madrugada: allá iba Piche-Ciego... Que se habían olvidado de cerrar con candado (según era orden del patrón) la tranquera del potrero chico y la noche estaba muy oscura: "—...che, Piche-Ciego, fijate si está con candao..." Total, de noche tenía los ojos como candiles... Y, así, por el estilo.

El pobre Ramón se prestaba, sin chistar, a todos esos abusos y su buena voluntad le aseguraba, al menos, cierta tolerancia de la peonada para con su torpeza, que evidenciaba a la luz del día. Pero, ¡a qué precio!

Por ejemplo:

—¡Había que verlo al Piche-Ciego esta mañana —comentaba alguna vez Rudecindo, un peoncito "amolador" como él solo— con los ojos chiquitos como tajo en cuero crudo, queriendo enlazar un novillito rosillo que habían empacao los perros! ¡Tanto revoliar el lazo y todo pa enlazar un piquillín grandote qu'estaba como a una cuadra del novillo!...

Grandes risotadas festejaban la salida del bromista, mientras el mate circulaba entre la peonada reunida en la cocina. Ramón, entonces, se echaba el chambergo sobre los ojos y se hacía el desentendido, aunque la sangre le hervía de indignación. ¿Qué culpa tenía él de haber nacido "desteñido" y con esos ojos "coloraos" que la luz del sol hería con su fulgor, obligándolo a cerrar los párpados hasta dejar una "rendijita" para poder ver? ¡Amalaya!...

El patrón, sin embargo, lo protegía:

—Déjenlo en paz a Ramón —solía decir cuando llegaba a sus oídos alguna nueva broma a costillas del Piche-Ciego—; es un muchacho bueno y trabajador...

Y las bromas cesaban o disminuían, para recrudecer al poco tiempo.

El viejo don Narciso, que le tenía lástima, decía a los otros:

—Dejelón, pues. Si es más tranquilo que agua 'e pozo!

Así transcurría la vida de Ramón en la estancia "El Perdido".

Si la vida encerraba para él muchos sinsabores, también tenía sus encantos. En su corazón guardaba, celosamente, un gran secreto: su amor por Rosita, la hija del puestero don Raimundo.

Ese puro y acendrado sentimiento era como una luz en las tinieblas, el faro en la oscura noche del infortunio que lo rodeaba. Nadie sospechaba de ese amor, ni la misma Rosita, y Ramón disimulaba cuidadosamente sus sentimientos, aunque una loca esperanza mantenía vivo el fuego de su pasión. ¡Ella era tan linda y él... tan feo y desgraciado! Pero Piche-Ciego era joven y sus veinticinco años le bullían en las venas, impetuosos. ¡Algún día, quién sabe!...

Llegó el tiempo de la esquila. En "El Perdido" había muchas ovejas y el trabajo era duro. De noche, todavía, la peonada salía para la "recogida" y después de todo un día de ruda labor "caía", a la oración, con una gran majada, pronta para ser embretada.

Los silbidos y gritos de los hombres se alternaban con los ladridos de los perros, roncos y exhaustos, que corrían a lo largo del arreo para evitar que la evasión de algún bo-

Cuento, por

Marcelo G. Hopff

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

rrego revoltoso o de un capón tozudo provocara el desbande de la inmensa majada. Una densa polvareda, levantada por millares de menudas pezuñas, se cernía, como una pesada nube, en el ambiente y acentuaba la opacidad del crepúsculo. En el polífono coro de balidos que surgía, interminable, del gran rebaño, se destacaban, con notas a la vez débiles y agudas, los lamentos de los corderitos separados de sus madres y que contestaban, plañideramente, los angustiosos llamados de las ovejas.

La comparsa de los esquiladores había llegado a la estancia. Eran cincuenta hombres, capitaneados por un tal Nemesio Cardales, por mal nombre "Pata santa", a causa de un defecto en una pierna, que lo hacía cojear marcadamente. La "renguera" de Nemesio no le impedía, por cierto, moverse con agilidad asombrosa y era cosa de verlo montar, en pelo, el caballo más arisco. Entre el abigarrado grupo de aquellos hombres se destacaba, por lo fanfarrón y mujeriego, un mocito Garrido, llamado el "oriental". Pendenciero por añadidura, Garrido no gozaba de la simpatía de sus compañeros, pero "Pata santa" lo estimaba por su destreza en el manejo de la tijera. Efectivamente, el oriental era el que más latas cosechaba durante la jornada. Cierto era, también, que se deshacía prontamente de ellas en las "tabeadas", pues, como solía decir, le "tiraba demasiado el güeso", pasión que corría parejas con su afición al monte y demás juegos de naipe.

De acuerdo con la importancia del establecimiento, en "El Perdido" la esquila exi-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

Dulces tiempos de

TOM SAWYER, EL HEROE DE LA FAMOSA NOVELA ADAPTADA AL CINEMATOGRAFO.



UN PASAJE DE LA INTERESANTE PELICULA QUE

TOM Sawyer es el ejemplo de lo que fué la infancia nuestra. Por eso, quienes vemos en el pequeño hijo del gran Mark Twain al niño que fuimos, más o menos traviesos, más o menos despabilados, experimentamos un tierno afecto por el diminuto héroe creado por obra y gracia de aquel socarrón abuelo —abuelo de la magnífica novela yanqui de hoy—, de cuyas virtudes y pintorescas andanzas ya habláramos no ha mucho en estas mismas páginas.

¿No os gusta a vosotros, caros lectores, alejados de los días de las travesuras, de las rabonas, de las escapadas al río, de las indigestiones, de las luchas callejeras, revivir aquellas jornadas maravillosas que, ¡ay!, "se fueron para no tornar", a través de la lectura de libros como éste de las aventuras de Tom Sawyer o de tantos otros de igual corte?

Nos encontramos en la edad de la reflexión, de la serenidad... La niñez —la nuestra, la de nuestros hermanos y la de nuestros compañeros de dichas y desdichas— yace cautiva, guardada cual divino tesoro que es, entre las gas-

LA TIA POLLY LE PROPINA UNA BUENA ZURRA A SU TRAVIESO SOBRINO TOM.

la infancia...

TODA EPOCA PASADA FUE MEJOR, PERO LA DE LA NIÑEZ ENCIERRA LOS PASAJES MAS GRATOS DE NUESTRA EXISTENCIA

Por
Alfonso S. Betancourt
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



ACABA DE REPONER LA GUARANTEED PICTURES.

tadas tapas del querido álbum familiar. Hoy, en esta tarde fría, gris, como aquellas tardes monótonas que desfilaban tras las ventanas del colegio, nos sumergimos dulcemente en las nieblas del pasado, y como por encantamiento resurgen una a una las escenas, las hazañas y aventuras de aquel ayer pleno de ensueños fantásticos.

Es en la infancia precisamente cuando la vida se nos aparece henchida de bellezas y de emociones. Cada acto, cada acontecimiento tiene mucho de milagroso. A Tom Sawyer, su tía Pilly, siempre tan gruñona, le decía amargamente: "Tom, tú tienes el diablo metido en el cuerpo..." Pero el pícaro personajillo no tenía el diablo metido en el cuerpo. Lo que sucedía era que la vida allí, en las riberas del Mississipi, en aquel pueblo sosegado de San Petersburgo, con su escuela, su iglesia y su municipalidad, se mostraba llena de mágicas sorpresas, y el inquieto Tom se adelantaba a ellas, cual un pequeño caballero andante.

Hace algún tiempo "vimos" la novela de Twain adaptada para el cinematógrafo. Fué una película inolvidable, tan sinceramente ingenua, tan plena de pasajes de nuestra misma niñez. ¡Cuántas cosas de nuestra infancia nos hace evocar el buen Mark Twain con su irónica pluma, narrando la infancia de Tom Sawyer y la adolescencia de Huck Finn! Al abrir libros como éstos dijérase que abriéramos esos viejos álbumes que encierran nuestro dorado ayer...

Un gran acierto ha sido el de la Guaranteed Pictures al reponer en las salas porteñas esa joya de la cinematografía que es la cinta "Las aventuras de Tom Sawyer". Cinta para grandes y chicos. Cinta que nos hace cantar con el poeta aquellas líneas pletóricas de nostalgia:

Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron,
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron... ◆

EL ARPA ENFUNDADA



Cuento, por ***Adolfo L. Pérez Zelaschi***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACION DE LISAJ

Hoy, al leer el diario, me acordé vívidamente de él.

Era alto, vestía siempre de oscuro y vivía en un chalet que ahora han demolido, en esta misma calle de Floresta, donde yo vivo.

Lo conocía, o mejor dicho, lo desconocía de tantos años de verle. Ya dije que era alto y vestía de oscuro y, aunque parecía un antiguo caballero que podría llevar uno de esos apellidos finiseculares: Calzadilla, Noriega, Arenaza, no tendría, quizás, más de cincuenta años.

Hace cinco que se retiró a su quinta de San Vicente y desde entonces no le volví a ver. Una o dos veces me invitó a que le visitara, pero nunca fui. El chalet era grande y tenía delante unos parterres escardillados donde, desde violetas y azaleas hasta agresivos rosales trepadores, estallaban en noviembre como un surtidor, plantas con flores.

Al parecer amaba las flores y también la música.

A veces —esta calle es travesera y silenciosa— salía del chalet la música de un piano. Otras, al pasar yo frente a las ventanas abiertas, veía la funda blanca y triangular de lo que debía ser un arpa. Sí, fué por esta arpa por lo que no lo visité en su retiro de San Vicente. Después recordé que, antes de aquella tarde, ya habíamos hablado del arpa.

Volvía yo una tarde de la estación del ferrocarril Oeste y al llegar a la esquina del chalet busqué mis fósforos sin hallarlos. El estaba en el portal y le pedí fuego para encender mi cigarrillo. Sacó su encendedor, pero, antes de cebarlo, se volvió atentamente hacia la casa. Después me preguntó:

—¿No oyó usted el arpa?

—¿El arpa?

—Sí.

—No.

Me tendió por fin la llama, pero se quedó absorto, escuchando, por si sonaba de nuevo el instrumento. Le agradecí, apenas me contestó y me fuí.

Unos días después nos encontramos en el tren. La luz del sol trepidaba en el aire mientras el tren eléctrico atravesaba hileras de casas blancas.

—Hermoso tiempo, ¿verdad?

—Sí. Estamos a fines de octubre. Se aproxima el verano.

—Quizá deba disculparme ante usted por lo del otro día...

No lo recordaba ya. El siguió:

—Cuando me pidió fuego...

Había advertido su propia distracción, pero creyó que, en ese momento, alguien tocaba el arpa. El eléctrico se detuvo en la estación y, calle Chivilcoy arriba, fuimos juntos hasta la puerta del chalet.

Me invitó a pasar. En el salón estaba el arpa enfundada.

—¿Le gusta a usted la música? A veces le escucho tocar el piano.

El caballero se inclinó brevemente:

—Permítame, señor...

—Casas, Alberto Casas.

—...señor Casas. Quizá haya oído mi nombre alguna vez. Era bastante conocido. Me llamo Heriberto Rémon.

Sí, recordaba: hacía algunos años... arpa y piano... pero uno de los dos había muerto.

—Carlos y Heriberto Rémon —murmuré, y él asintió.

—Mi hermano y yo componíamos, hace unos años, el dúo Rémon. Yo tocaba el piano. Un extraño dúo, pero habíamos logrado hacer uno de los dos instrumentos.

El arpa enfundada era la de Carlos.

Nos sentamos en el jardín de invierno. También allí había plantas con flores amarillas y azules y grandes begonias plateadas. Carlos había muerto hacía más de diez años y desde entonces Heriberto, dueño de una renta regular, no tocaba más. Me mostró (tal vez un poco melancólicamente, pero era un caballero) recuerdos de viaje: cartas, *baedekers*, fotografías de Carlos y suyas, algunas miniaturas y trofeos. Carlos era menor que Heriberto. Murió en el Atlántico, a los veinticinco años, cuando volvían de Europa, y arrojaron su cuerpo al mar cerca de las islas Azores. Carlos soñaba con la gloria. Era un gran arpista, pero no amaba a su instrumento. Quería crear música, escribirla, "dejar algo a los demás", como él decía.

—Yo no —concluyó Heriberto Rémon—. A mí me bastó la gloria, más modesta, del intérprete. Unos días antes de morir Carlos me dijo que "ya sabía". "Ya sabes, ¿qué?". "Mi obra, Heriberto. La tengo. Será la *Sinfonía de la Isla de Oro*. El canto de los marineros, el mar, la arribada de la nave a la isla donde todos los hombres son felices. Cuando arribemos a Río la escribiré". Pero Carlos esa vez no llegó a Río de Janeiro.

De una manera insensible había atardecido. Por la puerta vidriera que separaba el salón del jardín de invierno, el arpa enfundada parecía una vela de esas que se ven de noche venir por lo oscuro del río, triangulares y envueltas en un tácito azul. Heriberto Rémon quedó largo rato callado.

—Una tarde, casi como ésta, estaba yo aquí. Había bebido un poco. Al fin el anís es lo único que me queda, pues mis manos no tienen ya la seguridad de antes. Usted lo sabe: uno bebe y es como si todo se desvaneciera, menos el recuerdo de los triunfos y de los viejos amores. Estaba aquí cuando sonó el arpa. Sonaron unas cuerdas, las bajas, del arpa: el primer movimiento de Carlos antes de comenzar nuestros conciertos. ¿Ilusión del anís? Pero corrí hasta el arpa y abrí la funda —se abre así, si uno quiere— de un tirón. Todavía parecía haber en el aire como un hilo de música. No podía engañarme. Apoyé los labios en las cuerdas. Las largas vibraban todavía. Elena también lo oyó: había sido un sonido de los bajos, un acorde de las cuerdas metálicas, el acorde de Carlos. Pero Elena sabe que suelo quedarme aquí, bebiendo... No me creyó. Por eso a veces, como cuando usted me pidió fuego, me parece que el arpa suena de nuevo, pero no es sino algún piano vecino, el viento o cualquier otra cosa.

Rémon me condujo a través del salón y desenfundó el arpa. El arpa de Carlos era un hermoso instrumento de cuerdas cruzadas y pesadísimo pie. Sus ochenta cuerdas parecían las de una arboladura. Estuvimos respetuosamente un rato delante del callado instrumento y, sin que Heriberto Rémon lo enfundara de nuevo, volvimos al jardín de invierno.

He dicho que también amaba las flores. Heriberto Rémon bebió otro anís y me mostró, una por una, las frágiles plantas del jardín de invierno.

Mirábamos una violeta de los Alpes cuando a través de la puerta vidriera nos alcanzaron los primeros sonidos del arpa. Escuchamos: era un preludio, una suerte de albada, con las cuerdas altas, clarísimo, liviano, algo así como la mañana si pudiera convertirse en música. Heriberto Rémon, de espaldas a la puerta vidriera, murmuró:

—Ha de ser Elena..., pero al volvernos vimos que en el gran salón no había nadie y que el arpa sonaba sola.

Heriberto Rémon gritó:

—¡Carlos! —Y los dos nos detuvimos en el umbral de la puerta vidriera.



Sí: el arpa sonaba sola, vibraba sola, cantaba sola. Alguien, Carlos, un invisible Carlos, pulsaba las cuerdas y las cuerdas obedecían a su mano y se estiraban y soltaban. A los acordes iniciales y claros sucedieron otros y después surgió de las notas como un sonido de mar, un centelleante rumor de mar a mediodía y detrás, lento primero, más alto y vibrante a medida que continuaba la música, una saloma de marineros. Heriberto Rémon murmuró:

—¡El tema de Carlos! ¡La sinfonía de la Isla de Oro! —y, al comprender, algo pasó por mí como un viento frío.

El canto de los marineros decreció. La costa llena de árboles se adivinaba a lo lejos. Se oían otros cantos terrestres. Era la Isla de Oro. Los pedales y las cuerdas seguían soltándose y el arpa loca hacía vibrar todo el aire del salón. Las flores mismas parecían agacharse y temblar bajo los acordes. Y las notas se elevaron en un canto, de alegría primero de apasionado amor luego, en un himno, en un peán de triunfo al que volvían los cantos de los marineros mezclados con los de los habitantes de la Isla de Oro. Las notas del cuarto movimiento rodaron como un alud de plata, de metales, magnífico, rotundo, final...

Las últimas cuerdas que vibraron lo hicieron largamente, pero, casi de pronto, dejamos de oír la *Sinfonía de la Isla de Oro*. Heriberto Rémon, con los labios blancos, retrocedió unos pasos y se dejó caer en el sillón del jardín de invierno. Quiso beber, pero el borde de la copa tintineó contra sus dientes y el anís se le derramó por la camisa y la corbata. Oí el tic-tac del reloj durante un largo minuto.

—Los temas de la Sinfonía... —repetía de vez en cuando Heriberto Rémon—. *¡La Sinfonía de la Isla de Oro!* Sí: Carlos la había pensado antes de morir...

Se puso de pie y dijo con voz clara y firme:

—Ahora tengo que cumplir con mi deber. Debo trascribir los temas, orquestarlos. Los recuerdo íntegramente y quizás, si olvido algo, el arpa me ayudará. Carlos será un músico famoso, tal como lo soñó.

Se sentó al piano y sus dedos recorrieron el teclado, recordando, buscando... Después de unos ensayos resurgieron las primeras notas de la sinfonía. Ya la tenía.

Heriberto Rémon parecía haberse olvidado de mí. Al retirarme en silencio me volví hacia el salón. La luz del farol de la calle entraba por la ventana, desenvolvía una lonja clara sobre el piso, subía por la pared del fondo. Y a un lado de la franja iluminada el arpa quedaba en la penumbra, como un ser con un rígido brazo que saludara.

* * *

Después Heriberto Rémon se retiró a su quinta de San Vicente, para componer, en aquellas calladas soledades, el sueño de Carlos. Lo que leí en el diario de hoy fué la noticia del incomparable estreno de la *Sinfonía de la Isla de Oro*, obra póstuma de Carlos Rémon.

Heriberto Rémon, ese caballero alto y que vestía de oscuro, ha cumplido el mandato de su hermano.

GUIA CAPRICHOSA DE

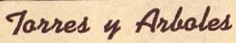


Por

Fernández Moreno

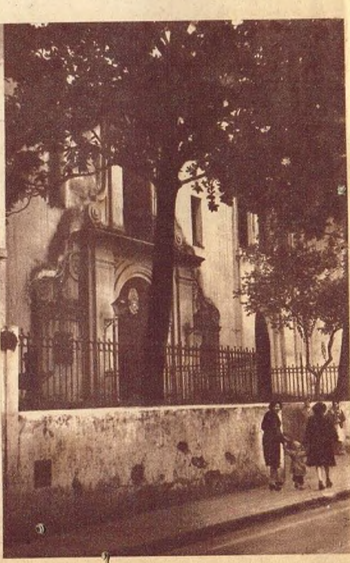
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOS ANGEL CASTELLANO



ESTOY entre dos torres y dos árboles, mitad de cuadra, calle Humberto 1º, mi vieja calle de Comercio. Las primeras pertenecen a la iglesia de San Telmo, que, vidrieras y azulejos arriba, se elevan y rematan en cruces de hierro. En medio de ellas está el santo, con su barquito en la mano, con su meteoro de fuego en un mástil. Luego, lo que corresponde a un hermoso templo: las campanas que, seguramente, van a sonar de un momento a otro. Las puertas labradas, que van a abrirse de par en par. El atrio, que podría llenarse de fieles al instante. Y escalinatas, tranvías, autos, colegiales y hojas secas. Y sobre la fachada, nueva, no sé qué sensación de tiempo, de eternidad, de heroísmo, que corre por debajo del cemento como una sangre remota. Los segundos corresponden a la escuela Guillermo Rawson. Son dos magnolias coposas, con hojas de cuero oscuro, con frutos entreabiertos, secos, con semillas vivas, de coral en el pequeño atardecer del barrio retirado y en cuesta.

Estos árboles quisieran ser tan altos como las torres, pero no lo consiguen: su altura está tasada. Las torres no pueden disminuirse, porque el cielo las atrae. Y así estoy, de una vereda a otra, mirando, midiendo, perdido en un remanso de la ciudad. Y uno puede olvidarse de todo, menos del trinar de los pájaros, más estridente, entretejido y apurado que



BUENOS AIRES

nunca. Viene la noche desgarrada y buscan un refugio. Ahí está el paseo Colón, que les da albergue pródigo. O la plazoleta Dorrego, más recóndita. O un poco más lejos, el gran hotel arbóreo del parque Lezama, con todas las variedades de ramas posibles en que plegar las alas y hundir la cabeza en el pecho. Ramas exóticas, nacionales, de antaño, actuales. Pero los más sensatos, regalados y discretos, buscan aposento en esos dos árboles que están frente a las dos torres. Pueden de un vuelo ir, al alba, hasta la iglesia y rezar unas oraciones. Después, de otro vuelo, meterse en la escuela y asistir a clase. O darla, por lo menos, de píos, de pulcritud, de elevación. Ahora, me voy. Las dos torres guardan, pájaros a su manera, los últimos ecos de la luz.

Rieles

Me gusta seguir con los ojos los rieles de los tranvías, grises o llenos de la pacífica sangre de los avisos vecinos. Tienen, en algunas bocacalles, en algunas encrucijadas, el aire de un juego de surtidores que hicieran su flor en el medio. Acaban por caer a uno y a otro lado, con gracia pausada y segura. Parecen un lento descender de hojas de palmera



o finas y decididas curvas femeninas.

Los que me dan compasión son esos trozos de vía abandonados en la calle: dos o tres metros de hierro encajados y presos entre los adoquines, haciendo lo posible por saltar, por escapar, por ser útiles. O porque un brazo vigoroso los arroje, silbando, como quien tira la barra, echando estrellas, hasta el horizonte.



Agua

Son increíbles las torturas y vejámenes a que se somete el agua de los ríos y de las fontanas en las peluquerías. La relegan a un rincón, aprisionada en un recipiente de lata abollado. El jardín de los espejos, los chorros de luz blanca, son para los tarros de bandolina, para las lociones diversas, para los potes y redomas llenos de todos los mejunjes del mundo. Cuando uno pide agua, el peluquero lo mira asombrado y todavía añade:

—¿Natural?

¿Acaso podríamos agregar otra cosa a nuestra persona que agua por ahora y tierra cuando Dios quiera?



La tentación

Un cuento de

GABRIELA ZAPOLSKA

ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

Zoska Lutwinka era una muchacha muy pobre. Todo su haber consistía en lo que llevaba con ella, un poco de ropa de cama y algunos vestidos que tenía en una valija. Había ganado todo eso sirviendo en las granjas cuando era aún muy pequeña. Una sirvienta, que no puede hacer gran cosa en esos países, no gana casi nada: treinta florines por año y la comida. Y por esa paga se levantaba ella a las cuatro de la mañana, limpiaba diez pares de zapatos, arreglaba más de ocho cuartos y preparaba, entre tanto, la comida de los criados. Después se iba al campo a llevar la comida de los trabajadores; si había que hacer alguna comisión en la ciudad, a diez kilómetros de distancia, se enfundaba en su casaca y partía a pie por el camino, de cara al viento.

Había que verla, en verano, remover la tierra como un verdadero topo; y en invierno, cuando los leñadores marchaban con el amo, ella se indignaba de sus exigencias, empuñaba un hacha y les abatía las ramas, les hacía montones de leños. Era una fiebre de trabajo; después, de pronto, nada. Caía de cabeza sobre un colchón y no se veían más que dos pies; dos pies negros, porque Zoska no usaba el jabón más que en el lavadero. ¿Y les he dicho cómo charlaba? Pues sí: era habladora. ¡Mala lengua! ¡Una verdadera boca sucia!

Por eso la habían despedido de más de una casa y no había juntado sino muy penosamente su pequeño bien. Asimismo, ¡qué riquezas en esa valija! Cuatro enaguas, un delantal con flores, un pañuelo de bolsillo, robado, otro encontrado, una vieja caja de papel recogido bajo las ventanas, tapones de estaño y, sobre todo, cuatro pañuelos de seda que Zoska almidonaba y con los cuales se tocaba para hacer morir de envidia a sus compañeras en la procesión. Porque a pesar de su fealdad, de sus ojos bizcos y de sus cabellos raros, Zoska era coqueta y molestaba de buena gana a los muchachos.

Hasta le había costado caro en otros tiempos... Pero todo se arreglaba: en el invierno un niño muere pronto..., y —tumbas que cu-

bre la nieve— nada queda en la primavera. Después de todo..., ¿era eso una barbaridad? Un desgraciado menos sobre la tierra y una inquietud quitada a una pobre muchacha... ¿De otro modo hubiera podido comprarse Zoska una valija, un colchón y un almohadón? Dios sabe, no obstante, la consideración que los amos tienen por los criados que poseen ropa de cama y valija. Por eso Zoska era orgullosa y arrogante, a despecho de su suciedad y de su fealdad.

Un buen día, Zoska cae en una colocación excelente. No duerme en el establo y no lleva las vacas al campo; permanece en la casa para ocuparse del fuego y para servir a la nueva cocinera que los amos han traído de Leopol. Esta cocinera es una vieja señorita que siempre molesta y que, durante la misa, lleva un sombrero de plumas que hace desfallecer de risa a los campesinos. Ni la señora ni el señor se asoman jamás por la cocina. Zoska no encera, no limpia; come de la mañana a la noche.

Le compraron una cama de seis florines y también un jergón. Ella amontona allí, rápidamente, su ropa de cama, y su mayor felicidad consiste en saltar sobre la cama, tenderse allí y luego, con los dedos en los cabellos, entablar una buena querella con la cocinera.

Hay también un perro en esa casa: un gran bull-dog con la cola cortada. Los amos le llaman "Dick", pero Zoska lo trata de "Dickon" y lo tiene a mal traer. ¡Imaginar que semejante bestia pueda comer tanto!

Zoska no es decente con su ama.

No es posible hacerle entender que cuanto más gran señora es un ama, menos aparece por la cocina; y como ésta no sabe ni preparar las papas, debe ser una muy gran señora.

Sucia siempre, Zoska lo era ahora en forma ultrajante. Una vez que se había metido en la cama no era posible sacarla de allí ni con una yunta de bueyes. Y así, a favor de esa buena colocación, sus vicios abundaban como los yuyos y estaba en camino de convertirse en un monstruo de perversidad.

* * *

La cocinera tenía por amiga a la sirvienta del cura. Estrechos lazos unían a esas dos viejas señoritas. Las dos sufrían de los dientes y, como tenían el mismo gusto por las lecturas interesantes, se prestaban mutuamente sus libros.

Un domingo por la noche la cocinera volvió con un pequeño volumen de tapas blancas: era la vida de santa Zyta, patrona de los criados. Apenas hubo recorrido algunas páginas, cuando no pudo ya contener su alborozo. En un rincón de la cocina dos pies salían de la sombra y un ronquido característico revelaba la presencia de un ser humano. Perdida en sus almohadas, con el almohadón curvado sobre su vientre, Zoska miraba con su ojo bizco a Dickon, que dormía sobre el cofre de madera.

—¡Zoska! —llamó la cocinera que ardía de deseos por comunicar a alguien sus impresiones.

Le respondió un gruñido.

—¿Duermes?

—¿Por qué quiere que duerma?

—Entonces, escucha.

—¿Qué?

—¿Sabes quién era santa Zyta?

—No.

—¡Era una sirvienta como tú y como yo!

—¡Oh! ¡Bah...! —exclamó Zoska, incrédula—. Como si las santas anduvieran en camisa como yo y como usted, señorita María, y no caminaran por la luz, en medio de los ángeles, con coronas en la cabeza y flores en las manos.

María levanta el librito:

—Está escrito aquí. Santa Zyta era una sirvienta; sirvió durante treinta años en la misma casa y por su buena conducta mereció ser santa.

Zoska, impaciente, golpea el borde de la cama con el pie.

—¡Eso no es verdad! ¡Una santa no lleva las vacas al campo ni pela las papas!

—¡Está escrito!

Pero Zoska profesa un soberano desprecio por todo lo que está escrito.

—¿Quién es la loca que ha escrito todas esas tonterías y esas mentiras?

—¡Tonterías, mentiras! —replica la cocinera—; fué el señor cura quien me ha dado el libro.

Zoska está vencida.

—Si fué el señor cura..., entonces...

La confusión desconcierta su alma simple. ¡Una santa, sirvienta! ¡Sirvienta a treinta florines por año! Y penando toda su vida para comprarse un poco de ropa de cama... Considera su propia situación, con los ojos dilatados por el esfuerzo que hace para comprender; después se apodera de ella un deseo loco de convencerse. Sabe leer, pero como lee muy despacio, prefiere escuchar. Si la señorita María quisiera leerle... Y dice ese "señorita" con un tono tan deferente, que la cocinera, que no espera más que eso, comienza en seguida. Y en el silencio de la cocina, interrumpido por el tictac del reloj y el ronquido del perro, su voz se eleva, untuosa, diciendo cuán pura era santa Zyta, cuán humilde, laboriosa, paciente y devota de sus amos.

Al llegar aquí, la cocinera levanta un dedo.

—¡No reñía!

—No reñía porque no la incomodaban.

—Pero sí, seguramente la incomodaban.

—¿La cocinera?

—La cocinera y todo el mundo; pero ella, la santa mujer, ofrecía todos sus sacrificios a Dios..., y hasta hacía el trabajo de los demás.

—¿El de la cocinera también?

—También. Y eso agradábale mucho a Dios. Y hasta su muerte permaneció soltera, porque Dios prefiere las vírgenes y las coloca cerca de su trono.

—¿Las muchachas del campo?

—Sí, pero las muchachas del campo que nunca han pecado...

Y la cocinera, triunfante, mira irónicamente a la pobre Zoska, hundida entre las ropas de la cama.

Continúa la lectura: es una de esas historias enternecedoras, claras, indiscutibles, hechas para moralizar, encantar y dominar a las almas simples. Entre tanto Zoska, con los ojos muy abiertos, cambia de lugar para estar más cerca y murmura:

—¡Oh, mis amigos..., mis amigos...!

El libro hizo un milagro.

Zoska lo escuchó hasta el fin y pensó luego toda la noche en esa sirvienta que era santa y que fué colmada de gracias. Para ella las piedras se convertían en rosas; el agua en vino. Los ángeles la ayudaban en su trabajo, y un día de lluvia que rezaba delante de una capilla, sus vestidos no se mojaron. Zoska sentóse en la cama y comenzó a pensar, con el rostro entre las manos. ¿Acaso no era ella, como santa Zyta, de una familia de carpinteros? ¿No era, como ella, una pobre sirvienta? Mas, por el contrario, ¡qué ruin pecadora era! ¿Qué había hecho por la eternidad al cabo de más de treinta años? Está dicho: Zoska cambiará. Se peinará dos veces por semana; los sábados se lavará con jabón; hablará cortésmente a la cocinera y rezará con fervor, como una santa. Y para comenzar, Zoska se arrodilla sobre esa cama que tanto ha servido a su pereza. A través de los vidrios empañados mira los campos blancos de nieve que brillan bajo la luna. El sueño de las noches de invierno la invade con su mudo arroba-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)

"Dicen que tienes trece primaveras..."

ASI SALUDO ESPRONCEDA A LA POETISA ESPAÑOLA CAROLINA CORONADO, QUE FUE, DURANTE LARGOS Y TRIUNFALES AÑOS, LA MUSA ROMANTICA DE SU TIEMPO

Por
Vicente Barbieri
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



CAROLINA CORONADO, EN SU JUVENTUD GLORIOSA

SON pocos los que leen hoy los versos de Carolina Coronado, figura importantísima del grupo de los románticos españoles. Y es que, a la manera de muchas de las figuras de ese movimiento lírico hispano, su producción literaria es menos interesante y valedera que su propia vida.

Hace poco, Ramón Gómez de la Serna —sobrino románticamente carnal y leal de la poetisa— publicó un libro que se titula, precisamente, *Mi tía Carolina Coronado*. No es del caso destacar aquí los valores literarios de la obra, puesto que todas las producidas por tal pluma los tienen, sino la importancia biográfica, anecdótica del libro.

Es dudosa la fecha del nacimiento de Carolina Coronado, pues el escritor antes citado anota:

"Nació la poetisa en la casa Nº 6 de la plaza de Abastos del pueblo extremeño de Almendralejo, en 1821 según unos autores, y en 1823 según otros, dudándose también si fué el 12 o el 13 de diciembre el día de su natalicio, aunque yo me inclino a que fué el 23, pues tengo observado en las biografías de algunos poetas que buscan las proximidades del supremo día de Navidad para nacer o para morir".

Eso, en cuanto al nacimiento. La verdad que murió en Lisboa, bien entrado este siglo: en el mes de febrero de 1911.

Sus comienzos líricos no podían ser más simbólicos: allá en su pueblo de bello nombre —Almendralejo— compone, a los diez años de edad, una elegía titulada: *A la muerte de una paloma*, y dicha composición se ha perdido porque con ella envolvió, como sudario, "el cuerpecillo del ave muerta", a la que dió romántica sepultura...

Poco después, contando apenas doce años, da a conocer su famosa composición *La palma*, que mereció el saludo de Espronceda, ese saludo que comienza así:

Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbre de los astros inmortal.

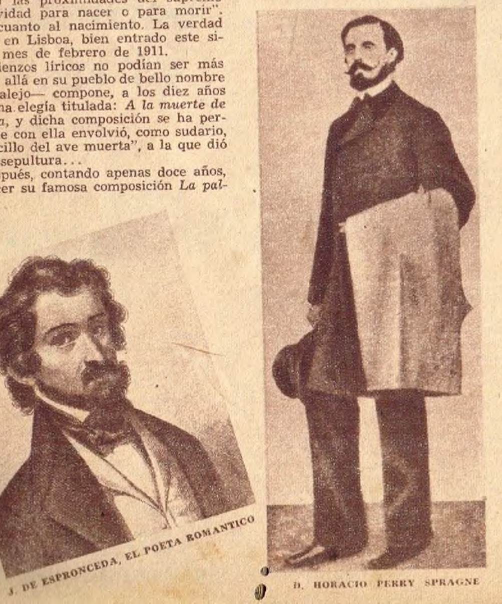
No se sonría el lector, que éstos no fueron precisamente los peores versos del autor del *Canto a Teresa*, pues tuvo otros mucho peores.

Increíblemente, me parecen los versos de la joven discípula mucho mejores que los del autor del *Diablo mundo*; obsérvese si no este trozo de *La palma*:

No las tranquilas aguas dulcemente
arrastran su corriente
bajo el dorado pabellón que ostentas,
que, siempre en el estío,
sin fresco ni rocío,
sólo de arena y fuego te alimentas.

Espronceda, a quien Gómez de la Serna llama curiosamente "el Saludador" de Carolina, se inquieta ante la aparición de esa poetisa precoz; y es que todos los románticos lo eran; es más: creo que no se puede ser romántico sin ser, de un modo claro, precoz. Espronceda también lo era, no cabe duda: rapta a una mujer cuando él tiene 23 años, ella muere, él le canta, y después se muere él mismo teniendo apenas 32 años. Los románticos eran así. Rompiendo esa tradición de morir joven, Carolina Coronado pasó largamente los ochenta años. Entró en este siglo materialista como testigo viviente del romanticismo. Vivió hasta el final en su papel de romántica.

Venía de una época en que sonó, como una agorería terrible, el pistoletazo de Larra. La gente repetía aquello de "¡Que haya un



J. DE ESPRONCEDA, EL POETA ROMANTICO

D. HORACIO PERRY SPRAGNE

cadáver más, ¡qué importa al mundo!" Se hablaba, murmurándolo en voz baja, que Cadalso había ido al camposanto para desenterrar el cuerpo de "la inolvidable". Ella, que había suspirado esos aires, no podía, trágicamente, adaptarse a las cosas mecánicas de la época nueva.

El silencioso

Guiándonos siempre por la biografía que de Carolina Coronado ha escrito su sobrino-nieto, Ramón Gómez de la Serna, sabemos que la poetisa estuvo enamorada de un misterioso marino que ¡inevitablemente! murió en el mar. Sus familiares le cantaban unos versos que decían:

Dejad a Carolina descansar,
que tiene sus amores en el mar.

Ella misma lo insinúa en *La flor del agua,* cuando dice:

... el movimiento suave
de la linfa va siguiendo
la cabeza sumergiendo
del agua al menor desliz.



LA CAPILLA DEL PALACIO DE LA MITRA

La palabra *desliz,* como *hado* y como *proceloso,* contaba con muchas simpatías entre los poetas románticos, que las repetían a cada paso.

No menos accidentada es su boda: cuando se enamora del muy honorable Horacio Perry Spragne, secretario de la embajada de los EE. UU. en Madrid, la asalta el escrúpulo de que, siendo niña, había hecho votos sagrados de no casarse nunca, por aquello del marino náufrago. Finalmente, las autoridades eclesiásticas de París, a quienes se consultó acerca del caso, opinan que el voto no tiene ningún valor inhibitorio, ya que la que lo había pronunciado lo había hecho siendo demasiado joven. Y el casamiento se realiza. Desde esa fecha en adelante todo es triunfal, y, a veces, todo trágico en la vida de Carolina. Compone un canto a la abolición de la esclavitud en Cuba, escribe versos para álbumes, se hace el centro obligado de los poetas y poetisas languidecientes del siglo. Es, por antonomasia, la Poetisa del Grupo Romántico.

La muerte de una de sus dos hijitas la enfrenta a un gran dolor que ella magnifica en su estro romántico. Más tarde, el fallecimiento de su esposo ahonda más su vida romántica: hace embalsamar el cadáver de míster Perry y le destina una extraña tumba descubierta, en su propia casa, para poder verlo siempre. Así desde 1891 hasta 1911. Se despide de él todas las noches al ir a acostarse. Un día, su última hija quiere casarse. Ella se opone, y la niña se subleva. Carolina, indignada, le grita: "¡Vas a repetirme delante de él lo que me acabas de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

CINE

por AMELIA MONTI

HERMOSO TITULO

Artistas Argentinos Asociados está activando los preparativos para el rodaje de la próxima película a filmarse por cuenta del sello. Mucho se había hablado sobre el título, y se habían barajado por lo menos dos. Ahora se ha despejado esa incógnita. Ya tiene título definitivo el nuevo film: "Nunca te diré adiós". Tendrá como intérpretes centrales a Angel Magaño y, posiblemente, Zully Moreno. La dirección será ejercida por Lucas Demare, quien está actualmente trabajando con dedicación en el encuadre. El tema pertenece a los eficaces argumentistas Petit de Murat y Homero Manzi, quienes —aseguran— han escrito un asunto que se proyecta en un plano distinto a sus anteriores libretos

"DIAS SIN HUELLA", UN DRAMA APASIONANTE

Acaba de dar a conocer Paramount una película de esas que dejan rastros imborrables en el recuerdo. Una película que puede figurar entre las más grandes que haya brindado la pantalla en estos últimos tiempos. Nos referimos a "Días sin huella", cuyo personaje central, el del dipsómano Don Birman, entra en el elenco de tipos de la historia del cine con rasgos firmes.

"Días sin huella" es un drama apasionante, que nos presenta al desnudo el dolor de un hombre preso en las redes del vicio durante cinco días de embriaguez, sin que den resultados los esfuerzos sobrehumanos que, para salvarlo, realizan su hermano y su novia. Ternura y angustia, fracaso y esperanzas, egoísmo y sacrificio forman una gama de emociones directas en este film humano, cuyo argumento está tomado de una vigorosa novela de Charles Jackson, que hizo verdadera sensación. Y si el asunto, llevado por la segura mano del director Billy Wilder, palpita en un clima dramático apropiado, la interpretación constituye otro de los reales valores de esta notable producción.

Ray Milland, que logró merecida popularidad encarnando tipos simpáticos de comedias brillantes, ligeras o sofisticadas, ha demostrado con "Días sin huella" sus dotes de actor dramático, expresivo y recio. El resultado de su labor en el papel de Don Birman le ha valido su consagración definitiva y la de haber sido laureado como el mejor intérprete cinematográfico del último año. Ray Milland, en este film, está realmente magnífico, y a su lado colaboran en forma inobjetable: Jane Wyman, Doris Doeling, Phillip Terry, Howard Da Silva y otros más.

ENTRE ASTERISCOS



Se habló mucho, en un principio, de la resolución un tanto extraña de Lew Aires cuando le tocó decidir sobre sus actividades en la guerra última. El recuerdo de su mejor trabajo en "Sin novedad en el frente" le había dejado un complejo invencible. Pero ha pasado el tiempo y ahora ya se apresta el citado actor a regresar al cine, calmados sus nervios. Será el protagonista de "El espejo sombrío", teniendo como pareja a la dulcísima Olivia de Havilland.



William Holden y su esposa Brenda Marshall son padres de un nuevo niño que nació hace un par de semanas y al que han puesto el nombre de Scott Porter. Brenda Marshall dejó el cine cuando se casó, para dedicarse a su hogar. El recién nacido es el tercer hijo de los esposos Holden.



Glenn Ford, que regresó al cine después de más de tres años de servicios prestados en el cuerpo de marina, recibió el diploma en que se le nombra como "El hombre del año", por la institución femenina "Bobby Soxers of America", que cuenta con más de ocho mil socias de quince a dieciocho años.



Jackie Jenkins, el pequeño actor de "La comedia humana" y "Fuego de juventud", ha sido considerado como el mejor intérprete infantil del año 1945, en una encuesta que se llevó a cabo entre los críticos cinematográficos. El pecoso y simpático muchachito ha pedido como premio un caballo.



PRECIOSA PESCADORA

No hay duda que haciendo de pescadora, Martha Vickers está muy bien. ¿Quién que la vea no se anima a picar? Cuando nuestra simpatiquísima estrella se dirige al puerto — un puerto que quizá sea de utilería — a practicar el amable deporte de la caña, los peces de colores "made in Hollywood" saben que van a caer irremisiblemente en la trampa... Y es que en realidad, amigos lectores, es demasiado anzuelo...

ANGULOS Y ENFOQUES



Mecha Ortiz acaba de firmar un contrato que supera cuantos haya rubricado hasta ahora en su exitosa carrera cinematográfica. Este contrato es de 200.000 pesos, con exclusividad para estudios San Miguel por dos películas.

Ha surgido la idea de llevar a la pantalla local la exitosa pieza de teatro "Mi querida Ruth" con una adaptación de Cunill Cabanellas, el colaborador más directo del éxito escénico, y con el mismo elenco que interpretó la pieza en cuestión, encabezado por Aída Luz y Ricardo Passano, hijo.

Alicia Barrié ha regresado de México con buen pie, pues de inmediato ha sido contratada para uno de los papeles centrales en "Mirad los lirios del campo", que dirigirá Vatteone.



Paquita Garzón ha grabado para "Milagro de amor" un aire popular español. No interviene en la película que interpreta María Duval. Después de lo simpática y bien que estuvo en "La dama Duende", no se explica que Paquita Garzón sea utilizada, únicamente, para "grabar".

"MARIA ROSA"

—Pocas veces he estado tan satisfecha de una labor cinematográfica como en esta oportunidad.

Tales las palabras de Amelia Bence en un breve descanso entre escena y escena del rodaje de "María Rosa", versión de la celebrada pieza de teatro de Angel Guimerá, de humano y vigoroso contenido dramático. Y tiene razón la actriz para expresarse así. Su papel es, además de difícil — desde luego —, de una gran responsabilidad y una gran exigencia interpretativa. Todos dicen que Amelia Bence "está en tipo" y que resultará una sorpresa su trabajo. Como se sabe, la acción transcurre en tierras españolas, y tipos y ambientes han sido reflejados con extraordinaria propiedad, completando el reparto central Enrique Diosdado, Domingo Sapelli, Alberto Closas y Elena Cortesina, bajo la dirección de Luis Moglia Bart.





9 DE JULIO

Una vez más, como en años anteriores, desfilaron los soldados de la Patria y, una vez más también, el pueblo argentino se volcó en las calles de la ciudad en fiesta para contemplar su ejército. Esa marcha severa, disciplinada y grandiosa; ese poderío humano y material desplegado ante los ojos de los argentinos en medio de los marciales acentos de las marchas militares, suscitó, a través de los años y de la historia, el recuerdo de aquellos que, en días de prueba e incertidumbre, permitieron, mediante el esfuerzo de su brazo y la suprema simiente de la sangre derramada, fundar la grandeza actual, esa grandeza que halló su origen en el Acta de la Independencia.


Un solo precio en una sola calidad... TORETTI!
Elegante COMEDOR, estilizado, Francés, rev. en Nogal, Aparador, Bargueño, Mesa y 6 sillas tapizadas en cuero a elegir, a .... $ 950.-
Gran DORMITORIO Est. Francés, const. maciza, rev. en Nogal, ropero 2 metros, desarme, cama 2 plazas, cómoda y toilette y 2 mesas de luz, $ 985.-
Confortable LIVING ROOM, gran presentación, baranda elástica, tapizado en varios gustos. REBAJADO a .... $ 290.-
TORETTI
1118 CORRIENTES 1118



PATIN

EL patinaje sobre hielo es sin duda alguna un deporte emocionante. Emoción de deslizarse vertiginosamente por la blanca pista. Y arte también: el de girar al compás de un dulzón vals vienés, dejando en la superficie helada el dibujo caprichoso de la danza...

¡Oh, maravilloso ensueño de invierno!... Danzarinas de las nieves, seguid dando vueltas y más vueltas en frío cristal biselado.

ADIOS, BUEN VIAJE EN TOBOGAN



LAS PATINADORAS SE ACICALAN

UNA BONITA DANZARINA DE LAS NIEVES

ACTUALIDADES GRAFICAS



Doctor Eduardo B. Busso.



Doctor Adolfo Bioy.



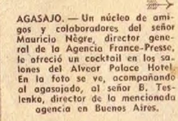
HOMENAJE. — En la Sociedad Científica Argentina tuvo lugar un acto en homenaje al doctor Eduardo B. Busso, en reconocimiento a su destacada labor jurídica, acreditada especialmente por su "Código Civil Anotado". Ofreció dicha demostración el doctor Adolfo Bioy, pronunciando seguidamente el agasajado una conferencia en torno a "Las bases morales del Código civil en el orden patrimonial".



CONFERENCIA. — El señor J. M. Villanova, presidente de la Asociación de Dirigentes de Ventas, presentando al doctor Alejandro Shaw, quien pronunció recientemente una disertación en el local de dicha entidad, sobre el tema "El Mercado Argentino".



ORADORA. — En la Asociación Patriótica Española fué muy aplaudida la conocida escritora doctora Clara Campoamor, quien dió una conferencia acerca de "La Literatura Española en el siglo XIX", que corresponde al ciclo de lecciones auspiciadas por la citada institución.



AGASAJO. — Un núcleo de amigos y colaboradores del señor Mauricio Nègre, director general de la Agencia France-Presse, le ofreció un cocktail en los salones del Alvear Palace Hotel. En la foto se ve, acompañando al agasajado, al señor B. Teslenko, director de la mencionada agencia en Buenos Aires.





MUESTRA. — Patrocinado por la Asociación de Mecánicos Dentales de Buenos Aires, realizóse en su sede social la primera exposición de Prótesis Dental, que fué inaugurada con gran éxito.



ESPECTACULO. — Aspecto parcial del público asistente a una de las extraordinarias funciones que el renombrado circo Shangri-Lá tiene actualmente en cartel, con la mejor acogida por parte de los espectadores.

PUBLICITARIAS. — Para celebrar el primer aniversario de la fundación de la agencia de Publicidad Delta, el director de la misma, señor W. G. Aikman, y sus colaboradores llevaron a cabo una reunión íntima, que transcurrió en un grato ambiente de animación.



NUEVO AUTOMOVIL. — Un valioso aporte al mercado mundial automovilístico lo constituye la fabricación del nuevo coche "Bobby-Kar", que será importado de los Estados Unidos para ser puesto en venta en nuestro país.

DEL 1500

por Gubellini

—Adelantado, un llamado urgente del almirante.



Escribe POR EL ESTILO DE...

CARICATURA DE RAÚL DE VALENCIA

El novio de Betty o la torta de alarma

(Comedia para solteros)

Prólogo

(En este prólogo expone el autor, no sólo el alcance, sentido y propósito de la comedia, sino también sus ideas con respecto a la eutanasia, eugenesia, geodesia, Polinesia, laborismo, georgismo, anarquismo, cristianismo, budismo, radiotelefonía, teatro, cine, calesitas, equitación, apendicitis, kanguros australianos, materialismo histórico, espiritismo, Chesterton, póker, alcoholismo, canibalismo, vegetarianismo y algunas otras ideas generales, seguidas de unas reflexiones sobre la actuación del Lord del Sello Privado en un partido de golf; pero me he tomado la libertad de suprimirlo por su mucha extensión, pues consta de 358 páginas.)

Acto primero y último

Biblioteca del doctor Byrd en el extremo de la City, por cuyas ventanas, si estuvieran abiertas, se vería la Torre de Londres y la gente que pasa por la calle. Las estanterías, lo mismo que los libros que contienen, son de un estilo infinito, severo y pesado. El doctor Byrd es un caballero inglés de cincuenta y ocho años, de cabellos blancos y traje gris, que sería tan vulgar como otro millón de caballeros ingleses si yo no lo hubiera puesto en esta comedia. Al levantarse el telón está papando moscas.

La Señora Byrd. *(Esta señora tiene casi la misma edad que su esposo y es casi del sexo opuesto.)* — Querido: como hoy es tu cumpleaños, he hecho con mis propias manos esta torta, que espero llene tus aspiraciones. *(Al ir a colocar la torta sobre el escritorio, se le cae al suelo produciendo el ruido característico de los adoquines y de las tortas que las buenas esposas preparan con sus propias manos.)*

Byrd. — Muchas gracias, querida. *(Recoge la torta con visible esfuerzo).*

Señora Byrd. — Y ahora me voy, pues debo asistir al "meeting" pro alimentación racional de los perros pequineses. *(Sale).*

Byrd. *(Papa moscas hasta que llaman a la puerta.)* — ¿Quién es?

Willy. *(Abriendo la puerta y entrando.)* —Un desconocido. *(Este Willy viste traje de golfer y parece tener veinticinco años y el propósito de hablar con el dueño de casa.)*

Byrd. — ¿Un desconocido? No sea usted jactancioso, joven, hay en Londres más de medio millón de jóvenes como usted. Usted dirá...

Willy. — Es que el asunto que me trae es un tanto difícil..., incómodo.

Byrd. — Entonces, ¿por qué no se ha quedado usted en su casa?

Willy. *(Solemne.)* — Caballero, ¡amo a Betty!

Byrd. — ¿Y a mí qué me cuenta?

Willy. — He venido a pedirle su mano.

Byrd. *(Distraído le alarga la mano.)* — Sírvase. *(Reaccionando.)* Usted dispense... Entonces ¿quiere usted casarse con Betty?

Willy. — Eso haría mi felicidad.

Byrd. — ¿La conoce usted bien?

Willy. — He jugado con ella muchos partidos de tenis, hemos formado parte de las mismas cabalgatas y todas las tardes tomamos el té juntos...

Byrd. — ¿Y cree usted que podría, en caso necesario, dominarla como a un caballo, lanzarla por los aires como a una pelota, o endulzarla como a una taza de té cuando se ponga agria? Seguramente, no; más lógico sería que se casara usted con un caballo, una raqueta o una tetera... Pero la juventud es demasiado insensata para obrar tan cuerdamente. Por otra parte, los viejos no son menos estúpidos, y lo que aparentemente los hace más razonables es que sus fuerzas no les permiten hacer tantas tonterías... ¿Su padre de usted, qué es?

Willy. — Verdugo.

Byrd. — He ahí una bella profesión. Lástima que su ejercicio esté tan restringido por las leyes y que no se pueda llamar al verdugo para que le ampute a uno un pariente molesto, como se llama al médico para pinchar un flemón.

Willy. — Yo debo confesarle que en mi juventud he sido un tanto disipado y calavera, pero ahora me he corregido.

Byrd. — Malo, malo... Un canalla que se reforma no será nunca más que un hombre de bien de segunda mano. Por eso yo sigo siendo tan cretino como en mi juventud, como me hicieron mis padres, mis maestros, la sociedad en que vivimos, y, si soy vegetariano, no es por moral, sino por el estómago, aunque bien mirado la moral y el estómago son cosas muy parecidas en Inglaterra. Yo le decía la otra tarde al arzobispo de Canterbury: Mira, querido, la religión sería una cosa muy buena, pero le falta una cosa y le sobra otra: le falta Dios y le sobran los sacerdotes. Y ¿sabe usted qué me contestó? Pues me dijo: ¡Déjate de amolar y dame otra caja! Estábamos jugando al póker, porque el juego es la única forma correcta con que los hombres nos podemos sacar el dinero. Tiene sobre el comercio la ventaja de que ambas partes pueden perjudicarse en la misma medida. ¿No lo cree usted?

Willy. — Yo creo que debo casarme con Betty.

Byrd. — Yo creo que usted es idiota, pero eso no le impedirá llegar al Parlamento o ser un gran crítico teatral o un escritor de éxito como Chesterton. Pero le he tomado simpatía y no me gustaría verlo desdichado antes de tiempo. Si usted se casa con Betty, o con otra cualquiera, entrará sin duda en el matrimonio, que es como entrar sin dotes musicales y sin arpa al pozo de los leones, porque el matrimonio es eso... y además tendrá que comer tortas hechas por su esposa. *(Mira con terror la torta que está sobre el escritorio.)* Sí, joven, la mujer inglesa tiene el grave inconveniente de ser una mujer de su casa, que generalmente

Conrado Nalé Roxlo

e

G. BERNARD SHAW

está en un "meeting". Betty, además, es una birria, lo que se llama una birria.

WILLY. — Caballero, no puedo permitir que en mi presencia se hable así de la mujer que amo.

BYRD. — No diga tonterías; dentro de seis meses, si se casa, dirá usted cosas peores. La otra tarde, hablando con el Lord Canciller, le decía: ¿Sabes, Poli, en qué se parece el amor a una borrachera? Naturalmente, que como el pobre Poli es tan idiota no me supo contestar. La respuesta es ésta: La borrachera se parece al amor en que aquélla nos hace dichosos y luego se nos pasa y no pasó nada; mientras que el amor nos hace dichosos y cuando se nos pasa nos queda el matrimonio. Todos se rieron mucho, menos Poli, porque es muy idiota, y además estaba su mujer presente.

WILLY. — Pero, en resumidas cuentas: ¿me concede usted sí o no la mano de su hija?

BYRD. — De ningún modo, joven; me es imposible.

WILLY. — Piense usted que soy un joven ambicioso y que tengo un porvenir.

BYRD. — Lo mismo decía el ciclista y se rompió las narices contra un farol.

WILLY. — Mire que a Betty no se le va a presentar otra ocasión como ésta, pues, para serle franco, le diré que es un tanto coja.

BYRD. — Y bizca, y canta de un modo tal que parece un disco rayado, y su moralidad y la de su familia deja mucho que desear.

WILLY. — Entonces no entiendo su actitud.

BYRD. — Yo se la explicaré. Una noche le dije al duque de Kent: Oye, chico, ¿me regalas la columna de Nelson? Y él me respondió: No puedo, porque pertenece al pueblo inglés.

WILLY. — ¿Quiere usted insinuar que Betty pertenece al pueblo inglés? Me parece que usted exagera; será un poco ligera de cascos, pero tanto como eso...

BYRD. — No me ha entendido usted, cosa que no me extraña, pues ya he notado que es usted tan idiota como otro inglés cualquiera. Lo que le digo es que no puedo concederle la mano de Betty porque no es hija mía.

WILLY. — Ya comprendo..., algún desliz de su esposa...

BYRD. — Nada de eso; Betty, a lo que entiendo, es hija de un tonto escocés que vive en la puerta de al lado. Se ha equivocado usted de puerta; eso es todo.

WILLY. — ¿Y por qué no me lo dijo antes?

BYRD. — Porque soy enemigo del matrimonio, de los escoceses y del aburrimiento, y esta tarde me aburría. Pero yo lo indemnizaré por el tiempo perdido. Tome usted *(le da la torta.)* Cómasela usted y si después le quedan ganas de casarse, vuelva y llame en la puerta de al lado. *(Lo empuja suavemente hacia la puerta.)*

Telón



OBRA MAESTRA **por Ianiro**

—¡Es perfecto, profesor! ¡Perfecto!

VISITAS... **por Rafael**



—¡Pero, querida, para qué se ha molestado ...! . . Usted sabe que nosotr... cualquier cosa nos arreglamos...



Traedme las

De Ben Chafar Mushalí, poeta y gran visir de Bagdad. Traspaso del árabe al castellano por **MAS MATE** con ilustraciones de **RAUL VALENCIA**

Copero, sirve otro chato...

Era más de medianoche,
lejos las ranas croaban,
cabizbajo y boquiabierto
triste y solo meditaba.

Persas eran las muy tunas,
persas eran las malvadas
con los ojos de azabache...
¡Ganas me dan de colgallas!

Copero, sirve otro chato...

La luna se puso verde,
de mi harén las mil persianas,
en mil alfombras de Persia
se escapan por las ventanas.

Tan verde estaba la luna
que asustadas mis esclavas,
a los fieros bereberes
como locas se entregaban.

Copero, sirve otro... ¡Hip!

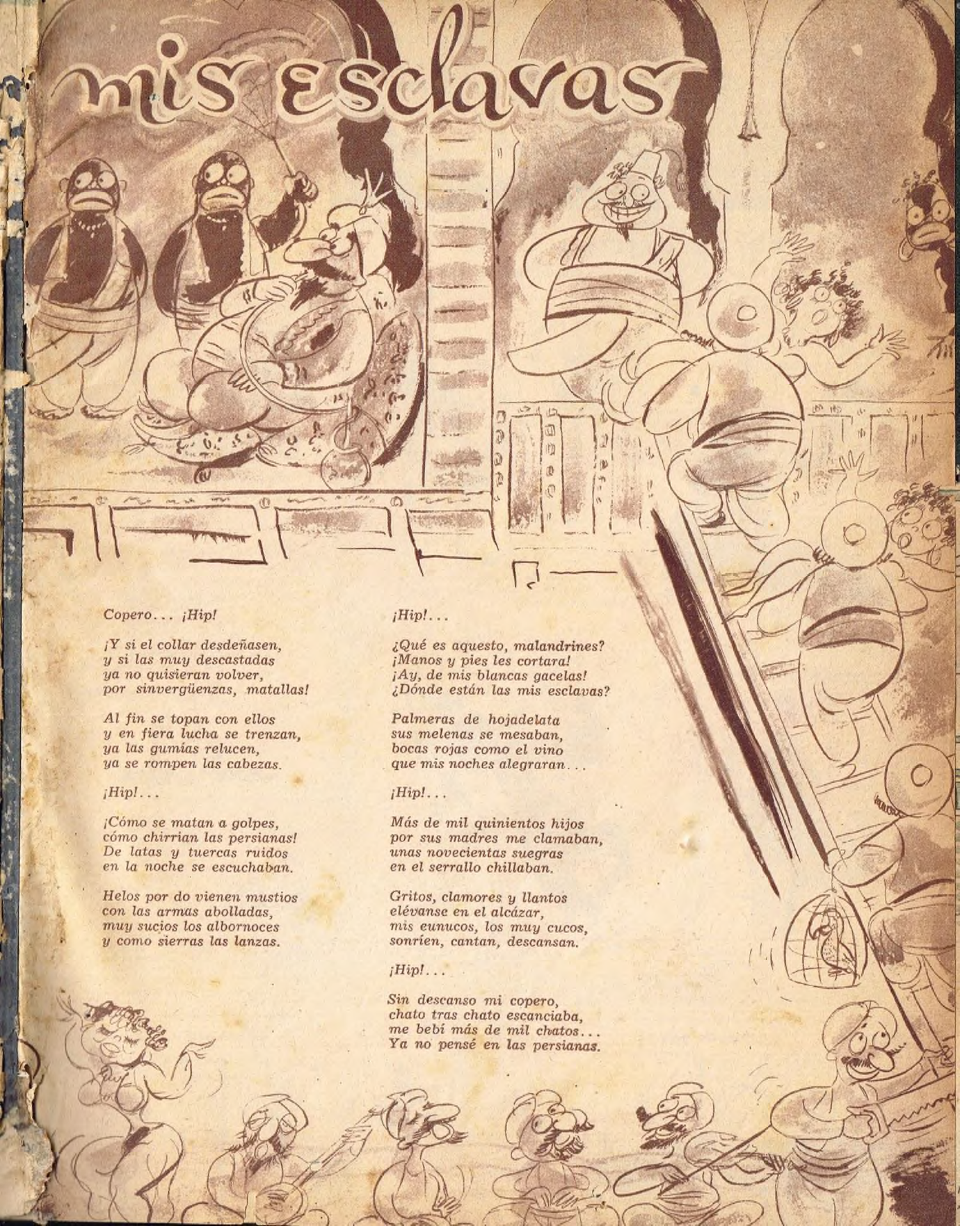
Jugaban al mus y al tute
luceros de porcelana,
estrellas de negro azúcar
la noche café endulzaban.

Cien de mis bravos guerreros
del alcázar ya marcharan,
y en el desierto se pierden
en busca de mis esclavas.

Copero, sirve... ¡Hip!

¡Prendellos, por Alá, prendellos!
traedme las mis esclavas,
y a los fieros bereberes
arrancadle las sus barbas.

Ofrecelles un collar
de zafiros y de perlas,
un par de medias de seda
pero decillas que vuelvan.



mis esclavas

Copero... ¡Hip!

¡Y si el collar desdeñasen,
y si las muy descastadas
ya no quisieran volver,
por sinvergüenzas, matallas!

Al fin se topan con ellos
y en fiera lucha se trenzan,
ya las gumías relucen,
ya se rompen las cabezas.

¡Hip!...

¡Cómo se matan a golpes,
cómo chirrían las persianas!
De latas y tuercas ruidos
en la noche se escuchaban.

Helos por do vienen mustios
con las armas abolladas,
muy sucios los albornoces
y como sierras las lanzas.

¡Hip!...

¿Qué es aquesto, malandrines?
¡Manos y pies les cortara!
¡Ay, de mis blancas gacelas!
¿Dónde están las mis esclavas?

Palmeras de hojadelata
sus melenas se mesaban,
bocas rojas como el vino
que mis noches alegraran...

¡Hip!...

Más de mil quinientos hijos
por sus madres me clamaban,
unas novecientas suegras
en el serrallo chillaban.

Gritos, clamores y llantos
elévanse en el alcázar,
mis eunucos, los muy cucos,
sonríen, cantan, descansan.

¡Hip!...

Sin descanso mi copero,
chato tras chato escanciaba,
me bebí más de mil chatos...
Ya no pensé en las persianas.

PINCELITO PURAPOSE — **No resultó tan grande** — por Domingo Villatañe



TODO ES SABER ARREGLARSE



—¡Demonios!... ¿Se puede saber cómo te has arreglado para conseguir este magnífico automóvil?

—Producto de una rifa.

—¿Sacaste el primer premio?

—¡Qué esperanza! Lo que hice fué organizar la rifa.

EN LA OFICINA...

PUESTO DIFICIL



—El jefe está teniendo muchas dificultades con ese empleo para una chica con sentido del humor.

COMPETENTE, PERO...



—Muy bien en taquigrafía..., excelente en dactilografía... Creo que no tendré más remedio que tomarla.

DISCRECION ANTE TODO

—Señorita, sírvase arañar o morder... Esa bofetada la ha oído toda la oficina.

DIVISA



—Un momento..., que todavía no se ha hecho la venta.

DE TODOS LOS DIAS

Un transeúnte, al mendigo que termina de contarle una historia dramática:

—¡Pero, hombre! Lo que acaba de decirme no coincide en nada con lo que me contó ayer.

—Es muy posible; pero como me pareció que de la anterior no me creyó nada...

EL AMOR Y EL INTERES

Sentía envidia y pesar
Una niña que veía
Que su abuela se ponía
En la garganta un collar.

—¡Necia! — la abuela exclamó —.
¿Por qué me envidias así?
Este collar irá a ti
Después que me muera yo.

Mas la niña, que aun vela
Con la ficción la codicia,
Le pregunta sin malicia:
—¿Y morirás pronto, abuela?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



ACLARANDO

Un señor entra en un comercio del que acaba de salir, y dirigiéndose al cajero, le dice:

—Dígame, ¿al pagarle no le habré dado un billete de diez pesos por uno de cinco?

—No, señor, era de cinco; estoy seguro.

—Bueno, en realidad no importa; pero es que tenía uno falso de diez, y ahora no lo encuentro...

—Este... un momentito... voy a revisar la caja...

AGALLITA — **Pescando mojarritas** — por J. CHRISTIE M.



RAYOS X — Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO







DABA LO MISMO

En una oportunidad, Rossini, que no simpatizaba mucho con las teorías musicales de Wagner, ejecutaba al piano unos trozos musicales del músico alemán. En ese momento, un alumno del autor de "El Barbero de Sevilla", al oír el ruido que producía el piano —ya que otra cosa no era aquello—, se acerca al maestro, y le dice:

—¡Maestro! ¡Pero ha puesto usted la partitura al revés!

A lo que respondió Rossini:

—¡Ya probé del otro lado, y el resultado ha sido el mismo!...

UNA DEFINICION

El dentista es un profesional que se dedica a extraer las muelas de los demás, para poder dar, con el producto de esta operación, trabajo a las suyas.

MALENTENDIDO

por Rafa

—. . . . Y sin embargo, el libro lo decía clarito: el budín se servirá adornado con fruta...

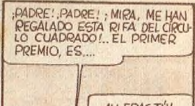
PUNTO DE VISTA

por Domingo Villafañe

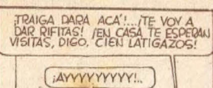
—Es un barrio un poco húmedo, pero es cuestión de acostumbrarse.

TOXICO Y BIBERON por Janiro



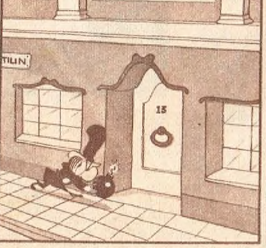




















RESPUESTA ACERTADA

Preguntaron una vez a Diógenes cuál era la hora más indicada para comer. Y el filósofo griego contestó que para el rico cuando tuviese ganas, y para el pobre cuando tuviese qué.



GITANERIAS

Un príncipe vió en sueños tres ratones: uno gordo, otro flaco y un tercero ciego.

Intrigado por el significado del sueño mandó llamar a una



gitana para que se lo explicara.

—El ratón gordo — contestó la gitana — es tu primer ministro, el flaco es tu pueblo, y en cuanto al ciego, ése eres tú.

EN UN NEGOCIO DE ZAPATERIA

Clienta primera, dirigiéndose al vendedor:

—Estos zapatos me aprietan un poco.

El vendedor, con mucha amabilidad:

—No importa, señora; llévelos igual, porque con el uso el cuero estirará un poco.

Clienta segunda, al mismo vendedor:

—Estos zapatos me van a resultar grandes.

El vendedor, siempre muy amable:

—Puede comprarlos con confianza, señora; en cuanto se mojen verá usted cómo el cuero encoge algo.

Tercera clienta:

—Creo que estos son los zapatos que necesitaba; me quedan muy bien.

El vendedor, sonriendo:

—Y son de primera calidad, señora. Puedo asegurarle que, aunque se canse de usarlos, el cuero no cambiará en absoluto.

¿LO SABIA Ud.?

En cierta ocasión pidieron a Tristán Bernard la definición de una mujer hermosa, y el escritor francés respondió:

—El paraiso de los ojos, el infierno del alma, y el purgatorio del bolsillo.

HABIA MOTIVO

—Maria — dice la señora a la mucama—, ¿quién ha tomado coñac de esta botella?

—He sido yo, señora,

—¿Usted? Pero, ¿cómo se ha atrevido? . . .

—Es que la necesitaba; tenia que reponerme de una emoción muy fuerte: ¡esta mañana rompí su jarrón japonés! . . .

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO — Servicio completo — por JAN KIEL











OJO POR OJO..., por González Fossat





LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO



Historia Universal

de CESAR CANTU



Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: *es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido.* Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan elogiada, o la gracia y plasticidad de su atrayente estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa ponderación entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuanto debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con amenísimo estilo.

Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro.

11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS c/u. (TAMAÑO 18×27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LEGIBLE, Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TITULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA CON 112 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTORICOS, Y RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES. COMPLEMENTADA CON UN PRACTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L

Capital $ 3.800.000 m/n.
ESMERALDA 116
U. T. 33-0063 - Bs. Aires



La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construído en finísimo roble americano lustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sirvanse enviarme informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

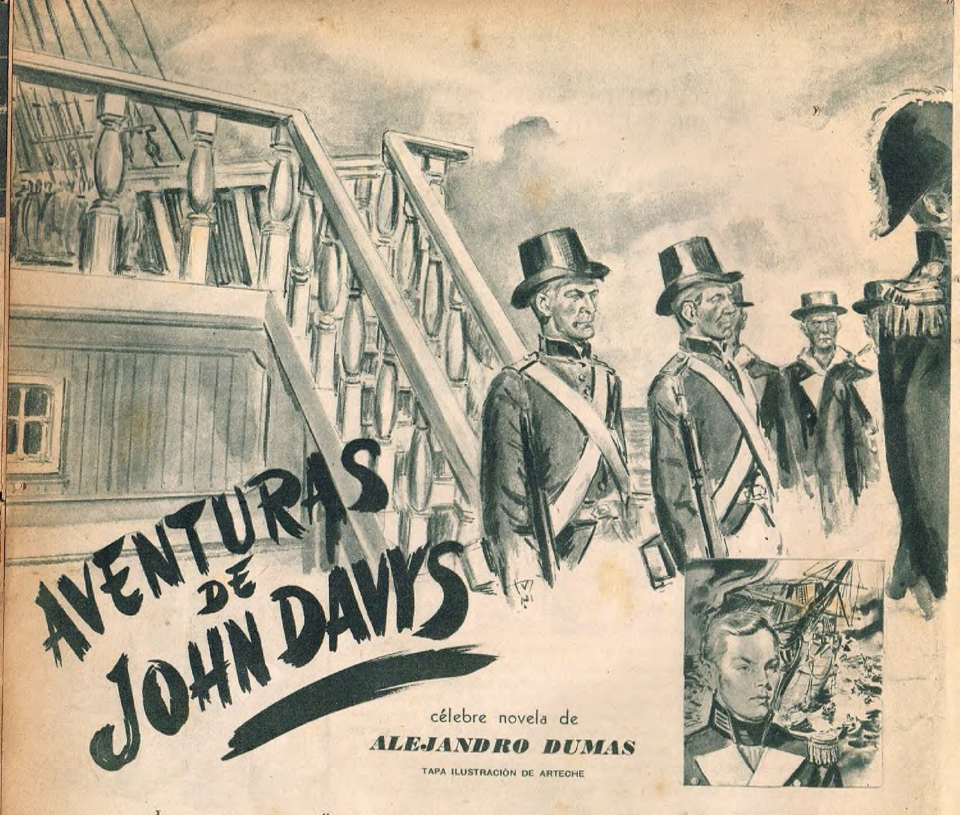
Nombre..

Dirección.......................................

Localidad.......................................

F. C.................................... L. 292





AVENTURAS DE JOHN DAVYS

célebre novela de

ALEJANDRO DUMAS

TAPA ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

I

Estas líneas las empiezo a escribir cuarenta años después del día en que mi padre, el capitán Eduardo Davys, comandante de *La Junon*, fragata de guerra, cayó en el puente con una pierna de menos, tronchada por uno de los proyectiles lanzados por *Le Vengeur*, que, antes que rendirse, prefirió hundirse en las simas del mar.

Al llegar mi padre a Portsmouth, donde ya se sabía la nueva de la victoria alcanzada por el almirante Howe, recibió el nombramiento de contraalmirante, que le fué concedido junto con el retiro.

Tenía mi padre, en ese entonces, cuarenta y cinco años y era uno de esos marinos de alma, que no comprenden la necesidad de la tierra si no para proveerse de comestibles o utilizarla como secadero de pescado. Nacido a bordo de una fragata, era guardiamarina a los quince años, teniente a los veinticinco y capitán a los treinta; pasó lo mejor de su existencia en el mar, sin poner el pie en tierra firme más que muy contadas veces.

Así que ya es de imaginar cuál sería su tortura al verse ahora asentado para siempre en tierra. Ni la pérdida de la pierna ni el dolor que tal suceso le provocaba tenían para él tanta importancia como el verse en situación de retiro y sin pisar barco alguno.

Muy larga y dolorosa fué su convalecencia; pero su robusta constitución aguantó los males físicos y venció las preocupaciones morales. Cierto es, y justo reconocerlo, que para salir a flote de tan dura lucha, sir Eduardo tuvo a su lado a uno de sus fieles marinos, que lo acompañó en casi toda su azarosa vida marítima.

El digno hombre de mar a quien me refiero, cuya edad excedía en algunos años la de mi padre, se llamaba Tom Smith, y abandonó la fragata tan pronto como a su comandante le dieron el retiro.

Los dos viejos amigos,.., amigos, sí, porque en la vida privada desaparece la distinción de grados, viéronse bruscamente condenados a un género de vida para el cual no estaban preparados, y cuya monotonía los aterraba de antemano, pero de grado o por fuerza habían de resignarse. Acordóse sir Eduardo de que allá, a unos cuantos centenares de millas de Londres, poseía un castillo que llevaba el nombre de su padre: Williams-house, y allí se encaminaron los dos lobos de mar.

Ocupaba el castillo una posición encantadora. Un riachuelo, nacido al pie de las montañas que se elevan entre Manchester y Sheffield, cruzaba las deliciosas praderas y, después de formar un lago de una legua de perímetro, continuaba su curso para verter su caudal en el Trent, no sin antes bañar las casas de Derby. Todo el paisaje ofrecía un tono verde lleno de vida y de alegría. Aires de tranquilidad profunda y perfumes de dicha completa saturaban el horizonte, que limitaba esa cadena de colinas, de curvas graciosas, que nace en el país de Gales, atraviesa por entero Inglaterra y termina en las estribaciones de los montes Cheviots.

Retiro mejor no hubiese podido desearlo el hombre que, hastiado de las cosas del mundo, lo hubiera escogido voluntariamente; pero como sir Eduardo no se encontraba en este caso, halló que aquella naturaleza tranquila y bonita era monótona, comparada con la eterna agitación del Océano, con sus horizontes inmensos, con sus islas grandes como continentes y continentes que son mundos. Recorrió suspirando los vastos salones del castillo, sobre cuyos entarimados de bruñida encina resonaba lúgubremente su pierna de palo, haciendo alto en las ventanas de las cuatro fachadas a fin de trabar conocimiento con los cuatro



puntos cardinales de su propiedad, y, seguido por Tom, que ocultaba el asombro que tanta magnificencia le producía.

—¿Qué me dices, Tom? ¿Qué te parece todo esto?

—¡Palabra de honor, mi comandante! —contestó Tom, tomado de sorpresa—. El entrepuente está bien: falta saber si han descuidado la cala.

—Baja tú, Tom; baja y examínalo por tus propios ojos. Aquí te espero.

—¡Diablo! —exclamó Tom—. ¡El caso es que no sé dónde están las escotillas!

—¿Desea el señor que le acompañe? —preguntó una voz que salió de la estancia contigua.

—¿Quién eres tú? —interrogó sir Eduardo volviéndose.

—Jorge, el ayuda de cámara del señor —respondió la voz.

—¡Que pase el ayuda de cámara! —exclamó el marino.

Un segundo después, aparecía en el umbral un muchacho de gran talla.

—¿Quién te tomó para mi servicio? —repuso sir Eduardo.

—El señor Sanders, su administrador.

—¡Ah, vamos! ¿Y qué sabes hacer?

—Sé afeitar, peinar, limpiar y bruñir las armas..., en una palabra: todo lo concerniente al servicio de un militar ilustre como Vuestra Señoría.

—¿Quién está al frente de la cueva?

—El señor Sanders consideró que el puesto era demasiado importante para disponer de él en ausencia de Vuestra Señoría.

—¡Ese hombre no se paga con dinero! ¿Has oído, Tom? La dirección de la cueva está vacante.

—Supongo —respondió Tom con visible inquietud— que la falta de jefe no será debida a que la cueva esté vacía.

—Está surtida: puede examinarla el señor —contestó el ayuda de cámara.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo con permiso del comandante —dijo Tom.

Sir Eduardo concedió el permiso solicitado para llevar a cabo tan importante misión, y el viejo marino siguió al ayuda de cámara.

II

Mal hizo Tom en abrigar temores; pues la bodega estaba bien repleta. Según lo exigieran las cualidades o lo añejo del líquido que contenían, las botellas estaban en posición vertical u horizontal, pero todas llenas, todas agrupadas en torno de sus respectivos mástiles, hincados en tierra y coronados por un cartelón, en el cual se leía el año del vino y la cosecha, mástiles que eran a manera de banderas de distintos cuerpos de ejército, colocados en forma que hacía honor a los conocimientos estratégicos del digno señor Sanders. Los labios de Tom dejaron escapar un murmullo de aprobación que evidenciaba que sabía apreciar aquellas sabias disposiciones, y como observara que, cerca de cada agrupación, destacada a guisa de centinela, había una botella, resolvió prender tres de aquellas centinelas avanzadas y presentarse con ellas a su comandante.

Encontró a éste sentado delante de una ventana del salón que había elegido para sí, ventana que daba al lago. La vista de aquella pobre extensión de agua, que brillaba como un espejo encerrado en un marco verde, había hecho evocar al capitán todos sus antiguos recuerdos y todos sus pesares presentes, pero al oír el ruido que hizo la puerta al entrar Tom, volvió la cabeza, y como si experimentara cierta humillación al verse sorprendido pensativo y con los ojos anegados de lágrimas, irguióse, y dejó oír la tosecilla que le era habitual cuando se sobreponía a sus pensamientos y ordenaba a éstos que tomasen derroteros nuevos. Tom leyó como en libro abierto en el alma de su comandante, adivinó las sensaciones que le preocupaban, pero nada dijo: el comandante, por su parte, avergonzado de que su viejo camarada le hubiese sorprendido en momentos de emociones melancólicas, fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir.

—¡Qué me dices, Tom! —exclamó, esforzándose por dar a su voz una expresión jubilosa—. No habrá sido muy mala la campaña cuando traes prisioneros, ¿eh?

—La verdad es, mi comandante —respondió Tom—, que las regiones qué acabo de explorar están muy pobladas, y que en ellas encontrará con qué brindar durante mucho tiempo por el honor futuro de la vieja Inglaterra quien tanto ha contribuido a su honor pasado.

—Creo, Tom —dijo—, que aquí estaremos todo lo bien que se puede estar en tierra.

—De mí, puedo decir —contestó Tom, fingiendo un despego que no sentía— que si no me engaño mucho, antes de una semana habré olvidado por completo a *La Junon*.

—¡Ah! ¡Qué hermosa era *La Junon*, amigo mío! —exclamó suspirando sir Eduardo—. ¡Encantadora fragata, graciosa como una gaviota, obediente a la maniobra, brava en el combate! ¡Pero no hablemos de eso, Tom... o mejor dicho, no hablemos nunca de otra cosa! La vi construir, amigo mío; le vi poner desde la quilla hasta los juanetes... Era mi hija... sí, Tom, mi hija... ¡Hoy vive con otro..., se ha casado! ¡Quiera Dios que su marido la gobierne bien, porque si le ocurriera alguna desgracia, yo no podría consolarme nunca!... Vamos a dar una vueltecita, Tom.

El comandante, sin tratar de ocultar su viva emoción, tomóse del brazo de Tom y bajó al jardín por la escalinata.

Era uno de esos encantadores parques ingleses, con sus canastillas de flores, sus macizos de follaje, sus avenidas numerosas. De trecho en trecho se encontraban distintos pabellones, todos de gusto exquisito. Frente a la puerta de uno de ellos, vió sir Eduardo al señor Sanders. Se dirigió hacia él, y el mayordomo, al observar que su señor se acercaba, apresuróse a salirle al encuentro, evitándole la mitad del camino.

—¡Caramba, señor Sanders! —exclamó el marino—. Celebro haberle encontrado, para darle las gracias. Es usted un hombre que no tiene precio, palabra de honor. (El señor Sanders se inclinó.) Crea usted que, de haber sabido donde encontrarle, no hubiera esperado a que la casualidad me lo pusiera delante.

—Yo doy las gracias a la feliz casualidad que guió hacia aquí los pasos de Vuestra Señoría —respondió el señor Sanders, gozosísimo al oír el cumplimiento que su señor acababa de dirigirle—. Este es el pabellón que habito hasta tanto que Su Señoría tenga a bien darme a conocer su voluntad.

—¿No se encuentra usted a gusto en su pabellón?

—Al contrario: cuarenta años hace que lo ocupo; en él murió mi padre y en él nací yo; pero pudiera ocurrir que Vuestra Señoría le hubiese asignado otro destino.

—¡Líbreme Dios! —exclamó sir Eduardo—. Conozco demasiado el poder de los recuerdos, mi digno amigo, para que me atreva a lastimar los suyos... ¿A qué hora suele comer usted, señor Sanders?...

—A las doce, señor.

—A esa hora como también yo. Todos los días tendrá usted un cubierto en la mesa del castillo: no lo olvide. Supongo que alguna vez se permitirá usted jugar una partidita de *hombre*, ¿verdad?

—Sí, señor; cuando dispone de algún tiempo el señor Robinsón, voy a su casa o viene él a la mía, y nos permitimos gozar de una distracción que consideramos lícita e inocente.

—Pues bien, señor Sanders: los días que el señor Robinsón no pueda acompañarle, encontrará usted en mí un adversario que no se dejará vencer fácilmente; y los días que venga, acompáñele al castillo, si no le es molesto, y jugaremos al *whist* en vez de jugar al *hombre*.

Sir Eduardo volvió a tomar el brazo de Tom y continuó su paseo.

A poca distancia del pabellón de su administrador encontró el capitán la casita de su guardabosque, encargado también de la conservación de la pesca.

Volvió al castillo un poquito cansado de la excursión, la más larga que había hecho con posterioridad a la amputación de su pierna, pero al propio tiempo llevando en su alma todo el caudal de alegría compatible con el pesar eterno que guardaba en el fondo del corazón. Su misión había sufrido un cambio: dueño y árbitro de la dicha de sus semejantes, patriarca en vez de comandante, resolvió, con la prontitud y regularidad que le eran familiares, ajustar desde aquel día el empleo de su tiempo a las reglas adoptadas a bordo de su fragata, manera de no tener que alterar sus costumbres de siempre. Dió cuenta de su decisión a Tom, que la aceptó tanto más fácilmente, cuanto que no había olvidado aún la disciplina del mar.

Y esta parodia de vida marítima en tierra empezó a ir enterneciendo el espíritu de sir Eduardo.

El capitán echaba de menos el balanceo del mar. La ausencia de las emociones producidas por la tempestad, dejaba un vacío doloroso en su corazón, y la añoranza de los días terribles en que un individuo defiende la causa sacrosanta de una nación, la memoria de los días en que la gloria es el premio del vencedor, la vergüenza del castigo del vencido, hacían que, a sus ojos, cualquier otra ocupación fuera mezquina y frívola. El pasado devoraba al presente.

Empero, con esa energía propia de los que durante toda la vida se vieron obligados a dar ejemplo, mantenía ocultas en lo más recóndito de su alma sus sensaciones, sin dejar que las sospecharan los que le rodeaban. Solamente Tom, en cuyo corazón despertaban idénticos pesares los mismos sentimientos, seguía con inquietud los progresos de aquella terrible melancolía interior, cuya manifestación única era una mirada dirigida a la pierna mutilada, seguida de un suspiro doloroso, al cual sucedía de ordinario una evolución rápida alrededor de la casa, hecha al compás de una tonadilla que el capitán solía silbar durante los combates o las tempestades. Una noche, el capitán dijo a Tom que se sentía algo mal, y a la mañana siguiente, cuando quiso levantarse de la cama, sufrió un vahido.

III

La alarma en el castillo fué inmensa. El administrador y el pastor evangélico, que la noche anterior habían jugado con sir Eduardo una partida de *whist*, no concedieron la menor importancia a una indisposición cuyo carácter no podían comprender, pero Tom los llamó a consejo y rectificó su opinión sobre el particular, precisando el carácter y la importancia de la enfermedad. Entonces acudieron al médico, pero, a fin de evitar que el capitán se diera cuenta del alcance de las inquietudes que hacía concebir su estado, convinieron en que el médico se presentaría en el castillo al día siguiente, fingiendo que lo traía la casualidad, y que aprovechaba la ocasión para pedir un cubierto a la hora de comer.

Pasó el día como de costumbre. El capitán, gracias a su voluntad enérgica, logró sobreponerse a su debilidad.

Al día siguiente llegó el médico, conforme se había convenido. Su visita, por lo mismo que era inesperada, sacó momentáneamente al capitán de su marasmo, pero pronto recayó éste

en una somnolencia más profunda todavía que la que le dominaba antes. El médico adivinó los síntomas característicos del *spleen*, enfermedad contra la que se estrella siempre la ciencia médica. Esto no obstante, sometió al enfermo a un régimen consistente en bebidas tónicas y en carnes asadas, aconsejándole al propio tiempo que procurase distraerse todo lo posible.

Sencillísimo era cumplir las dos partes primeras de la prescripción facultativa, pues en todas partes se encuentran jugos de hierbas, vino de Burdeos y bistecs; pero las distracciones resultaban desconocidas, o poco menos, en la Williams-house. Para buscarlas había agotado Tom todos los recursos de su imaginación, sin encontrar otra cosa que lectura, paseo y *whist*. El bravo marinero no acertaba a salir de estas tres palabras: varió las horas, los lugares, e invirtió el orden, pero jamás logró inventar nada que disipase la languidez que progresivamente se apoderaba de su capitán.

Mas nada adelantó: el *spleen* avanzaba, y, de seguir así, sir Eduardo sucumbiría irremisiblemente, y pronto. Pero Dios hizo un milagro.

Un día que el marino, aislado en un rincón del parque, que, era su retiro habitual, sentía como nunca los terribles zarpazos de sus mortales ensueños, oyó, en el paseo que conducía a la gruta donde él estaba, rumor de hojas secas holladas por pasos desconocidos. Alzó la cabeza, y vió que se dirigía hacia él una mujer que representaba unos veinticinco años, hermosa todavía, no con esa hermosura deslumbrante de la primera juventud, tan vistosa, pero a la par tan efímera, sobre todo en Inglaterra, sino con esa segunda belleza, si se me permite hablar así, en cuya composición entran por igual una frescura moribunda y una lozanía naciente. Su rostro, al que daban dulzura dos ojos azules, ofrecía esas líneas tranquilas y puras, peculiares en las mujeres que viven en la región septentrional de la Gran Bretaña. Su blanco vestido era sencillo y severo a la vez.

Iba a interesar a sir Eduardo en favor de una pobre familia, cuyo padre había fallecido la víspera, después de una enfermedad larga y dolorosa, dejando en la mayor miseria a la viuda y a cuatro hijos.

Con sencillez tan adorable, y con tal dulzura de gestos y de expresión hizo la joven el relato de aquellos tristes seres, que sir Eduardo sintió que a sus ojos se agolpaban las lágrimas. Llevó la mano al bolsillo y sacó una bolsa repleta de oro, que puso en manos de la hermosa embajadora. Esta, por su parte, en un momento de emoción que no pudo dominar, al ver tan rápida y felizmente cumplida su misión, se apoderó de la mano de sir Eduardo, la besó y alejóse sin dar las gracias, deseando llevar la tranquilidad al alma de aquella familia.

Al quedar solo, el marino creyó que había soñado. Miró afanoso en derredor: la nívea visión había desaparecido, y de no haber sido por la mano, en la cual todavía sentía la dulce presión que acababa de experimentar, y por la ausencia de la bolsa, se hubiese creído juguete de una alucinación febril. Quiso la casualidad que cruzara en aquel momento el señor Sanders frente a la gruta, y el capitán lo llamó. El administrador acudió en el acto; entonces, sir Eduardo le preguntó, con vivacidad de expresión que había perdido hacía tiempo, quién era la persona que acababa de alejarse.

—Es Ana María — respondió el administrador, como si por necesidad hubiera de saber el mundo entero quién era tal mujer.

—¿Pero, quién es Ana María?

—¡Cómo! ¿Será posible que no la conozca Vuestra Señoría?

—¡No la conozco, caramba, no! — replicó el capitán, con impaciencia que no era del mejor agüero.

—Pues Ana María es la Providencia divina en la tierra, el ángel de los pobres y de los afligidos. Seguramente habrá venido a interesar a Vuestra Señoría en alguna buena obra, ¿verdad?

—Sí..., creo que habló de unos desgraciados a quienes era necesario salvar de la miseria.

—No podía ser otra cosa. Cuantas veces se presenta en la morada de un rico, lo hace en nombre de la caridad; cuantas veces pisa la choza de un pobre, encarna el papel de la misericordia.

—¿Y quién es esa señorita?

—Nadie lo sabe con exactitud, aunque todo el mundo lo sospecha. Hace unos treinta años... sí, allá por los de 1764 ó 1766, sus padres se radicaron en el Derbyshire. Venían de Francia, donde se decía que habían corrido la suerte del Pretendiente, o lo que es lo mismo, que sus bienes habían sido confiscados, y que ellos no podían vivir a menos de sesenta millas de Londres. Cuatro meses después de haberse establecido en el país, nació Ana María. Apenas cumplió la niña quince años, perdió a sus padres y quedó sola en el mundo, con una renta de unas cuarenta libras esterlinas, demasiado exigua para que pudiera aspirar a casarse con un gran señor, y demasiado importante para unir su suerte a la de un labrador. Por otra parte, el apellido que probablemente lleva y la educación que ha recibido, le impedirían contraer una alianza desigual. Ha permanecido, pues, soltera y consagrado su vida entera a las obras de caridad. Ni por un momento ceja en la misión misericordiosa que se ha impuesto. Algunos conocimientos médicos que posee le abrieron las puertas de los enfermos pobres, y todo el mundo dice que donde fracasa la ciencia triunfa la oración dirigida al cielo por Ana María, santa ante Dios, según la voz corriente. Por eso Ana María tiene sus privilegios, y uno de ellos es el de penetrar en todas partes, sin que ningún criado ose ponerle obstáculo.

—Hacen muy bien — dijo sir Eduardo levantándose —. Apruebo su



conducta, puesto que se trata de una criatura abnegada y caritativa... Déme el brazo, señor Sanders... Creo que es hora de comer.

Era la primera vez, desde hacía un mes, que el capitán observaba que su apetito se adelantaba al toque de la campana. Entró en sus habitaciones más alegre que de costumbre; pero las horas de la tarde, con su lento caminar, trajeron otra vez tristeza a su ánimo.

IV

El día siguiente amaneció tristón y brumoso, sin que Tom notara ningún cambio en el estado del enfermo. Intentó oponerse al paseo del capitán, temiendo los efectos perniciosos de las tinieblas de otoño; pero sir Eduardo se enojó y, desoyendo las reprensiones del leal marinero, se dirigió a la gruta. Haría un cuarto de hora que estaba en ella, cuando vió aparecer en la alameda a Ana María acompañada de otra mujer y tres niños. Eran la viuda y los huérfanos, a quienes el capitán librara de la miseria, que venían a dar las gracias a su bienhechor.

Sir Eduardo, no bien distinguió a Ana María, quiso ir a su encuentro; mas la debilidad, acaso la emoción, rindieron sus fuerzas, obligándole a apoyarse en un árbol. Ana María observó que vacilaba, y corrió a sostenerle, a tiempo que la buena mujer y los niños se echaban a sus pies y se disputaban a porfía sus manos, que cubrieron de besos y regaron con lágrimas. La expresión de un reconocimiento tan franco y sincero conmovió al capitán hasta un punto tal, que sintió que las lágrimas subían tumultuosas a sus ojos. Intentó contenerlas, considerando indigno de un marino enternecerse; pero creyó que las lágrimas aliviarían la opresión que desde largo tiempo atrás gravitaba sobre su pecho, y sin fuerzas para luchar contra una necesidad del corazón, abandonóse sin reservas a su emoción, alzó del suelo a los niños, que se abrazaban a sus rodillas, los besó, y prometió a la madre que no los abandonaría nunca.

Mientras tanto, los azules ojos de Ana María brillaban animados por una alegría celestial, y su dulce rostro trasuntaba más candor. Llegó Tom en aquel momento, buscando a su señor, decidido a regañarle si se obstinaba en no volver inmediatamente al castillo. Así que, mitad regañando, mitad suplicando, dirigió a su señor un discurso encaminado a demostrar al enfermo la necesidad de seguirle. Sir Eduardo escuchó con distracción manifiesta las bien intencionadas palabras de Tom. Pero Ana María, que entonces comprendió la gravedad de la indisposición de sir Eduardo, se aproximó al capitán, y le dijo con la dulzura de voz que le era habitual:

—¿Ha oído Vuestra Señoría?

—¿El qué? — preguntó sir Eduardo.

—Que es peligroso para usted respirar esta atmósfera fría y lluviosa, y que sería de desear que volviera al castillo.

—¿Me daría usted el brazo para...?

—¡Con mil amores! — respondió Ana María, sonriendo.

Acompañando la acción a la palabra, ofreció al capitán el brazo; éste apoyó el suyo en él y, con asombro indescriptible de Tom, que no esperaba tanta docilidad, echó a andar hacia el castillo.

Aquella noche, el doctor y el cura vinieron a jugar su partidita de *whist*. El capitán ponía alguna atención en el juego, cosa que maravillaba a sus amigos.

De pronto, el doctor dijo:

—A propósito, comandante, ¿ha visto usted hoy a Ana María?

—¿La conoce usted? — preguntó sir Eduardo.

—¿No he de conocerla, si es mi colega?

—¿Su colega?

—Claro que sí... y colega muy temible. Más enfermos salva ella con sus palabras dulces y sus remedios caseros que yo con toda mi ciencia...

—Y más almas atrae al camino del bien con su ejemplo, que yo con todos mis sermones — terció el cura —. Seguro estoy, comandante, que por empedernido pecador que usted sea, si a ella se le pusiera en la cabeza, le conduciría al paraíso.

Continuó la partida, y no volvió a hablarse aquella noche de Ana María.

Durante la velada, el capitán, no sólo escuchó con atención, sino que también habló como no había hablado en mucho tiempo. Fácil era advertir una mejoría notable en su estado.

No pasó mala noche el capitán. A la mañana siguiente despertó más bien preocupado que sombrío. El menor ruido bastaba para que volviera vivamente la cabeza, como si esperase a alguien. Mientras tomaba el té, anunciaron a la señorita Ana María, que venía a informarse de la salud del capitán y a darle cuenta de la distribución de los fondos.

El recibimiento que sir Eduardo dispensó a su bella visitante hizo comprender a Tom que la visita era esperada, a la par que le explicó la docilidad que tanto le maravillara la tarde anterior. Después de algunas preguntas sobre su salud, que sir Eduardo aseguró que había mejorado sensiblemente desde dos días antes, Ana María entró en el asunto de la pobre viuda.

Ya fuese por gratitud, ya porque su instinto le dijera que su presencia era agradable, Ana María permaneció cerca de dos horas en compañía del capitán. Al cabo de ese tiempo, Ana María se levantó y se despidió de sir Eduardo, sin que éste se atreviera a retenerla, aunque hubiese dado toda su fortuna a trueque de que su hermosa visitante no le privase tan pronto de su agradable compañía.

Al salir, Ana María encontró a Tom, que la estaba esperando para rogarle que le diera una receta para combatir la enfermedad de su señor. Habíase informado en el pueblo y sabido los grandes conocimientos médicos que atesoraba Ana María. Y esto hizo nacer en el corazón de oro del buen Tom no ya la esperanza, sino la seguridad de que, si la señorita Ana María se dignaba encargarse del tratamiento de su señor, conseguiría una curación que tres días antes conceptuaba imposible.

Ana María no atenuó la gravedad del estado de sir Eduardo. Las enfermedades crónicas de la clase de la que había atacado al capitán perdonan muy contadas veces, y como no se consiga desviar su curso a fuerza de remedios violentos y sostenidos, caminan con obstinación hacia un resultado fatal. El doctor y el cura explicaron francamente a Ana María la influencia que en el ánimo del capitán había ejercido su visita y no le ocultaron la atención excepcional que prestó el enfermo a la conversación, mientras ésta versó sobre ella. Ana María no se admiró poco ni mucho, y se mostró dispuesta a conceder al pobre capitán el consuelo de su presencia, sin otras miras que el deseo de agradar a Dios y de contribuir a la curación del enfermo. De aquí que prometiese volver al día siguiente.

Aquel día fué el capitán quien habló el primero, y a todo el mundo, de la visita que había recibido. Pasó la mañana en el mejor estado de ánimo. Cuando llegó la hora del almuerzo se encaminó al comedor, donde encontró al doctor.

Era evidente que se había producido el efecto que el médico esperaba. Sir Eduardo principiaba a desarrugar su severa fisonomía, en vista de lo cual, seguro el doctor de que el capitán entraba por el buen camino, le aconsejó que mandara enganchar el coche para dar, en su compañía, un paseo después de comer. Dijo que tenía necesidad de visitar a algunos enfermos en el pueblo en que vivía Ana María, y que, si el capitán accedía a dirigir su paseo hacia la parte indicada, le haría un favor in-

menso, pues el caballo de él estaba enfermo.

Tan pronto el capitán oyó que el término del paseo propuesto habría de ser el pueblo donde residía Ana María, dió al cochero orden de enganchar inmediatamente, y a partir de aquel momento, fué él quien dió prisa al doctor.

La distancia que separaba al castillo del pueblo sería de cuatro millas, que los caballos recorrieron en menos de veinte minutos, lo que no fué obstáculo para que el capitán se quejara sin cesar, durante la marcha, de la lentitud de aquellos. Llegaron al fin: el coche hizo alto frente a la puerta de la casa donde el doctor tenía que hacer una visita. Por casualidad, la casa en cuestión estaba situada frente a la de Ana, circunstancia que el doctor, al descender del coche, hizo observar al capitán.

Era una casita preciosa, de estilo inglés, cuyas maderas verdes y tejas encarnadas le daban un aspecto bello y alegre a la vez. Mientras el doctor hizo su visita, los ojos de sir Eduardo no se separaron de la puerta, por donde esperaba a cada momento ver salir a Ana María. Sus esperanzas quedaron defraudadas: cuando el doctor volvió, todavía perduraba la contemplación del capitán.

Puso el doctor el pie en el estribo del coche, pero fingiendo que se le ocurría una idea de pronto, propuso a sir Eduardo, como la cosa más sencilla del mundo, devolver a Ana María la visita que ésta le había hecho en el castillo. Aceptó el capitán con un apresuramiento que evidenciaba el retorno siempre creciente de sus sensaciones, y ambos se dirigieron a la casa.

Llamó el doctor a la puerta, que fué abierta por una señora vieja que los padres de Ana María habían traído de Francia, y que, muchos años antes, fué su institutriz. Ana no estaba en casa: habíanla llamado para que viera a un niño enfermo de viruelas, que vivía en una choza aislada a una milla de distancia del pueblo. Esto no obstante, como el doctor era amigo de la señorita, propuso al capitán entrar a visitar la casita, de la que la anciana se ofreció gustosa a hacer los honores. Imposible soñar nada más alegre, más encantador que aquel nido. Propiedad de Ana María era aquella casita, comprada por sus padres y legada a su muerte, juntamente con una renta de cuarenta libras esterlinas que, conforme hemos dicho, constituían toda la fortuna de aquélla. El capitán, dando pruebas de una curiosidad que llenó de alegría al doctor, la visitó y recorrió desde el vestíbulo hasta el desván, excepción hecha, empero, del dormitorio: *sancta sanctorum* de las casas inglesas.

La señorita Villevieille, que así se llamaba la anciana, aunque no comprendió los móviles de aquella investigación, supuso que los señores que la habían hecho, y sobre todo el capitán, tendrían necesidad de descansar; en consecuencia, condujo al salón a los visitantes, les rogó que tomasen asiento, y salió para preparar el té.

Al poco rato, y cuando el capitán estaba sumido en lo más hondo de sus reflexiones, se abrió la puerta y entró Ana María, llevando en una mano una tetera y en la otra una bandejita llena de *sandwiches*. Hacía un momento que había regresado a su casa, y al saber que tenía visita, que ciertamente no esperaba, quiso ser ella misma la que hiciera los honores.

Al verla, el capitán se puso en pie y saludó con muestras de vivo placer y de profundo respeto. Ana María dejó sobre una mesita los objetos de que era portadora y contestó al saludo del capitán. Estaba encantadora como nunca en aquel momento: el ejercicio había dado a sus mejillas los vivos colores de la salud. Si a esto se añade cierta timidez natural, propia de quien encuentra inesperadamente en su casa dos personas extrañas, y un deseo decidido de hacer a éstas agradable su breve visita, se comprenderá que el capitán estuvo con ella tan locuaz y expresivo como no recordaba el doctor haberlo visto en mucho tiempo. Pero, a pesar de su animación, el marino no dejó de observar que la tetera y todo el servicio de plata ostentaban escudos heráldicos rematados en una corona de barón, circunstancia que, sin que él mismo se diera cuenta de la causa, agradó a su rancio orgullo aristocrático.

Fué el doctor quien se vió obligado a recordar al capitán que su visita duraba ya más de dos horas. Sir Eduardo protestó contra la verdad de semejante afirmación; mas despidióse al punto de Ana María, haciéndole prometer antes que al día siguiente iría, acompañada por la señorita Villevieille, a tomar el té en el castillo.

—¡Palabra de honor, doctor! — exclamó sir Eduardo al entrar en el castillo—. Con frecuencia tiene usted ideas excelentes... Lo que no comprendo es por qué no hemos de hacer todos los días paseos como el de hoy.

V

A la mañana siguiente, el capitán se levantó una hora más temprano que de ordinario, recorrió todas las dependencias del castillo y dió las instrucciones que estimó necesarias para la gran solemnidad que se avecinaba. El orden perfecto y el gusto exquisito que observó en la casita de Ana María, hasta tal punto habían seducido a sir Eduardo, que salió de aquélla resuelto a poner en la misma forma la Williams-house.

Ana María y la señorita Villevieille llegaron a la hora oportuna, sin sospechar que su visita hubiese ocasionado tantos preparativos. El capitán hizo los honores del castillo. Al verle tan despierto, tan atareado, tan atento a los detalles más insignificantes, nadie hubiera creído que pudiera ser el mismo hombre que, una semana antes, se arrastraba penosamente por aquellos salones, lento y mudo como una sombra. Mientras tomaban el té, la atmósfera, brumosa y tétrica de ordinario en el mes de octubre en las regiones septentrionales de Inglaterra, se iluminó de pronto. El doctor, que había asistido al té, aprovechó la ocasión para proponer un paseo por el parque, cosa que aceptaron las visitantes. Ofreció su brazo a la señorita Villevieille y el capitán el suyo a Ana María, con la que en seguida comenzó a hablar de su vida de marino.

El paseo se prolongó dos horas, sin que el capitán experimentara la menor fatiga ni Ana el menor aburrimiento. La señorita Villevieille, menos interesada, por lo visto, en la conversación del doctor, fué la que vino a recordar a su señora que era hora de volver al pueblo.

No se notaron a raíz de su despedida los efectos de la ausencia de Ana María, pero al día siguiente, cuando pensó que no había motivo alguno para que ella volviera al castillo, ni él tenía pretexto para ir al pueblo, comenzó a creer que la mañana que empezaba no tendría fin, de lo que resultó que Tom lo encontró tan triste y abatido como animado y alegre lo viera la víspera.

Había llegado el capitán a los cuarenta y cinco años con un corazón virgen de amor. Apenas salido de la niñez, entró a servir en la marina de guerra, y nunca conoció más mujer que su madre. Por eso Ana María, con su dulzura y bondad infinitas, adentróse en el corazón de sir Eduardo.

El capitán pasó el día como el niño que ha perdido su juguete favorito y se niega obstinadamente a distraerse con los otros. Riñó a Tom, volvió la espalda a Sanders, y no recobró una pequeña parte de buen humor hasta que vió al doctor, a la noche, que vino a jugar la partidita de costumbre. No era el *whist* lo que llenaba la imaginación de sir Eduardo: dejó

que Tom, Sanders y el cura se buscaran donde Dios les diera a entender un *cuarto* para la partida y se llevó a sus habitaciones al doctor, bajo un pretexto tan inocente y mal buscado como si en vez de cuarenta y cinco años hubiese tenido dieciocho. Una vez encerrado con el doctor, le habló de todo menos de lo que deseaba hablarle: pidióle noticias del enfermo que había visitado la víspera y le ofreció llevarle al día siguiente en su coche: desgraciadamente, el enfermo se había curado. Sir Eduardo obsequió con una *regañina* tremebunda al digno discípulo de Esculapio que curaba a todo el mundo menos a él, que aquel día se había aburrido hasta lo infinito. Añadió que se encontraba más enfermo que nunca, y declaró que moriría indefectiblemente si le condenaban a pasar tres días como el que en aquel momento fenecía. El doctor contestó al capitán que debía seguir con el régimen, y el capitán envió a paseo al doctor y se acostó más desesperado que nunca, sin que en el curso de la conversación se hubiese atrevido a pronunciar una sola vez el nombre de Ana María.

Peor, mil veces peor, fué el día siguiente. Sir Eduardo no estaba abordable. En su alma no vivía más que un pensamiento, en su corazón una sola ansia: ver a Ana María. ¿Pero cómo?

Como el día estaba lluvioso, y no era de esperar que Ana María fuese al castillo, mandó enganchar el coche y resolvió salir él. Pidió Tom permiso para acompañarle, pero el capitán respondió con brusquedad que no le hacía falta para nada, y cuando el cochero, después de ver instalado al señor en el fondo del coche, se acercó respetuosamente para preguntarle dónde deseaba que le llevase, el capitán, para quien eran indiferentes todas las direcciones menos una, precisamente la que no se atrevió a indicar, contestó:

—Adonde quieras.

El cochero reflexionó un instante, mas luego, subiendo al pescante, puso los caballos a galope. Al cabo de un cuarto de hora se detuvo el coche. El capitán, que hasta aquel instante había permanecido abstraído y engolfado en sus reflexiones, arrellanado en el fondo del carruaje, acercó la cara a la ventanilla: estaba frente a la casa del ex enfermo del doctor, y como consecuencia, frente a la casita de Ana María. El cochero habíase acordado de que la última vez que llevó a su señor a aquel sitio, éste permaneció dos horas largas de visita, y esperaba que, si el capitán repetía la suerte, cesaría la lluvia en el ínterin y podría hacer el viaje de regreso sin aguantar sobre sus espaldas un verdadero diluvio.

El capitán tiró del cordón sujeto al brazo del cochero, y éste saltó a tierra y abrió la portezuela.

—¿Qué diablo has hecho? — preguntó el capitán.

—Parar, señor. ¿No es aquí donde deseaba venir?

El pobre cochero había interpretado fielmente los deseos de su señor, pues, en efecto, allí era donde deseaba ir.

—Tienes razón — dijo el capitán —. Ayúdame a bajar.

Llamó el capitán a la puerta de la casa del ex enfermo, a quien ni de nombre siquiera conocía. Fué el mismo convaleciente quien salió a abrirle. Pretextó el capitán el vivo interés que le inspiró la gravedad del caso en que se encontraba cuatro días antes, cuando tuvo el gusto de conducir en su coche al doctor, y añadió que había querido volver en persona para informarse de su salud. El ex enfermo, cervecero grueso a quien una indigestión terrible, adquirida en la comida de bodas de una hija suya, había obligado a recurrir a la ciencia del doctor, agradeció infinito la visita del capitán, le guió a la mejor habitación de la casa, le hizo sentar, y le presentó todo el muestrario de cervezas de su establecimiento.

Sentóse el capitán de manera que pudiera ver la calle, mientras hablaba, y se sirvió un vaso de cerveza, a fin de poder prolongar la visita hasta tanto que apurase el líquido servido. Aprovechó el cervecero la ocasión para ofrecer al capitán los productos de su casa, y el capitán compró inmediatamente dos barricas de cerveza. Más tarde, cuando ya las relaciones comerciales dieron margen a cierta familiaridad entre el cervecero y el capitán, preguntó el primero al segundo qué miraba en la calle.

—Estoy mirando — contestó el capitán — esa casita de maderas verdes que está enfrente de la suya.

—¡Ah! — exclamó el cervecero —. La casa de la *santa*.

Ya dijimos que generalmente daban ese nombre a Ana María.

—Es preciosa — observó el capitán.

—¡Oh, sí! Es una mujer encantadora — respondió el cervecero, creyendo que el capitán se refería a su vecina —, y sobre todo una criatura de gran corazón. Hoy mismo, y sin importarle el detestable tiempo que sufrimos, fué, a cinco millas de aquí, a cuidar a una pobre madre que tenía seis hijos, y que, por si no eran bastantes aquéllos, acaba de dar a luz dos gemelos. Iba a marchar a pie, pues no hay obstáculos capaces de detenerla, cuando se trata de llevar a cabo una buena acción. Yo la llamé y le dije: "Lleve usted mi cochecito, señorita Ana; lleve mi cochecito". No quiso. He insistido y conseguí al fin que lo aceptase.

—Ahora se me ocurre que no tengo bastante con las dos barricas de cerveza que encargué antes; me enviará usted cuatro —dijo sir Eduardo.

—Piénselo Su Señoría bien, ahora que está a tiempo — contestó el cervecero —, no sea que necesite más de cuatro.

—No — dijo riendo el capitán —. Pero no me referí antes a la señorita Ana, sino a la casita. Dije que es preciosa.

—Sí... sí, no es mala; pero es lo único que posee la *santa*, juntamente con una renta insignificante, cuya mitad, por lo menos, va a parar a los mendigos... ¡Cómo ha de beber cerveza, la pobre! ¡Se ve precisada a beber agua a todo pasto!

—Es lo que suelen beber las francesas, amigo mío, y ya sabe usted que la señorita Ana fué educada por la señorita Villevieille, que es francesa.

—Sé muy bien que las francesas tienen la mala costumbre de beber agua, pero la señorita Ana es inglesa, nacida en la vieja Inglaterra, hija del barón Lampton, caballero esforzado que mi padre conoció en la época del Pretendiente, que se batió como un león en Prestón -Pans, que perdió toda su fortuna y que vivió largo tiempo desterrado en Francia. ¡No... no! No es por gusto; es la necesidad la que le obliga a beber agua... y, sin embargo... si quisiese podría beber cerveza, y de la más famosa, toda su vida.

—¿Cómo es eso?

—Porque mi hijo mayor cometió la locura de enamorarse como un idiota de ella y estaba empeñado en casarse.

—¿Y usted se opuso?

—¡Con todas mis fuerzas!... ¡Pues no faltaba más! ¿Le parece a usted correcto, ni racional, que un muchacho que aportará al matrimonio diez mil libras esterlinas, y que puede aspirar a mujer que lleve en su canastilla de boda el doble o el triple, se case con una muchacha que no tiene un centavo? Pero no hubo manera de hacerle entrar en razón, y sintiéndolo mucho, presté mi consentimiento.

—Entonces... — murmuró el capitán con voz temblorosa.

—Fué ella la que dijo que no.

El capitán respiró.

—Yo rehusó por orgullo, porque pertenece a la nobleza... ¡Oh! ¡El diablo debería cargar con todos los nobles, y entonces...!

—Perdone usted — dijo el capitán levantándose —, noble soy yo.

—¡Oh! Mis palabras no pueden rezar con Vuestra Señoría. Hablo de los nobles que no beben más que agua, o a lo sumo vino... Yo no puedo referirme a quien, como Vuestra Señoría, me hace un pedido de cuatro barricas de cerveza.

—Seis — respondió el capitán.

—Es verdad, seis; era yo el que me equivocaba. ¿No desea más Vuestra Señoría?

—Nada más... Adiós, buen hombre.

—Adiós, señor.

El capitán montó de nuevo en el coche.

—¿Al castillo? — preguntó el cochero.

—No; a casa del doctor.

Llovía a cántaros. El cochero subió al pescante, refunfuñando para sus adentros, y puso los caballos al galope. A los diez minutos llegaban a la casa del doctor, pero éste había salido.

Entonces regresaron al castillo. El capitán encerróse en su habitación sin hablar con nadie.

—¡Está loco! — dijo el cochero a Tom, a quien encontró en el vestíbulo.

En realidad, a la apatía mortal del capitán, había sucedido una agitación tan grande y tan inesperada, que asustaba a sus leales servidores. Se lo dijeron al doctor aquella misma noche, cuando se presentó en el castillo a la hora de costumbre.

El doctor les escuchó con viva atención, sin despegar los labios más que para decir: "¡Mejor!" con entonación más o menos acentuada, y luego, cuando los servidores terminaron el relato, subió frotándose las manos y riendo socarronamente a la habitación de sir Eduardo.

—¡Ah! — exclamó el capitán, tan pronto como divisó al doctor —. ¡Venga usted, amigo mío, venga! ¡Estoy enfermo... muy enfermo!

—¿De veras? — respondió el doctor —. Algo lleva usted adelantado, puesto que se da cuenta de su mal.

—¡Sí, amigo mío! Me parece que desde hace ocho días tengo *spleen*.

—Y yo creo que desde hace ocho días no lo tiene — replicó el doctor.

—¡No me diga usted eso, doctor, que vamos a reñir!

—Encargaré a Ana María que nos ponga en paz.

Sir Eduardo se puso rojo como un colegial tomado en grave falta.

—Hablemos con franqueza, capitán — repuso el doctor.

—Es lo que deseo.

—¿Se sintió usted mal el día que tomamos el té en casa de Ana María?

—Ni un segundo.

—¡Entonces! ¿Le gustaría verla todos los días?

—Ya lo creo. Estaría más alegre que unas castañuelas.

—Pues bien: nada más fácil que ver a Ana María todos los días.

—¿Qué hay que hacer, doctor? ¡Dígamelo... dígamelo!

—Casarse con ella.

—¡Casarme con...!

—¡Sí, caramba... casarse con ella! Sabe usted muy bien que no entrará en su casa en calidad de señorita de compañía.

—¡Pero, doctor... soy viejo!

—Tiene usted cuarenta y cinco años, y ella treinta.

—Me falta una pierna.

—Como Ana María le vió siempre con la de palo, ha debido acostumbrarse ya a ella.

—Además... tengo un carácter insoportable.

—¡Es usted el mejor hombre del mundo!

—¿Lo cree usted así? — preguntó el capitán, con duda y candor perfectos.

—Estoy seguro de ello.

—Entonces, no hay más que una dificultad.
—Veámosla.
—No me atreveré nunca a decirle que la amo.
—¡Pues se lo diré yo!
—¡Doctor... me salva usted la vida!
—Es la principal de las obligaciones de mi profesión.
—¿Cuándo irá usted?
—Mañana, si usted quiere.
—¿Por qué no hoy?
—Hoy... ahora no está en casa.
—Podría usted esperar a que volviera.
—Bueno; mandaré ensillar mi jaco.
—Mejor hará el viaje en mi coche.
—Mande enganchar.

El capitán hizo sonar un timbre. El ayuda de cámara acudió asustado.

—Que enganchen inmediatamente — ordenó el capitán.

Salió el ayuda de cámara más convencido que nunca de que su señor había perdido la razón. No había hecho más que salir el ayuda de cámara, cuando entró Tom. El capitán le saltó al cuello y lo abrazó. Tom exhaló un suspiro y salió de la habitación con los ojos arrasados en lágrimas... No había duda: el pobre capitán estaba loco. Un cuarto de hora después partía el doctor investido de plenos poderes.

Ni sir Eduardo ni yo podemos quejarnos del resultado de la embajada: sir Eduardo, porque mes y medio después se casaba con Ana María; y yo, porque a los diez meses de la boda llegué a este valle de lágrimas.

VI

De los tres primeros años de mi vida, lo único que recuerdo es que siempre oía decir a mi madre que yo era un niño encantador.

Después, ya avanzado el tiempo, recuerdo con toda exactitud los años de mi niñez y evoco la dulce mirada de mi bondadosa madre y el orgullo y cariño de mi padre al verme correr ante él.

En el momento en que escribo estas líneas, ya no existen mi padre, mi madre ni Tom, y me encuentro solo, a la misma edad que tenía mi padre cuando vino a refugiarse en este viejo castillo, de cuyos alrededores ha desaparecido ya la Ana María que los animó en otro tiempo.

Recuerdo con tanta emoción ciertos detalles de mi niñez, que le pido perdón al lector por consignarlos aquí:

Cierto día de verano, Tom me sentó sobre sus hombros, mi madre me abrazó con mayor ternura que de ordinario y mi padre tomó su bastón y vino a reunírsenos. Atravesamos el parque, seguimos las márgenes del riachuelo y llegamos al lago. El calor era intenso. Tom se quitó la chaqueta y la camisa, aproximóse a la orilla, alzó los brazos sobre su cabeza, dió un salto semejante al que yo había visto dar muchas veces a las ranas y desapareció bajo las aguas del lago. Yo lancé un grito y quise correr a la orilla... no sé con qué intención, pero probablemente con la de arrojarme tras él, pero mi padre me detuvo. Cuando mayores eran mis gritos, cuando la desesperación me mataba, reapareció Tom. Con tales ansias le llamé, que acudió en seguida, no quedando yo tranquilo hasta que le vi fuera del agua.

Entonces mi padre llamó mi atención hacia los cisnes que se deslizaban sobre el espejo de las aguas, hacia los peces que nadaban algunos pies por bajo de la superficie, y me enseñó que el hombre también había conseguido, gracias a la combinación de ciertos movimientos, permanecer muchas horas en el elemento de los cisnes y de los peces. Uniendo entonces a la teoría el ejemplo, Tom entró de nuevo en el lago, pero con suavidad y sin desaparecer, y nadó ante mi vista tendiéndome de tanto en tanto los brazos y preguntándome si quería acompañarle. Luchando estaba yo entre el miedo y el deseo, cuando mi padre, que leía lo que pasaba en mi interior, le dijo:

—Déjalo: no lo importunes más. Tiene miedo.

Esta palabra era el talismán que me decidía a hacer todo lo que de mí desease quien la pronunciaba. Había oído hablar siempre a Tom y a mi padre del miedo como del sentimiento más despreciable, y, no obstante mis pocos años, enrojecí como la grana ante la idea de que pudieran suponer que yo lo sentía.

—No — contesté —, no tengo miedo. Voy a acompañar a Tom.

Salió Tom del lago. Mi padre me desnudó, me colocó sobre la espalda de Tom, cuyo cuello rodeé con mis brazos, y penetró por tercera vez en el lago, recomendándome sin cesar que no me soltase. ¡Buen cuidado tenía yo de aferrarme bien!

La primera sensación de frío me dejó sin aliento en el primer momento, mas no tardé en acostumbrarme. Al día siguiente, Tom me colocó sobre una especie de batea de juncos y nadó a mi lado, explicándome los movimientos que debía hacer: ocho días después me sostenía solo, y a principios de otoño sabía nadar bien.

Se había reservado mi madre para ella el resto de mi educación, pero sabía mezclar tanto amor a las lecciones que me daba, y apoyar sus órdenes con razones tan dulces, que yo confundía mis horas de recreo con mis horas de estudio, y sin el menor esfuerzo cesaba en los unos para dedicarme a los otros. Vino el otoño, refrescó el tiempo, y los paseos al lago me fueron rigurosamente prohibidos con gran pesar mío, pesar tanto mayor cuanto que no pasó mucho tiempo sin que sospechara que, por parte del lago, algo extraordinario se preparaba.

En efecto: habían llegado a Williams-house caras desconocidas: mi padre celebró largas conferencias con aquellos extraños, concluyendo por llegar con ellos a un acuerdo. Tom había salido con los desconocidos por la puerta que daba a la pradera, mi padre se les reunió, y, a su regreso, oí que dijo a mi madre: "Estará listo para la primavera próxima". Mi madre sonrió con la dulzura de costumbre, lo que me demostró que no se trataba de ninguna cosa desagradable, pero, fuese lo que fuere, lo cierto es que el misterio excitaba intensamente mi curiosidad. Todas las noches, los desconocidos volvían al castillo, donde cenaban y dormían, y durante el día, invariablemente, iba mi padre a hacerles una visita.

Vino el invierno, y con él la nieve.

En las veladas acabó mi madre de enseñarme a leer y a escribir y mi padre comenzó a darme las primeras lecciones de geografía y de náutica. Me embelesaban las historias de viajes. Sabía de memoria las *Aventuras de Gulliver* y seguía sobre un globo terrestre los viajes de Cook y de Lapérouse. Sobre la repisa de la chimenea de su cámara, tenía mi padre, bajo una campana de cristal, un modelo de fragata, que me regaló, y en muy poco tiempo aprendí los nombres de todas las piezas que forman un navío. Cuando llegó la primavera, ya era yo un teórico de primera fuerza al que no faltaba más que la práctica, y Tom no se cansaba de repetir que yo llegaría, como sir Eduardo, a contraalmirante.

Llegó el día del cumpleaños de mi madre. Era en mayo, la estación más bella del año y de las flores. Aquel día encontré, en vez de mi traje de costumbre, un uniforme completo de guardiamarina. Radiante de júbilo bajé al salón, donde hallé a mi padre vestido de uniforme. Todas nuestras relaciones habían venido, como de costumbre, para pasar el día en el castillo. Mis miradas buscaron a Tom: era el único que faltaba.

Después del almuerzo se habló de dar un paseo hasta el lago, proposición que fué aprobada por unanimidad. El recuerdo de aquel día se conserva en mi memoria tan fresco como si hubiese sido ayer. Semejante a todos los niños, me era imposible acomodarme al paso grave y mesurado del resto de la comitiva, y corría delante de todos, recogiendo margaritas y lirios, cuando, de pronto, me quedé petrificado, clavados los ojos en el lago, sin fuerzas para decir otra cosa que ésta:

—¡Papá..., un brick!...

—¡Supo distinguirlo de una fragata y de una goleta!... — gritó mi padre, transportado de alegría —. ¡Ven aquí, John, quiero abrazarte!

En efecto: sobre las aguas del lago se balanceaba graciosamente un brick, que enarbolaba el pabellón de Inglaterra. En su proa campeaba en letras de oro el nombre de *Ana María*. Los desconocidos que desde cinco meses antes vivían en el castillo eran carpinteros venidos de Portsmouth para construirlo. Lo habían terminado el mes anterior, botado al agua y aparejado sin que yo supiera una palabra. El brick, al divisarnos, hizo fuego con toda su artillería, que consistía en cuatro piezas. Mi alegría era delirante.

Atracada a la parte del lago más próxima al sitio del bosque por el que nosotros debíamos salir, esperaba la canoa, mandada por Tom y seis marineros. Embarcó en ella toda la comitiva. Tom empuñó la caña del timón, los remeros encorvaron sus cuerpos y bogaron, y la canoa deslizóse con rapidez sobre las aguas del lago. Otros seis marineros, mandados por Jorge, esperaban a bordo al capitán, para rendirle los honores correspondientes a su rango. Sir Eduardo se hizo cargo del mando no bien llegó al puente. Viramos sobre el ancla, cargaron los masteleros y seguidamente todas las velas, y el brick comenzó a moverse.

Me sería imposible reflejar la alegría que experimenté al ver de cerca aquel barco. Cuando sentí que se movía bajo mis pies, aplaudí frenéticamente y mis ojos dejaron escapar lágrimas de gozo. También las vertía mi madre, pero las suyas las arrancó el pensamiento de que llegaría un día en que yo embarcase en un navío verdadero y me alejara de su lado. Fuera de esto, todo el mundo recibía complacido la alegría que mi padre tuvo intención de proporcionarnos. El tiempo era delicioso y el *Ana María* se mostraba obediente a la maniobra.

Desde aquel día no tuve más que un pensamiento, no suspiré más que por una dicha, no ambicioné más que un recreo: el brick. Sería imposible describir el entusiasmo que en mi pobre padre producía mi vocación decidida por la marina. Menos entusiasmada mi madre, sonreía melancólicamente viendo mi aprendizaje marítimo, aunque se consolaba pensando que habrían de pasar siete u ochó años antes de que yo me embarcara realmente. La pobre olvidaba el colegio, esa separación primera que tan penosa es, pero que entraña la ventaja de preparar gradualmente la segunda separación, mucho más seria, que la sigue casi siempre.

Ya dije antes que yo conocía el nombre de todas las piezas que integran un buque: pues bien, poco a poco, aprendí el uso de cada una. A fin de año, ya ejecutaba las maniobras sencillas. Mis instructores eran mi padre y Tom. Se resentía, como no podía menos, el resto de mi instrucción; pero mi padre la había dejado para el invierno.

Desde que embarqué en el brick y me vi vestido de uniforme, imaginé que yo no era un niño, y no soñaba más que con maniobras, con tempestades y con combates. En un ángulo del jardín me instalaron un campo de tiro. Mi padre encargó a Londres una carabina y dos pistolas de tiro, pero antes de permitir que yo las tocase, quiso que conociera a perfección su mecanismo. Dos veces por semana venía al castillo un armero de Derby para enseñarme a desmontar y a montar todas las piezas de mis armas, y hasta que conocí los nombres de todas, no me permitió mi padre que hiciera uso de mi arsenal. En la enseñanza teórica pasé todo el otoño, entrando en la práctica en invierno.

No interrumpió el mal tiempo nuestras maniobras náuticas, antes por el contrario, vino en ayuda de mi padre para completar mi educación.

Tres años pasaron en estos trabajos, que para mí, gracias a mi afición, fueron distracciones. Al cabo de ese tiempo, no sólo era un marinero excelente, hábil y atrevido en las maniobras, sino que también conocía éstas bastante a fondo para poder mandarlas. Algunas veces, mi padre me entregaba una pequeña bocina, y, desde marinero, ascendía yo de pronto a capitán. Más lentos fueron los progresos del resto de mi instrucción, pero en geografía estaba a tanta altura como pudiera estar cualquier niño de diez años, sabía algo de matemáticas y ni una palabra de latín. Como tirador, en cambio, hacía prodigios, con gran satisfacción de todo el mundo, menos de mi buena madre.

Llegó el día de mi salida de Williams-house. Mi padre había elegido el colegio de Harrow-sur-la-Colline, donde recibían instrucción los hijos de toda la nobleza de Londres, para que en él hiciera mis estudios... Dolorosa, muy dolorosa fué aquella separación, la primera entre mis padres y yo; sin embargo, todos hicimos por disimular nuestro pesar respectivo a los demás. Tom, que era quien debía acompañarme, recibió de manos de mi padre una carta dirigida al doctor Butler, en la cual indicaba las partes de mi instrucción que deseaba atendiese con solicitud especial. Subrayaba la gimnasia, la esgrima y el boxeo, y en cuanto al latín y al griego, aunque sir Eduardo no les concedía la menor utilidad, hacía constar que no prohibía que me fuesen enseñados.

Emprendí el viaje con Tom, en el coche de camino de mi padre, no sin antes despedirme, con tanta ternura casi, de mi brick y de su dotación, como de mis buenos padres...

Llegamos al colegio de Harrow. Tom me presentó inmediatamente al doctor Butler, director. El doctor me recibió arrellanado en su gran sillón, leyó la carta de mi padre, hizo un movimiento de cabeza, como para significar que accedía a admitirme entre sus discípulos, e indicando con el dedo una silla a Tom, me hizo sufrir un interrogatorio encaminado a que yo le dijera qué sabía. Contesté que sabía dirigir las maniobras de un buque, tomar la altura, montar a caballo, nadar y tirar con carabina y pistola. El doctor Butler me tomó por loco y repitió la pregunta frunciendo enérgicamente el entrecejo, pero Tom acudió en mi auxilio asegurando al profesor que, en efecto, sabía yo todo lo que acababa de decir.

—¿Y no sabe nada más? — preguntó éste con expresión de desdén.

Tom quedó como quien ve visiones. Era natural: creía que mi educación estaba adelantadísima, y siempre consideró perfectamente inútil que me enviaran al colegio, donde, según él, nada podían enseñarme ya.

—Perdone usted — respondí yo —. Sé muy bien el francés, poseo bastantes conocimientos de geografía, no soy profano en matemáticas, y estudié con algún aprovechamiento la historia.

Olvidé incluir en la lista el *patois* irlandés que, gracias a la viuda Denison, hablaba como un hijo auténtico de la verde Erin.

—Algo es eso — murmuró el profesor —. ¿No posee usted nociones, por lo menos, de latín y de griego?

No tuve más remedio que confesar que ignoraba por completo ambas lenguas. El profesor Butler, oída mi contestación, tomó un registro inmenso, y escribió:

John Davys, ingresado en el colegio de Harrow-sur-la-Colline el día 7 de octubre de 1806, pasa a la última clase.

Como me leyó después la inscripción, oí perfectamente la humillante frase con que terminaba.

Iba a retirarme, rojo como una amapola, cuando abrióse la puerta para dar paso a un colegial. Era un joven de unos dieciséis o diecisiete años, de rostro pálido, líneas finas y aristocráticas y mirada altanera. En el peinado de sus largos y rizados cabellos negros se advertía un cuidado que no suelen tener los jovencitos de su edad. También reparé en sus manos, blancas y cuidadas como las de una dama, en una de las cuales ostentaba una sortija valiosa.

—¿Me llamaba usted, señor Butler? — preguntó desde la puerta, con altanería.

—Sí, milord — respondió el profesor.

—¿Será indiscreto preguntar a qué debo ese honor?

—Desearía saber, milord, por qué, al final del curso, que expiró ayer, se negó, no obstante mi invitación, a venir a comer a mi casa con los demás colegiales.

También el profesor pronunció con énfasis las palabras "no obstante mi invitación".

—Quisiera que me dispensase de responderle, caballero.

—Por desgracia, milord, me es imposible. Cometió ayer una infracción de los estatutos del colegio, e insisto en conocer la causa..., si es que existe.

—Existe, caballero.

—Veámosla.

—Va usted a saberla — contestó el joven, con impertinencia —. Si usted pasase por las inmediaciones de mi castillo de Newstead, donde suelo pasar mis vacaciones, bien cierto es que no le invitaría a comer: no debo, pues, aceptar de usted una atención que en manera alguna estoy dispuesto a retribuir.

—Debo advertirle, milord — contestó el doctor, conteniendo su cólera —, que si sigue por-

tándose como hasta aquí, no podrá continuar en el colegio.

—Y yo, caballero, a mi vez debo advertirle que lo abandono mañana para ingresar en el de la Trinidad, de Cambridge, según puede usted ver en esta carta de mi madre, que pone en su conocimiento esta determinación.

Mientras hablaba el colegial, alargó la carta, pero sin acercarse al profesor.

—¡Ah..., muy bien! — exclamó el profesor —. ¡Todos sabemos que milord cojea!

Esta vez correspondió al joven recibir el latigazo; pero en vez de enrojecer, como había hecho el profesor, se puso intensamente pálido.

—Por mucho que cojee, caballero — replicó el escolar, arrugando entre sus dedos la carta que tenía en la mano —, crea usted que le deseo que pueda seguirme adonde yo iré... Santiago — añadió, volviéndose hacia un criado de librea, el portador, sin duda, de la carta —, haz ensillar los caballos: nos vamos.

Y cerró la puerta sin despedirse del profesor Butler.

—Vaya usted a su clase, señor Davys — me dijo el profesor, después de algunos momentos de silencio —, y procure no parecerse nunca a ese impertinente joven que acaba de salir.

Al atravesar el patio me enteré de que aquel joven se llamaba Jorge Gordon Byron.

Ingresé, pues, en el colegio de Harrov-sur-la-Colline el mismo día que lord Byron lo abandonaba.

VII

Al otro día, Tom emprendía el viaje de retorno a Williams-house, no sin antes recomendarme que prestase atención preferente a las partes más esenciales de mi educación, es decir, la gimnasia, la esgrima y el boxeo. Por primera vez en mi vida me encontré solo, perdido en medio de mis jóvenes compañeros, tan perdido como pudiera estarlo en el corazón de un bosque. La consecuencia inmediata fué que, en la clase, no levantaba los ojos del papel, y en las horas de recreo me quedaba escondido en cualquier rincón de la escalera. En estas horas de meditación obligada se me representó en todo su encanto la dulce vida de Williams-house, donde me mimaban y prodigaban cariño mis buenos padres y Tom; mi lago, mi brick, mi tiro, mis lecturas de viajes, mis excursiones acompañando a mi madre a las casas de los enfermos o de los menesterosos, todo pasaba ante mi imaginación y ante mis ojos, dejándome una sensación de descorazonamiento profundo. Estos pensamientos llegaron a abrumarme de tal modo, que al tercer día me senté en la meseta de la escalera y rompí a llorar. De pronto sentí que alguien me ponía una mano sobre los hombros, y me dijo:

—¿Es posible que el hijo de un marino tan bravo como sir Eduardo Davys llore como un niño?

Me estremecí; y comprendiendo que llorar es una debilidad, erguí la cabeza y enjugué las lágrimas.

—Ya no lloro — contesté.

El que se encontraba ante mí era un muchacho de quince a diez y seis años que, sin figurar todavía entre los "veteranos", había salido ya de las filas de los "novatos". La expresión de su semblante era más tranquila y seria de lo que podía esperarse de sus pocos años, y me bastó mirarle una vez para cobrarle simpatía.

—¡Así se hace! — me dijo —. ¡Tú serás un hombre! Y ahora, si cualquiera te armare pendencia, y necesitases de mí, ya sabes que está a tu disposición Roberto Peel.

—Mil gracias — contesté.

Roberto Peel me ofreció la mano, que yo estreché, y subió a su cuarto. Yo bajé al patio. Los colegiales estaban jugando. Uno de ellos, alto, de dieciséis o diecisiete años, acercóse a mí.

—¿Nadie te ha tomado por "novato"? — me preguntó.

—Ignoro el significado de esa palabra.

—¡Pues te tomo yo! — agregó —. A partir de este instante, me perteneces. Me llamo Pablo Wingfild... No olvides el nombre de tu señor... Ven conmigo.

Le seguí sin resistencia, pues, aunque no comprendí lo que me quiso decir, yo tenía empeño en fingir que comprendía para no quedar en ridículo. Además, se me figuraba que las frases de Pablo Wingfild eran una de las tantas bromas de colegio. Resultó que mi *señor* fué a continuar el partido de pelota que había interrumpido para venir a hablarme, y yo, creyendo que era su compañero de juego, me coloqué a su lado.

—¡Atrás! — me gritó él —. ¡Atrás!

Supuse que me reservaba el papel de zaguero, y retrocedí. En aquel instante, la pelota, despedida vigorosamente por su adversario, rebasó el sitio donde estaba Pablo. Me disponía yo a devolverla, cuando oí gritar:

—¡Cuidado con tocar la pelota, tunantuelo! ¡Te lo prohibo!

Molestado por esas palabras, me retiré.

—¡Oye! ¿Adónde vas? — me preguntó Pablo.

—Me voy.

—Sí..., ¿pero adónde?

—Adonde me place.

—¿Cómo adonde te place? Vete a buscar la pelota — dijo Pablo.

—Ve tú — repliqué —. No soy criado de nadie.

—¡Espera! ¡Verás cómo te hago obedecer!

Me volví y esperé. Indudablemente creyó que yo iba a escapar, pues mi actitud le desconcertó visiblemente. Vaciló, sus camaradas soltaron la carcajada, y entonces, rojo de vergüenza, vino hacia mí.

—Vete a buscar la pelota — me dijo por segunda vez.

—Si no quiero ir, ¿qué pasará?

—Que te daré de palos hasta que vayas.

—Siempre oí decir a mi padre, que quien pega a un ser más débil que él, es un canalla cobarde. Por lo visto, Pablo, tú eres un perfecto canalla y un perfecto cobarde.

Estas palabras acabaron de exasperar a Pablo, quien me propinó un puñetazo formidable en pleno rostro. Llevé la mano al bolsillo donde tenía la navaja, pero me pareció oír la voz de mi madre diciéndome: "¡Asesino!", y la retiré inmediatamente. Pero le repetí:

—¡Es usted un canalla y un cobarde, señor Wingfild!

Probablemente me hubieran valido mis palabras unos cuantos puñetazos tan fuertes como el primero, si no se hubiesen interpuesto dos amigos de Pablo, llamados Hunzer y Dorset. Yo me retiré.

Era yo un niño especial, consecuencia de haber vivido siempre entre hombres. Mi carácter, por decirlo así, correspondía a un muchacho de doble edad que la mía. De ello resultó que Pablo había dado un puñetazo a un joven, aun cuando él creyera que lo daba a un niño. Apenas recibí el golpe, acudieron a mi memoria las mil historias que había oído referir a mi padre y a Tom, en las cuales, en circunstancias parecidas, el ofendido había exigido al ofensor una reparación por las armas. Exigencias ineludibles del honor obligaban a ello, según había oído repetir mil veces a mi padre, y el que recibía un bofetón, y no lo vengaba, quedaba deshonrado.

Subí, pues, a mi cuarto, y saqué de la maleta mis pistolas de tiro. Puse pólvora y balas en mis bolsillos, y me encaminé al cuarto de Roberto Peel. Le encontré leyendo; pero al ruido que hizo la puerta al abrirse, levantó la cabeza.

—¡Dios mío! — exclamó —. ¡John, amigo

mío!... ¿Qué te pasa? ¡Si estás lleno de sangre!

—Me pasa —respondí— que Pablo Wingfild me dió un puñetazo en pleno rostro; y como hace poco me dijiste que, si alguien me buscaba pendencia, acudiera a ti, aquí me tienes.

—Está muy bien —dijo Peel levantándose—. Pierde cuidado, John, que ahora mismo me las entenderé con Pablo Wingfild.

—¿Cómo entendértelas?

—¡Claro!... ¿No vienes a rogarme que te vengue?

—Vengo a rogarte que me ayudes a tomar venganza por mi mano —repliqué, dejando mis pistolas sobre la mesa.

Peel me miró estupefacto y preguntóme:

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré muy pronto trece.

—¿De quién son esas armas?

—Mías.

—¿Desde qué edad las manejas?

—Desde hace dos años.

—¿Te atreverías a poner una bala en aquella veleta? —continuó Roberto, abriendo la ventana de su cuarto e indicándome una cabeza de dragón que giraba rechinando a veinticinco pasos de distancia.

—Creo que sí.

—Haz la prueba.

Cargué una de mis pistolas, apunté con cuidado, y puse una bala en la cabeza del dragón, junto al ojo.

—¡Bravo! —exclamó Peel—. Ahora ven conmigo.

Le seguí sin hacer la menor observación. Mi amigo bajó al patio. Todos los colegiales estaban reunidos. Roberto se dirigió en línea recta a Pablo.

—Oye, Pablo —dijo—, ¿sabes dónde fué hecho el disparo que oísteis?

—No —contestó Pablo.

—En mi cuarto. ¿Sabes quién lo hizo?

—No.

—John Davys. Por último, ¿sabes dónde dió la bala?

—No.

—En la veleta: mira.

Todos se volvieron hacia la veleta, y observaron que era verdad.

—¡Bueno! —exclamó Pablo—. ¿Pero a qué vienen esas preguntas?

—Vas a saberlo —contestó Roberto—. Tú le diste un puñetazo a John: éste vino a buscarme, porque quería batirse contigo, y para demostrarme que, aunque muy niño, puede meterte una bala en medio del pecho, la envió antes a la cabeza del dragón.

Pablo se puso intensamente pálido.

—Pablo —repuso Roberto—, tienes más fuerza que John, pero John es más diestro que tú. Abofeteaste a un niño que tiene corazón de hombre. Tu error fué grande, y justo es que sufras las consecuencias. O te bates con John, o le das toda clase de satisfacciones y excusas.

—¡Satisfacciones a un niño! —exclamó Pablo.

—¡Oye! —dijo Roberto, acercándose a Pablo y hablándole a media voz—. Tienes de plazo hasta la tarde para escoger una de las dos resoluciones propuestas.

Sonó la campana y entramos en clase.

—A las cinco —me dijo Roberto Peel al separarse de mí.

Trabajé con toda tranquilidad. Llegó el recreo de la tarde y salimos de nuevo al patio. Roberto se acercó a mí.

—Toma —me dijo, poniendo en mis manos una carta—. Pablo escribe que siente en el alma haberte pegado: no puedes exigirle más.

Leí la carta, cuyo contenido era el que me había indicado Roberto.

—Ahora —prosiguió mi amigo—, es preciso, John, que sepas una cosa. Hice lo que tú deseabas, porque Pablo es un mal compañero, y me agradaba que le diera una lección uno que tiene menos años que él; pero es preciso que no olvides que somos todavía niños, no hombres. Ni tienen importancia nuestros actos ni valor nuestras palabras. No debemos adelantarnos a nuestra edad, John. Lo que para un ciudadano o para un militar es una deshonra, para un escolar no tiene la menor importancia. En sociedad se baten los hombres, en el colegio se pegan los niños. ¿Sabes boxear?

—No.

—Yo te enseñaré; y si alguien te ataca antes de que llegues a estar en condiciones de poder defenderte, te defenderé yo.

—Gracias, Roberto. ¿Cuándo me darás la primera lección?

—Mañana, durante el recreo de las once.

Cumplió la palabra. Al día siguiente, en vez de bajar al patio, subí al cuarto de Roberto, y dió comienzo mi educación. Un mes más tarde podía luchar sin desventaja con los estudiantes más altos del colegio.

He referido con todo lujo de detalles la aventura que precede, porque da una idea exacta de la diferencia que entre mí y los demás niños existía, fruto de una educación diferente.

Las instrucciones transmitidas en la carta paterna al doctor Butler fueron seguidas al pie de la letra: me dieron profesor de esgrima y de gimnasia. Desde entonces vi deslizarse el tiempo con mayor rapidez de la que esperaba. No se me tache de inmodesto si digo que era laborioso e inteligente y que, aparte de mi carácter seco y rígido, nada se me podía reprochar.

Aunque, como acabo de decir, me encontraba bien en el colegio, deseaba ardientemente que llegase la época de las vacaciones. Todos los días esperaba ver aparecer a Tom. Una mañana, durante el recreo, vi frente a la puerta del colegio el coche de mi casa: corrí desalado hacia el carruaje, del que bajaron dos personas antes que Tom: mis padres habían querido acompañarle.

Fué para mí un momento de dicha inefable. Tres o cuatro instantes de felicidad completa, como la que yo experimenté en aquél, suele tener la existencia humana, instantes breves, sí, pero que bastan para que su recuerdo no se borre en la vida. Mis padres me llevaron consigo en la visita que hicieron al doctor Butler, quien les habló bien de mi comportamiento. La dicha más pura e inefable embargaba los corazones de mis amantes padres.

Al salir del despacho del doctor Butler, encontré a mi amigo Roberto que hablaba con Tom. Este escuchaba con ojos radiantes de alegría lo que Roberto le estaba refiriendo. Venía a despedirse de mí antes de ir a pasar el mes de vacaciones al lado de sus padres. Tom, en cuanto tuvo ocasión, habló a solas con mi padre, quien, al acercarse de nuevo a mí, me abrazó con transporte, murmurando entre dientes: "Sí... sí; será un hombre".

Me ofrecieron mis padres llevarme a Londres para pasar ocho días en la capital; pero tan vivas eran mis ansias de ir a Williams-house, que preferí emprender aquel mismo día el viaje para el Derbyshire. A la mañana siguiente nos poníamos temprano en camino.

Me sería imposible reflejar el efecto que me produjo, después de mi primera ausencia, la vista de los objetos entre los que se deslizaron los días de mi niñez.

Mi visita primera fué para el lago. No tuve paciencia para seguir el paso de mi padre y de Tom: tomé carrera, con cuanta velocidad me permitieron mis piernas, para tener la dicha de ver un momento antes mi brick. En el sitio de siempre lo mecían graciosamente las tranquilas aguas del lago. El viento zarandeaba sus banderolas y gallardetes. Me tendí sobre la hierba y comencé a llorar de dicha y alegría. Llegaron mi padre y Tom, embarcamos en la canoa y fuimos a bordo. El puente estaba encerado y recién pulido. Tom cargó un cañón e hizo fuego; fué un cañonazo de señal: diez minutos después encontrábanse a bordo los seis hombres que formaban la dotación.

No había olvidado yo ni uno solo de mis conocimientos teóricos, y, por añadidura, la gimnasia mejorara notablemente mis aptitudes para la práctica. Todas las maniobras las ejecutaba con rapidez y seguridad. Mi padre temblaba de alegría al ver mi destreza y mi agilidad, Tom palmoteaba como un loco, y mi madre, que había llegado a bordo poco después que nosotros, volvía a cada momento la cabeza. La campana nos llamó, al fin, a la mesa. Aquel día se festejaba mi feliz llegada y teníamos invitados. En la escalinata nos esperaban el doctor y el señor Robinsón. Después de la comida, fuí con Tom a mi campo de tiro, y desde que atardeció pasé a ser, como lo fuera antes, propiedad exclusiva de mi santa madre.

Desde el primer momento volví a connaturalizarme con mis antiguos hábitos, tanto, que al cabo de tres días, el año de colegio me parecía casi soñado. Lo mismo me ocurrió con los cinco que allí pasé. ¡Oh, qué hermosos y frescos son los años juveniles! ¡Pasan pronto, son fugaces en extremo, pero cómo saturan de recuerdos todo el resto de la vida!

Pero sigamos mi historia.

Llegamos a la finalización del año 1810: yo había cumplido mis dieciséis primaveras. En los últimos días de agosto fueron a buscarme como de costumbre, pero aquella vez me anunciaron que sería la última. Me pareció advertir en mi padre una expresión de gravedad, y en mi madre una de tristeza, que no había visto hasta entonces. En cuanto a mí, la nueva de que no volvería más al colegio me oprimió el corazón.

Me despedí del director Butler y de todos mis camaradas, entre los cuales no dejaba grandes amistades. El único amigo de veras que tuve en el colegio fué Roberto Peel, que un año antes había dejado el colegio Harrow para proseguir sus estudios en la universidad de Oxford.

Llegados a la Williams-house, volví a mis ejercicios habituales, pero observé que mi padre y mi madre parecía que se alejaban de mí, y que hasta el mismo Tom, que estaba constantemente a mi lado, había perdido mucha parte de su buen humor. Nada comprendía yo, aunque, sin saber por qué, llegué a sentir sobre mi alma la influencia de aquella tristeza general. Una mañana, en ocasión en que tomábamos el té, Jorge trajo una carta en cuyo sobre se destacaba un gran sello encarnado con las armas de la corona. Mi madre rechazó vivamente la taza que llevaba a sus labios; mi padre, después de volverlo y revolverlo entre sus manos, me lo alargó diciendo:

—Toma: es para ti.

Rasgué el sobre y hallé que contenía mi nombramiento de guardiamarina a bordo del *Tridente*, mandado por el capitán Stanbow, fondeado en Plymouth.

Había llegado el momento tan anhelado por mí; pero cuando vi que mi madre volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas, cuando oí que mi padre silbaba el *Rule Britannia*, cuando en mis oídos sonó la voz de Tom, temblorosa, pese a sus violentos esfuerzos, diciéndome: "¡Mi oficial! ¡Esta vez es definitiva!", sentí una conmoción tan inmensa, que dejé caer el pliego, me arrojé de rodillas a los pies de mi madre y así sus manos, que besé mil veces llorando.

Mi padre se puso en pie, movió la cabeza, tosió repetidas veces, dió unas vueltas por el salón, y deteniéndose frente a mí, me dijo:

—¡Vaya, John! ¡Sé hombre!

Al mismo tiempo que sonaban en mis oídos

estas palabras, sentí que los brazos de mi madre enlazábanse con fuerza mayor a mi cuello, como para oponerse tácitamente a la separación. Yo permanecí inmóvil, con la cabeza doblada sobre el pecho.

Siguió un momento de silencio. Al fin fué cediendo la dulce cadena que me aprisionaba y me levanté.

—¿Cuándo debe emprender el viaje? —preguntó con débil voz mi madre.

—Debe estar a bordo el día 30 de septiembre, y hoy es 18; puede pasar aquí seis días más. El 24 saldremos.

—¿Me permitirás que le acompañe contigo? —preguntó con timidez mi madre.

—¡Oh, sí, sí! —exclamé yo—. ¡Claro que sí! ¡Quiero estar a vuestro lado todo el tiempo posible!

—¡Gracias, hijo mío, gracias! —suspiró mi madre, con acento de reconocimiento imposible de explicar—. ¡Gracias, John querido! Una sola palabra tuya compensa todo el dolor de la separación.

El día señalado nos pusimos en camino mis padres, Tom y yo.

VIII

Como teníamos nada más que seis días para nuestro viaje, atravesamos en línea recta los condados de Warwick, Gloucester y Somerset. En la mañana del quinto día de viaje entramos en el Devonshire, y aquella misma tarde, a eso de las cinco, llegamos al pie del monte Edgecombe, que se alza al oeste de la bahía de Plymouth. Tocábamos ya el fin de nuestro viaje. Mi padre nos invitó a echar pie a tierra, indicó al cochero la fonda donde pensaba hospedarse, y el coche continuó por la carretera mientras nosotros trepábamos por un sendero que debía conducirnos a la plataforma de la montaña. Yo daba el brazo a mi madre y mi padre nos seguía apoyado en el de Tom. Subía yo con lentitud, abrumado bajo el peso de pensamientos tristes. Mis ojos estaban fijos en el coronamiento de una torre ruinosa que crecía progresivamente a medida que avanzábamos, cuando de pronto, al bajar mis miradas desde el coronamiento a la base, lancé un grito de sorpresa y de admiración: a mis pies agitábase el mar.

Los cuatro nos detuvimos y trasuntamos en los semblantes las impresiones diferentes que se agitaban en nuestros corazones: mi padre y Tom de alegría al volver a ver a su adorado elemento; yo de asombro, por el conocimiento nuevo que acababa de hacer: mi madre de espanto, como si se viera frente a un enemigo. Al cabo de algunos minutos concedidos a la contemplación, mi padre buscó en el centro del puerto, que dominábamos perfectamente desde lo alto de la montaña, el buque que debía alejarme de él, y en seguida distinguió el *Tridente*, hermoso navío de setenta y cuatro cañones, que se balanceaba sobre su ancla, ostentando con orgullo el pabellón real y su triple hilera de piezas de artillería. Mandaba el barco mencionado, como dije antes, el capitán Stanbow, viejo y excelente marino, compañero de armas de mi padre, así que, cuando al día siguiente, que era el señalado para mi presentación a bordo, llegamos al *Tridente*, sir Eduardo fué recibido, no ya como amigo, sino como superior, pues como se recordará, mi padre, al ser retirado del servicio activo, recibió el empleo de contraalmirante. El capitán Stanbow quiso que mis padres y yo comiéramos en su compañía, mientras que Tom lo hizo, a su pedido, con la marinería, a la que obsequió con doble ración de vino y unas copas de ron. Mi embarque en el *Tridente* dió motivo a una especie de fiesta, cuyo recuerdo perduró en muchos corazones.

El capitán, viendo las lágrimas que corrían por las mejillas de mi madre, pese a los esfuerzos que hacía para contenerlas, me permitió pasar la noche con mi familia, pero exigiéndome que, al día siguiente, a las diez de la mañana, habría de encontrarme a bordo. Mi madre dió al capitán las gracias con tanta efusión como si cada segundo que le concedía fuera un año más de vida que le daba.

Al día siguiente, a las nueve, llegamos al puerto. El bote del *Tridente* me esperaba. Estábamos ya frente al momento terrible, que mi pobre madre soportó con mayor entereza de la que todos esperábamos. Mi padre y Tom intentaron alardear de héroes, al principio; mas en el instante de separarnos, faltos de fuerzas para seguir representando el papel que se habían impuesto, vacilaron y sucumbieron, y aquellos hombres que tal vez no habían llorado jamás, vertieron verdaderas lágrimas de mujer. Comprendí que era yo quien debía poner fin a aquella escena, y estrechando una vez más a mi bondadosa madre contra mi corazón, salté al bote, y éste partió con rumbo al navío. Cuando llegué a bordo me presenté al capitán. Lo encontré acompañado por el segundo comandante, estudiando un croquis de los alrededores de Plymouth, en el que estaban señalados, con exactitud maravillosa, las aldeas, los caminos, los bosquecillos y hasta los matorrales más insignificantes. Al ruido que hizo la puerta al entrar yo, el capitán alzó la cabeza y me reconoció.

—¡Ah! ¿Es usted? —me dijo con sonrisa benigna—. Lo esperaba.

—¿Me habrá cabido la dicha, mi capitán, de poder serle útil en algo el día mismo de mi llegada? Sería una fortuna para mí.

—Pudiera ser —respondió el capitán—. Acérquese y mire.

Así lo hice y puse mis miradas en el croquis.

—¿Ve usted este pueblo? —preguntó.

—¿Walsmouth? —inquirí.

—Sí. ¿A qué distancia cree usted que se encuentra, hacia el interior?

—A ocho millas, aproximadamente, si no

me engaña la escala.

—Así es. ¿Conocía usted ese pueblo?

—No.

—Sin embargo, tomando como guía los datos topográficos que usted está examinando, ¿se atrevería a ir desde la ciudad al pueblo sin perderse?

—Sí.

—Pues bien. Esté usted preparado para las seis; cuando haya de emprender la marcha, le dará instrucciones el señor Burke.

Saludé a los dos jefes y volví al puente. A las personas que dejaba en tierra y que más quería en el mundo fueron consagradas mis primeras miradas. Los muelles estaban animados a todas horas, pero los seres queridos que buscaba no se hallaban ya allí.

Estaba yo absorto en lo más profundo de mis pensamientos, clavados en tierra mis ojos y apoyado contra el palo de mesana, cuando sentí que me tocaban un hombro. Era uno de mis camaradas futuros, joven de dieciséis o diecisiete años, y que llevaba ya tres al servicio de Su Majestad Británica. Me dijo:

—El capitán me encargó, señor John, que le enseñe el barco, desde el juanete del palo mayor hasta el pañol de la pólvora. Como quiera que, según todas las probabilidades, habrá usted de pasar algunos años a bordo del *Tridente*, no creo que le moleste trabar íntimo conocimiento con él.

—Aunque presumo, caballero —contesté—, que el *Tridente* será como todos los navíos de setenta y cuatro, y que nada de particular he de encontrar en su estiba, tendré placer especial en hacer la visita en su compañía, de la cual desearía no privarme mientras esté embarcado en este buque. Usted conoce mi nombre, ¿tendrá la bondad de decirme el suyo?

—Me llamo Jaime Bulwer, salí de la escuela de Londres hace tres años, y desde entonces he hecho dos viajes: uno al cabo Norte y otro a Calcuta. Supongo que también usted habrá salido de alguna academia preparatoria.

—No, señor. Salgo del colegio de Harrow-sur-la-Colline, y hasta anteayer no había visto el mar.

Jaime no pudo contener una sonrisa.

—Siendo así —dijo— me tranquilizo; ya no temo aburrirle. Los objetos que va usted a ver serán, no lo dudo, tan curiosos como nuevos.

Me incliné como asintiendo y emprendí la marcha al lado de mi *cicerone*, quien, haciéndome bajar por la escalera del palo de mesana, me condujo ante todo al segundo puente... Cuando ya hubimos recorrido todo el interior del barco y Jaime se disponía a obligarme a hacer por la arboladura un viaje tan detenido como el que acabábamos de llevar a cabo por las sentinas, sonó la campana llamando a la mesa. La operación era demasiado importante para que pensáramos en retardarla un minuto siquiera: acudimos, pues, inmediatamente al comedor de guardiamarinas, donde nos esperaban ya cuatro jóvenes de nuestra edad. Inmediatamente comenzó la comida, a la que yo hice los honores como mis demás camaradas.

Después de la comida, Jaime, amante quizás de las digestiones tranquilas, en vez de volver a hablarme de nuestro paseo aéreo en proyecto, propuso una partida de naipes. Yo me excusé, diciendo que no podía corresponder al honor que se me brindaba, y subí al puente. El tiempo estaba hermosísimo: soplaba viento oeste-noroeste, y en el navío se hacían todos los preparativos que preceden de cerca al viaje. El capitán paseaba a estribor del castillo de popa, deteniéndose de vez en cuando para dirigir una mirada a las maniobras, y luego continuaba su paseo, mientras el segundo, a babor, tomaba parte más activa en los preparativos, aunque toda su actividad no pasaba de algunos gestos imperiosos y muy contadas palabras breves y secas.

Bastaba ver a aquellos dos hombres para apreciar la diferencia de sus caracteres. El señor Stanbow era un anciano de sesenta a sesenta y cinco años. En su rostro reflejábase, a la vez que energía, cierto aire de innata bondad y dulzura.

El señor Burke, por el contrario, mostraba en su semblante la severidad y maldad que encerraba su alma. Tenía de treinta y seis a cuarenta años de edad y era bajo y de débil constitución.

Aquellos dos hombres, que ocupaban en el castillo de popa el sitio correspondiente a su jerarquía, parecían más separados aún por una antipatía natural que por la etiqueta de su respectivo grado. Aun cuando el capitán trataba a su segundo con toda corrección y respeto, érale imposible dar a su voz, cuando le hablaba, aquel acento de dulzura que le conquistaba el cariño de todos sus subordinados. De la misma manera recibía el señor Burke las órdenes de su jefe, y su sumisión, aunque perfecta, tenía algo de sombrío, algo de violento, que contrastaba con la gozosa y rápida del resto de la dotación.

Un suceso de cierta importancia había reunido a aquellos dos hombres, según se ha visto, en el momento que yo llegué al navío. La víspera había sido notada la falta de siete marineros a la lista de retreta.

El primer pensamiento del capitán fué que aquellos siete tunantes, entre los cuales había algunos a los que le gustaba la ginebra, se habían retardado sacrificando al dios Baco en la mesa de alguna taberna. Mas a la manifestación de su sospecha, hecha por el capitán, y que le fué sugerida a manera de excusa o atenuante de la falta por su bondad natural, el señor Burke contestó moviendo la cabeza en señal de duda; y como transcurrió la noche sin que llegaran los ausentes, al día siguiente, el capitán, por muy inclinado que se sintiera hacia la indulgencia, hubo de reconocer que el suceso, tal como había previsto Burke, encerraba alguna gravedad.

Son por desgracia muy frecuentes las deserciones a bordo de los navíos de guerra de Su Majestad Británica, debido a que, muchas veces, los marineros encuentran en los buques de la Compañía de las Indias acomodo mejor que el que suelen dispensarles los lores del Almirantazgo.

En todos los puertos de Inglaterra hay siempre una o dos casas que se llaman tabernas, pero cuya industria principal es la de reclutar y esconder desertores.

Como quiera que esas casas son conocidas por todas las dotaciones de los barcos, sobre ellas recaen inmediatamente las sospechas, cuando se advierten en un navío faltas de personal en su marinería. Entonces se preparan contra ellas expediciones de presa; pero en justa correspondencia, cuanto más expuestos están los honrados propietarios de esas casas a las visitas de este género, mayores precauciones toman para anular el resultado. Se trata de un contrabando, y hay que engañar a los aduaneros. Tan convencido estaba el señor Burke de que en alguna taberna estaban los marineros, que no quiso ceder a nadie la dirección de la empresa.

En consecuencia, aquella mañana se reunió a los quince marineros más antiguos del *Tridente*, y, en presencia del capitán y del segundo, celebraron una especie de consejo, en el cual las opiniones de los inferiores habrían de ser las que tuvieran más peso. El resultado de la deliberación fué que los culpables, según todas las probabilidades, estaban refugiados en la taberna llamada *La Verde Erin*, "honrado" establecimiento explotado por un irlandés, de nombre Jemmy, residente en el pueblo de Walsmouth, situado a unas ocho millas de distancia, poco más o menos, hacia el interior. Se había decidido que la expedición se dirigiera hacia allí.

Adoptada la decisión, se aprobó otra que debía asegurar el éxito, y fué la de enviar de avanzada un explorador que, bajo un pretexto cualquiera, penetrase en la taberna de Jemmy y averiguase en qué parte del establecimiento estaban los desertores, pues era de esperar que estos últimos hubiesen adoptado precauciones, máxime sabiendo que el *Tridente* debía hacerse a la mar.

Para la ejecución de esta parte del plan, se había presentado una dificultad, y era que el marinero encargado del papel de explorador correría grave peligro, si la expedición daba resultado, de pagar muy cara su intervención, al paso que, si el explorador era un oficial, por maravillosamente bien que se disfrazara, sería reconocido o por el buen señor Jemmy o por los desertores. La perplejidad del consejo era grande: nadie sabía cómo vencer aquella dificultad hasta que al señor Burke se le ocurrió la luminosa idea de echar sobre mis hombros tan espinosa comisión. Acababa de llegar a bordo, y por lo tanto, nadie me conocía. Esto explica las preguntas que a mi llegada me dirigió el capitán, y la orden, que las siguió, de recibir instrucciones detalladas del señor Burke.

Serían las cinco cuando me comunicaron que el segundo comandante me esperaba en su cámara. Me presenté a él inmediatamente. El señor Burke, después de ponerme al corriente de lo que de mí se esperaba, sacó de un arca una camisa, unos pantalones y una chaqueta de marinero, y me invitó a vestir aquellas prendas en vez de mi uniforme de guardiamarina. Sin perder tiempo, me despojé de mi uniforme y, merced a mi ancho pantalón de marinero, a mi camisa de franela encarnada, a mi gorra azul y a mis disposiciones naturales, pronto adquirí esa expresión picaresca que forma el carácter distintivo del personaje que debía encarnar.

Terminado mi disfraz, embarcamos en la chalupa el señor Burke, los quince marineros que habían formado el consejo y yo. Diez minutos después saltábamos a tierra en Plymouth. Como no podíamos atravesar en masa las calles de la ciudad sin llamar la atención, nos separamos en el muelle, citándonos, para diez minutos después de nuestra separación, junto a un árbol solitario que se veía desde la rada, y que se alza sobre una pequeña colina, más allá de la ciudad. A los quince minutos, todo el mundo estaba en su puesto.

El señor Burke me explicó entonces todos los detalles del plan. Yo debía dirigirme, todo lo velozmente que me permitieran mis piernas, al pueblecillo de Walsmouth, mientras los restantes expedicionarios me seguían a paso ordinario. En virtud de esta disposición, yo debía llegar una hora antes que mis compañeros, así que convinimos que éstos me esperarían hasta medianoche en una casucha que había a tiro de fusil del pueblo. Si a medianoche yo no había regresado, sería señal de que me habían matado o hecho prisionero, en cuyo caso, se lanzarían todos sobre *La Verde Erin* para rescatarme o vengar mi muerte.

Sonaban en aquel momento las siete en Plymouth. Yo necesitaba una hora y media, y mis compañeros dos, por lo menos, para llegar a Walsmouth. Me despedí, pues, de aquéllos. El señor Burke dió a su ruda voz cierta dulzura al decirme que me deseaba buen éxito, y partí.

Entrábamos en el mes más brumoso del otoño. El cielo estaba sombrío y encapotado; sobre mi cabeza, casi rozándola, pasaban nubes semejantes a olas silenciosas, y de vez en cuando ráfagas de viento, que soplaban

de improviso y cesaban con brusquedad maravillosa, doblaban las copas de los árboles que flanqueaban el camino, arrancando con su poderoso soplo las postreras hojas adheridas a las ramas, que venían a azotar mi rostro. No recuerdo haber *disfrutado* en mi vida de noche tan triste como aquélla.

Después de hora y media de correr sin descanso, y sin experimentar la menor fatiga, divisé las primeras luces de Walsmouth. Me detuve un momento para orientarme, pues necesitaba ir en derechura a la taberna de Jemmy sin preguntar a nadie el camino, toda vez que preguntarlo hubiese excitado sospechas. Como desde el sitio donde había hecho alto, solamente se distinguía un amontonamiento de casas, decidí entrar en el pueblo, confiado en que no faltaría algún indicio exterior que guiaría mis pasos. No me engañé: no bien entré en la primera calle, divisé la linterna que mis camaradas me habían indicado como faro encargado de dirigirme, y me acerqué, resuelto, puesto que ya estaba allí, a representar mi papel con todo el verismo posible.

La taberna de Jemmy no tenía pretensiones, ni mucho menos, de engañar a nadie con falsas apariencias: era una guarida, un cubil en toda regla. La puerta, muy semejante a la de un calabozo, tenía, a la altura de la cabeza de un hombre, ese ventanillo enrejado que, en el *argot* tabernario, suelen llamar *agujero del espía*, porque su objeto es permitir al dueño del establecimiento asegurarse, antes de franquear la puerta, de la clase de personas que recibe. Acerqué mi cara al ventanillo y miré: daba a una especie de caverna tenebrosa, donde no pude distinguir más que algunos hilos de luz que se filtraban por las grietas de una puerta, y que me indicaron que la estancia inmediata, si no habitada, por lo menos estaba iluminada.

—¡Ah, de la casa! —grité.

Por más que pronuncié las palabras anteriores con voz recia, y las acompañé con un golpe asestado contra la puerta, más recio aun, quedaron sin respuesta. Esperé un momento, llamé por segunda vez, pero con el mismo resultado. Por tercera vez quise pegar mi cara al ventanillo, pero lo encontré ya ocupado: otra cabeza, pegada a la rejilla, me miraba desde dentro.

—¡Más vale tarde que nunca! —exclamé yo.

—¿Quién eres? ¿Qué deseas? —preguntó una voz dulce, que yo estaba muy lejos de esperar en aquella ocasión, y en la que reconocí la de una joven.

—¿Que quién soy, hermosa niña? Un pobre diablo de marinero que irá a dormir a la cárcel si tú no le abres la puerta.

—¿De qué barco?

—Del *Boreas*, que zarpó esta mañana.

—Entra —contestó la niña, abriendo la puerta lo estrictamente necesario para dar paso a mi cuerpo.

No bien pasé, la volvió a cerrar, echando seguidamente dos gruesos cerrojos y una barra.

Al ruido que hicieron a mis espaldas aquellas garantías de seguridad interior, sentí..., lo confieso sin reparo, que el agua y el sudor que inundaban mi frente se helaban; pero ya no podía retroceder. Además, sin darme tiempo a nada, la niña abrió la puerta interior y me encontré en la estancia iluminada. Mis miradas la recorrieron en un instante, deteniéndose en el digno Jemmy, cuyo aspecto formidable no era el más indicado para tranquilizar a nadie. Tendría seis pies de estatura, su musculatura era de toro, y de toro parecían sus cabellos y sus cejas, rojos y cerdosos. De su boca, que sostenía una pipa, salían nubes de humo que envolvían su cabeza y que, al disiparse, dejaban ver el brillo de un par de ojos habituados a mirar muy adentro.

—Padre —dijo la joven—; este pobre muchacho viene a pedirnos hospitalidad para esta noche.

—¿Quién eres? —preguntó Jemmy, dejando pasar algunos segundos de intervalo entre las palabras de su hija y las suyas, y hablando con acento irlandés muy pronunciado.

—¿Que quién soy? —respondí apelando al *patois* de Munster, que yo hablaba como mi propia lengua—. ¡Caramba, señor Jemmy! Me parece que a usted, menos que a nadie, debería tener necesidad de decírselo.

—¡Por mi vida que tienes razón! —exclamó el dueño de *La Verde Erin*, levantándose de la silla donde estaba sentado—. ¡Un irlandés!

—De pura sangre —contesté.

—Sé bien venido —repuso, tendiéndome la mano.

Adelanté dos pasos con objeto de corresponder al honor que me dispensaba el señor Jemmy, pero éste, como si su mente hubiera elaborado algún pensamiento súbito que le hiciera arrepentirse de su exceso de confianza, retiró la mano que me tendía, la llevó a la espalda juntamente con la otra, y mirándome de nuevo con sus ojillos de demonio, dijo:

—Si realmente eres irlandés, entonces has de ser católico.

—Tan católico como San Patricio —respondí.

—Es lo que vamos a ver ahora mismo.

Pronunciadas estas palabras, que no dejaron de producirme cierta inquietud, el tabernero se acercó a un armario, sacó de él un libro, lo abrió, y leyó lo siguiente:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Yo clavé en él los ojos, estupefacto.

—Contesta —dijo—; si eres católico, como acabas de asegurar, sabrás ayudar a misa.

Comprendí al punto; y como de niño ojeé infinidad de veces un

libro de misa de la viuda Denison, que siempre me llamó la atención por la infinidad de grabados de santos que lo adornaban, contesté:

—*Amen.*

—*Introito ad altare Dei* — continuó mi interrogador.

—*Ad Deum qui laetificat juventutem meam* — contesté con el mismo aplomo.

—*Dominus vobiscum* — dijo el tabernero.

Mis reservas de latín se habían agotado. El buen Jemmy, al ver que no respondía, permaneció en espera de mi contestación que debía convencerle.

—*Et cum spiritu tuo* — susurró junto a mi oído la niña.

—*Et cum spiritu tuo* — grité a voz en cuello.

—¡Bravo! — exclamó Jemmy volviéndose —. Eres un hermano. ¿Qué deseas? ¿Qué quieres? Pide, y tu boca será medida..., siempre que tengas dinero, por supuesto.

—¡Oh, dinero no me falta! — contesté, haciendo sonar algunos escudos que llevaba en el bolsillo.

—Siendo así, hijo mío, ¡vivan Dios y San Patricio! — exclamó el honrado propietario de *La Verde Erin* —. Llegas a tiempo para asistir a la boda.

—¿A la boda? — pregunté admirado.

—A la boda, sí. ¿Conoces a Bob?

—¿A Bob? ¿No he de conocerle?

—Pues bien: se casa.

—¡Ah! ¿Se casa?

—En este mismo instante.

—¿No le acompañan otros del *Tridente?*

—Siete, amigo mío. Siete son los del *Tridente,* tantos como los pecados capitales.

—¿Podría yo reunirme con ellos... sin indiscreción, por supuesto?

—En la iglesia, hijo mío: ahora mismo voy a acompañarte.

—¡Oh! — repliqué vivamente —. No se moleste usted, señor Jemmy; iré solo.

—¡Ah, sí! Vas a salir a la calle para que los espías de Su Majestad Británica te echen la mano encima, ¿verdad? ¡No, hijo mío, no! Irás a la iglesia, pero sin salir de casa... Ven.

—¿Tiene comunicación con la iglesia esta casa?

—Sí, sí. Ven por aquí.

Y el buen Jemmy se apoderó de mi brazo y me arrastró en la forma más amistosa del mundo, pero al propio tiempo con tal fuerza, que si me hubieran venido ganas de resistirme, me hubiese encontrado en la impotencia más absoluta de hacerlo.

Cruzamos dos o tres habitaciones, en una de las cuales se veían, sobre una mesa, los preparativos de una cena más abundante que escogida, y bajamos a una especie de cueva tenebrosa, donde, sin soltarme, Jemmy comenzó a caminar sobre las puntas de los pies. Al fin, después de un momento de vacilación, abrió una puerta. La frescura del aire me dió en el rostro. Tropecé en los peldaños de una escalera, y apenas subí algunos, sentí que una lluvia fina azotaba mi rostro. Alcé los ojos, y vi la bóveda celeste sobre mi cabeza. Miré en derredor: nos encontrábamos en un cementerio, a cuyo extremo alzábase una iglesia, de la que se destacaban dos ventanales iluminados que parecían mirarnos con ojos de fuego. Se acercaba el momento del peligro. Desenvainé la mitad de mi puñal y me aresté a seguir adelante, pero entonces fué Jemmy quien se detuvo y me dijo:

—Ahora ya puedes continuar tú solo sin temor de perderte. Vuelvo a disponerlo todo para la cena: tú volverás con los recién casados y encontrarás tu cubierto en la mesa.

Sentí que se soltaba la tenaza que sujetaba mi brazo. Jemmy, sin esperar mi contestación, retrocedió por el mismo camino que acabábamos de recorrer los dos. No bien quedé solo, en vez de continuar mi marcha hacia la iglesia, me detuve, dando gracias a Dios por haber inspirado a Jemmy la idea de no acompañarme hasta el fin, y luego, cuando mis ojos se habituaron a la obscuridad reinante, pude observar que las tapias del cementerio no eran muy altas, y que, por lo tanto, no me sería imposible salir del recinto en que estaba encerrado. Corrí hacia el muro y lo escalé. Me bastó entonces dejarme caer para encontrarme en una callejuela desierta.

No me era posible saber con precisión el sitio en que me hallaba. Me orienté tomando como base la dirección del viento, que, durante mi viaje de ida, me había azotado de frente. Eché a andar hasta que me encontré fuera del pueblo. Pronto distinguí a mi izquierda, semejantes a negros fantasmas, los árboles que flanquean el camino que une a Plymouth con Walsmouth. Me dirigí hacia aquél. La casucha que señaláramos como punto de reunión distaba veinticinco pasos del camino; me dirigí a ella, y allí encontré a mis hombres. Les referí lo que estaba pasando. Distribuímos nuestras fuerzas en dos pelotones y entramos en Walsmouth a paso de carga, pero silenciosamente. Llegados al final de la calle que conducía a la taberna de Jemmy, yo extendí un brazo en dirección a la linterna que indicaba la entrada de *La Verde Erin* y el otro hacia el campanario de la iglesia, que dibujaba en el cielo su flecha negra y puntiaguda, y pregunté al señor Burke cuál de los dos pelotones deseaba que dirigiese. Me encargó del destacamento que debía apoderarse de la taberna y que se componía de seis hombres, mientrás él, al frente de los nueve restantes, dirigióse hacia la iglesia. Como quiera que desde el sitio en que estábamos, la taberna y la iglesia dista-

ban poco más o menos lo mismo, era evidente que, si avanzábamos al mismo paso, los ataques de los dos puestos habrían de resultar simultáneos.

Cuando llegué con mi ejército frente a la puerta de la taberna, mandé a mis hombres que se pegasen al muro mientras yo llamaba. Así lo hice, pero sin resultado alguno. Entonces dispuse que dos de mis hombres, que traían hachas, derribasen la puerta, orden que quedó cumplida en menos de cuatro segundos. Todos nos precipitamos dentro.

La segunda puerta estaba cerrada, y también hubo necesidad de echarla abajo. Nos encontramos en la estancia en que Jemmy me había obligado a ayudar a misa, pero ya no estaba iluminada como antes. Uno de mis hombres encendió una pajuela, pero en vano buscamos un farol o una linterna. Decididamente la guarnición estaba apercibida. Corrí a la puerta de entrada para descolgar el farol que lucía cuando nosotros entramos: el farol estaba apagado. Cuando volví, encontré la habitación iluminada. Uno de nuestros marineros, artillero de la segunda batería de babor, llevaba en el bolsillo una mecha y acababa de encenderla. Pero no podíamos perder tiempo, pues la mecha no duraría más que contados segundos. Tomé la mecha en mis manos y grité a mis hombres:

—¡Seguidme!

Atravesamos la segunda habitación, la que estaba dispuesta para la cena, sobre la que nuestros hombres lanzaron, al paso, miradas de expresión difícil de traducir, y al fin, en el momento de extinguirse la mecha, llegué a la puerta de la cueva. Estaba cerrada; pero sin duda no tuvieron tiempo para afianzarla como las otras, pues encontré la llave en la cerradura. Como recordaba perfectamente el camino que había hecho media hora antes, emprendí la marcha; pero no había avanzado cuatro pasos cuando una voz murmuró en mi oído la palabra *¡traidor!* al mismo tiempo que algo cayó sobre mi cabeza. Vi millones de chispas, lancé un grito, y caí desplomado, sin conocimiento.

Cuando recobré el sentido, me encontré en mi hamaca y comprendí, por el movimiento del barco, que debíamos estar aparejando. Mi accidente, efecto de un puñetazo propinado por el tabernero de *La Verde Erin*, en nada empañó el resultado de la expedición. Burke entró en la sacristía en el momento que se celebraba la boda, sorprendiendo a los desposados y a todos nuestros muchachos. Todos fueron presos, a excepción de Bob, que consiguió escapar por una ventana. Verdad es que la ausencia del fugitivo tuvo su compensación, pues Burke, resuelto a volver a bordo con un número de hombres igual al de los desertores, echó la zarpa a uno de los asistentes al acto, y, sin hacer el menor caso de sus gritos y de su resistencia, le llevó con los otros a bordo del *Tridente*. Aquel pobre diablo, que de modo tan inesperado encontróse alistado en la marina de guerra británica, era un barbero llamado David.

IX

Aunque el accidente que sufrí me impidió tomar parte activa en el desenlace definitivo de la empresa, no puede negarse que su resultado feliz fué debido, en gran parte, al acierto con que yo lo preparé todo. Por lo tanto, mi digno capitán quiso venir en persona a informarse de mi estado. Le dije que me hallaba bien y que antes de un cuarto de hora subiría al puente.

En efecto: no bien me dejó el capitán, salté de la hamaca y procedí a vestirme y a arreglarme. Subí al puente y pude ver que el *Tridente* iniciaba su marcha. Al verme todos mis camaradas me felicitaron por el éxito de la expedición y me rogaron que les explicara detalladamente lo sucedido. Comenzaba yo a referirles mi accidente, cuando uno de los guardiamarinas, que tenía un anteojo, lo asestó a una barca que se acercaba, y exclamó:

—¡Que me aspen si no es Bob el que llega!

—¡Valiente bribón! —dijo un marinero—. Escapa cuando van a buscarle, y corre tras nosotros cuando le volvemos la espalda.

—Puede que haya reñido ya con su esposa —añadió un tercero.

—De cualquier manera, no querría yo encontrarme en su pellejo —observó otro.

—¡Silencio! —gritó una voz, que tenía la costumbre de hacernos temblar a todos—. ¡A su puesto todo el mundo! ¡Timón a estribor!... ¡Enfilad la mesana!... ¿No véis que el navío retrocede?

Ejecutada la orden, al poco rato gritó una voz:

—¡Barca a babor!

—¡Ved qué desea! —mandó el segundo.

—¡Ah, de la barca! —gritó la voz que diera el aviso—. ¿Que queréis?

Recibida la respuesta, el marinero dirigióse al segundo, diciendo:

—Mi teniente, es el marinero Bob, que se demoró en tierra y desea subir a bordo.

—Echad un cabo a ese bribón y encerradle con sus compañeros de deserción en el calabozo —contestó el segundo.

La orden fué ejecutada en el acto.

Un instante después apareció sobre la borda de babor la cabeza de Bob, justificando el apodo de "Soplador" que le daban sus camaradas, pues resollaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Vaya, mi viejo cachalote! —le dije yo—. Vale más tarde que nunca. Ocho días a pan y agua en el fondo de la cala, y todo pasado.

—Es muy justo..., es muy justo..., lo merezco, y a fe que si con tan poco se conforman, no podré quejarme. Pero antes, con su permiso, señor guardiamarina, quisiera hablar al teniente.

—Conducid a este marinero a presencia del teniente —dije.

—¿Qué quieres? —preguntó éste cuando vió frente a sí al marinero.

—Con su permiso, mi teniente —dijo Bob, dando vueltas entre sus manos a su gorra—, diré que he faltado, y que, por lo que a mí se refiere, nada tengo que reclamar.

—¡Menos mal! —murmuró el señor Burke, con sonrisa que lo expresaba todo menos sinceridad y alegría.

—Así, que, mi teniente, es muy probable que nunca más me hubiese vuelto a ver usted si no llega a mis oídos la noticia de que había a bordo quien pagaba el escote de Bob. Entonces me dije a mí mismo: "Amigo Bob, eso no puede quedar así: fuerza será que vuelvas a bordo del *Tridente*, si no quieres ser un perfecto canalla"; y aquí me tiene.

—¿Y bien?

—Pues que aquí estoy yo para recibir los golpes, prestar mi servicio y sufrir el castigo, y, por tanto, no tiene usted necesidad de retener en mi lugar a otro... No dudo, mi teniente, que enviará usted a David a tierra, donde le esperan su mujer y sus hijos, llorando desconsoladamente... ¿Los ve usted allá, mi teniente?

Y extendió el brazo en dirección a un grupo de personas que se veían en la punta más avanzada del muelle.

—¿Quién le dió permiso a ese bribón para que me hablase? —preguntó el teniente.

—Yo, señor Burke —respondí.

—Sufrirá usted veinticuatro horas de arresto, y así aprenderá a no meterse en lo que no le importa.

Saludé y di un paso atrás.

—Mi teniente —repuso Bob con voz firme—, lo que usted hace no es justo: si alguna desgracia ocurre a David, usted será el responsable ante Dios.

—¡Llevad a ese miserable al fondo de la cala y cargadle de grilletes! —gritó exasperado el teniente.

Llevaron a Bob. Mientras tanto, yo había descendido por otra escalera, pero nos tropezamos en el falso puente.

—Mía es la culpa del castigo que a usted le impusieron, y por ello le pido perdón. Espero, sin embargo, reparar el mal.

—No vale la pena hablar de ello, Bob —contesté—. Le recomiendo, sin embargo, que tenga paciencia, mucha paciencia.

—No me falta cuando de mí se trata; pero la pierdo cuando pienso en el pobre David.

Al día siguiente, el marinero que me servía, después de haber cerrado por precaución la puerta, dijo con aire de misterio:

—¿Me da permiso para transmitirle dos palabras de parte de Bob?

—Dímelas.

—Pues bien, señor oficial: dice Bob que es muy justo que él y los desertores sean castigados; pero que es un atropello irritante que castiguen a David, que de nada es culpable. Así que le ruega a usted que diga dos palabras al capitán, hombre justo que no tolerará tal injusticia.

—Hoy mismo cumpliré el encargo.

—Muchas gracias, mi oficial.

Eran las siete de la mañana. A las once, hora en que terminaba mi arresto, fuí a encontrar al capitán. Sin decirle que hablaba en nombre de Bob, como cosa mía, lo puse al tanto de lo que sucedía al pobre barbero y de la injusticia que se cometía reteniéndole en el calabozo con los desertores. Tan justa era mi representación, que el capitán dió las órdenes oportunas para que cesase el atropello. Quise retirarme entonces, pero el capitán me retuvo para que tomase el té en su compañía.

Después del té, subí al puente. Una porción de marineros formaban círculo en derredor de un hombre a quien yo no conocía: era David, que mirando hacia tierra lloraba desconsoladamente, y de pronto se desmayó.

—¿Qué es eso? —preguntó el segundo que acertó a pasar en aquel instante.

Los marineros separáronse silenciosos para que aquél pudiera ver a David tendido sin conocimiento.

—¿Está muerto? —preguntó aquel hombre, con indiferencia.

—No, mi teniente —contestó uno de los presentes—. Está desmayado.

—Echadle un cubo de agua fresca a la cara y ese bribón volverá en sí.

Afortunadamente en aquel momento llegó el médico y revocó la orden del teniente. El médico hizo que transportasen a David a su hamaca, y como continuara el desvanecimiento, le hizo una sangría que le devolvió a la vida.

Mientras tanto, navegaba el buque viento en popa, y, dejando a su izquierda las islas de Aurigny y de Guernesey, había doblado la de Ouessant y entrado en el Océano Atlántico a velas desplegadas. Como es natural, cuando al cabo de dos días, David, completamente restablecido en cuanto a su dolencia física, volvió a subir al puente, ya no vió más que agua y cielo.

Amaneció el jueves, día en que se ejecutan los castigos disciplinarios. A las ocho de la mañana, todos los soldados de marina tomaron sus armas al mando de sus oficiales, y formaron a babor y a estribor. Aparecieron luego los reos acompañados por el capitán de armas y por sus dos ayudantes, y con asombro indescriptible de los testigos de la ceremonia, entre los reos encontrábase David.

—Señor Burke —dijo el capitán cuando reconoció al pobre barbero—, ese hombre no puede ser tratado como desertor. Fué presa hecha en tierra y no pertenecía a nuestra dotación.

—No le hago castigar como desertor, mi capitán —replicó el segundo—, sino por borracho. Ayer subió al puente, y no se tenía en pie.

—Señor capitán —terció David—, le juro por mi salvación eterna, que desde que me trajeron al buque no he bebido una sola gota de ginebra, de vino ni de ron. Apelo al testimonio de mis camaradas, a quienes regalé siempre la ración de licor que me han dado.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —gritaron muchas voces.

—¡Silencio! —tronó el teniente.

Vuelto entonces hacia David, añadió:

—Si así es, ¿cómo ayer, al subir al puente, no sabía usted tenerse?

—Porque los bandazos eran muy violentos y estaba mareado.

—¡Mareado! —exclamó el teniente, encogiéndose de hombros—. ¡Estaba usted borracho! Le sometí a la prueba de rigor en casos análogos, y no supo dar ni tres pasos sobre el carril sin caerse.

—¿Acaso estoy acostumbrado a caminar por un barco? —objetó David.

—¡Digo que estaba usted borracho, y basta! —gritó el teniente, y dirigiéndose al capitán, repuso:

—El señor capitán es dueño de perdonarle el castigo; pero pensará en las consecuencias que su indulgencia podría tener para la disciplina.

—Que se haga justicia —dijo el capitán, quien no podía indultar a David sin menoscabar el prestigio del segundo.

Nadie dijo palabra. Leída la sentencia en voz alta por el capitán de armas, comenzó la ejecución. Los marineros, habituados a los vergajazos, los sufrieron con más o menos valor; cuando llegó el turno a Bob, que era el penúltimo, abrió la boca como para decir algo, mas se calló.

Bien aplicado le estaba a Bob el remoquete de "Soplador". A medida que descargaban sobre sus espaldas los vergajazos, su respiración se hacía tan ruidosa, que no parecía sino que algún cachalote volaba por sobre el navío. Justo es hacer constar que sus resoplidos fueron la expresión única de dolor que sus labios dejaron escapar. Recibido el vergajazo vigésimo, Bob se levantó. Su ruda piel estaba toda acardenalada, pero de su cuerpo no salió ni una gota de sangre. Todo el mundo comprendió que Bob deseaba hablar, y se hizo silencio.

—He aquí lo que tenía que suplicar al capitán —dijo Bob, volviéndose hacia el señor Stanbow—: que antes de bajar de aquí, acceda a que me den los doce vergajazos que debe recibir David.

—¿Qué es lo que pides, Bob? —exclamó el barbero.

—Déjame hablar —replicó Bob—. No es incumbencia mía decidir si David merece el castigo o no, mi capitán, pero sí sé una cosa: que si recibe los vergajazos semejantes a los que me aplicaron a mí, morirá, que su mujer quedará viuda y sus hijos huérfanos. Yo, en cambio, recibí un día treinta y dos, precisamente el mismo número que ahora reclamo, y si bien es cierto que estuve un poquito enfermo, no me costó la vida.

—¡Baje usted, Bob! —contestó el capitán con lágrimas en los ojos.

Obedeció Bob sin despegar los labios y subió el barbero a ocupar su puesto. Los dos ayudantes del capitán de armas le despojaron de la chaqueta y de la camisa y, al ver aquel cuerpo blanco y delicado, concibieron los mismos temores que Bob. El capitán, con ahogado dolor, les dijo:

—Cumplid vuestro deber.

Y empezó el suplicio. El primer vergajazo dejó un ancho surco azulado en la espalda del paciente; descargó el segundo, que formó una cruz siniestra con el primero; al tercero comenzó a brotar sangre; al cuarto, la sangre saltó con violencia, salpicando a los marineros más inmediatos al tablado.

—¡Basta! —gritó el capitán.

Desataron las manos a David, quien no había lanzado un grito, aunque estaba tan pálido como si fuese a morir. No obstante su palidez, descendió por la escalera del tablado con paso firme, y, vuelto hacia el capitán, dijo:

—¡Gracias, señor Stanbow! La misericordia que conmigo se hace dejará en mí recuerdos tan imperecederos como la venganza que he de tomar.

—No debe usted acordarse más que de sus deberes, amigo mío —replicó el capitán.

—Yo no soy marinero —repuso David—, pero sí marido y padre. Dios me perdonará si en este momento no cumplo los deberes de padre y de marido en atención a que la culpa no es mía.

—Conducid a los culpables al falso puente y que los cure el médico.

Bob ofreció su brazo a David.

—¡Gracias, mi bravo amigo, gracias! —le dijo David—. Bajaré solo.

—Esto terminará mal —dije a media voz al capitán.

—Mucho me lo temo —me contestó—. Vea usted a ese pobre hombre, señor Davys, y trate de calmarlo.

X

Dos horas después yo me encontraba al lado de David, que estaba tendido en su hamaca, presa de ardiente fiebre. Me acerqué a su lado.

—¿Qué tal, amigo David, cómo se encuentra? —le pregunté.

—Bien —contestó con sequedad y sin mirarme.

—Veo que usted responde sin saber quién le habla... Soy el señor Davys.

David volvióse vivamente.

—¡Señor Davys!... —exclamó, incorporándose—. ¡Señor Davys!... ¡Si realmente es usted el señor Davys debo darle las gracias! Bob

me dijo que fué usted quien consiguió que el capitán me mandara sacar del calabozo... ¡Gracias, señor Davys, gracias!

—No se desanime usted, mi querido David — dije —. El capitán es un señor excelente, y me prometió que, a su regreso a Inglaterra, lo dejará en libertad.

—¡Sí! ¡El capitán es un señor excelente! — exclamó David con expresión de amargura infinita —. Es muy bueno y muy justo; pero permitió que me golpearan y azotasen como a un perro, para no desairar a ese infame teniente...

—Le era absolutamente imposible perdonarle la pena por entero, David. El fundamento primero y principal de la disciplina consiste en dar siempre la razón al superior. Usted vió, sin embargo, que al cuarto golpe mandó poner fin al castigo.

—¡Sí..., estamos de acuerdo! — murmuró David —. Es decir, que si el señor Burke me hubiese mandado ahorcar, en vez de conformarse con azotarme, el capitán, en lugar de mandar emplear doce brazas de cuerda para colgarme, habría dispuesto que fueran cuatro.

—David..., aquí no se ahorca más que por robo o por asesinato, y usted no ha de ser nunca ni ladrón ni asesino.

—¡Quién sabe! — murmuró el barbero.

Advertí que mis palabras, lejos de calmarle, le excitaban más, por cuyo motivo volví al puente. La tranquilidad era tan absoluta como si nada hubiera pasado momentos antes.

El capitán paseaba por la toldilla de popa con paso mesurado y automático que indicaba la preocupación de su espíritu. Yo me detuve a cierta distancia de él; dos o tres veces llegó junto a mí paseando, y otras tantas veces se alejó. Al fin alzó la cabeza y me vió.

—¿Qué tal? — preguntó.

—Está delirando — contesté, con el fin de que la palabras amenazadoras que pronunciase David fueran atribuídas a la fiebre y no al deseo de venganza.

El capitán sacudió la cabeza y tomó mi brazo.

—¡Cuán difícil es que sea justo el hombre que dispone de una autoridad cualquiera, señor Davys! — exclamó —. Si debo decir lo que siento, temo haber sido injusto con ese desgraciado.

—Fué usted más que justo, mi capitán — respondí —. Fué misericordioso. Si alguien puede hacerse reconvenciones, ciertamente no es usted.

—¿Cree usted que el señor Burke no abrigaba el convencimiento de la culpabilidad de David?

—No digo tanto, mi capitán; pero debo expresarle que tiene una manera de mandar, que la primera idea que sus órdenes me inspiran a mí es la de desobedecerlas.

—No lo haga nunca — me dijo el capitán, intentando dar a su rostro una expresión severa —, porque me vería en la dolorosa necesidad de castigarle. ¡Davys..., hijo mío! ¡En nombre de su padre, mi amigo de toda la vida, le ruego que no haga nunca eso!... ¡Me produciría un profundo pesar!

Seguimos paseando juntos por espacio de algunos minutos sin mirarnos ni dirigirnos la palabra. Al fin me preguntó:

—¿A qué altura cree usted que nos encontramos?

—Si no me equivoco, a la altura del Cabo Mondego, poco más o menos.

—No se equivoca usted, amigo mío — me contestó —. Mañana doblaremos el Cabo San Vicente, y si aquella nube negra que se ve allá, y que parece un león dispuesto a saltar sobre su presa, no nos da un disgusto, pasado mañana por la tarde entraremos en Gibraltar.

Volví mis ojos hacia el punto del horizonte que me señalaba el capitán. La nube por él indicada parecía una mancha lívida proyectada en el cielo, pero era yo entonces demasiado novicio para deducir de aquel presagio consecuencias de ningún género.

Continuando, pues, la conversación iniciada por el capitán, pregunté:

—¿Será indiscreción, señor Stanbow, preguntarle si piensa permanecer mucho tiempo en Gibraltar?

—No lo sé yo mismo, mi querido Davys. Debo esperar allí las órdenes del Almirantazgo.

El capitán volvió a mirar a la nube, y se quedó callado. Yo lo saludé y me retiré. Me había separado algunos pasos, cuando me llamó con un gesto:

—Me olvidaba, señor Davys: mande usted que el repostero suba algunas botellas de Burdeos, y regálelas, como en nombre suyo, al pobre David.

Tomé entre mis manos la diestra del capitán y quise llevarla a mis labios.

—¡Vaya usted..., vaya! — me dijo —. Le recomiendo ese desgraciado. De antemano apruebo todo lo que en su obsequio haga.

Cuando subí al puente, confieso que mis miradas primeras fueron para la nube.

Fuí a tomar asiento cerca del lugar donde se encontraba Bob, que se hallaba absorto en la contemplación del oleaje. Yo, entonces, empecé a silbar la música de una antigua canción irlandesa. Bob escuchó un momento sin decir nada, pero pronto volvió la cabeza, me vió, quitóse la gorra, y como si le costase mucho trabajo hacerme una observación, cuya inconveniencia no se le ocultaba, me dijo:

—Con todo el respeto posible quisiera hacerle presente, señor Davys, que siempre oí decir a personas de más años y de más experiencia que yo, que es muy peligroso llamar al viento, cuando en el horizonte hay un cargamento tan considerable como el que guarda el gran almirante de todas las nubes.

—Lo que quiere decir, mi sempiterno Soplador — contesté riendo —, que mi música no es de tu gusto, y que deseas que me calle, ¿no es eso?

—Yo no puedo dar órdenes a mi superior. Sin embargo, en este momento, señor..., y eso era lo que me permitía decirle, creo que sería preferible no despertar al viento.

—Pero veamos, mi querido Bob — repliqué yo, con intención de hacer hablar a aquel hombre —, ¿qué es lo que te hace presumir que va a cambiar el tiempo? Miro a todas partes, y si se exceptúa aquella faja sombría, todo lo veo puro y brillante.

—Señor John — me dijo Bob, colocando su ancha mano sobre mi brazo —, ocho días bastan ordinariamente a un grumete para aprender a anudar lo que llamamos rizo; pero la vida entera de un marino no es bastante para aprender las letras que escribe Dios en las nubes.

—¡Sí, sí! — respondí yo, volviendo a fijar mis miradas en el horizonte —. Veo allá algo que se cierne como un pajarraco; pero no me parece que sea peligroso.

—Señor John, quien compre aquella nube por una ráfaga o por un ventarrón, podrá ganar el mil por uno. Es una tempestad, señor John, una verdadera tempestad que viene por el este.

Me volví hacia ese punto y, en efecto, vi una línea de nubes que, brotando de la mar semejantes a un archipiélago de islas, clavaban sus cabezas descoloridas en el horizonte opuesto. Ya no podía dudarse que nos encontrábamos, tal como Bob lo había previsto, colocados entre dos huracanes.

Gradualmente se hizo incierta e intermitente la brisa que movía al buque; se obscureció el día; el mar, de verdoso que estaba, tomó un marcado color de ceniza, y a lo lejos oíase el rodar sordo del trueno.

—¡A ver, el de la barra del sobrejuanete! — gritó el capitán al vigía —. ¿Hay noticias de la brisa?

—No murió del todo, mi capitán — repuso el marinero —; pero llega convertida en ráfagas, siendo de advertir que cada ráfaga nueva es más débil que la anterior.

—¡Baja! — gritó el capitán.

El marinero obedeció.

El capitán continuó su paseo y restablecióse el silencio.

—Me parece — dije a Bob — que tu camarada se equivocó. Mira cómo se hinchan las velas y prosigue su marcha el navío.

—Son los estertores de la brisa — murmuró Bob —. Tendremos dos o tres suspiros más, semejantes a éste, y morirá definitivamente.

En efecto: tal como acababa de vaticinar Bob, el buque, impelido por el último soplo, navegó un cuarto de milla más; luego, al cesar la impulsión de la brisa, cabeceó pesadamente y ya no tuvo más movimiento que el que le comunicaba el oleaje.

—¡Todo el mundo al puente! — gritó el capitán.

—¡Oh!..., ¡oh!... — exclamó Bob —. Nuestro capitán adopta sus precauciones antes de que estalle la tormenta. Me parece que pasará por lo menos media hora antes de que el viento nos haga saber de qué parte soplará.

—¡Vaya! ¡Hasta ha despertado al señor Burke! — dije a Bob —. Mira cómo se levanta.

—El señor Burke dormía como usted y como yo, señor John — murmuró Bob.

—¡Bah! ¿No ves cómo bosteza?

—No siempre es el sueño lo que hace bostezar... No bostezará el capitán..., no, pierda usted cuidado... Vea cómo seca el sudor que inunda su frente..., cómo toma un bastón para andar..., él, que tiene un paso tan seguro como el que más.

—¿Qué quieres decirme con eso, Bob?

—Nada... Yo me entiendo.

Burke acercóse al capitán, con quien cambió algunas palabras.

—¡Atención! — gritó el capitán —. ¡Al agua la cadena del pararrayos! ¡Llenad todos los tanques y alistad las bombas de incendios! ¡Quitad los fulminantes a los cañones! ¡Apagad las luces! ¡Cerrad las portas de las baterías, las postas y las escotillas! ¡Que no circule por el navío la más pequeña corriente de aire!

Retumbó en aquel momento el trueno más cerca, más amenazador, como si el rayo hubiese comprendido las precauciones que contra él se adoptaban y se hubiera irritado. Al cabo de diez minutos, todas las órdenes habían sido cumplidas, y los marineros ocupaban de nuevo sus puestos.

El mar, mientras tanto, estaba tan tranquilo, que parecía un inmenso lago de aceite. Ni una ráfaga de aire se dejaba sentir. De pronto, sobre la superficie de las aguas comenzaron al fin a dibujarse algunas líneas ligeras que los marineros suelen llamar arañazos de gato, y que avanzaban de oriente a occidente. Brotó por el este una ráfaga luminosa, entre el mar y las nubes, como si manos prodigiosas hubiesen separado una cortina para dar paso al viento; en las profundidades del Océano sonó un estruendo violento y terrible, rizóse la superficie y se cubrió de espuma, y al fin, por oriente cerró el horizonte una especie de niebla transparente: llegaba la tempestad.

—¡Valor, hijos míos! — gritó el capitán —. El viento sopla de tierra, y ante nosotros tenemos mucho espacio que recorrer antes de llegar a sitio donde no podamos tropezar con escollos... ¡La caña del timón al viento! Volaremos delante de la tempestad hasta que la tempestad se canse de perseguirnos. Desplegad las velas.

—El *Tridente* es un precioso velero, difícil de alcanzar — murmuró Bob —, y el capitán le conoce bien. Hermosa lección tiene usted ocasión de aprender hoy, señor John — repuso volviéndose hacia mí —; pero aprovéchela usted pronto, porque tendrá muy poca duración. Estamos en los comienzos de la tempestad. ¿Cuántos pies por segundo calcula usted que recorre el viento, señor John?

—De veinticinco a treinta.

—¡Muy bien calculado! — exclamó Bob, palmoteando con sus anchas manos —. Lo que tal vez no haya visto usted es que la velocidad del viento aumenta por momentos y que, probablemente, concluirá por vencernos en la carrera.

—¡Bah! ¡Cargaremos más trapo!

—¡Hum! Hemos cargado todo el que podemos cargar... Vea usted aquel palo que se dobla como una varilla de sauce...

—¡Izad el pequeño foque y la mesana superior! — ordenó el capitán, con voz que dominó el estruendo de la tempestad.

No obstante los siniestros vaticinios de Bob, la embarcación continuó avanzando por espacio de una hora poco más o menos, sin que su arboladura sufriera la avería más insignificante. La tempestad, conforme se había previsto, redoblaba su violencia, llegando a tal extremo, que la velocidad de las olas excedió a la del navío. Una ola terrible, inmensa, grande como una montaña, pasó sobre la popa y fué a reventar en el puente. Abriéronse al propio tiempo las nubes, que parecían apoyadas sobre las puntas de los palos, y dejaron ver un cielo rojizo, encendido como el cráter de un volcán. Sonó un estruendo semejante al que producirían mil cañones disparados a la vez, una serpiente de fuego enroscóse en el contrajuanete, resbaló por el palo, siguió la cadena conductora y fué a perderse en el mar.

A la formidable explosión siguió un momento de silencio lúgubre, pavoroso, como si la misma tempestad, agotadas sus energías, se hubiese calmado. Aprovechó el capitán aquel momento de respiro para gritar con voz potente:

—¡A la capa, hijos míos! ¡Cargad todas las velas, hasta el último guiñapo, desde la proa hasta la popa! ¡Gente a las jarcias de los masteleros! ¡Los masteleros a todo trapo, señor Burke!... ¡Todo el mundo a la maniobra!... ¡Lo que no podáis desatar, picadlo!

Imposible reflejar la impresión que en la marinería, ya harto desanimada, produjo aquella voz vibrante, que parecía salir de la garganta del rey de los mares. Todos nos lanzamos a la maniobra, trepando a las jarcias envueltas en una atmósfera saturada de los gases del rayo.

Jaime y yo nos encontramos reunidos sobre el mastelero mayor.

—¡Hola!... ¿Es usted, señor John? — me dijo —. No esperaba yo que hubiéramos de continuar nuestra visita con tiempo tan hermoso.

—Mire aquella vela bribona que no quiso bajar con las otras y que parece que está pidiendo a gritos que la aferremos.

—La tempestad se encargará de abatirla sin nuestra intervención: créame, señor John, vayámonos de aquí cuanto antes.

—¡Todo el mundo al puente, excepto un solo hombre que deberá picar esa vela de lo alto del mastelero mayor! ¡Al puente todo el mundo!

No se hicieron repetir la orden los marineros; todos se deslizaron a lo largo de los aparejos, de lo que resultó que me encontré solo sobre el mastelero mayor. Intenté ganar la barra del juanete; pero antes de llegar hasta ella la borrasca nos alcanzó. Vi sobre mi cabeza la vela, hinchada como un globo y amenazando arrancar de cuajo al mástil, y me lancé con cuanta rapidez me fué posible al centro de aquel horrible remolino. Sujetándome con una mano a la barra del juanete, suspendido sobre el abismo y agitado mi cuerpo de una manera espantosa por el huracán, desenvainé con la otra mi puñal y comencé a picar la gruesa cuerda que sujetaba a la verga una de las puntas de la vela. Cuando lo conseguí, el lienzo, retenido solamente por las vergas del juanete, flotó un momento sobre mi cabeza semejante a inmensa sábana; entonces sonó un crujido, y vi que el viento la arrastraba a lo profundo del cielo. En el mismo instante el navío sufrió una sacudida horrorosa y me pareció oír, dominando los rugidos de la tempestad, mi nombre pronunciado por el señor Stanbow. Una enorme ola acababa de azotar el navío por un costado; sentí que éste se recostaba como un animal herido y me aferré con las fuerzas de la desesperación a las jarcias... ¡Horror! Los mástiles inclináronse hacia el mar, que sentí hervir junto a mi cabeza... Me dominó el vértigo; en mis oídos resonaba mi nombre pronunciado por el abismo movible que me tragaba; las manos y los pies no me bastaban para sostenerme; clavé mis dientes a las cuerdas y cerré los ojos; entonces creí sentir en mi cuerpo la frialdad mortal del agua... Me engañaba: el *Tridente* era demasiado bravo para sucumbir al primer golpe. Observé que se levantaba, abrí de nuevo los ojos, y vi, delante de mí, muy cerca, el puente y los marineros. Solté la cuerda a que estaba aferrado y caí entre el señor Stranbow y el segundo, sobre el castillo de popa, cuando todo el mundo me consideraba perdido sin remedio. El capitán me estrechó la mano y el señor Burke se contentó con hacerme un saludo militar, pero sin dirigirme la palabra.

La nueva maniobra a que había recurrido el capitán, en vista de la rapidez del huracán, consistía en capear la tempestad en vez de huir ante ella. Precisaba para ello virar en redondo, a fin de no presentar la popa, sino la proa al mar y al viento.

No había perdido el tiempo el señor Stanbow: en vez de las grandes velas, que momentos antes cubrían todo el navío, sólo desplegó el pequeño foque de mesana, amén de una vela latina que izó en lo alto del palo de mesana.

La maniobra mereció la aprobación de Bob, quien después de felicitarme por el feliz resultado que había tenido mi viaje aéreo, tuvo la

bondad de demostrarme la excelencia de aquella disposición y de explicarme su causa. Según él, había pasado la fase más violenta del huracán, y no tardaría mucho en convertirse el recio ventarrón en brisa decidida. Así sucedió: hacia el final de la tarde sopló viento oeste-noroeste, que recibimos por estribor, y al día siguiente por la mañana seguíamos el derrotero del que la víspera nos alejara la tempestad.

Por la noche cruzábamos frente a Lisboa, y al amanecer del siguiente día avistamos las costas de Africa y de Europa. Toda la dotación subió al puente para disfrutar de espectáculo tan soberbio. Busqué entre los marineros a David, a quien hacía cuatro días que tenía olvidado: era el único que había permanecido en cubierta, insensible, indiferente a todo. Tres horas más tarde fondeábamos en Gibraltar, bajo las baterías del fuerte, a las que saludamos con veintiún cañonazos.

XI

Después de dejar en tierra a su nuevo gobernador, debíamos esperar las órdenes del gobierno. El capitán Stanbow, con su bondad habitual, a fin de hacernos menos tediosa la espera, permitía diariamente que saltase a tierra la mitad de la dotación. Yo siempre salía con Jaime, y juntos hacíamos excursiones a caballo.

Un día, en ocasión en que dábamos uno de nuestros paseos, observamos que un águila se había abatido sobre un caballo muerto y que devoraba con muestras de tal voracidad aquella carne putrefacta, que me dejó acercar a una distancia de menos de cien pasos. Yo había visto a nuestros labriegos, cuando encontraban en el campo alguna liebre encamada, recurrir a un medio de sencillísima ejecución y seguro resultado para cazarla. Consiste ese medio en girar en torno del animal, estrechando cada vez más el círculo, hasta llegar a pasar a distancia tan corta, que sea fácil matarlo de un palo. La inmovilidad de la reina de los aires me sugirió la idea de intentar la misma prueba. Llevaba yo mis pistolas; amartillé una y giré en derredor del águila con cuanta rapidez podía sostener mi caballo puesto a galope, mientras Jaime, inmóvil en el sitio donde lo había dejado, contemplaba la prueba moviendo con aire de duda la cabeza. Cuando llegué a una distancia de veinticinco pasos, detuve bruscamente mi caballo y me dispuse a hacer fuego; el águila intentó alzar el vuelo al ver comprometida su vida; pero antes que perdiera tierra, yo disparaba y le rompía un ala.

Jaime y yo lanzamos al unísono dos gritos de alegría y echamos pie a tierra para apoderarnos de nuestra presa, pero lejos estábamos de pensar que quedaba por hacer lo más difícil de la empresa, pues el ave herida se había aprestado a la defensa y no parecía dispuesta a rendirse sin combate. Dimos, pues, principio a un ataque en regla. Fué nuestro plan primero agarrarla por el centro del cuerpo, ponerle la cabeza bajo el ala y llevárnosla; pero dos o tres picotazos recibidos, uno de los cuales produjo a Jaime una herida en la mano, nos obligaron a recurrir a otros medios. Nuestros pañuelos hicieron el gasto; con el mío hicimos el tocado de la cabeza del águila y con el de Jaime inmovilizamos sus garras. Terminadas felizmente estas dos operaciones, sujetando con mi corbata las alas al cuerpo, y luego, amarrada al arzón de mi silla el ave, vendada como una momia de Ibis, regresamos a Gibraltar, orgullosos de la presa hecha. En el puerto nos esperaba el bote que nos condujo en triunfo.

Cuando llegamos a bordo, lo primero que hicimos fué reclamar la intervención del médico para proceder a la amputación del ala herida; pero el doctor declaró que esa función era de la incumbencia del cocinero. Recurrimos a éste, quien, menos orgulloso que el médico, practicó la operación quirúrgica en un abrir y cerrar de ojos.

Terminada la operación, desatamos las garras del águila y la dejamos en el barco con autorización del capitán. Ocho días más tarde, *Nick*, que tal nombre le dimos, estaba tan domesticado como una cotorra.

En Plymouth yo había dado una prueba de habilidad dirigiendo la expedición a Walsmouth; la di de valor durante la tempestad, cortando la vela del mastelero mayor, y acababa de dar otra de destreza, rompiendo de un pistoletazo el ala al águila, que era lo único que me faltaba para que a bordo del *Tridente* no me consideraran ya como un niño ni como un novato. Desde aquel día todo el mundo, empezando por el capitán, me tuvo por hombre y por marino.

Hacía veintinueve días que estábamos en Gibraltar en espera de las instrucciones que debían llegarnos de Inglaterra, cuando el vigía nos señaló un buque que maniobraba para entrar en el puerto. Reconocimos en el buque en cuestión *La Salsette*, fragata de cuarenta y seis cañones al servicio de Su Majestad Británica, y desde luego supusimos que era portadora de las instrucciones que esperábamos. La alegría que experimentamos fué indescriptible, pues todos nos cansábamos ya de la vida que en Gibraltar llevábamos. No nos engañamos en nuestras conjeturas: aquella misma tarde, el capitán de la fragata llevaba a bordo del *Tridente* los despachos tanto tiempo deseados. Además de la correspondencia oficial, trajo varias cartas particulares, una de ellas dirigida a David. El señor Stanbow, que hizo personalmente la distribución, me la confió para su entrega al destinatario.

Durante el mes de permanencia en la rada, ni una sola vez el infeliz barbero había aprovechado el permiso concedido a toda la marinería

de saltar a tierra. No obstante las instancias de Bob y de sus camaradas, permaneció invariablemente a bordo. Le encontré en el pañol de lienzos remendando la vela mesana, y le entregué la carta. No bien reconoció la letra del sobre, lo abrió con una prisa que indicaba bien a las claras la importancia que concedía a la misiva. Vi que palidecía intensamente a las primeras líneas de lectura; sus labios temblorosos quedaron tan blancos como el papel que estaba leyendo, y de su cabeza comenzaron a brotar gruesas gotas de sudor. Leída la carta, la dobló y la guardó en el pecho.

—¿Qué dice esa carta, David? — pregunté con interés.

—Nada que no esperase — respondió.

—Sin embargo, me parece que le afectó vivamente.

—Por preparado que esté uno para recibir el golpe, éste siempre duele cuando descarga.

—David... ¿Por qué no deposita usted su confianza en un amigo?

—No hay amigo que pueda ya hacer nada por mí. Crea usted, sin embargo, que con toda mi alma le agradezco el interés que me demuestra, y que nunca olvidaré lo que usted y el capitán hicieron por mí.

—¡Vamos, David..., valor!

—Bien ve que no me falta — respondió, prosiguiendo su labor.

Volví a encontrar al capitán, quien me dijo:

—Voy a darle una noticia que seguramente le alegrará: mañana zarparemos con rumbo a Constantinopla, con objeto de apoyar, con nuestra presencia, las reclamaciones que nuestro embajador, el señor Adair, debe presentar, de parte de nuestro gobierno, al de la Sublime Puerta. Va usted a visitar Oriente, la tierra de *Las mil y una noches*, que era su sueño dorado, y va usted a verla, tal vez a través del humo de los cañones, circunstancia que supongo que no restará poesía a sus ojos. Haga saber esta decisión a la dotación, y que todo el mundo se apreste a aparejar al rayar el día.

Sin perder un momento transmití al segundo de a bordo las órdenes relativas a la marcha. Olvidaba decir, que desde la aventura de David, el capitán rara vez se dirigía directamente a su segundo, siendo yo, por regla general, su intermediario; el señor Burke no había podido menos de notar el cuidado que el capitán ponía en evitar su persona, lo que ciertamente no fué parte a que me tratara con mayor amabilidad.

Aparejamos aquella misma noche, y como sopló un viento favorable, nos hicimos inmediatamente a la vela. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, perdíamos de vista la tierra. Acababan de relevar el primer cuarto de la tarde, del que yo formaba parte, y me disponía a desnudarme, cuando sonó ruido de carreras precipitadas hacia el castillo de popa y llegó hasta mí el terrible grito de "¡Al asesino!" Subí corriendo al puente, para encontrarme con un espectáculo pavoroso, que estaba muy lejos de esperar: David, empuñando un cuchillo tinto en sangre, debatíase entre cuatro vigorosos marineros, mientras el teniente Burke, a quien habían sacado la levita, mostraba una ancha herida que acababa de recibir en lo alto del brazo izquierdo. Por intensa que fuera la estupefacción que me produjo la escena, el hecho era demasiado positivo para que pudiera dudar un solo instante: David había herido a Burke. Por fortuna, éste, advertido por el grito de un marinero que vió brillar en el aire la hoja del cuchillo, recibió en el brazo la herida que iba dirigida al corazón. Quiso David repetir el golpe, pero Burke le aferró la muñeca, llegaron marineros en su socorro, y el agresor fué sujetado.

El capitán mandó encerrar a David en el fondo de la cala, cargado de cadenas, y convocó el consejo de guerra para dos días después.

En la noche que precedió a la reunión del Consejo, el señor Stanbow me hizo llamar para preguntarme si conocía algunos detalles particulares a propósito del desdichado asunto, y si había llegado a mi noticia que David hubiera sido de nuevo víctima de algún mal trato por parte de Burke. Como nada sabía yo que no supiese el capitán, me fué imposible facilitarle ningún dato. Sin embargo, intenté recordarle las injusticias de que había sido víctima, a lo que el capitán contestó moviendo tristemente la cabeza. Me ofrecí entonces a bajar a la cala para procurar obtener de David datos que esclarecieran el asunto; pero lo que yo proponía pugnaba con la ley que regula la marcha de los procedimientos: David debía permanecer incomunicado hasta el momento de comparecer ante el Consejo.

Al día siguiente, después del baldeo, a las diez de la mañana, reunióse el Consejo de guerra en la gran cámara. En el centro se alzaba una mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre la mesa había una Biblia. Los jueces se sentaron dando frente a la puerta. Componían el Consejo el capitán, dos tenientes, el contramaestre y Jaime, quien, como guardiamarina más antiguo, debía asistir a las deliberaciones. A uno y otro lado de la mesa estaban el capitán de armas y el oficial encargado de la acusación. Sentados los jueces, fueron abiertas las puertas de par en par para dar paso a los marineros, que formaron en la especie de hemiciclo que les había sido reservado. El herido quedó en su camarote.

Trajeron al prisionero, que estaba pálido, pero perfectamente tranquilo. Todos nos estremecimos a la vista de aquel desventurado, a quien fueron a arrancar violentamente de la vida oscura, pero feliz, que llevaba, y que, descuajado del centro de sus afecciones, fué a estrellarse, ciego e insensato, contra un crimen.

El capitán, después que el reo se sentó, puso fin al silencio para preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

—David Munson.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y nueve años y tres meses.

—¿Dónde nació?

—En Saltash.

—David Munson: se le acusa de haber intentado asesinar, la noche del 4 al 5 de diciembre último, al señor Burke.

—La acusación es cierta, señor.

—¿Qué motivos le impulsaron a la comisión de semejante crimen?

—En parte los conoce usted, señor Stanbow. No molestaré al Consejo refiriendo los que de todos son conocidos; pero sí explicaré los otros.

El acusado sacó un papel del pecho y lo colocó sobre la mesa. Yo reconocí inmediatamente la carta que tres días antes le había entregado en Gibraltar. La tomó el capitán y la leyó con visible emoción; luego la pasó a su vecino, quien la leyó a su vez, circulando de esta suerte la carta de mano en mano hasta llegar al último, quien, después de leída, la dejó sobre la mesa.

—¿Qué dice esa carta? — preguntó el oficial acusador.

—Dice, señor —respondió David—, que mi mujer, al quedar viuda, en vida mía, con cinco hijos, tuvo necesidad de vender cuanto poseíamos para dar de comer a éstos, y luego se vió precisada a mendigar. Un día que la caridad pública cerró los oídos a su voz, como llorasen sus hijos, presa de los tormentos del hambre, robó un pan. Como gracia especial y en vista de las circunstancias atenuantes que en el caso concurrían, no la ahorcaron, pero la condenaron a reclusión perpetua, y mis hijos fueron encerrados como vagabundos en un hospicio. Eso es lo que la carta dice... ¡Oh, hijos míos..., desventurados hijos míos! — exclamó David, exhalando un sollozo tan desgarrador como inesperado, que hizo asomar las lágrimas a los ojos de todos —. ¡Oh! Todo se

lo habría perdonado, que de buen cristiano me precio, y el cristiano debe perdonar... Pero la deshonra de mi mujer y de mis hijos... ¡Mi mujer en una cárcel y mis hijos en el hospicio!... ¡Oh! Cuando recibí esa carta, creo que todos los demonios del infierno entraron dentro de mi pecho... En mis oídos sólo un grito resonaba..., un grito repetido por mil voces a la vez: ¡Venganza! ¡Y ahora, señores, en este momento, frente a la muerte, próximo a comparecer ante Dios, juro que sólo siento una cosa: haber errado el golpe!

—¿No tiene usted nada más que decir? —preguntó el capitán.

—Nada, señor Stanbow...; mejor dicho: quisiera hacerle una súplica, y es que no me dejen languidecer mucho tiempo. Mientras me quede un soplo de vida, tendré ante mis ojos el cuadro de mi mujer en la cárcel y de mis hijos en el hospicio... Comprenderán ustedes, señores, que es preferible mil veces que muera, y que cuanto más pronto sea, mejor.

—Retiren al prisionero —ordenó el capitán, con voz que en vano intentó hacer firme.

Dos soldados salieron con el prisionero. Mandaron que saliéramos inmediatamente todos los que presenciábamos el acto, porque el Consejo iba a deliberar, pero quedamos a la puerta de la cámara esperando emocionados el resultado. Tres cuartos de hora más tarde salía el capitán de armas llevando en la mano un papel firmado por los cinco que componían el Consejo: era la sentencia de muerte de David Munson.

No por ser generalmente esperado el terrible fallo dejó de producir una impresión dolorosa y profunda. De mí puedo decir que resurgió en mi pecho, más violento que nunca, el movimiento de remordimientos que ya había experimentado más de una vez. Volví la cabeza para ocultar mi emoción y vi detrás de mí a Bob, quien no intentaba ocultar las lágrimas que resbalaban silenciosas por sus curtidas mejillas.

—Señor John —me dijo—, usted fué siempre la Providencia del pobre David: ¿va a abandonarle ahora?

—¿Qué puedo hacer en su obsequio, Bob? ¿Sabes de algún medio de salvarle? Si lo sabes, dímelo, que yo lo intentaré, aun cuando para ello haya de poner en riesgo mi vida.

—¡Oh..., sí..., sí!... —murmuró Bob, resoplando con toda la fuerza de sus pulmones—. Sí..., ya sé que es usted un joven de gran corazón... Pues bien..., se me ha ocurrido una idea... ¿No podría usted hacer que toda la dotación del navío se presentara en masa al capitán y le pidiera su indulto? Usted sabe muy bien, señor John, que es muy bueno..., muy misericordioso...

—¡Triste esperanza, Bob, si no tienes otro medio que el propuesto! Mas no importa, tienes razón; hay que intentarlo todo, hasta lo desesperado. Habla a la marinería, Bob; nosotros, que gozamos consideración de oficiales, no podemos hacerlo.

—¿Pero usted se encargará de transmitir al comandante la súplica de sus viejos marineros?

—Sobre ese particular, todo lo que quieras, Bob; arregla tú lo de tus camaradas.

La proposición de Bob fué recibida por sus compañeros con gritos de alegría. Jaime y yo fuimos los encargados de llevar al capitán la petición de indulto del reo solicitada por la dotación.

—Y ahora, amigos míos —pregunté yo—, ¿no os parece que deberíamos suplicar al señor Burke que se pusiera al frente de la comisión que ha de presentar la súplica al capitán? Él fué la causa ocasional de todas las desventuras del condenado; él fué la víctima del atentado. Si su pecho encierra un corazón de hombre, será más elocuente él que cualquiera de nosotros.

Mi proposición fué acogida con un silencio lúgubre. Empero, era tan natural, que nadie osó rechazarla. Jaime y yo resolvimos hacer la tentativa cerca de nuestro segundo.

Le encontramos paseando agitado por su cámara, rasgada de arriba abajo la manga de su levita y con el brazo en cabestrillo. Me bastó mirarle para comprender que le dominaba la agitación, lo que no impidió que, tan pronto como nos vió, reapareciera inmediatamente en su rostro la frialdad sombría y severa que era la expresión habitual de su fisonomía.

—¿Puedo saber, caballeros, a qué debo el honor de su visita?

—Al deseo de proponerle una acción buena y grande, señor Burke.

Sonrió con amargura. Comprendí lo que pasaba en su interior apenas vi la sonrisa, mas no por ello dejé de proseguir en esta forma:

—¿Sabe usted que David fué condenado a muerte?

—Sí, señor; por unanimidad.

—Confieso que la sentencia es justa, caballero, pues un solo hombre había en el navío que pudiera alzar su voz en favor del reo, y ese hombre no debía asistir al Consejo. Pero ahora que la sentencia fué dictada, ahora que la justicia ha vindicado sus fueros, ¿no cree que debe comenzar la misericordia?

—Estoy escuchando, caballero; nuestro santo capellán no hablaría mejor que usted... Adelante.

—La marinería tuvo la humanitaria idea de enviar al capitán una comisión encargada de solicitar el indulto de David; nos designó a Jaime y a mí para realizar sus deseos; pero nosotros hemos pensado, señor Burke, que carecemos de derecho para usurpar una misión que seguramente se había usted reservado para sí.

Por los pálidos y delgados labios del teniente vagó una de aquellas sonrisas desdeñosas tan corrientes en él.

—Tienen ustedes razón, señores —contestó—. Si la víctima del crimen hubiera sido la persona del último contramaestre, si el asunto no me afectase personalmente, me encontrarían ustedes inflexible, como sería mi deber; pero desde el momento que yo fuí el objeto del atentado, el asunto varía radicalmente. Dada la posición excepcional en que me colocó el cuchillo asesino de su protegido de ustedes, puedo, en efecto, abandonarme a las inspiraciones de mi corazón... Síganme, señores, que con placer especial los presentaré al capitán.

Nos miramos Jaime y yo sin pronunciar palabra. El señor Burke acababa de mostrarse el que había sido siempre: un hombre que se manda a sí propio con la sequedad misma con que manda a los demás; un hombre cuyo rostro es la recia puerta de la prisión donde el alma está encerrada.

Entramos en la cámara del capitán, quien, al vernos, se levantó y dió un paso hacia nosotros. Tomó la palabra el señor Burke y le expuso el motivo de nuestra visita.

Debo confesar que no se hubiera expresado mejor un abogado; pero su discurso fué una pieza oratoria sin nada de súplica. La respuesta fué tal como la esperábamos, pero con una agravante: cual si la intervención del primer teniente hubiera secado en el fondo del corazón del señor Stanbow los ricos manantiales de su sensibilidad, su voz adoptó un acento de sequedad que jamás había yo observado en ella.

—Si yo viera un medio de dulcificar el rigor de la ley —respondió—, accedería con toda mi alma a los deseos de la dotación, sobre todo, habiéndome sido presentados por usted, señor Burke; pero usted no ignora que debe

res superiores me obligan a cerrar los oídos a su súplica. Los intereses del servicio exigen que un crimen tan grave como el cometido por ese desdichado sea castigado con todo el rigor del código militar: la conveniencia pública jamás debe ceder a la influencia de los sentimientos privados, y usted sabe perfectamente, señor Burke, que yo me comprometería gravemente si mostrase la menor indulgencia en un asunto que tan íntimamente interesa al mantenimiento de la disciplina militar.

—Le ruego, señor Stanbow —tercié yo—, que no olvide la posición excepcional del desventurado David, la violencia, legal tal vez, pero violencia al fin, y desde luego injusta, que le hizo marinero. Acuérdese de lo mucho que ha sufrido el infeliz, y en nombre de la misericordia divina, perdone usted, como Dios perdonaría.

—Dios a nadie debe cuenta de sus fallos, caballero, y por lo mismo que es Todopoderoso, puede ser Todomisericordioso; pero yo recibí las leyes, que otros han dictado; no soy más que ejecutor de las mismas, y esas leyes serán ejecutadas, caballero.

Quiso Jaime abrir la boca; pero el capitán le impuso silencio con un gesto.

Saludamos y salimos, dejando solos al capitán y al teniente.

—¿Qué hay? —gritaron todos a coro, al vernos salir.

Movimos tristemente la cabeza, porque ni valor teníamos para hablar.

—¿Conque no han conseguido nada, señor John? —balbuceó Bob.

—Nada, mi querido Bob. Ya lo único que David debe hacer es prepararse para la muerte.

—¿Cuándo será la ejecución?

—Mañana al mediodía.

—¿Me permitirán verle de aquí a entonces?

—Pediré para ti el permiso oportuno al capitán.

—¡Muchas gracias, señor John, muchas gracias! —exclamó Bob, apoderándose de una de mis manos e intentando llevarla a sus labios.

—¡Y ahora, amigos míos —dije—, cada cual a su ocupación y... valor!

Todos obedecieron con la sumisión pasiva y pronta que les era habitual.

Yo comprendía que pesaba sobre mí una obligación de conciencia que estaba en el deber de cumplir: había tomado parte principal en la expedición que dió por resultado la conducción violenta de David a bordo del *Tridente*, y, desde el día que vi el curso fatal que seguían las cosas, no cesé de experimentar remordimientos. Bajé, pues, a la cala y mandé que me abrieran el calabozo donde estaba encerrado David. Al oír el ruido que la puerta hizo al abrirse levantó la cabeza, pero como la luz del farol no me daba en el rostro no me reconoció.

—Soy yo, David —le dije—, yo, que fuí, aunque inocentemente, una de las causas de su horrible desventura. Quiero repetirle una vez más cuánto me apena su desgracia.

—Lo sé, señor John —contestó David levantándose—. Sé que usted siempre fué bueno para mí; sé que debo a usted el haber salido de esta misma prisión a tiempo para dirigir a las costas de Inglaterra mi mirada postrera; sé que fué usted quien, el día que el señor Burke... ¡Dios lo perdone como le perdono yo!, el día que el señor Burke me mandó azotar, intercedió por mí, y sé, en fin, que fué usted quien, hace un momento, se presentó, en nombre de toda la dotación, a pedir mi indulto al capitán. ¡Dios le bendiga y le premie su misericordia, señor Davys!

—¿Conoce usted la sentencia, David?

—Sí, señor John; me la leyó ya el secretario... Mañana al mediodía, ¿verdad?

—Siéntese usted, David —contesté yo, procurando eludir la respuesta—. Seguramente tiene necesidad de descansar.

—Sí, señor John; necesito descansar; pero, gracias al cielo, va Dios a concederme un descanso profundo y eterno.

Giró en aquel momento la llave en la cerradura, abrióse por segunda vez la puerta y apareció el capitán, precedido por el marinero que actuaba de calabocero.

—¿Quién está aquí? —preguntó el capitán sin conocerme.

—Soy yo, mi capitán —contesté con júbilo inmenso, pues la visita inesperada del capitán abrió mi pecho a la esperanza—. Vine a dar el adiós postrero al pobre David.

Medió un momento de silencio, durante el cual el capitán clavó los ojos en mí y luego en el prisionero, el cual estaba en pie, guardando una actitud sombría aunque respetuosa. Al fin habló el capitán.

—David —dijo, con voz poco segura—, vengo a pedirle perdón, como hombre, por haberle condenado como juez. La disciplina militar, aunque no mi conciencia, me obligó a ello. Me era imposible obrar de otra manera; le ruego que lo crea así.

—No me he engañado acerca de la suerte que me estaba reservada, capitán. Quise dar la muerte; luego la he merecido: lo que sí digo es que no todos los crímenes de muerte son castigados con la muerte.

—Créame usted, David —replicó el capitán, con entonación triste y solemne—, los crímenes, crímenes son siempre ante Dios, y aquellos que, disfrazándolos, consiguen substraerlos al castigo de los hombres, crea que no escaparán al de Dios. He venido a visitarle, David, porque me asaltan mil dudas y siento lacerado el corazón. Durante el breve tiempo que tuve ocasión de verle, pude observar que alienta en usted un corazón más grande que su posición en el mundo. Contésteme, David, como contestaría al mismo Dios: ¿cree que pude obrar de manera distinta de como he obrado?

—¡Sí..., sí!... —gritó David—. ¡Sí! Pudo usted obrar de muy distinta manera; pudo tratarme sin compasión, como me trató el señor Burke, pudo hacerme morir en medio de la desesperación más horrorosa y lanzando maldiciones, si me hubiera dejado en la creencia de que ya no quedan corazones humanos en la tierra, pero en vez de eso, capitán..., lo declaro con todas las veras de mi alma, henchido de reconocimiento, en vez de eso, hizo en mi obsequio cuanto ha podido. Cuando advirtió usted mi desesperación, me envió a decir, por conducto del señor John, que tan pronto como regresáramos a Inglaterra me devolvería la libertad; cuando se vió en la dura necesidad de castigarme, aunque no era culpable, dulcificó el castigo en la medida de sus fuerzas; y cuando al fin tuvo que condenarme a muerte, baja a mi calabozo, capitán, para mostrarme sus ojos llenos de lágrimas y su corazón que sangra de dolor. Sí, capitán, sí: hizo usted todo lo que podía hacer, más de lo que debía hacer por un desgraciado que, en vista de tanta bondad, se atreve a dirigirle una súplica.

—¿Cuál? ¡Dígamela, David, diga, diga! —exclamó el señor Stanbow, tendiendo sus brazos hacia David.

—¡Mis hijos, capitán, mis hijos! —exclamó el desventurado, cayendo a los pies del anciano—. ¡Mis hijos, que cuando salgan del hospicio se verán obligados a tender sus manos a los transeúntes!

—Desde este momento, David —respondió el capitán con entonación solemne—, sus hijos son mis hijos: esté tranquilo. ¡Ojalá puedan perdonarme que les deje sin padre, como usted me perdonará que le separase de sus hijos! En cuanto a su mujer, el día que yo regrese a Inglaterra arrojaré a las plantas de Su Majestad cuarenta años de servicios leales a la patria, y no dudo que, a cambio de éstos, me concederá la gracia que le pediré.

—¡Gracias, capitán..., gracias! —exclamó David, rompiendo a llorar—. ¡Ahora sé que puedo jurar que no temo la muerte..., que la bendigo, puesto que proporciona a mi querida familia un protector tan noble! ¡Capitán!... ¡Ya no alientan en mí más que sentimientos cristianos! ¡Ahora es cuando puedo decir que ha aumentado mi amor y se ha extinguido mi odio!

—¿Nada más puedo hacer por usted, David? —preguntó el capitán con voz doliente.

—Los hierros me molestan, señor Stanbow, y temo que me roben los momentos de sueño que me restan, pues necesito descansar para encontrarme fuerte mañana. Quisiera morir con valor y entereza, ya que lo haré en presencia de hombres y de soldados.

—Se le quitarán inmediatamente; ¿desea algo más?

—¿No hay capellán a bordo?

—Ahora mismo se lo voy a enviar.

—Bob solicitó el favor de acompañarme, capitán —dije yo a mi vez—, y de pasar la noche con David.

—Bob podrá entrar y salir cuando le acomode.

—No me atrevería a pedir tanto. Me colma usted de bondades, señor Stanbow: hoy le doy las gracias en la tierra, mañana rogaré por usted desde el cielo.

Ni el capitán ni yo teníamos fuerzas para continuar aquella escena. Salimos. El señor Stanbow dió las órdenes para que fuera cumplido exactamente todo lo que el condenado había deseado. Encontré a Bob en la batería de treinta y seis; esperaba nuestro paso para saber si había sido despachada favorablemente su petición. Le manifesté que podía bajar a acompañar a David, y que llevarían a la prisión doble cena y doble ración de vino y de *grog*. No pude impedir que me besara las manos.

Bob fué a consolar a David y a infundirle valor. Y el desventurado barbero le pidió encarecidamente que sólo él se ocupase de su cuerpo. Bob se lo prometió y después salió de la cala.

El nuevo día amaneció triste y sombrío y el mar tenía color de ceniza.

A las ocho tuvieron lugar los relevos de servicios. A medida que los entrantes llegaban al puente, fijaban una mirada en la polea sujeta al pie del palo mayor, luego llevaban los ojos a la de la verga y finalmente a la del alcázar, y viendo que ya estaba todo listo, continuaban silenciosos hasta llegar a sus puestos. A las ocho y media se pasó revista, como de costumbre; a las nueve salió el capi-

AZUCENA MAIZANI, EL ALMA DEL TANGO

es el título de una interesantísima serie que sobre la vida de la magistral intérprete del tango publicará la Revista

¡AQUÍ ESTÁ!

EN EL SENSACIONAL REPORTAJE ESCRITO POR EL CONOCIDO PERIODISTA **CARLOS H. FAIG,** EVOCANSE LAS FIGURAS LIGADAS A NUESTRO CANCIONERO POPULAR, CON EL RECUERDO DE SUS EMOCIONES, SUEÑOS, ALEGRIAS, AVENTURAS Y TRIUNFOS.





tán de la cámara del consejo y subió al alcázar, por la escalera de babor. Todos le miraron disimuladamente, y todos quedaron convencidos, al ver su rostro, que reflejaba firme resignación, por más que interiormente sufría tal vez más que ningún otro, que la sentencia no sería modificada.

El batir de los tambores llamó, a las once y media, a todo el mundo al puente. A las doce menos diez sólo faltaban el señor Burke, de los oficiales, y Bob, de los marineros.

A esa hora preparóse la cuerda. Pasaba desde la polea sujeta al pie del palo mayor a la del alcázar, y desde ésta a la de la verga, de la cual pendía el extremo provisto de un nudo corredizo: el otro extremo lo tenían seis marineros de los más vigorosos.

A las doce menos cinco apareció David por la escalera de proa: venía entre Bob y el capellán. La blancura de su rostro apenas si se diferenciaba de la de la gorra que cubría su cabeza; andaba, sin embargo, con paso firme. Paseó sus ojos por los preparativos de la ejecución, y como los soldados entre los cuales venía no siguieran adelante, preguntó al capellán:

—Padre mío, ¿me resta algo que hacer?

—Nada más que encomendar tu alma a Dios, hijo mío —contestó el ministro del Altísimo.

—¡Sí..., sí! —murmuró Bob—. Ha llegado el momento.

David sonrió con tristeza y avanzó hasta el pie del palo mayor; llegado allí, miró en derredor, como para dirigir a los presentes el último adiós. Sus ojos detuviéronse en mí.

—David —le dije, yendo hacia él—, ¿desea hacerme alguna recomendación referente a su mujer o a sus hijos?

—No, señor John. Oyó usted lo que dijo el capitán. Mientras viva, sé que mantendrá la palabra.

—Abráceme, pues, y muera tranquilo.

El desventurado hizo un movimiento como para arrojarse a mis pies, le tendí los brazos y cayó en ellos. En aquel momento el reloj dió las doce.

—¡Gracias, señor John, gracias! —exclamó—. ¡Déjeme ahora..., es la hora!

Dos marineros acercáronse al condenado. Uno de ellos le pasó el nudo corredizo al cuello y el otro le bajó la gorra sobre los ojos. Siguió un momento de silencio angustioso: todas las miradas estaban concentradas sobre el reo. El capitán de armas hizo la señal y los marineros que tenían el cabo de la cuerda tiraron de ésta.

—¡Señor, tened piedad de...!

No pudo decir más el desdichado David: el nudo corredizo estranguló el resto de su plegaria. Su cuerpo elevóse por los aires, hendió el espacio un cañonazo y la bandera de justicia flameó en la punta del palo mayor. Todo había terminado: David había cesado de existir.

Al cabo de una hora lo descolgaron. Bob había permanecido todo ese tiempo sentado al pie del palo mayor.

Fiel a la palabra empeñada, Bob tomó en sus brazos el cadáver de su amigo y lo bajó al falso puente, donde comenzó a amortajarlo. Se le ofrecieron varios marineros a ayudarle en tan triste cometido, pero Bob rechazó toda clase de cooperación. A las cuatro de la tarde estaban hechos todos los preparativos fúnebres. Los tambores tocaron llamada, los marineros acudieron al puente, pero no con la precipitación bulliciosa que les era habitual, sino unos tras otros, sin ruido, tristes, como fantasmas.

El cadáver, conforme a la costumbre, había sido envuelto en su hamaca y cosido. Bob sujetó a sus pies un saco de arena de peso doble que el de ordinario, a fin de que su peso le precipitase al fondo del mar. Colocó el cuerpo de su amigo sobre la tabla empleada en casos análogos, y la tabla sobre el pasamanos. Adelantóse el sacerdote. Satisfecha la justicia humana, presentábase la religión a cumplir su santa misión.

Triste y solemne es siempre la ceremonia fúnebre a bordo; pero lo fué incomparablemente más la de este día como consecuencia de la hora en que ella se llevó a efecto. El sol, que hacia el final de la tarde dejóse ver un momento por occidente, se hundía en la mar aureolado con anchas bandas violáceas, y volaba el crepúsculo con la rapidez que es de rigor en las regiones meridionales. Asistía a la ceremonia la dotación entera. El ministro de la religión abrió el ritual, y todo el mundo escuchó con la cabeza descubierta y con el respeto más profundo el oficio de los difuntos. Terminado éste, Bob inclinó la tabla, resbaló el cadáver hasta el mar, cuyas aguas se abrieron para darle paso, cerrándose inmediatamente, y el navío alejóse majestuoso, dejando una estela en el sitio donde el cadáver del infortunado David había trazado, al chocar con el elemento líquido, varios círculos concéntricos. El suceso dejó impresión profunda de tristeza en la dotación, que perduraba aún, diez días después, cuando avistamos a Malta.

XII

Numerosas barquitas cargadas de melones, naranjas, granadas, uvas e higos de Berbería rodearon al navío, no bien entró en el puerto de la ciudad victoriosa, llamado puerto de los ingleses. Los dueños de las barquitas nos ofrecían la mercancía con gritos tan variados y en jerga tan extraña, que tal vez hubiésemos creído encontrarnos en medio de los indígenas de cualquier isla salvaje de los mares del Sur, si la humana civilización no hubiera desplegado ante nuestros ojos una de sus maravillas: Malta, montón de ladrillos calcinados, que parecen dispuestos sobre las cenizas de un volcán.

Visten los malteses una especie de chaqueta adornada con dos o tres hileras de botones de metal, y de forma semejante a la de una campana. Cubren su cabeza con un pañuelo encarnado y ciñen en su cintura una faja del mismo color. Por regla general, sus facciones son duras, dureza que no endulzan, antes al contrario, sus ojos, negros y brillantes, llenos de audacia brutal o de rastrera perfidia.

Al entrar en La Vallette, en seguida llamó nuestra atención el contraste que existía entre la ciudad y el puerto, todo alegría, todo animación, todo alborozo este último, y todo tristeza, todo silencio fúnebre la primera. La causa era que acababa de ser obsequiada con ejecuciones que, si no despertaron en sus habitantes las mismas simpatías que en nosotros hiciera nacer el suplicio del infortunado David, difundieron, por su número, la tristeza en la isla. Habíase sublevado un regimiento entero, y había sido exterminado, a cuerda, a hierro y a fuego, hasta el último hombre.

La víspera de nuestra llegada habían visto los malteses morir a los últimos hombres de aquel regimiento de Frohberg, y, conforme manifesté al comienzo del relato, dejó el suceso impresión tan profunda en la población, que no pudimos menos de advertirla a nuestra entrada en ella. Nuestra estada fué muy breve: habíamos fondeado para hacer provisión de agua, y como la hicimos sin dificultad, y teníamos viento favorable, aquella misma tarde nos hacíamos de nuevo a la vela.

Continuamos navegando viento en popa toda la noche y el día siguiente, sin que apareciera en el puente el señor Burke. Llegada la noche, cuando hacía una hora que dormíamos mecidos blandamente por las olas jónicas, cruzó un proyectil sobre nuestras cabezas después de atravesar nuestra vela del pequeño foque; inmediatamente le siguió otro que abrió un boquete en nuestra vela de mesana. Sin duda se había dormido el vigía y acabábamos de tropezar con un buque que nos exigía la cédula. ¿Sería el buque en cuestión fragata, chalupa o cañonera? No podíamos saberlo a causa de la obscuridad de la noche. En el momento de subir yo al puente, chocaba otro proyectil contra el cabrestante. La primera persona que tropecé fué al señor Burke, que daba órdenes contradictorias. Carecía su voz de la firmeza a que nos tenía acostumbrados, y, por segunda vez, me asaltó la idea de que aquel hombre no era bravo, aunque sabía dominar su miedo, opinión que se robusteció más y más cuando en mis oídos resonó la voz firme y precisa del capitán, que dictaba disposiciones desde el castillo de popa.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó aquel lobo de mar—. ¡A las armas! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Fuera esas hamacas!... ¿Dónde está el vigía de señales?

Sobrevino un período de confusión que renuncio a describir; pero pronto se rehicieron, y al cabo de diez minutos, todos estaban en sus puestos.

Mientras tanto, ejecutamos una maniobra que nos dejó fuera de la vista del enemigo, pero, como quiera que nuestra intención era responderle, una vez organizados, el capitán ordenó poner proa al buque que nos había hecho fuego. Momentos después vimos blanquear sus velas; inmediatamente después brotó un mar de fuego, crujieron nuestros aparejos, y cayeron pedazos de vergas sobre nuestro puente.

—¡Es un brick! —gritó nuestro capitán—. ¡Ah..., mi querido amiguito! ¡Ya eres mío!... ¡No te escapas!... ¡Silencio todo el mundo!... ¡Ah, del brick! —gritó con su bocina—. ¿Quién eres? ¡Habla el *Tridente*, navío de setenta y cuatro de Su Majestad Británica!

Una voz, que parecía la de uno de los espíritus que pueblan los mares, llegó segundos después a nuestros oídos.

—Y nosotros el *Singe*, brick de Su Majestad Británica.

—¡Diablo! —gritó el capitán.

—¡Diablo! —repitió toda nuestra dotación.

Resonó a bordo del *Tridente* un coro de carcajadas.

La precaución tomada por el capitán impidió que disparásemos sobre los nuestros, de la misma manera que ellos acababan de disparar sobre nosotros. El capitán del *Singe* vino a bordo para ofrecernos sus excusas, que fueron aceptadas entre sorbo y sorbo de té. Minutos más tarde, las hamacas se habían suspendido de nuevo, los cañones habían vuelto a sus sitios, callaron las señales, y toda la marinería que no estaba de servicio, dormía plácidamente.

XIII

Apenas fondeamos en el puerto de Esmirna e hicimos las señales de reconocimiento, nuestro cónsul nos envió una carta a bordo. Nos decía que, si nuestro destino era Constantinopla, nos rogaba que admitiéramos a bordo a un inglés distinguido, portador de cartas de los lores del Almirantazgo para todos los buques de guerra ingleses, en aguas de Levante, recomendando a los capitanes que tomasen al personaje en cuestión, así como también a su servidumbre. El capitán contestó que estaba pronto a recibir a tan noble pasajero, pero que era necesario que éste embarcara cuanto antes, pues había fondeado exclusivamente para recoger las órdenes y pliegos que pudiera haber para él del Gobierno, y necesitaba hacerse a la mar aquella misma tarde.

A las cuatro de la tarde vimos que venía hacia el *Tridente* una barca, que conducía a nuestro pasajero, a dos amigos suyos y a un criado albanés. En el mar, el suceso de menos importancia despierta la curiosidad y proporciona distracción: no es, pues, de admirar que toda la dotación se encontrara en cubierta para recibir a nuestros huéspedes. El que tomó la delantera de los demás, revelando en su porte que tal preferencia era en él un derecho, tendría de veinticinco a veintiséis años, frente altanera, cabello negro y rizado y manos de mujer. Vestía una especie de uniforme rojo, adornado con profusión de bordados y galones de fantasía, y usaba ancho pantalón de ante, oculto, de rodillas abajo, por las botas de montar. Al poner el pie en la escala, dió a su criado algunas órdenes en griego, que hablaba correctamente. No pude apartar de él mis ojos desde el instante en que le vi; recordaba vagamente haber visto aquel rostro notable, aunque sin poder precisar dónde. Cuando le oí hablar, el metal de su voz confirmó mi convicción. Llegado al puente, el viajero saludó a los oficiales, diciendo que se felicitaba de encontrarse de nuevo, después de un año de ausencia, entre sus compatriotas. El señor Burke contestó con su frialdad habitual y, cumpliendo órdenes recibidas, guió a los recién llegados a la cámara del capitán. Un momento después, el señor Stanbow subió con los pasajeros a la toldilla, y como encontrara allí reunidos a todos los oficiales, se adelantó hasta nosotros llevando de la mano al joven de la casaca roja.

—Señores —nos dijo—, tengo el honor de presentarles a lord Jorge Byron y sus dos amigos, los señores Hobhouse y Ekenhead. No tengo necesidad de recomendarles que le guarden todas las consideraciones a que tiene derecho por su talento y su cuna.

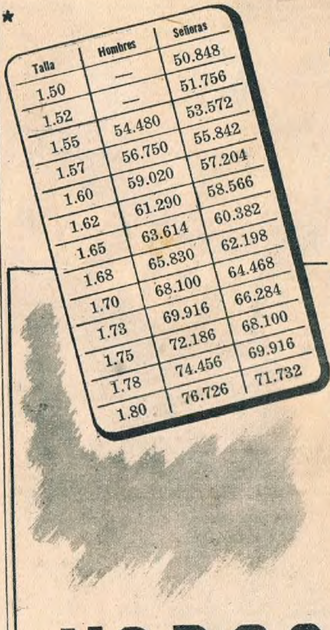
No me había equivocado: el noble poeta, ante quien nos inclinamos todos, era el joven a quien años antes viera salir niño del colegio de Harrow-sur-la-Colline el día mismo que entraba yo en él, y de quien tanto había oído hablar desde entonces, en forma extraña, con frecuencia, y casi siempre de manera diversa.

Verdad es que lord Byron, por aquella época, más conocido era por sus extravagancias que por su talento. Se citaban a su propósito veinte características distintas, a cual más extraña, que lo mismo podían armonizarse con un loco que con un hombre de genio. Había venido a Esmirna, donde terminó, en la casa del cónsul general, los dos primeros cantos de *Childe-Harold*, comenzados cinco meses antes en Janina.

El mismo día que llegó a bordo, le recordé la circunstancia de su salida del colegio de Harrow, y como una de las características del espíritu de Byron era el culto a sus recuerdos tempranos, habló conmigo largamente de sus maestros, de Wingfield, a quien había conocido, de Roberto Peel, que había sido su amigo. Puede decirse que fué el colegio, durante los días primeros de nuestro conocimiento, el tema único de nuestras conversaciones.

El ser vivo de toda la dotación a quien cobró más afecto, después de mí, era a *Nick*, el águila que herí en Gibraltar, y que casi siempre estaba posada sobre el borde de la chalupa amarrada al pie del palo mayor. Habíase operado un cambio muy notable en la manera de ser de *Nick*, desde la llegada a bordo de lord Byron. El noble poeta era quien sufragaba los gastos de su manutención y quien le servía personalmente la comida, compuesta de pichones y de pollos, muertos previamente por el cocinero, y lejos de la presencia de lord Byron, quien no podía tolerar el espectáculo de la muerte de un animal cualquiera. Me refería que, en ocasión en que iba a la fuente de Delfos, vió alzar el vuelo a una bandada de doce águilas, cosa verdaderamente rara, y que ese presagio, por lo mismo que le fué ofrecido en la montaña consagrada al dios de la poesía, le había dado la esperanza de que la posteridad le saludaría y aclamaría poeta, como al parecer hicieron las nobles aves. *Nick* parecía agradecer las atenciones que recibía de su proveedor, agradecimiento que exteriorizaba lanzando un graznido y batiendo el ala cuantas veces le veía. Lord Byron tocaba al águila con una confianza que nadie más que él tenía, sin que jamás recibiera el menor arañazo de *Nick*. El poeta aseguraba que era el sistema único a que el hombre debía recurrir en sus tratos con los animales, aun siendo los más feroces, el que empleó él mismo, por cierto con resultados maravillosos, con el célebre oso de Alí-Pachá, y con su no menos famoso perro *Boastwain*, que murió hidrófobo sin que él dejase de acariciarle y de limpiarle, con las manos desnudas, las babas mortales que salían de sus fauces.

Al cabo de algunos días, aunque navegábamos con viento contrario, habíamos costeado



Talla	Hombres	Señoras
1.50	—	50.848
1.52	—	51.756
1.55	54.480	53.572
1.57	56.750	55.842
1.60	59.020	57.204
1.62	61.290	58.566
1.65	63.614	60.382
1.68	65.830	62.198
1.70	68.100	64.468
1.73	69.916	66.284
1.75	72.186	68.100
1.78	74.456	69.916
1.80	76.726	71.732

UNA PASION
LAS SEPARO...
EL ODIO HABRIA
DE UNIRLAS

LEA EN LAS PAGINAS DEL
PROXIMO NUMERO DE

LEOPLÁN

LA SEÑORITA DE LA FERTÉ

Una gran novela de
PIERRE BENOIT
APARECE EL 7 DE AGOSTO

a Scio, la tierra de los perfumes, y doblado a Metelín, la antigua Lesbos. Para abreviar: una semana después de nuestra salida de Esmirna avistamos la Troada, con su Tenedos, centinela avanzada, y vimos abrirse ante nosotros el estrecho al que Dárdano dió su nombre. El soberbio paisaje que se extendía ante nuestros ojos nos llenaba de admiración, cuando vino a disipar nuestro arrobamiento el estampido de un cañonazo disparado desde el fuerte. Una fragata turca nos dió el alto, y dos canoas tripuladas por algunos soldados y un oficial acercáronse a nuestro navío, para cerciorarse de que no se trataba de ningún buque ruso que navegara bajo el pabellón inglés. Justificamos nuestra comisión, lo que no fué óbice para que nos invitaran a permanecer en la entrada del estrecho hasta tanto que consiguiéramos de la Puerta un *firman* que nos autorizase para acercarnos a la ciudad santa. Aunque la formalidad nos pareció poco agradable, nos sometimos a ella. Empero, a bordo hubo dos personas que saludaron con júbilo el retraso: lord Byron y yo. El poeta pidió permiso para saltar a tierra; solicité yo el mando de la barca que debía llevarle a la playa, y obtenido sin dificultad el permiso del capitán, resolvimos visitar al día siguiente los campos *donde estuvo emplazada Troya.* No bien puso sus pies en la barca, lord Byron me rogó, espoleado por su impaciencia, que dispusiera la vela en forma que recogiese todo el viento posible. Hícele observar que, en aquel mar de oleaje de poca extensión, sujeto a la influencia de la corriente del estrecho, nos exponíamos a zozobrar. Me preguntó entonces si sabía yo nadar, y como yo creyera ver en la pregunta ciertas dudas sobre mi valor, invité, por toda respuesta, al noble lord a quitarse la levita a fin de encontrarse más dueño de sus movimientos en caso de accidente, y ofrecí al viento hasta la última pulgada de trapo. Contra mi creencia, gracias sin duda a la pericia del timonel, la pequeña embarcación nos dejó sanos y salvos a espaldas del promontorio de Sigée, llamado hoy el Cabo Genízaro, después de mostrar la quilla con mayor frecuencia de la que era de desear.

Subimos corriendo a la cima de la colina donde la tradición coloca los restos de Aquiles, la misma que Alejandro, en el curso de su expedición a la India, veneró, dando tres vueltas alrededor de su base, desnudo y coronado de flores. A pocas toesas de la pretendida tumba se distinguen las ruinas de una ciudad, que un monje griego nos aseguró que eran los restos de Troya, aunque, por desgracia para él, nos encontrábamos precisamente en un lugar desde el cual veíamos el valle donde debió estar emplazada la ciudad en cuestión, entre el monte Ida y las montañas de Kifkalaise. Byron, sus amigos y yo, bajamos al valle, donde llegamos al cabo de media hora de marcha; el poeta sentóse sobre un fragmento de roca, los señores Ekenhead y Hobhouse se dedicaron a cazar chochas, y yo me divertí saltando sobre el gigante homérico. Una hora más tarde nos pusimos en marcha, siguiendo las márgenes del Escamandro hasta el lugar donde éste se confunde con el mar. Hicimos alto en Bornabachi para almorzar, y después de una hora llegábamos a la orilla del estrecho, por el sitio donde se hace más angosto, entre el nuevo castillo de Asia y el Cabo Griego. Allí le vinieron ganas a lord Byron de repetir la hazaña de Leandro, atravesando a nado el estrecho que, en aquel sitio, tendrá una anchura de una legua. Intentamos disuadirle de semejante locura, pero nuestras razones no produjeron otro efecto que el de enardecerle más. Intentar disuadir a lord Byron de cualquier cosa que hubiese pensado, era tanto como tratar de levantar una montaña y transportarla desde Asia a Europa.

Esto no obstante, a fuerza de súplicas conseguí de él que esperara la llegada de nuestra barca, con lo que logré dos ventajas: darle tiempo para que se refrescase y para que hiciera la digestión, y poder acompañarle de cerca, despojando a la empresa de su verdadero peligro. Diez minutos más tarde se acercó la lancha y lord Byron se lanzaba al mar; yo le seguía a diez pasos de distancia. Por espacio de tres cuartos de hora todo fué bien; pero a partir de ahí comencé a observar en él señales evidentes de fatiga: se lo dije, quise colocarme a su lado, pero hube de alejarme ante un signo prohibitivo que me hizo con la cabeza. Habría recorrido cien brazas más, cuando su respiración se hizo jadeante, y yo, sin decir palabra, me aproximé insensiblemente a él. Pronto se envararon sus miembros, ya no avanzaba más que merced a sacudidas, pasó dos veces el agua sobre su cabeza, y a la tercera pidió auxilio. Le alargamos un remo, al que se asió, y dos segundos después hallábase a bordo de la barca.

Entonces fué cuando dió pruebas de toda su puerilidad de carácter: mostrábase tan abatido como si le hubiese ocurrido una desgracia, mejor dicho, tan avergonzado como si hubiera sufrido una derrota.

No se dió, empero, por vencido. Atribuía, y con razón, su desventura a la rapidez de la corriente, y pensó que, si escogía un sitio menos angosto, aunque la distancia sería mayor, la dificultad se atenuaría mucho. En consecuencia, convinimos ir al día siguiente a Abydos y que lord Byron renovaría su hazaña en el sitio mismo donde Leandro realizara tantas veces la suya. Adoptada esta resolución, volvimos al navío.

Al amanecer del día siguiente estábamos ya en tierra. Tomamos caballos en el pueblecillo de Renne-Keni, y remontamos la costa de Asia. Aunque habíamos entrado en los comienzos del invierno en Europa, el tiempo estaba caluroso en extremo. De pronto, de un bosquecillo de cipreses que se alzaba junto al camino salió un cuerpo de jinetes turcos que formó inmediatamente en línea de batalla. Gritos guturales nos saludaron con un *¿Quién vive?* que no comprendimos y, como es natural, no contestamos. Nos miramos unos a otros, inciertos sobre la norma de conducta que seguiríamos, cuando lord Byron se destacó de nuestro grupo y, como si quisiera darnos ejemplo, lanzóse a todo galope hacia el bosque, como con ánimos de disputar su posesión a los turcos. Aquel movimiento hostil hizo que los sables de los turcos brillasen en el aire y que las pistolas salieran de las pistoleras. Otro tanto acababa de hacer lord Byron, cuando nuestro guía pasó delante de su caballo y le detuvo, y, a continuación, dirigióse a todo correr hacia los turcos, y les explicó que éramos viajeros ingleses que visitábamos la Troada con las intenciones más santas y pacíficas. Parece que los turcos nos habían tomado por rusos, con los cuales estaba Turquía en guerra.

Todavía ignorábamos en qué vendría a parar todo, cuando dirigí una mirada a lord Byron. Aunque la palidez de sus mejillas era intensa, brillaban con fulgores extraños sus ojos, y sus labios crispados dejaban ver dos hileras de dientes soberbios. Fácil era advertir que el lobo escandinavo hubiese llegado gustoso a las *zarpas* con los tigres de Oriente. Por fortuna, nuestro guía consiguió hacer entrar en razón al oficial turco, los sables volvieron a sus vainas, las pistolas entraron en sus pistoleras y los erizados y amenazadores bigotes se fueron alisando insensiblemente a lo largo de los labios. Nos indicaron que avanzásemos, y un momento después nos mezclábamos en amigable compañía con los que cinco minutos antes mirábamos como a enemigos. Nos sentamos al borde de un arroyuelo y sacamos las provisiones del cesto que las contenía.

Terminado el almuerzo, nos pusimos de nuevo en camino, y llegamos al punto de la costa donde lord Byron debía hacer la segunda prueba. En ella tomó parte el señor Ekenhead. De buena gana la hubiera intentado también yo, pues no me parecía la empresa demasiado difícil, toda vez que la distancia, desde Abydos a Sestos, no pasa de milla y media; pero era mi deber velar desde la chalupa por la vida de mis nobles compatriotas y la responsabilidad era demasiado grande para que yo me atreviera a obrar con ligereza.

Los dos nadaban bien. Más diestro que su compañero era en la natación lord Byron, y, sin embargo, desde el primer momento me pareció que le llevaba ventaja el señor Ekenhead, debido, a mi juicio, al defecto de conformación del pie de lord Byron, que le impedía rechazar el agua con regularidad perfectamente igual, de lo que resultaba que, a la larga, le obligaba a desviarse de la recta, aun nadando sobre aguas tranquilas, y, con doble motivo, en la corriente. El señor Ekenhead hizo la travesía en una hora y diez minutos, ocho menos que Byron. En cuanto a nosotros, como no podíamos desembarcar en territorio turco sin infringir las leyes de Turquía, nos quedamos a tiro de fusil de la costa.

Lord Byron, mal repuesto de la fatiga de la víspera, llegó tan extenuado a tierra, que permaneció largo rato tendido sobre la arena, casi sin conocimiento. Acercósele un pobre pescador, que estaba cerca remendando sus redes y que, de tanto en tanto, dirigía sus miradas a los dos hombres, cuya intención no podía comprender, y le preguntó si quería descansar en su choza. Creo haber dicho antes que lord Byron hablaba el griego: entendió perfectamente el ofrecimiento que le hacían, y contestó en la misma lengua que lo aceptaba. El señor Ekenhead intentó quedarse con él; pero lord Byron, que no quería privarse del lado peligroso que ofrecía la situación, exigió a su amigo que le dejase solo. Yo hice un hatillo con las ropas del poeta, lo sujeté sobre mi cabeza y me tiré al agua. Después de entregar el hatillo a su dueño, volví con el señor Ekenhead, quien a duras penas pudo llegar hasta la barca, distante de la orilla unos trescientos pasos, tan grande era su fatiga. No bien nos vió a bordo, lord Byron nos dijo desde la orilla que estuviéramos tranquilos aunque al otro día no le viéramos aparecer.

El turco no tenía la menor idea del rango ni de la calidad de su huésped, lo que no impidió que le prodigara todas las atenciones y cuidados propios de la hospitalidad. Tan bien se portaron el turco y su mujer, que a los cinco días lord Byron se encontraba perfectamente restablecido, decidiendo entonces aprovechar una barca que volvía a Tenedos para hacerse llevar a bordo del navío. En el momento de abandonar la choza del turco, dióle éste un gran pan, un queso y un odre lleno de vino, le obligó a aceptar algunas

monedas y le deseó un buen viaje.

Recibió lord Byron como dádiva sagrada todo lo que le ofreció el pobre turco, limitándose a darle con toda sencillez las gracias; pero no bien llegó al navío, donde comenzábamos a sentir vivas inquietudes por él, despachó a su fiel Estéfano, servidor que le regaló Alí-Pachá, con orden de llevar de parte suya al pescador turco un surtido completo de aparejos de pesca, una escopeta de caza, una par de pistolas, seis libras de pólvora y doce varas de tela de seda para su mujer. El presente fué entregado aquel mismo día al pobre turco, quien, no pudiendo comprender que le hicieran regalo de tanto precio en pago de una hospitalidad tan pobre, quiso al día siguiente ir a dar las gracias a su generoso bienhechor. El desventurado resolvió cruzar el Helesponto, echó al mar su barca y ganó el largo; pero cuando se encontraba en el centro del canal, desatóse un viento terrible que le hizo zozobrar, y como no era tan buen nadador como lord Byron o el señor Ekenhead, se ahogó.

Dos días después llegó a nuestros oídos la triste nueva. Lord Byron experimentó un dolor profundo y vivo. Envió inmediatamente bastante dinero a la pobre viuda, juntamente con las señas de su casa en Londres y una carta, escrita en griego vulgar, en la cual le decía que contase siempre con él y no dejase de recurrir a su persona en todas sus circunstancias difíciles. Hasta quiso ir a visitarla personalmente; pero habíamos recibido ya el esperado *firman* que nos abría al fin el paso de los Dardanelos, y el capitán quiso recuperar el tiempo perdido. Aparejamos inmediatamente, y dos días después, a eso de las tres de la tarde, anclábamos frente a la Punta del Serrallo.

XIV

Tan hermosas vistas desplegaron, durante los días de navegación, Asia por nuestra derecha, Europa por nuestra izquierda, que, al llegar a la Punta del Serrallo, sentimos todos tentaciones de preguntarnos dónde estaba aquella Constantinopla soberbia, tan ponderada por los viajeros; pero cuando embarcamos en la canoa para conducir al capitán a la Embajada inglesa, situada en el barrio de Galata, y, doblando la Punta del Serrallo navegamos a lo largo del Cuerno de Oro, la ciudad imperial desplegó sus maravillas ante nuestros ojos, recostada sobre el suave declive de su vasta colina, con su anfiteatro de casas, sus palacios de cúpulas doradas, sus cementerios, a cuyas tumbas da poética sombra un bosque de cipreses, y reconocimos entonces a la bella ciudad de Oriente.

Hubiera sido notable imprudencia atravesar, por aquella época, las calles de Galata sin escolta, por cuyo motivo, el señor Adair, que tenía noticia de nuestra llegada, había enviado al muelle un genízaro, cuya presencia pregonaba que estábamos bajo la protección del sultán. En aquel país, donde hasta los niños van armados, las riñas son muy frecuentes y se resuelven en el acto. En consecuencia, era muy importante, dado el estado de irritación en que se encontraba Constantinopla con respecto a los griegos y a los rusos, designarnos como hijos de una nación amiga.

Nuestros marineros quedaron en la chalupa, a las órdenes de Jaime, y el capitán, lord Byron y yo nos dirigimos a la Embajada. A medio camino, poco más o menos, de aquélla, encontramos las calles tan obstruídas, que nos hubiese sido imposible abrirnos paso si nuestro genízaro, que empuñaba un bastón, no hubiera comenzado a repartir golpes sobre aquella muralla humana con tanta fuerza y persistencia, que consiguió practicar brecha. Motivaba la aglomeración un griego que era conducido al suplicio, y que atravesaba la gran calle entre dos verdugos. Llegamos a tiempo para verle pasar. Era un respetable viejo de barba blanca, que caminaba con paso firme y tranquilo semblante, mirando sin temor y sin orgullo al populacho que le perseguía gritando y lanzándole imprecaciones. A todos nos impresionó vivamente el espectáculo, pero sobre todo a lord Byron, quien preguntó inmediatamente a nuestro intérprete si no sería factible, merced a la intervención de nuestro embajador, o pagando una suma fuerte, la salvación de aquel desventurado. El intérprete, con expresión de azoramiento y hasta de terror, se llevó un dedo a los labios indicando al noble poeta que guardase silencio. La recomendación, con ser tan expresiva, no impidió que lord Byron, al ver pasar al anciano frente a su persona, le gritase en griego: *¡Mártir... valor!* Ante aquella voz consoladora se volvió el griego, y no pudiendo alzar las manos, elevó los ojos hacia el cielo, indicando que estaba pronto a morir. En el mismo instante rasgó los aires un grito de angustia que partió de detrás de una celosía, frente a nosotros, a la par que por entre el enrejado de aquélla asomaban unos dedos. El viejo estremecióse al oír el grito, lanzado sin duda por una voz conocida; hizo alto, pero sus verdugos le obligaron a caminar, aguijoneándole con la punta de sus yataganes. Lord Byron hizo un movimiento al ver brotar sangre de la espalda del anciano, yo llevé la mano al pomo de mi puñal; pero el señor Stanbow, que se dió cuenta de nuestras intenciones, nos asió a los dos por el brazo, diciéndonos en inglés:

—¡Ni una palabra, o son muertos!

Hizonos ver que el genízaro comenzaba a mirarnos de soslayo, y luego esperó a que pasase el cortejo, sin soltarnos los brazos.

Pronto quedó despejada la calle y pudimos nosotros continuar nuestra marcha hacia la Embajada, a la que llegamos a los diez minutos, pálidos y conmovidos aún. Las causas que determinaron nuestro viaje a Constantinopla habían desaparecido ya antes de nuestra llegada: habíanse obtenido las satisfacciones que nosotros debíamos apoyar con nuestra presencia, es decir: la Sublime Puerta había dado al Gobierno Británico, por mediación de nuestro embajador, todas las excusas exigidas por el segundo. Como consecuencia, la conferencia política entre Stanbow y Adair fué muy breve, tanto, que al cabo de contados minutos éramos presentados al embajador lord Byron y yo. El poeta, después de las salutaciones de rigor, se apresuró a preguntar al señor Adair qué crimen había cometido el anciano a quien vimos cuando le conducían al suplicio. El embajador sonrió con tristeza. El viejo en cuestión había cometido tres crímenes, pero tan enormes, que el menor de los tres le hacía, a los ojos de los turcos, reo de muerte. Era rico, soñaba en la emancipación de su patria, y se llamaba Atanasio Ducas, uno de los últimos descendientes de la dinastía real que había ocupado el trono en el siglo XIII. Cediendo a las apremiantes instancias de sus amigos, había abandonado tiempo atrás a Constantinopla, pero, al cabo de algunos meses de ausencia, no pudiendo resistir los anhelos de abrazar a su familia, se aventuró a volver. Prendiéronle la noche misma que entró en Galata; su hija, de la que se aseguraba que era un prodigio de hermosura, fué secuestrada y vendida a un turco rico; y su mujer, arrojada de su palacio, que confiscaron para el Gran Señor, ni pudo compartir el cautiverio de su hija ni participar de la muerte de su marido. Había pedido asilo en muchas casas griegas, cuyas puertas se cerraron ante ella. El señor Adair le había hecho saber al fin que la Embajada inglesa le ofrecía una hospitalidad inviolable y sagrada: la desventurada señora aceptó con intensa gratitud un ofrecimiento tan generoso; pero había desaparecido la víspera por la noche, y nadie sabía dónde se había refugiado.

El señor Adair invitó a lord Byron a hospedarse en la Embajada durante el tiempo que permaneciera en Galata, pero el poeta, temiendo comprometer parte de su libertad, declinó el ofrecimiento y rogó al embajador que le buscase alguna casita turca donde pudiera vivir a la usanza del país.

Nos despedimos del señor Adair después de una hora de conversación cordial y entretenida, y volvimos a atravesar las calles de Galata, siempre guiados por nuestro genízaro. No tardamos en observar que tomaba aquél una ruta distinta de la que habíamos seguido en nuestro viaje de ida. Ibamos a preguntar la causa a nuestro intérprete, cuando éste, que adivinó nuestra intención, nos mostró con el dedo, en el centro de la plaza donde acabábamos de entrar, un grupo informe que nos produjo un estremecimiento involuntario, bien que sin que pudiéramos adivinar todavía de qué se componía. A medida que nos acercábamos, el objeto tomaba forma humana; al fin descubrimos que era un cadáver arrodillado y decapitado, que sostenía su propia cabeza entre sus muslos. La cabeza, que pudimos reconocer, era la del viejo que viéramos pasar una hora antes entre sus verdugos. Junto al cadáver había una mujer sentada, con la frente reclinada sobre sus manos, semejante a la estatua del Dolor. De tanto en tanto abandonaba aquella actitud para agarrar un palo, caído junto a ella, y ahuyentar a los perros que acudían a lamer la sangre. Aquella mujer era la viuda del mártir, la que el día anterior había desaparecido de la Embajada sin que hubiese vuelto a saberse de ella. El cambio de ruta que nos llamó la atención fué un obsequio de nuestro buen genízaro, quien quiso, sin duda, darnos una idea de la clemencia de su gracioso señor, haciéndonos pasar por delante de tan terrible espectáculo.

La verdad es que habíamos llegado a Constantinopla en la mejor de las ocasiones para tener un *debut* análogo a los de los héroes de *Las mil y una noches*. Aquella cabeza cercenada, aquella doncella vendida, aquella pobre viuda, todo me parecía un sueño, siendo de advertir que hasta la vista de los trajes maravillosos que me rodeaban contribuía a dar mayor realidad a mi ilusión.

Yo no sé el efecto que en mis compañeros produciría aquella vista singular; lo que sí puedo afirmar es que volví al navío presa de una especie de fiebre.

Transcurrió, empero, el día sin más novedades que la visita que recibimos a bordo de algunos turcos ociosos y desocupados que constituyen en Constantinopla la clase social a que en París dan el nombre gráfico de *papamoscas*. Sus inconmensurables pipas arrastraban por el puente, y como llevábamos a bordo un cargamento de pólvora muy respetable, efecto de que, cuando zarpamos en Londres, ignorábamos en qué disposiciones encontraríamos a la Sublime Puerta, hubo necesidad de hacerles comprender, aunque costó mucho trabajo, que estaba prohibido fumar a bordo. Cuando se dieron cuenta de lo que de ellos exigíamos, parecieron altamente sorprendidos de que adoptásemos precauciones contra una desgracia, toda vez que, si Mahoma había decidido que la desgracia ocurriera, todas las precauciones del mundo se estrellarían ante la voluntad de aquél. Nuestro ruego les pareció una falta de atención, y, resentidos, abandonaron el navío.

Sobre el puente no había quedado más persona extraña que un judío que nos visitó para ejercer su comercio. Aquel hombre vendía de todo, desde cachemiras valiosísimas hasta pipas, siendo de notar que su comercio no se limitaba a eso, según comprendí a la segunda frase que me dirigió. Tenía en Galata un almacén, cuyas señas me dió, donde encontraría el tabaco más rico de Constantinopla. Tomé nota de las señas y prometí hacerle muy en

breve una visita. Hablaba Jacob bastante bien el inglés para que yo le comprendiera perfectamente, y un hombre como aquél era un tesoro para un buscador de aventuras como lord Byron y para un soñador como yo. Principiamos por preguntarle si podría proporcionarnos un guía inteligente para el día siguiente, pues lord Byron, pensando recorrer el recinto de los muros de Constantinopla, había solicitado para mí el permiso de acompañarle y el capitán se lo otorgó dando una prueba más de su bondad ordinaria. Nuestro judío se ofreció a servirnos él mismo. Residía en Constantinopla hacía veinte años, la conocía mejor que las tres cuartas partes de los turcos, y como, por otra parte, estaba libre de prejuicios sociales y religiosos, nadie como él para contarnos cuanto supiese sobre los hombres que tropezásemos en nuestro camino y sobre los sitios que pensábamos visitar. Aceptamos su ofrecimiento, no sin hacer constar que tomaríamos otro *cicerone* al segundo día si no quedábamos contentos de él.

Salimos muy temprano, y como quiera que ciertas partes de los muros caen a pico sobre las aguas del Bósforo, tomamos una barca que nos condujo al castillo de las Siete Torres, donde saltamos a tierra. Nos esperaba allí nuestro judío con caballos. Como nuestra intención era ver las cosas al detalle, emprendimos despaciosamente la marcha.

Vista desde tierra, ofrece Constantinopla un aspecto más encantador todavía, si cabe, que desde el Bósforo de Tracia o desde el Cuerno de Oro.

Atravesamos el Cuerno de Oro por la punta del palacio de Constantino, especie de ruinas más semejantes a un cuartel que a un palacio, y nos encontramos en Asia. Nuestro judío nos condujo a una colina llamada Bourdoulou, distante una milla aproximadamente de las murallas, desde donde se descubre a la vez el mar de Mármara y el monte Olimpo, las llanuras de Asia, Constantinopla y el Bósforo, que serpentea entre jardines encantadores, cubiertos de verdor y esmaltados con infinidad de kioscos y de palacios pintados de todos los colores. Fué el sitio mismo donde Mahometo II, encantado ante tantas maravillas, hincó su estandarte y juró por el Profeta que tomaría a Constantinopla o perdería la vida frente a sus muros. Al cabo de ciento cincuenta días de sitio cumplió su palabra con la fidelidad de un creyente.

No lejos de allí está la puerta Tophana, por la cual hizo su última salida Constantino Dracoses. Rendidos por la fatiga y el calor, echamos pie a tierra bajo el plátano que da sombra a la puerta, y no bien penetramos en un café, nos vimos en la precisión de imponer silencio a nuestro amor propio nacional para confesar que sólo los turcos comprenden las felicidades de la vida. En vez de encerrarnos, como hubiesen hecho en Inglaterra o en Francia, en un gran salón público, o de obligarnos a respirar la limitada atmósfera de un gabinete reservado, nos condujo el cafetero, por los paseos de un jardín encantador, hasta el borde de una fuente. Allí nos tendimos voluptuosamente sobre una alfombra de césped; nos trajo pipas, sorbetes y café, y nos sirvió lo necesario para que pudiéramos escoger a nuestro capricho un almuerzo castizamente oriental. Lord Byron estaba ya acostumbrado a las delicias que había saboreado en Grecia; pero yo, que las gustaba por vez primera, quedé extasiado.

Después de fumar varias dosis del mejor tabaco de nuestro judío, en pipas turcas perfumadas con agua de rosas, montamos de nuevo a caballo para proseguir nuestra excursión que, al cabo de un cuarto de hora de marcha, nos dejó frente a una pequeña iglesia griega, muy venerada en toda la región. Apenas echamos pie a tierra, el hermano que nos sirvió de *cicerone*, en vez de guiarnos al interior, nos condujo a un estanque rodeado por una balaustrada dorada. Una vez allí, desmigó un pedazo de pan que a prevención había tomado, y unos cuantos peces, que me parecieron tencas, aparecieron inmediatamente en la superficie y se lanzaron sobre el alimento que su proveedor les tiraba con tales miramientos y tales salutaciones, que hube de tomarlos, por lo menos, por inusitados. Siempre había creído yo que, en casos como aquél, los agradecidos debían ser los peces; pero me engañé aquella vez: los peces eran sagrados, y los monjes se limitaban a devolverles una parte insignificante de las limosnas que, merced a aquéllos, recibían.

Desde el convento, situado a la mitad del camino de la colina de Pera, nos dirigimos a un cementerio, cuyas sombras habíamos divisado desde lejos. Los cementerios turcos son no sólo un campo de descanso delicioso para los muertos, sino también un paseo encantador para los vivos. En los cementerios, verdaderos sitios de citas amorosas, es donde los tenorios de Constantinopla esperan, muellemente recostados sobre cojines, los billetes de las hermosas, que les son llevados por esclavos griegos o por mujeres judías.

Avanzaba el día; habíamos dado la vuelta a las murallas, es decir, hecho un recorrido de diez y ocho millas aproximadamente, y rogamos a nuestro *cicerone* que nos hiciera ver, lo más rápidamente posible, todo lo que la ciudad, cuyo recinto exterior acabábamos de recorrer, encerraba de más curioso. Pero para ello precisaba hacer una evolución nueva: necesitábamos volver a la embajada inglesa para tomar un genízaro, si no queríamos ser insultados, y hasta agredidos, en las calles de la ciudad santa, que sólo abandona a los infieles los arrabales y las afueras, y aun esto a regañadientes. En consecuencia, nos dirigimos al palacio del señor Adair, quien nos detuvo el tiempo indispensable para obsequiarnos, conforme a la moda turca, con sorbetes, café y pipas. Recibido el obsequio, nos pusimos nuevamente en marcha para atravesar el Cuerno de Oro desde la torre de Galata a la Validé; era la ruta que habíamos seguido cuando hicimos nuestra primera visita al embajador. Reconocí la calle donde encontramos al desventurado anciano que era conducido al suplicio. Maquinalmente llevé mis ojos hacia la ventana de donde había salido el grito de mujer, y me pareció, no obstante lo espeso de la celosía, ver brillar en el fondo dos ojos de fuego. Quedé un poquito rezagado: a través de los barrotes de la celosía pasó un dedo fino que, al retirarse, dejó caer algo que no me fué posible distinguir. Di cinco o seis pasos más, y entonces, entregando mi caballo a un mozo de cordel, eché pie a tierra y retrocedí fingiendo que había perdido algo. Lo que había dejado caer la invisible bella era un sortija con una esmeralda de mucho precio. Seguro de que la caída de la joya había sido voluntaria, la recogí y púse en mi dedo, esperando que sería el talismán que, un día u otro, habría de llevarme a una aventura amorosa.

Confieso que, a partir de aquel instante, mi espíritu, sumido en locos ensueños, dejó que el cuerpo visitara con complacencia perfectamente maquinal las maravillas que nos quedaban por ver, maravillas que fueron el exterior de Santa Sofía, pues el interior está reservado para los buenos creyentes, el hipódromo y el obelisco, las cisternas, tres o cuatro leones flacos y sarnosos que Su Alteza conserva cual si fueran preciosidades en un tinglado, algunos osos negros y un elefante. Sin que ahuyentase mis pensamientos la puerta del serrallo, con sus vértebras de ballena, sus cabezas cortadas y sus rosarios de orejas que le sirven de decoración, volví a mi buque, soñando todas las aventuras de *Las mil y una noches*. Lo primero que hice fué bajar a mi camarote, cerrar la puerta y examinar la sortija, esperando encontrar alguna inscripción oculta que pusiera fin a mis dudas. En vano busqué: era sencillamente un anillo de oro con una esmeralda que me pareció de mucho precio, y el examen a que me entregué, aunque fué muy minucioso, en vez de precisar mis conjeturas, dió por resultado abrirles campo mucho más ancho y ambicioso.

Volví al puente a fin de disfrutar de los últimos rayos del sol, próximo a hundirse tras las montañas de Europa, y que nos ofrecía, todas las tardes, el espectáculo más soberbio que se pueda imaginar. De improviso, una tempestad de gritos que venía del muelle, poco más o menos hacia el gran serrallo, hizo que todas las cabezas se volvieran hacia aquella parte. Salió un turco por una de las puertas, apareció en la playa, perseguido por una muchedumbre frenética, y se tiró a una barca, que desatracó con la fuerza y la destreza de la desesperación. En el primer momento, el fugitivo pareció indeciso sobre la dirección que tomaría; pero las turbas se habían lanzado a su vez sobre las chalupas atracadas a la orilla, toda una flotilla tumultuosa se había puesto en su persecución, el turco puso la proa de su barca a nuestro *Tridente* y, desoyendo las intimaciones de nuestro centinela y cerrado los ojos a sus demostraciones hostiles, saltó a nuestra escalera de babor. De cuatro saltos subió la escala, ganó el puente, precipitóse al cabrestante y, puesto de rodillas y desgarrando el turbante, hizo la señal de la cruz y pronunció algunas palabras que nadie entendió. Jacob, atraído por el ruido, subió en aquel momento con lord Byron, que acababa de pagarle los emolumentos del día, y nos explicó que aquel hombre, autor sin duda de algún crimen, abjuraba la religión mahometana a fin de hacer nuestra protección más simpática, e indicaba, por medio de signos y de palabras, que deseaba hacerse cristiano. No se equivocó nuestro intérprete: casi en el mismo instante subió de la mar una tempestad de gritos pidiendo que les fuera entregado el asesino, y el *Tridente* se encontró materialmente sitiado por más de cincuenta barcas tripuladas por unos mil quinientos hombres.

Tenía la escena fuerte sabor fantástico, y ofrecía tal carácter de gravedad, que sin orden de nadie, por instinto de conservación, todos los marineros se habían armado, como si se tratase de defender el navío contra un abordaje. Los asaltantes, ante aquellos preparativos de defensa, perdieron algo de su fuego, y el señor Burke, que había subido al puente, aprovechó el momento para ordenar a nuestro judío que preguntase a las turbas qué deseaban. Al hacer Jacob ademán de hablar, redoblaron los gritos, salieron de las vainas sables y canjiares, y el tumulto adquirió caracteres más graves que nunca.

—Tomad a ese hombre —dijo el señor Burke, señalando al fugitivo que, con la cabeza

afeitada al descubierto, animados los ojos por el fuego del terror y de la cólera a la vez, parecía encadenado al palo de mesana, al que estaba abrazado—, tomad a ese hombre y arrojadlo al mar: es la manera de acabar pronto.

—¿Quién se permite dar órdenes a bordo estando yo? —dijo una voz firme que dominó a todas las demás voces.

Todo el mundo reconoció la voz del capitán, que había subido al alcázar sin que nadie le viese, y que dominaba toda la escena.

Preguntó el capitán a Jacob cómo se decía *silencio* en turco y, llevando a su boca la bocina, repitió la palabra indicada con tal brío, que bramó sobre la muchedumbre como el retumbar del trueno. Cesó como por arte de encantamiento el tumulto, sables y canjiares entraron de nuevo en sus vainas, recobraron su inmovilidad los remos, y Jacob, convirtiendo en tribuna la última escotilla de proa, preguntó qué crimen había cometido el hombre que reclamaban. Todas las voces contestaron a coro con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ha matado! ¡Que muera!

Con un gesto indicó Jacob que deseaba hablar; todo el mundo calló de nuevo.

—¿A quién mató? ¿Cómo lo hizo?

Levantóse un hombre.

—Soy hijo del hombre a quien ha arrancado la vida —contestó—. La sangre que mancha mi caftán es sangre de mi padre. Por esta sangre juro que le arrancaré el corazón..., ¡se lo arrancaré del pecho y lo arrojaré a mis perros!

—¿Por qué lo mató?

—Por venganza. Primero mató a mi hermano, que estaba en la casa, y luego a mi padre, a quien encontró sentado en el umbral de la puerta. Los mató como un cobarde, en mi ausencia, a un niño y a un viejo, sin que ni el uno ni el otro pudieran defenderse. ¡Ha matado!... ¡Debe morir!

—Contesta que esos cargos pueden ser ciertos —dijo el capitán a Jacob—, pero que, aun en ese caso, son los tribunales de justicia los llamados a sentenciar.

Jacob encontró dificultades para traducir la frase entera, pero consiguió llevar a feliz término su misión, expresándose sin duda con gran claridad, a juzgar por los rugidos de furor que acogieron su respuesta.

—¿Qué es eso de tribunales de justicia? —vociferaron los turcos—. ¡En Constantinopla no hay más justicia que la que uno se toma por su mano! ¡Queremos que se nos entregue el asesino! ¡Lo queremos! ¡El asesino!... ¡El asesino!

—El asesino será conducido a Constantinopla y entregado al cadí.

—¡No!... ¡No!... —gritaron los turcos—. ¡Queremos el asesino, y si no nos lo entregáis, por el camello de Mahoma que subiremos a tomarlo!

—Dice el Corán —replicó Jacob—: "No jurarás por el camello".

—¡Muera el judío! —vociferaron los turcos, echando al aire sables y canjiares—. ¡Mueran los cristianos!... ¡Mueran!

—Izad las escaleras de babor y de estribor —ordenó el capitán, sirviéndose de su bocina para dominar el tumulto—, y fuego al que se acerque.

La orden fué ejecutada inmediatamente. Unos veinte hombres treparon a las cofas armados de fusiles y de trabucos.

Algo calmaron la cólera de los asaltantes estos preparativos, acerca de cuya significación no cabía dudar. Las barcas se retiraron a más de treinta pasos del navío. Mientras se retiraban, hicieron dos disparos que, afortunadamente, no hirieron a nadie.

—Disparad un cañonazo con pólvora sola —dijo el capitán—, y si el aviso no basta, echad a pique un par de barcas, y luego veremos.

Siguió a la orden un momento de silencio; al cabo de algunos segundos de espera, sacudió violentamente los aires la detonación de una pieza de treinta y seis, y en seguida vimos que todas las barcas huían a la desbandada, excepto la tripulada por el hijo del muerto. Había quedado allí, empuñando su canjiar, como desafiando a toda la dotación.

—Que embarquen en la chalupa treinta soldados de marina, bien armados, y conduzcan al matador a presencia del cadí —dijo el capitán.

Fué botada la chalupa al mar y embarcado en ella el matador juntamente con treinta hombres que, además de sus fusiles cargados, llevaban en sus cartucheras seis cartuchos por cabeza.

Al advertir la maniobra, las barcas de las turbas se reunieron formando flotilla, describieron un círculo muy extenso y acercáronse a la orilla, para seguir, bien que a distancia, al asesino.

El navío hizo un movimiento circular a fin de presentar toda una batería a la orilla, por si había necesidad de proteger a nuestros hombres, pero la precaución resultó inútil, pues los alborotadores se mantuvieron a distancia respetuosa y los soldados desembarcaron y penetraron en la ciudad sin ser molestados. Diez minutos más tarde, vimos que regresaban los nuestros en buen orden y sin tropiezo embarcaban de nuevo en la chalupa. El culpable había sido entregado a la justicia, y en esta circunstancia, como en todas las que exigían juicio sereno y valor inflexible, el señor Stanbow no se había desviado del cumplimiento de su deber.

A medida que se hacían más densas las sombras de la noche disminuía el alboroto, y al fin toda aquella extensión de agua, teatro antes de escenas clamorosas, quedó envuelta en el silencio más profundo. Esperamos una hora más; el capitán, a fin de prevenir sorpresas posibles, mandó disparar un cohete de los llamados de lágrimas, que remontó hasta el cielo un reguero de fuego, estalló, y a la luz de los millares de chispas no vimos más que rebaños de perros que buscaban, aullando, su comida nocturna a lo largo de la orilla.

Al día siguiente, el señor Stanbow recibió una invitación, extensiva a toda la oficialidad del *Tridente* y enviada por el embajador, para acompañar a Su Alteza a la mezquita, donde iba a dar gracias al Profeta por haber inspirado a Napoleón la idea de declarar la guerra a Rusia. Al regreso debíamos comer en el serrallo, y terminada la comida, Su Alteza nos dispensaría el honor de recibirnos.

Con la invitación venía una carta para lord Byron en la que le anunciaba que tenía preparada su casita en Pera, y que podía tomar posesión de ella cuando le acomodase. Hizo nuestro ilustre comensal sus preparativos, y aquel día mismo abandonó el buque, juntamente con sus amigos y yo.

El nuevo domicilio de lord Byron era un lindo palacete a la turca, es decir, emplazado en el centro de un hermoso jardín de cipreses, plátanos y sicómoros, lleno de macizos de tulipanes y de rosas que, en aquel clima delicioso, dan flores todo el año.

XV

La mañana fijada para nuestra recepción, mientras yo consagraba toda mi atención en acicalarme, a fin de no quedar en gran desventaja con respecto a los oficiales turcos, entre los cuales íbamos a poner de relieve nuestra sencillez, entró Jacob en mi camarote y cerró de nuevo la puerta, no bien la franqueó. Adoptada esa precaución, se acercó a mí, caminando sobre las puntas de los pies, y con un dedo sobre los labios me preguntó:

—¿Llevas en la mano izquierda una sortija con una esmeralda?

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirí, sintiendo un espasmo involuntario de placer, al imaginar que tal vez iba a darme datos sobre la aventura que embargaba por completo mi espíritu.

—Esa sortija —continuó Jacob, desentendiéndose de mi pregunta— ¿te fué arrojada desde una celosía en Galata, el día que rodeamos los muros de la ciudad?

—Sí; ¿pero quién te lo dijo?

—¿Fué una mujer quien la dejó caer? —continuó Jacob, fiel a su sistema de narración interrogativa.

—Una mujer joven y hermosa, ¿verdad?

—¿Deseas verla?

—¡Ya lo creo!

—¿Sabes a qué te expones?

—¡Qué me importan los peligros!

—Entonces, ven a mi casa esta tarde, a las siete en punto.

—No faltaré.

—¡Silencio!... ¡Vienen!

Entró Jaime, y Jacob nos dejó solos. Mi camarada, que se había vestido ya, le siguió, sonriendo, con los ojos.

—¡Hola, hola! —me dijo—. ¿Parece que estás en relaciones secretas con el señor Mercurio? ¡Ojalá tengas mejor fortuna que yo, mi querido John! Te prometerá, como a mí, circasianas, griegas y georgianas, te hará creer que las tiene tan abundantes, que ni sabe qué hacer con ellas, y luego te entregará cualquier mísera judía de las que desdeñaría un mozo de cordel de Piccadilly.

—Te equivocas, Jaime —interrumpí, sonrojándome al pensar si mis sueños llegarían a tener semejante fin—. No soy yo el que busco una aventura, antes al contrario, es una aventura la que me busca a mí. Mira esta sortija.

Uniendo la acción a la palabra, le mostré la esmeralda.

—¡Ah..., diablo! —exclamó—. ¿Puedo saber cómo llegó a tus manos ese talismán magnífico?

—Me lo arrojaron desde la celosía de donde partió un grito desgarrador el día que encontramos al anciano griego que llevaban al matadero. ¿No te acuerdas?

—Como si lo oyera en este instante. ¿Entonces es en aquella casa donde te esperan?

—Lo presumo.

—¿Para cuándo es la cita, si no es indiscreta la pregunta?

—Para esta tarde, a las siete.

—¿Vas a ir?

—¡Claro que sí!

—No te aconsejaré que faltes, mi querido amigo, pues en situación análoga, por nada del mundo faltaría yo. Mientras tanto, haré lo que no dudo que harías tú, si yo me encontrara en tu lugar y tú en el mío.

—¿Qué piensas hacer?

—Es mi secreto.

—Haz lo que quieras, Jaime: eres mi amigo de veras, y eso basta.

Me tendió la mano, y como, durante nuestra conversación, yo había dado el último toque al atavío de mi persona, subimos juntos al puente.

Una salva de cañonazos hecha en el serrallo anunció al pueblo de Constantinopla que muy en breve iba a gozar de la augusta presencia de Su Alteza. Contestaron la salva el cuartel de los genízaros y la Tophana, y en aquel momento, todos los buques fondeados en el Bósforo izaron los pabellones de sus naciones respectivas y unieron sus descargas de artillería a las que de tierra venían.

Embarcamos inmediatamente en la chalupa del capitán y nos hicimos llevar a tierra. En la orilla nos esperaban caballos enjaezados con maravillosa riqueza. El que me cupo en suerte era un tordillo, digno de ser jineteado por un general en jefe en día de batalla. Monté con una ligereza y soltura que me envidiaron más de dos oficiales de marina. Llegados a la puerta, encontramos a nuestro embajador, que acababa de llegar, acompañado de lord Byron, ataviado, este último, con una levita

escarlata, cubierta de ricos bordados de oro. Para el noble poeta, la ceremonia tenía un interés excepcional. Se ocupó, con no poca inquietud, del lugar que en el acto ocuparía, pues le importaba mucho mantener, aun a los ojos de los infieles, las prerrogativas inherentes a su rango social.

Entramos en el primer patio, donde debíamos esperar el paso del cortejo hasta que pudiéramos colocarnos en el sitio que nos estaba reservado.

A la cabeza marchaban los genízaros; seguían los *delhis*, empuñando sus jabalinas adornadas con gallardetes semejantes a los de las picas de nuestros lanceros. Venían a continuación los *tophis*, que componen el cuerpo mejor organizado del imperio, nutrido por jóvenes de las mejores familias de Constantinopla, que han recibido en la Tophana, bajo la dirección de oficiales franceses, una especie de instrucción militar. Los seguía yo con la mirada no sin cierta curiosidad, cuando aparecieron los grandes del imperio, semejantes a una nube de oro, ataviados con vestiduras tomadas de la antigua corte de los emperadores griegos. Brillaban en medio de ellos el *ulema*, el *mufti* y el *kislar-aga*, es decir, el guardasellos, el arzobispo y el jefe de los eunucos negros, trinidad extraña que disfruta poco más o menos de las mismas preeminencias y del mismo poder. De aquellos tres personajes dignísimos, llamó más directamente mi atención el *kislar-aga;* verdad es que la merecía. Su físico era de una fealdad más que sobrada para hacerse pasar por objeto curioso. Formaba su persona un cuerpo corto y recio, coronado por una cabeza monstruosa en la cual brillaban, con luz desigual, dos ojos amarillos que daban a su fisonomía ceñuda y adusta la dignidad solemne y adormilada del buho. Aquella especie de Calibán era el señor de Atenas. Después del sultán, es él quien posee el harén más rico y numeroso. Anomalía extraña, que podría parecer superfluidad extraña en Francia y en Inglaterra, pero que, en Constantinopla, tiene el derecho de cosa juzgada.

Al fin apareció el mortal a quien yo esperaba con más impaciencia: Mahmoud II. Su presencia no fué anunciada con vivas y aclamaciones semejantes a las que en la Europa occidental se prodigan a los reyes, sino con un silencio majestuoso y profundo. Preciso es confesar que el aspecto del noble sultán bastaba para imponer, hasta a los mismos infieles, veneración y respeto: en conjunto, era uno de esos tipos majestuosos ante los cuales las muchedumbres quedan deslumbradas; uno de esos mortales ante quien nos inclinamos, aun a pesar nuestro, para saludar al rey o al emperador.

Por aquella época, en Mahmoud todo dejaba traslucir el carácter fiero e implacable de que dió tantas pruebas más tarde. Su mirada sombría y penetrante parecía leer en el fondo más recóndito del alma; su nariz, menos larga y menos curva que la de los turcos, dilatábase, al respirar, como la del león; sus labios contraídos, de los cuales sólo se veía una doble línea roja, pues su boca se perdía entre la masa de su larga barba negra, hasta cuando callaban, dejaban adivinar un carácter formidable de mando imperioso; su cabeza, que parecía fundida en bronce en algún molde antiguo, no ofrecía ni una de las arrugas que suelen abrir las pasiones humanas. Nada en aquel rostro indicaba la circulación de la sangre; al contrario: el conjunto era de carácter severo, pálido e inmóvil como la muerte. Sólo alguna que otra vez brotaban de sus ojos destellos luminosos.

Se veía que aquel hombre tenía conciencia de su poder indefinido y de su autoridad sin límites. El caballo, que relinchaba impaciente, cubierto de blanca espuma no obstante caminar al paso, era la imagen real, el símbolo visible de aquel pueblo que nunca sufrió freno hasta que Mahmoud se lo puso. Al paso del sultán, sus vasallos velábanse el rostro como temiendo quedar deslumbrados por los rayos de Su Majestad, y, sin embargo, sus vestiduras eran más sencillas, a primera vista, que el uniforme del último de los oficiales de su escolta: no ostentaba otro signo de su dignidad que la pelliza de marta negra, ni más objeto de ornato que el penacho donde brillaba el famoso diamante *Egbricapoue*.

Precedía al sultán su tesorero, que arrojaba al pueblo moneditas de plata acuñadas recientemente, y le seguía su secretario, encargado de recoger y de guardar en una cartera de piel amarilla las peticiones y memoriales que le eran presentados. El embajador nos indicó que había llegado el momento de formar en el cortejo, e inmediatamente avanzamos con nuestros caballos, colocándonos en un espacio dejado ex profeso entre la guardia del sultán y un regimiento de caballería, del que apenas si divisamos sus cascos dorados, y continuamos formando parte del séquito de Su Alteza, verdaderamente deslumbrados.

Teníamos que atravesar toda la ciudad para ir desde el serrallo hasta la mezquita del sultán Achmet, situada en el lado meridional de la plaza del Hipódromo. Pasábamos unas veces por sitios soberbios y otras por calles tan angostas, que no nos permitían ir más que de dos en dos. Al llegar al lugar de nuestro destino, el cortejo hizo alto; el sultán apeóse, y entró, acompañado por los principales dignatarios turcos, en la mezquita, favor que se nos vedó a nosotros, en atención a nuestra calidad de no creyentes. Sin embargo, a fin de que la interdicción nos fuera menos sensible, el sultán Mahmoud, dando pruebas de una delicadeza netamente occidental, hizo extensiva la prohibición a las tres cuartas partes de su cortejo, que quedó con nosotros al pie del obelisco de Teodoro.

Al cabo de media hora en la mezquita, reapareció el sultán Mahmoud para ir a presidir el juego de *djérid*, pasatiempo predilecto de turcos y egipcios, cuya palestra estaba en Aguas Dulces, paseo favorito de los amantes de Constantinopla. Reanudamos, pues, nuestra marcha y, pasando por segunda vez cerca del serrallo de Constantino, seguimos la orilla del río hasta el sitio indicado, fácil de reconocer a primera vista por los pequeños terraplenes que a uno y otro lado se elevaban. En el centro alzábase la plataforma reservada para el sultán y su corte, y frente al sultán terminaba la liza en un bosquecillo, cuyos árboles servían de asiento a las personas que no lo tenían reservado.

Después que el sultán se sentó, llenáronse las gradas de los dos terraplenes, las unas de mujeres, las otras de hombres. Con verdadero asombro vi que las damas más encopetadas asistían a una fiesta pública, separadas de los hombres y veladas, es cierto, pero dueñas, desde luego, de mayor libertad que las mujeres de la antigüedad, excluídas ordinariamente de los juegos gimnásticos y del estadio.

Contra lo que ocurre en nuestras reuniones de Inglaterra o de Francia, cuya animación y encanto principal lo dan las mujeres, la reunión a que asistía yo se daba por completo en honor de los hombres. Arrebujadas en sus largos velos, que no dejaban vislumbrar más que los ojos, las espectadoras, sentadas sobre cuatro gradas, parecían cuatro largas hileras de fantasmas, al paso que los hombres, luciendo sus vestidos de guerra recamados de oro y de pedrería, ofrecían el aspecto más espléndido que pueda imaginarse. En cuanto al sultán, estaba aislado, bajo un dosel verdaderamente imperial, rodeado de cuatrocientos jóvenes vestidos de túnicas blancas y formando filas iguales a los cuatro lados del trono. Encuadraban la escena un cielo azul obscuro y muchos árboles de ramaje sombrío y vigoroso, merced a los cuales resaltaban más los colores ricos y variados del cuadro.

Después que el sultán ocupó el trono, por los cuatro ángulos que quedaban libres, y que hasta entonces ocultaban los guardias, que se separaron, hicieron irrupción cuatro escuadrones de mancebos, todos ellos pertenecientes a las familias más linajudas del imperio. Todos ellos montaban caballos del Yemen o de Dóngola, y se precipitaron unos contra otros con furia tal, que no parecía sino que los caballos se despedazarían en el encuentro. Un movimiento espontáneo especial, que solamente el jinete turco sabe imprimir a su caballo, hizo que todos se detuvieran a un tiempo en el centro de la palestra.

Seguidamente, las filas se mezclaron entre sí con tal rapidez, que era imposible distinguir nada en medio de aquel torbellino de sillas de brocado, de estribos de oro, de yataganes de plata sobredorada, de argentados pretales y de penachos prendidos con rubíes. Debía dar comienzo la fiesta con sencillos ejercicios de equitación. En efecto, aquel ejército de caballeros sin armas confundió las filas, las deshizo y volvió a hacer con tan perfecta regularidad y arte tan maravilloso, que hubieron de repetir varias veces el número.

Después entraron en la liza grupos de escuderos nubios cargados de jabalinas blancas emboтadas, hechas de madera elástica y pesada de palmera. Cada caballero, al pasar junto al grupo, tomaba su *djérid;* a continuación entraron otros escuderos que eran portadores de haces de varillas, terminadas por uno de sus extremos en un gancho de hierro, que servía para recoger los *djérids* caídos, sin que los caballeros tuviesen necesidad de desmontar de sus caballos. Armados todos los caballeros, los escuderos retiráronse. La carrera fué en lo sucesivo más impetuosa y los movimientos y combinaciones adquirieron mayor precisión. Los jinetes galopaban por la palestra blandiendo sus *djérids* sobre sus cabezas. Uno de ellos dióse vuelta de improviso y lanzó su arma inofensiva contra el que le seguía más de cerca.

Aquello fué la señal. Las evoluciones generales trocáronse en combates individuales en los cuales procuraban todos demostrar su destreza tocando a su adversario y evitando los golpes de éste. Entonces fué cuando entró en funciones la varilla terminada por uno de sus extremos en un gancho de hierro, y se demostró la destreza de los caballeros que las manejaban. Pero aun eran más diestros los que, desdeñando el medio indicado, resbalaban sobre la silla hasta colocarse casi bajo los vientres de sus caballos, y, sin detenerlos ni mitigar la velocidad vertiginosa de la carrera, recogían sus armas con sus manos. Llegué a figurarme que me encontraba en Granada presenciando aquellas justas famosísimas de los Abencerrajes y los Zegríes, y que aquella caballería de Oriente había salido de su tumba para disputar de nuevo aquellas tierras que prefirieron a sus hermosos valles de Egipto y a sus nevadas montañas del Atlas.

Ya llevaba dos horas de duración aquella lucha maravillosa, sin que, no obstante no llevar cascos ni armaduras, resultase herido alguno de los que en ella tomaron parte —no siempre ocurre así—, cuando la música horrenda, que antes diera la señal de entrada de los combatientes, dió la de su salida. Los *djérids* dejaron de volar, hiciéronse nuevas evoluciones que dieron por resultado variados arabescos, y al fin, los cuatro grupos, volviéndose bruscamente la espalda, desaparecieron por los cuatro ángulos con la rapidez fantástica que tanto habíamos admirado cuado entraron.

Después entraron en la palestra los saltimbanquis, los comediantes ambulantes, los juglares y los domadores de osos. Todos entraron juntos comenzando a danzar los unos, a recitar sus farsas los otros, aquéllos a demostrar la habilidad de sus manos, los de más allá a exhibir sus animales, de suerte que cada uno de los espectadores podía disfrutar del espec-

táculo más en armonía con sus aficiones, o bien abarcar la escena grotesca y heterogénea que se desarrollaba ante sus ojos. Aunque me avergüence, confesaré que yo me entregué por completo a la contemplación de un oso. Justo es decir que su domador, un turco muy grave, no dejó de hacer algo por su parte para hacerse acreedor a mi preferencia. Veíase a la legua que, desde la borla de seda de su gorro, hasta la punta encorvada de sus babuchas, estaba penetrado del alto honor a que había sido elevado.

Cada vez que el sultán daba muestras de satisfacción, convencido de que los objetos de la misma eran su oso y él, deteníase, saludaba con dignidad, hacía que saludase también su oso, y reanudaba sus ejercicios, que su sultán interrumpió al fin, con no poco desencanto mío, alzándose de su asiento para regresar al serrallo. A esta señal del señor contestó todo el mundo en la misma forma y, al cabo de pocos segundos, saltimbanquis y comediantes, juglares y domadores de osos, pueblo y cortesanos, habían desaparecido por completo.

Cada vez más preocupado yo por la idea de la cita, y no sabiendo si podría escapar del serrallo, decidí renunciar al honor de sentarme a la mesa con Su Alteza. Así que entregué las bridas de mi corcel a un palafrenero y me dirigí, sin que mi fuga fuera advertida por nadie, a la orilla del río; allí tomé una barca que me condujo al barrio de Galata, donde, merced a las señas que me había dado Jacob, no tardé en encontrar su almacén.

No me esperaba tan pronto Jacob, pues la cita era para las siete, y todavía no eran las cinco; pero yo le expliqué la causa de mi adelanto, rogándole de paso que reemplazase con una comida cualquiera la suntuosa que acababa de sacrificar. Era Jacob un hombre que ejercía todas las profesiones, así que le bastó un momento para proporcionarme una comida excelente, a la que siguió un delicioso tabaco puesto ya en una pipa turca perfumada con agua de rosas.

Hallábame yo recostado voluptuosamente sobre el diván, envuelto en las nubes que escapaban de mis labios, cuando Jacob entró, acompañado por una mujer cubierta con un largo velo. Jacob cerró la puerta, no bien la franquearon los dos. Creyendo yo que se trataba de mi diosa, me levanté con presteza; pero Jacob interrumpió en el acto mis demostraciones respetuosas.

—No podemos perder tiempo —me dijo.

—Me parece —contesté yo— que comenzaba a obrar de conformidad con el consejo que acabas de darme.

—Es que sufres un error: esta mujer es la doncella.

—¡Ah! —exclamé con cierto desencanto.

—Escucha —me dijo Jacob—. Puedes retroceder: todavía estás a tiempo. Vas a acometer una empresa que en todos los países del mundo es peligrosísima, pero sobre todo en Constantinopla. Me pagaron para que te proponga la entrevista, y cumplí mi compromiso; pero por nada del mundo quisiera que me alcanzase la responsabilidad de lo que pueda ocurrirte.

Saqué un bolso, tomé la mitad del oro que contenía y lo ofrecí al judío.

—Toma algunos cequíes en calidad de agradecimiento por tu mensaje y como prueba de que estoy dispuesto a acometer la aventura.

—Pues bien —contestó Jacob, tomando el velo y la túnica de la mujer, que permanecía junto a la puerta sin comprender nada de lo que decíamos—, ponte este disfraz y que Dios te guarde.

Confieso que poco faltó para que me abandonase toda mi resolución, cuando comprendí que debía envolverme en aquella túnica, y en aquel velo, que dejarían a mis brazos la misma libertad de movimientos, poco más o menos, que podría tener una momia; pero como ya había avanzado demasiado para retroceder, me presté a ello.

—¿Y qué he de hacer después que haya vestido esto? —pregunté a Jacob—. Necesito que me des algunas instrucciones.

—Serán breves —me respondió—. Seguirás al esclavo, que será el encargado de guiarte, y bajo ningún pretexto dejes escapar una palabra, pues una sola bastaría para perderte.

Lo que el judío acababa de decirme no era muy tranquilizador, pero mi resolución siguió inquebrantable. Me contenté con asegurar a mi cinto mi puñal de guardiamarina y dejé que aprisionaran mis brazos con la túnica y cubrieran mi cabeza con el velo. Ataviado con mi doble vestidura, mi cuerpo no discrepaba gran cosa del de la mujer que me había traído los vestidos; así me lo dijo una seña de inteligencia que el judío y la esclava cambiaron.

—Y ahora, ¿qué he de hacer? —pregunté impaciente.

—Seguirme —contestó Jacob—, y sobre todo...

Llevóse un dedo a la boca.

Hice un gesto de conformidad y, abriendo la puerta, descendí por la escalera hasta el almacén.

Allí nos esperaba un esclavo negro. Mi disfraz engañó a éste, quien, tomándome por la esclava que había traído, corrió, no bien me vió aparecer, a desatar el asno, montura ordinaria de las mujeres turcas. Jacob me acompañó hasta la puerta, me dió la mano para ayudarme a montar, y partí, aturdido por lo que acababa de pasar e intrigado por lo que podría ocurrirme.

XVI

Después de unos diez minutos de marcha nos detuvimos frente a una casa de hermosa apariencia. Abrióla mi conductor, entré, la volvió a cerrar aquél, y me encontré en un patio cuadrado, que conocía perfectamente, a no dudar, mi asno, pues fué a detenerse, sin que nadie le guiara, delante de una puerta que daba frente a la primera. Yo quise desmontar, pero acercóse el negro, hincó una rodilla en tierra, para que yo colocara mi pie sobre ella, y me ofreció la cabeza para que apoyara mi mano. No necesito decir que me conformé con el ceremonial en uso, y luego, como observara que aquél pensaba poner término a sus servicios, y que se aprestaba a llevar el asno a la cuadra, le indiqué por medio de un gesto imperioso, que debía precederme. No dió lugar a que lo repitiera: con inteligencia que demostraba cuán familiar le era el lenguaje mímico, obedeció.

No tardé en felicitarme por la precaución adoptada, sin la cual me hubiese perdido en el dédalo de habitaciones y de corredores que mi guía me hizo atravesar. Como es de imaginar, a mi paso lo examinaba todo y procuraba orientarme, para el caso de que fuera necesaria una retirada precipitada. El ejército de criados que cruzaban ante nuestros ojos, silenciosos como sombras, o que veía junto a las puertas, inmóviles como estatuas, me demostró que aquella era la casa de algún gran señor. Al fin, luego de cruzar múltiples habitaciones, me abrieron la última puerta que daba a una estancia más iluminada, más rica y más elegante que todas. Mi guía me dejó entrar, cerró la puerta tras de mí, y me hallé frente a una niña de catorce a quince años, que me pareció divina.

Lo primero que hice fué correr por dentro el cerrojo dorado de la puerta; seguidamente me di vuelta y quedé inmóvil, asombrado ante aquel prodigio de belleza, radiante de alegría, devorando con los ojos al hada cuya varita mágica parecía haberme franqueado las puertas de un palacio encantado. Estaba recostada sobre cojines de seda, envuelta en un caftán de color rosa con flores de plata, que dejaba ver un cuerpo de damasco blanco bordado con flores de oro y escotado de manera que permitía descubrir el nacimiento del seno. Pendían a lo largo las mangas anchas de aquel vestido oriental, dejando al descubierto una camisa de gasa de seda blanca, sujeta al cuello por medio de un broche de brillantes. Un cinturón tachonado de rica pedrería hacía resaltar la esbeltez de su talle.

Su cabeza la cubría con el *talpock*, delicioso tocado de las mujeres turcas, que es una especie de gorrita de terciopelo, que cubre un lado de la cabeza, y de cuyo centro pende una bellota de oro. Un hermoso *bandó* ocupaba la sien que el *talpock* dejaba descubierta, y en el *bandó* brillaba un ramito de diferentes piedras preciosas que formaban flores naturales. Las perlas imitaban los botones del azahar, los rubíes las rosas, los brillantes formaban jazmines, los topacios junquillos. La gorrita dejaba escapar una mata de cabellos, de longitud desconocida en Occidente, que, peinados en infinidad de trenzas, descendían hasta rozar las babuchas, de finísima piel blanca bordada en oro, que encerraban los delicados y diminutos pies de aquella indolente beldad. De sus facciones sólo diré que eran perfectas; era un tipo griego en toda su altiva y graciosa majestad, con sus rasgados ojos negros, su nariz apoloniana y sus labios de coral.

Al verme, la joven irguió la cabeza y dobló un poquito el cuello, semejante a un cisne, clavando en mí una mirada de inquietud. Me acordé de mi disfraz y adiviné que la hermosa dudaba que fuese yo el hombre que esperaba. Entonces, merced a un movimiento rápido, me despojé del velo, que rasgué con mis manos, y quedé con mi uniforme de guardiamarina. La doncella lanzó un grito, levantóse vacilante y, tendiéndome las manos, exclamó:

—¡Señor oficial!... ¡Sálveme usted! ¡Por el amor de la Panagia (Virgen), compadézcase de mí!

Me había hablado en italiano.

—¿Quién es usted? —pregunté, corriendo hacia ella y recibiéndola en mis brazos—. ¿De qué peligro desea que la salve?

—¿Que quién soy? ¡Desventurada de mí! Soy la hija del anciano que usted encontró cuando lo llevaban al suplicio; y el peligro de que le suplico que me libre es de ser la manceba del mismo que hizo asesinar a mi padre.

—¿Qué puedo hacer? ¡Hable..., hable! Estoy dispuesto a todo.

—Ante todo, es necesario que sepa lo que temo y lo que espero. Escúcheme: dos palabras bastarán para ponerle al tanto.

—¿A qué perder, hablando, un tiempo precioso? Es usted joven, es bella, es desgraciada; ha tenido confianza en mi valor y en mi lealtad, ya que me ha llamado; ¿necesito acaso saber más? Estoy a sus órdenes.

—Sin embargo, necesito decirle que mi padre era griego, de sangre real y rico, tres crímenes que, en Constantinopla, se castigan de muerte. Le denunció el *tzouka-dar* (¹); mi padre fué encarcelado y vendida yo; a mi padre lo sepultaron en una mazmorra, a mí me trajeron aquí; a él lo condenaron a morir, a mí a vivir. Unicamente perdonaron a mi madre.

—¡Oh! ¡La vi! —exclamé yo—. Era indudablemente la dama que velaba junto al cadáver de su desventurado padre, ¿verdad?

—¡La misma..., la misma! —contestó la infeliz doncella, retorciéndose los brazos—. Sí..., ¡era ella!

—¡Valor..., no desmaye usted!

—¡Oh!... ¡Valor tengo! —respondió con una sonrisa más terrible aun que sus lágrimas—. Usted lo verá cuando llegue la ocasión... Me condujeron a la morada de mi dueño, a la casa del asesino de mi padre, al cubil del que me había comprado con el oro de mi familia, quien me encerró en esta cámara. Oí al día siguiente algún ruido... Esperando, contra la

esperanza, y sin saber qué esperaba, corrí a la ventana... ¡Era que conducían a mi padre al matadero!

—¿Entonces, fué usted la que sacó parte de una mano por la celosía, la que lanzó aquel grito de dolor que repercutió en lo más hondo de mi corazón?

—Sí..., sí; fuí yo la que vi que usted alzaba la cabeza al oír el grito, la que vi que usted llevaba la diestra al pomo de su puñal. Adiviné que en su pecho latía un corazón generoso y que me salvaría si en sus manos estaba salvarme.

—Repito que estoy a su disposición: ordéneme.

—Mas para poner en ejecución mi plan, necesitaba antes entablar comunicación con usted. Decidí hacer acopio de valor para soportar la vista de mi odiado señor..., sí; conseguí mirar sin cólera al que se me presentaba bañado en la sangre de mi padre, dirigirle la palabra sin escupirle maldiciones al rostro. Y se consideró feliz, y quiso premiar mi condescendencia con vestidos soberbios, con alhajas de gran precio. Una mañana, vi entrar en mi aposento a Jacob, el joyero más rico de Constantinopla.

—¡Cómo! —exclamé sin poder contenerme—. ¿Ese mísero judío?

—El mismo. Lo conocía yo desde tiempo atrás. Mi padre me colmó siempre de bondades, y le compró varias veces telas y piedras preciosas por sumas inmensas. Le indiqué por medio de una señal que necesitaba hablarle; él dijo al *tzouka-dar* que no había traído nada de lo que deseaba comprarle, pero que al día siguiente volvería. Aunque el jefe de los pajes debía estar de servicio al otro día, dió orden de que permitieran la entrada del judío en mis habitaciones. A la entrevista debían asistir dos de sus guardias. En el intervalo entre este día y el siguiente, fué cuando, en ocasión en que me hallaba junto a la ventana, lo vi a usted por segunda vez. Se me ocurrió la idea de dejar caer mi sortija, usted la recogió, reflejando tal expresión de alegría su rostro, que ya no dudé que en usted había encontrado un amigo. Al día siguiente volvió Jacob. Los guardias no nos dejaron solos un instante, pero yo le dije en italiano lo que quise. Le di las señas de usted, detallando desde el color de su cabello hasta la forma de su puñal. Me contestó que creía que le conocía... ¡Juzgue, si puede, cuán inmensa fué mi alegría! No sabiendo entonces si podríamos vernos de nuevo, convinimos ya nuestro plan para hoy, día de la fiesta que el sultán da en el serrallo, y a la cual forzosamente ha de asistir el *tzouka-dar*. Mi nodriza, que no me arrebataron... por indiferencia, que no por lástima, debía salir, como de costumbre, acompañada por un *capidgi*, para comprarme perfumes en casa de Jacob; usted esperaría allí, se disfrazaría con el velo y la túnica de aquélla, y volvería en su lugar al palacio. Mientras tanto, ella correría a prevenir a mi madre, la cual, ayudada por algunos servidores que continúan siéndonos fieles, tendría preparada una barca al pie de la torre de Galata. Si usted contestaba aceptando la empresa, Jacob debería enviarme una guitarra... ¡Ahí está! La recibí hoy... Aquí está también usted... ¿Está dispuesto a auxiliarme?

—¿Qué he de hacer? ¡Hable..., ordene..., pronto!

—Intentar atravesar esa serie interminable de habitaciones, es imposible: no nos queda más salida viable que la ventana de este gabinete.

—¡Está a doce pies de altura sobre el suelo!

—Cierto; pero no debe preocuparle una dificultad que puede salvar mi banda. Sirviéndonos de ella, podría usted bajarme a la calle..., pero detrás del enrejado que usted ve, hay barrotes de hierro.

—Haré saltar uno con mi puñal.

(¹) Jefe de los pajes.

—Pues empecemos, que se me figura que es ya tiempo.

Entré en el gabinete. Detrás de la colgadura de damasco color rosa vi los barrotes de hierro de la prisión. Al asomarme a la calle, creí distinguir los bultos de dos hombres ocultos en un rincón de la calle de enfrente. No dejé por ello de comenzar mi tarea, persuadido de que se hallaban allí porque tenían asuntos propios y no para acechar los de los extraños.

Aunque no era muy dura la piedra en que estaban empotrados los barrotes, lo cierto es que sólo muy pequeñas partículas conseguía arrancar cada vez que introducía en la junta la hoja de mi puñal. La griega me miraba con curiosidad y esperanza. Mi papel había experimentado un cambio radical, pero diré en mi abono que, no obstante ser arrebatadoramente hermosa, yo no sé si me enorgullecía más que me hubiera elegido como salvador, que como amante. Mi carácter de salvador daba a mi aventura más sabor caballeresco, y la acepté con todas las consecuencias y todo el desinterés.

Cuando mayor era mi entusiasmo y mi ardor en el trabajo, cuando el barrote comenzaba a salir de su prisión de piedra, la doncella puso una mano sobre mi brazo y extendió el otro en dirección a un sitio donde acababa de oír cierto ruido. Durante un instante permaneció inmóvil y escuchando, semejante a una estatua. Al fin, pasados algunos segundos, durante los cuales el sudor inundó mi frente, dijo:

—¡Es él..., viene!

—¿Qué hacemos?

—Nos guiarán las circunstancias... Es posible que no venga aquí, en cuyo caso, poco nos importa que haya vuelto.

Escuchó por espacio de breves segundos y, oprimiéndome más el brazo, repuso:

—¡Aquí viene!

Hice un movimiento como para salir a la habitación contigua y encontrarme frente al que entrase en el momento que éste abriera la puerta, pero mi bella compañera me detuvo diciendo:

—¡Ni una palabra, ni un gesto, ni un paso, o se pierde usted... y yo también!

—¡Pero yo no puedo permanecer escondido aquí!... ¡Sería una cobardía, una infamia!...

—¡Silencio! —me interrumpió, poniéndome una mano delante de la boca y arrebatándome con la otra el puñal—. ¡Cállese, por la Santísima Virgen, y déjeme obrar!

Con paso presuroso salió ella a la cámara y ocultó mi puñal bajo los cojines que le servían de lecho cuando yo entré. En aquel instante llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la griega.

—Yo —respondió una voz de hombre, henchida a la vez de energía y de dulzura.

—Voy a abrir a mi señor, a mi dueño —dijo la joven—. Sea bien venido a las habitaciones de su esclava.

Mientras decía estas palabras, acercóse al gabinete, cerró la puerta de comunicación, corrió el cerrojo, y yo quedé escondido y encerrado.

Dudo que, durante todo el curso de mi vida aventurera, expuesta a mil peligros diferentes, me haya encontrado en ninguna coyuntura que me produjera una sensación tan penosa como la que en aquel momento experimenté. Sin armas, incapacitado para mi defensa y para la de la mujer que solicitara mi apoyo, debí abandonar a un ser débil, cuyas fuerzas únicas eran la astucia peculiar de la raza a que pertenecía, una partida en la que estaba comprometida mi propia vida. Si la griega la perdía, yo quedaba en aquel gabinete, semejante al lobo apresado en la trampa, sin medios de escapar, sin recursos para defenderme; si la ganaba, ella sería la que hubiese afrontado el peligro como un hombre de valor, mientras yo estaba oculto como una mu-

jer. Tendí mis miradas en derredor para ver si encontraba algún mueble que pudiera convertir en arma; no encontré más que cojines, tapices y vasos de flores. Volví a acercarme a la puerta y escuché.

Hablaban en turco, y como yo no podía ver los gestos con que los interlocutores acompañaban sus palabras, no pude entender nada. Juzgué, empero, reparando en las dulces inflexiones de voz del hombre, que suplicaba y no amenazaba. Al cabo de breves instantes, hirieron mis oídos dulces acordes de guitarra, y a continuación sonó la voz armoniosa y pura de la griega, que entonaba un canto que tenía tanto de santa plegaria como de himno de amor, de dulzura como de sabor religioso. Aquella niña, que no había cumplido los veinte años, y que, en aquel instante mismo, lloraba con lágrimas de sangre la muerte de su padre, la miseria de su familia y su propio cautiverio; aquella niña que acababa de ser sorprendida en medio de una tentativa de evasión, cuando casi creía ya reconquistada la libertad perdida; aquella niña, que sabía que yo estaba encerrado en el gabinete contiguo, que no contaba con más esperanza que la débil del puñal oculto bajo uno de los cojines que le servían de asiento..., cantaba... frente al hombre a quien detestaba con todas las fuerzas de su alma, y cantaba con voz tan tranquila, en apariencia, como si hubiese estado enalteciendo los merecimientos de la Virgen en el seno de su familia.

Yo escuchaba, me dejaba arrastrar, sin intentar siquiera reaccionar, por medio del pensamiento, contra lo que me rodeaba, porque hasta me parecía que me hallaba fuera del mundo real, en la región de lo soñado, arrastrado por fuerzas superiores a las humanas. Cesó el canto. Las palabras que siguieron fueron más dulces aun que las que le habían precedido... Siguió un momento de silencio que interrumpió de pronto un grito de agonía... Yo quedé sin respiración, abiertos los ojos y fijos como si vieran a través de la puerta. Oí un gemido sordo y luego nada... después del gemido, un silencio de muerte. No tardaron en sonar pasos ligeros, cuyo eco no acertaba yo a diferenciar del ruido de los latidos de mi corazón. Los pasos se acercaron al gabinete, descorrieron el cerrojo, abrióse la puerta, y al resplandor de la luna, que penetraba por la ventana abierta, vi reaparecer a la joven griega, vestida con sus ropas interiores, pálida y blanca como un fantasma, y sin más joyas que el ramo de flores de pedrería que antes vi brillar en sus cabellos.

—¿Dónde estás? —me preguntó tuteándome, al no verme.

Yo había retrocedido ante aquella aparición terrible.

—Aquí —contesté adelantando un paso y colocándome delante del mismo rayo de luz que la envolvía.

—Pues bien, yo ya terminé mi obra: concluye ahora tú la tuya.

Mientras hablaba, me alargó mi puñal. Lo tomé por la hoja, que encontré tibia y húmeda; abrí la mano, y, a la luz de la luna, pude observar que estaba llena de sangre... ¡Era la primera sangre humana que la teñía! Sentí que circulaba por mi cuerpo un escalofrío, pero comprendí al propio tiempo que no podía perder un segundo, y decidí poner de nuevo manos a la obra. En el rincón de la calle seguían los dos bultos; pero, sin preocuparme, trabajé con ardor, aunque observé que, al oír el ruido que yo hacía, fijaron sus miradas en la ventana. El barrote cedió al fin, dejando hueco bastante para darnos paso. No quedaba más que el enrejado exterior, que al primer golpe cedió.

Inmediatamente avanzó hasta el centro de la calle uno de los bultos.

—¿Eres tú, John? —preguntó—. ¿Nos necesitas? Si así es, aquí tienes a Bob y a mí.

—¡Jaime!... ¡Bob! —exclamé.

Volviéndome radiante de alegría hacia la joven, que no había entendido lo que me decían, le anuncié:

—Nos hemos salvado... ¡No, no! —añadí, dirigiéndome a mis amigos—. El único auxilio que necesito es una cuerda... ¿la tenéis?

—Tenemos algo mejor que una cuerda; disponemos de una escala... ¡Bob! Ven aquí, y colócate pegado al muro.

El marinero obedeció. Jaime encaramóse sobre sus hombros y me alargó los cabos de una escala de cuerda, que yo sujeté a los barrotes próximos al que acababa de separar. Jaime saltó a la calle y ató el otro extremo de la escala, a fin de que estuviera tirante. Mi compañera no perdió el tiempo: se subió al alféizar, y breves segundos después hallábase, sin el menor accidente, en la calle, con asombro indescriptible de Jaime y de Bob, que no podían adivinar qué significaba aquello. Un segundo más tarde yo estaba a su lado.

—¡En nombre del cielo! —exclamó Jaime—. ¿Qué te ocurrió? Te veo pálido como la muerte y lleno de sangre... ¿Es que te persiguen?

—Nadie me persigue... como no sea un espectro —respondí—. No es éste el momento propicio para referirte la historia... Los instantes son preciosos... ¿Dónde espera la barca? —pregunté en italiano a la doncella.

—Al pie de la torre de Galata; pero me es imposible guiarlos: no conozco el camino.

—Lo conozco yo —contesté tomándole una mano e intentando arrastrarla.

Entonces observé que estaba descalza, y por tanto, que no podría seguirnos. Hice un movimiento para tomarla en mis brazos, pero Bob, adivinando mi intención, se me adelantó; la alzó como si fuese una pluma y echó a correr hacia el río. Jaime me alargó las dos pistolas que empuñaba, sacó otras dos del cinto, y me hizo una señal para que me colocara a la derecha de Bob, mientras él se ponía a su izquierda.

En esta forma avanzamos sin tropezar el menor obstáculo. Al extremo de la calle vimos algo semejante a un espejo inmenso: era el azulado mar de Mármara. Torcimos entonces hacia la izquierda y tomamos la orilla del río. Muchas barcas atravesaban el canal. A cuatro brazas de la orilla vimos una inmóvil. Hicimos alto frente a ella y la joven la contempló por espacio de algunos segundos, pues parecía desocupada; al fin, alzóse del fondo de la barca una especie de fantasma.

—¡Madre mía! —exclamó con voz ahogada la niña.

—¡Hija querida! —contestó otra voz que nos hizo estremecer—. ¿Eres tú?

Al momento se presentaron cuatro remeros que estaban ocultos, y la barca atracó a la orilla. Se abrazaron las dos mujeres; luego, la madre cayó postrada a nuestros pies. Yo la alcé, y como no podíamos perder tiempo, dije:

—¡En nombre del cielo, partan! Corren peligro su vida y la de su hija... No pierdan un instante.

—¡Adiós! —dijo la niña estrechándome con fuerza la mano—. Sólo Dios puede saber si nos veremos más... Nuestra intención es procurar llegar a Cardiki, en el Epiro, donde están los restos de nuestra familia... Quiero saber su nombre, para poder pedir a Dios todos los días por usted.

—Me llamo John Davys —contesté—. Más quisiera hacer por usted; pero quedo con la satisfacción de haber hecho lo que pude.

—Yo me llamo Vasiliki —repuso la doncella—, y Dios me dice que no será ésta la última vez que nos veamos.

Embarcó, y arrancando de sus cabellos el ramo de pedrería, que con inmenso asombro mío había conservado, dijo:

—Tómelo; es la recompensa ofrecida a Jacob. En cuanto a usted, Dios le reserva otra que vale más que todos los brillantes de la tierra.

El ramo cayó a mis pies. La barca alejóse con rapidez y desapareció en la obscuridad.

Permanecí un instante inmóvil en la orilla. Creo que todo lo sucedido me hubiese parecido que era un sueño si en mis manos no hubiera tenido el ramo de brillantes, y en mi memoria el nombre de Vasiliki.

XVII

Nuestra primera preocupación, tan pronto desapareció la barca y nos encontramos solos en la orilla, fué volver a bordo, pues nuestra situación era comprometida. En primer lugar, nos hallábamos en tierra, a medianoche, sin permiso de nadie; en segundo, debíamos seguir, desde Galata a la Tophana, una playa invadida por manadas de perros vagabundos que parecían tener predilección por los extranjeros para devorarlos, y en tercero y último, aunque yo no hubiera tomado parte activa en el homicidio cometido, era lo cierto que había sido apuñalado un hijo de Mahoma, y nada menos que el *tzouka-dar*.

Las dos razones últimas nos impulsaban a no perder tiempo, no obstante saber que a bordo nos esperaba el castigo de nuestra falta; nos pusimos, pues, en camino, formando apretado grupo, y escoltados por un inmenso rebaño de perros famélicos, cuyos ojos lucían como carbunclos en las tinieblas. De tanto en tanto, los animales llegaban tan cerca de nosotros y evidenciaban propósitos tan hostiles, que nos obligaban a volvernos y hacerles frente. Bob esgrimía con bastante destreza el bastón que llevaba en la mano, obligándolos a retroceder. Nosotros aprovechábamos el movimiento de retirada para avanzar, pero no habíamos recorrido quince metros, cuando los llevábamos nuevamente pisándonos los talones. Si cualquiera de nosotros se hubiera separado del grupo, hubiera perdido la vida y probablemente habríamos corrido todos su misma suerte.

Con el acompañamiento de los perros llegamos a la Tophana, donde nos esperaba la barca. Embarcamos primero Jaime y yo, y Bob cubrió la retirada, empresa que distaba mucho de ser fácil. Nuestros enemigos, viendo que se les escapaba la presa, cerraron contra nosotros con violencia tal, que Bob, del primer garrotazo, tendió sobre la orilla a uno de los perros más atrevidos: los demás se arrojaron sobre el cadáver y lo devoraron en un instante. Aprovechó Bob esto para soltar la amarra de la lancha y embarcar; Jaime y yo, que habíamos empuñado los remos, bogamos con ardor, y nos adentramos en el mar, dejando a los perros pregonando, por medio de furiosos ladridos, el pesar que les producía vernos huir. A cien pasos de la orilla, Bob tomó los remos y bogó él solo.

Nuestro buque estaba fondeado frente al serrallo de Scutari, a la altura de la torre de Leandro, y tenía por popa el faro que se eleva sobre el promontorio de Calcedonia, cuyos resplandores dibujaban la elegante arboladura y la red de cuerdas del *Tridente*. La vista de éste nos obligó a acordarnos de nuevo de nuestra delicada situación, que la belleza de la noche en el Bósforo nos había hecho olvidar, y nos incitó, a medida que nos acercábamos al navío, a recomendar a Bob que remase con menos brío, a fin de que las bogadas arrancasen menos manchas fosforescentes a la mar, y a la par produjeran menos ruido. Aspirábamos a llegar al costado del buque sin ser vistos por el centinela, o sin que éste *quisiera* vernos, suponiendo que fuera alguno de nuestros amigos. Por desgracia para nosotros, se habían adoptado precauciones para que el curso de los sucesos fuese otro. Habríamos llegado a unos treinta pasos del *Tridente*, cuando el centinela subió sobre la banqueta de babor, y nos gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ah, de la barca! ¿Qué desean?

—Deseamos subir a bordo —contesté yo, haciendo bocina con mis manos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Los guardiamarinas John y Jaime y el marinero Bob.

—¡Al largo!

Nos quedamos mirando unos a otros, presa de la mayor estupefacción. Creyendo que el centinela me habría entendido mal, repetí:

—Por fuerza que no nos has comprendido, Patricio. Somos Jaime, Bob y yo, que volvemos a bordo; ¿no nos reconoces por la voz? Soy John Davys.

—¡Al largo! —gritó Patricio con voz tan recia e imperiosa, que no nos dejó la menor duda de que, la tercera interpelación, pondría en conmoción a toda la gente de a bordo. Bob, que comprendió el peligro en que nos hallábamos, empuñó los remos y comenzó a bogar.

Comprendimos su intención y mediante un movimiento de cabeza, le manifestamos que la aprobábamos. Era su proyecto alejarse del navío hasta perderse de vista, para luego, en vista de nuestro fracaso por babor, ver si teníamos más suerte por estribor. Dicho y hecho: una vez alejados convenientemente, nos detuvimos el tiempo indispensable para envolver los extremos de los remos con nuestros pañuelos de bolsillo y con un pedazo de vela que rasgamos; adoptadas estas precauciones, Bob remó tan sigilosamente, que ni nuestros oídos recogían el rumor que producíamos. No pudimos menos de felicitarnos por una estratagema, gracias a la cual nos sería posible subir a bordo. Nos encontraríamos a cincuenta pasos del buque, cuando advertimos que el soldado de marina que estaba de centinela en estribor movía el fusil. Un instante después, resonaba en nuestros oídos la siguiente intimación:

—¡Ah, de la barca! ¿Qué desean?

—¡Subir a bordo, demonio! —contestó Jaime, comenzando, como yo, a perder la paciencia.

—¡Largo! —repuso la voz.

—¡Pero qué es esto! —repliqué yo—. ¿Teméis que seamos piratas?

—¡Largo! —repitió el centinela.

Sin hacer el menor caso de la intimación, indicamos a Bob que siguiera avanzando.

—¡Largo! —gritó por tercera vez el centinela, apuntándonos con el fusil.

—¡Seguramente está allá el señor Burke! —murmuró Bob—. Obedezcamos, es lo mejor que podemos hacer.

—¿Y cuándo volvemos? ¿Cuándo podremos embarcar? —pregunté al centinela.

—En el relevo de la mañana, después de salido el sol.

Había que esperar cuatro horas, pero hubiese sido inútil hacer observaciones. Bob nos propuso llevarnos a la orilla, donde descansaríamos con mayor comodidad que en la barca; pero preferimos alejarnos un poco del navío y permanecer en el centro del Bósforo. Si todo nuestro castigo se hubiera reducido a aquella espera nocturna, lo habríamos encontrado llevadero, si no agradable, pero lo ocurrido a bordo nos decía claramente que debíamos prepararnos para algo peor, para algo más serio, y como todos conocíamos el carácter del señor Burke, nos producía viva inquietud. Cuando se mostró la aurora, hasta que pasaron las cuatro horas de espera, el tiempo se nos hizo pesadísimo. Al fin el agudo sonido de un silbato nos anunció que era llegado el momento del relevo, y en seguida nos acercamos al navío que nos dejó llegar sin inconvenientes.

La primera persona que encontramos fué al señor Burke, vestido de gala, al frente de toda la oficialidad que parecía reunida en Consejo de guerra. El señor Burke nos miró con fijeza, y dejando escapar de sus ojos los fulgores extraños que de ellos brotaban siempre que los animaba la esperanza de imponer un castigo grave, preguntó:

—¿De dónde vienen?

—De tierra.

—¿Quién les dió permiso?
—Yo formaba parte del acompañamiento del señor Stanbow —respondí.
—Lo sé; pero usted debía saber también que su obligación era encontrarse a bordo a las diez, como los demás; llegaron todos menos ustedes.
—Nos presentamos a medianoche y no nos permitieron embarcar.
—¿Se embarca a medianoche en un buque de guerra?
—Sé que ésa no es la hora reglamentaria; pero también sé que, en determinadas circunstancias, la severidad de la disciplina se suaviza un poco.
—¿Tenía usted permiso del capitán?
—No, señor.
—Cumplirá quince días de arresto.
Me incliné en señal de conformidad, pero permanecí en el puesto hasta saber qué castigo imponían a Jaime y a Bob.
—Y usted —continuó con sonrisa de demonio el señor Burke, dirigiéndose a Jaime—, ¿formaba también parte del acompañamiento del capitán?
—No, señor —contestó mi compañero—. Confieso mi culpa y no busco atenuantes; me quedé en tierra sin permiso de nadie. Como me hice acreedor a un castigo, espero que me lo imponga usted; pero le ruego que me castigue por dos.
—¡Ah! ¡Ah! —murmuró entre dientes el señor Burke—. Parece que se va a repetir aquí la tierna escena de Pythias y Damón... ¿Y por qué le he de castigar por dos, si no es indiscreta la pregunta?
—Porque fuí yo quien, bajo mi responsabilidad, mandé a Bob que me acompañase.
—¿Bajo su responsabilidad? —repitió el señor Burke con esa sonrisa despectiva que parecía ser patrimonio suyo—. ¡La responsabilidad de un guardiamarina!
Jaime se mordió con furia los labios, pero no dijo palabra.
—¿Nada más puede usted alegar en su descargo? —repuso el teniente al cabo de breves momentos.
—Nada más.
—Sufrirá usted un mes de arresto, y Bob recibirá veinte vergajazos.
—¿Me concederá usted —pregunté yo, adelantando un paso— el favor de una conferencia particular?
El señor Burke me miró sorprendido, como si no comprendiera mi osadía.
—¿Qué es lo que desea decirme? —preguntó.
—Algo que quizá modifique su decisión.
—¿Con respecto a usted?
—No, señor; con respecto a Jaime y a Bob.
—¿Es tan secreto lo que desea decirme que no puede declararse más que en una conferencia reservada?
—Opino que no sería conveniente decirlo aquí.
—Tenga la bondad de seguirme. Voy a mi camarote, donde le escucharé.
Después de dar algunos pasos, volvióse hacia los soldados y, designando sucesivamente a Jaime y a Bob, dijo:
—Acompañen al señor a su camarote y pongan un centinela en su puerta; a ese bribón lo encierran en el calabozo y aherrójenle de pies y manos.
Dada la orden con toda frialdad, tomó la escala para bajar a su camarote, silbando una de esas tonadillas que no existen.
Confesaré que le seguí sin abrigar la menor esperanza de obtener nada en favor de mis amigos, pero con la persuasión de que, para tranquilizar mi conciencia, debía intentarlo todo.
Llegados al camarote, el señor Burke se detuvo y me dijo, sin tomar asiento:
—Ya estamos solos. Hable, le escucho.
Le referí detalladamente la causa de mi ausencia; le expliqué que me invitaron a una cita que en los primeros momentos supuse que sería de amor, cita que luego tomó aspecto romántico y novelesco para terminar en un desenlace trágico. Le expresé que Jaime y Bob, temiendo por mí, prefirieron exponerse a un castigo antes de abandonarme, y quedaron en la calle para prestarme su socorro si lo necesitaba.
El señor Burke me escuchó sin despegar los labios, y cuando hube terminado, contestó, sonriendo con expresión malévola:
—La historia es conmovedora, no lo niego; pero Su Majestad Británica, caballerito, creo que no nos envió a Constantinopla para buscar aventuras ni para convertirnos en caballeros andantes. En consecuencia, su historia, aunque muy interesante, en nada puede alterar la decisión que he tomado.
—Lo encuentro muy justificado, señor Burke, por lo que a mí se refiere; ¿pero va usted a castigar a Jaime y a Bob, por un acto que no es más que un exceso de amistad y de compañerismo?
—Castigo, y castigaré siempre —replicó el señor Burke, palideciendo como siempre que se le contradecía— toda infracción de las leyes de la disciplina.
—¿Sea la que sea la causa que la motive?
—Sea la que sea.
—Me permitirá, señor Burke, que le diga que, en esta ocasión, me parece que obra bajo el imperio de un sentimiento exagerado de sus deberes, y que, si el llamado a decidir fuera el capitán en vez de usted...
—Por desgracia para usted, señor mío, no es el capitán, sino yo, el llamado a corregir la falta; el señor Stanbow pasó la noche en tierra, y en su ausencia, soy el primer jefe a bordo. Pues bien, como jefe soberano, le ordeno que se retire a su camarote y cumpla el arresto.
—Ya sabe usted que acepto sin protesta el castigo que se me impone, y que, si solicito gracia, es en favor de Jaime y de Bob.
—El señor Jaime, en vez de un mes de arresto, sufrirá mes y medio; y el marinero Bob, en vez de veinte vergajazos, recibirá treinta.
Entonces me tocó a mí palidecer como un difunto. Dominándome, no sin gran esfuerzo, dije:
—Señor Burke, lo que usted hace es injusto.
—¡Una palabra más, y doblo la dosis! —gritó.
Di un paso hacia él.
—Me es imposible callar, señor Burke, porque me está usted deshonrando. Mis amigos, al ver que se les aumenta el castigo sin haber dado el menor motivo para ello, creerán que he pedido esta entrevista reservada para hacer una delación infame contra ellos... ¡Castígueme usted a mí!... ¡Dóbleme el correctivo, si tal es su deseo, pero deje sin efecto el de ellos!
—¡Basta, caballero! ¡Salga!
—Pero...
—¡Fuera! —rugió el señor Burke alzando el bastón.
Me sería imposible hallar palabras que reflejaran lo que pasó por mí a la vista de aquel gesto. Mi sangre, que un momento antes había afluído al corazón, subió impetuosa a mi rostro. Si hubiese cedido a mi primer impulso, me habría lanzado sobre él y le hubiera dado de puñaladas; pero ante mis ojos cruzó la sombra protectora del desventurado David; lancé un grito ronco, que pareció un rugido, y me precipité hacia la puerta.
Apenas llegué a mi camarote, me tendí de bruces en el suelo, hundí mis dedos entre mis cabellos y no sé cuánto tiempo permanecí inmóvil, como anonadado; luego, al cabo de un tiempo, que no puedo precisar, porque no estaba para calcular la duración mientras duró aquella crisis violentísima, me alcé lentamente y sonreí, porque en las negruras de mi cerebro acababa de brotar la idea de la venganza.
Tan absorto pasé el día entero en aquella idea, que ni probé bocado, ni me acosté llegada la noche. En apariencia, sin embargo, estaba yo tranquilo y sereno, tanto, que nada pudo observar el marinero que me trajo el desayuno. A fin de no inspirarle sospechas, comí en su presencia y le pregunté si había vuelto a bordo el señor Stanbow. Supe que llegó de tierra la víspera y que, al parecer, le produjo penosa impresión la noticia de nuestro castigo. Supe también que toda la oficialidad del barco, en su deseo de castigar al teniente, en la medida de sus fuerzas, por la nueva corrección disciplinaria, que todos consideraron una infamia, habían resuelto ponerle en *cuarentena*, es decir, que nadie se acercaría a él ni le hablaría, salvo para asuntos de servicio. Me alegré de veras, pues aquella demostración de compañerismo era prueba de que todos, a bordo, juzgaron la conducta del señor Burke como la había juzgado yo, y me afiancé más y más en la resolución que había adoptado.
Lo significativo de la resolución de mis compañeros, lo que realmente tenía importancia excepcional, es que se hubiese tomado con el segundo de a bordo, cosa que jamás se hacía, sino contra culpables de categoría de segundo teniente abajo. Conforme era de esperar, el señor Burke se tornó más sombrío y más severo.
Yo, en mis horas de interminable soledad, no daba cabida más que a un solo pensamiento. Unas veces, al recordar la ofensa mortal que había recibido del señor Burke, sentía que mi corazón se oprimía y que la sangre se agolpaba a mi rostro; otras, me parecía que mi resolución se debilitaba, y hasta buscaba excusas que atenuasen la conducta brutal y odiosa de aquel hombre. En esta última disposición de ánimo, que no podía ser más cristiana, me hallaba el jueves siguiente al comienzo de mi arresto, el día que debía tener lugar el castigo a que había sido condenado Bob. Mentalmente me comprometí a renunciar a mi venganza, si el señor Burke reducía al pobre marinero la mitad de la pena.
En mi deseo de conciliar mi amor propio con mi corazón, adopté una especie de término medio. Esperaba, pues, la llegada del día mencionado con cierta inquietud, porque era el día en que olvidaría mis proyectos de venganza o me afianzaría en ellos. Llegó el jueves. En mis oídos sonó el ruido acompasado de los pasos de los soldados que se dirigían al lugar de la ejecución. Ésta duró mucho tiempo, pues eran cinco o seis los soldados que debían sufrirla, conforme ocurría siempre que el señor Burke ejercía interinamente el mando del buque. Oí algunos lamentos, mas conocía yo demasiado a Bob para saber que no era él quien daba aquellas muestras de debilidad. Oí de nuevo los pasos: las tropas bajaban a la batería de treinta y seis. Todo había concluído, pero yo nada podía saber hasta una hora más tarde, es decir, hasta que me trajesen la comida.
Precisamente debía traérmela aquel día Patricio, el que recibió orden de hacer fuego contra nosotros si nos acercábamos a bordo. La orden se la había dado el señor Burke en persona, desde el momento que supo que el capitán se quedaba en tierra y que yo no figuraba en la lista de los que formaban parte de su acompañamiento. Diré de paso que el pobre muchacho se me presentó a la mañana siguiente para excusarse con la severidad de la consigna, que no le fué posible dulcificar, y yo le contesté diciéndole que me hablara de la ejecución del castigo, cuando éste se realizara, añadiendo que creía firmemente que Bob no recibiría los veinte vergajazos a que el señor Burke, en el primer movimiento de cólera, le había condenado. Confesaré que yo había terminado por creer firmemente que las cosas pasarían tal como mi corazón deseaba que pasasen. Se comprenderá que, siendo mi disposición de ánimo la que acabo de expresar, cuando se presentó Patricio, la

recibí con expresión alegre y risueña.

—Vamos a ver, muchacho, ¿cómo terminó eso? —le pregunté.

—Muy mal para el pobre Bob —contestó el interpelado.

—¡Cómo! ¿Recibió los veinte vergajazos?

—Recibió treinta, señor John, treinta.

—¿Treinta? ¿Cómo treinta, si sólo le condenaron a veinte?

—Eso creía yo, y todo el mundo pensaba lo mismo. El propio Bob estaba muy lejos de esperar semejante suplemento. Después de aguantar, resoplando como acostumbra, lo que el infeliz se figuraba que era su castigo completo, quiso levantarse; pero el capitán de armas le hizo ver que faltaban diez.

—¿Y no reclamó?

—¡Y tanto! Pero lo único que ha conseguido es saber a quién era deudor de la gratificación.

—¿A quién debe agradecerla?

—¡Canastos! Yo no sé si será verdad; pero le aseguraron que era usted quien le hizo el favor. Al saberlo, Bob dobló de nuevo las espaldas, diciendo: "Siendo así, estoy conforme; sea bienvenido todo lo que del señor John llegue... ¡Comenzad!"

—¡Oh! —rugí yo—. ¿Estás seguro de que Bob recibió treinta vergajazos?

—¡Pardiez! ¡Los conté uno a uno, calcule si estaré seguro! Si no se convence usted, pregúnteselo a Bob en cuanto lo vea.

—Está bien, Patricio..., muchas gracias —contesté—. No deseo saber más.

El marinero saludó y salió.

XVIII

De mi alma desaparecieron las vacilaciones y quedó definitiva e irrevocablemente resuelto el proyecto que desde hacía tres o cuatro días acariciaba. No me dejé arrastrar, empero, como el desdichado David, hacia una de esas venganzas ciegas que pueden recaer sobre quien las ha concebido: mi intención era librar a la dotación del buque de su feroz verdugo, mas no asesinándole. El señor Burke había levantado contra mí su bastón, me había ultrajado como hombre, y como hombre habría de darme reparación. Si me mataba en duelo leal, asunto concluído; si, por el contrario, la suerte me favorecía y lo mataba yo a él, perdía mi carrera militar y exponía algo más, toda vez que, desde el momento que desenvainaba mi espada contra un superior, nadie me libraba de incurrir en pena de muerte, si volvía a poner mis pies en el barco. En consecuencia, resuelto estaba a huir a Grecia, después del duelo, o bien al Asia Menor o a Egipto, a cualquier sitio, siempre sin salir de Oriente. Un solo pensamiento combatía esta resolución: el recuerdo de mis queridos padres, cuya imagen resurgía en mi espíritu juntamente con la idea de que iba a separarme de ellos para siempre. Consolábame, sin embargo, pensar que los dos tenían almas fuertes, y más que nada el convencimiento de que mi padre aprobaría la forma de que yo me había valido para rechazar el insulto.

Comencé, pues, a prepararlo todo para el lance. Ante todo, hice inventario: tenía quinientas libras esterlinas, en oro y en letras, cantidad más que suficiente para poder vivir dos años sin carecer de nada. Escribí a mis padres una carta extensísima, saturada del cariño sin límites que les profesaba en la cual les hacía historia detallada de todo lo que había ocurrido a bordo del *Tridente* desde que me separé de ellos. Les hablaba de mi expedición a Walsmouth, del secuestro de David, de su castigo, de su muerte, del insulto que yo había recibido: nada omití. Terminaba mi carta después de manifestar la decisión que había adoptado, cuyo desenlace les daría a conocer por posdata, si salía vencedor en el duelo; si, por el contrario, moría en él, rogaba al señor Stanbow, en carta que recibiría oportunamente, que hiciera llegar a manos de mis padres la carta a que me he referido, y que encontrarían sobre mí, como prueba de que había muerto pensando en ellos.

Tomadas estas disposiciones de carácter general, quedé más tranquilo. Ya no pensé más que en los medios de llevar hasta el fin mi plan. Provocar a un duelo al señor Burke, encontrándose a bordo, era una insensatez; en consecuencia, resolví obrar de otro modo.

Por asuntos propios, o por necesidad del servicio, el señor Burke tenía que ir, alguna que otra vez, a la embajada inglesa, y como era hombre muy poco sociable y menos curioso, ordinariamente iba solo, y por el camino más corto. Cruzaba el camino que solía seguir uno de los cementerios más hermosos y más grandes de Constantinopla, y en ese cementerio le esperaría yo, solo también, y de buen o mal grado le obligaría a batirse. Me era indiferente el arma, con tal que eligiera una: ambos llevaríamos nuestras espadas, y por lo que pudiera ser, tomaría yo un par de pistolas.

Mientras ultimaba mis preparativos, correspondió al pobre Bob prestarme sus servicios como ordenanza. No bien entró en mi camarote con el desayuno, me arrojé a su cuello. Como de ordinario, ni se acordaba ya del terrible castigo que le habían impuesto: por otra parte, me aseguró bajo juramento que ni por un instante rozó su mente la sospecha de que hubiese sido yo la causa del exceso de vergajazos que cayeron sobre sus espaldas, exceso que cargó, como yo supuse, en la cuenta del señor Burke. Me dijo que el segundo de a bordo continuaba sujeto a la *cuarentena*, y que, en cuanto a él, estaba firmemente persuadido de que el señor Burke acabaría muy mal. Mi opinión en nada discrepaba de la suya, y debo confesar que no me desagradó ver que la compartían otros además de yo: me parecía que la Providencia me había elegido para que fuera el vengador de tantas personas buenas y bravas, y que no era posible que me abandonase.

Pedí noticias sobre el judío Jacob: parece que había venido muchas veces a bordo y preguntado por mí, sin que le fuera posible verme. Comprendí perfectamente la causa de sus inquietudes: yo debía entregarle el ramo de pedrería de Vasiliki, como precio de su complicidad en la aventura de que fuí héroe. Encargué a Bob que le dijera que, tan pronto estuviera libre, se lo entregaría, y que, por añadidura, tenía yo necesidad de pedirle un servicio que le sería recompensado generosamente.

Acercábase el día de mi libertad. Yo lo tenía todo dispuesto para aprovechar la primera oportunidad que se me presentase para llevar a cabo mi resolución. Al cabo de treinta días, hora por hora, se me puso en libertad.

Mi primera visita fué al capitán. Encontré al buen anciano tal como siempre había sido para mí: me retó con dulzura por no haberle pedido un permiso que con gusto se hubiese apresurado a concederme, e hizo que le refiriera con todos sus detalles mi aventura con la doncella griega, lo referente a las muestras de amistad y de compañerismo de Jaime y de Bob, y la historia de nuestro regreso a bordo y la escena en que intervino el señor Burke. Todo se lo confesé, como lo hubiese hecho a un confesor, pues el señor Stanbow, en las circunstancias en que me hallaba, tenía para mí un carácter sagrado: el de amigo y representante de mi padre. Cuando llegué al ademán insultante que se permitió hacer el señor Burke, levantando el bastón y echándome de su camarote, le vi palidecer intensamente.

—¿Pero obró en esa forma? —preguntó.

—Sí, señor —respondí con frialdad.

—Pero le habrá perdonado usted: ¿verdad? ¡Está loco!

—Cierto —repuse sonriendo—, loco está; pero es un loco furioso a quien hay que amarrar.

—¿Qué quiere usted decirme? —interpeló con viva inquietud el señor Stanbow—. ¡John... hijo mío..., no olvide nunca que el deber más sagrado de un marino es la disciplina!

—¿He faltado alguna vez a ella, señor Stanbow? —pregunté.

—No, hijo mío, no: es usted, por el contrario, uno de mis mejores oficiales. Con gusto le hago esa justicia.

—Que es para mí tanto más preciosa cuanto que se me hace en el momento en que acabo de cumplir un correctivo.

El señor Stanbow lanzó un suspiro.

—¿Pero por qué no me pidió ese permiso? —repitió—. ¿Por qué no dijo que yo se lo había concedido? ¡No hubiese sido yo quien le desmintiera, no!

—Le doy las gracias más sinceras, señor Stanbow —contesté con los ojos llenos de lágrimas—; agradezco su bondad con todo mi corazón; pero, por desgracia, no sé mentir.

—Porque no sabe usted mentir es por lo que desearía que me dijera que lo olvidó ya todo.

No contesté.

—¡Vaya, vaya! —repuso—. En este momento sería exigir demasiado; lo comprendo. Se necesitaría llevar hasta el heroísmo la abnegación para amordazar la rabia en el momento mismo que ruge con toda su violencia. Pasee usted, diviértase, que bien lo necesita después de un mes de reclusión, y que el aire y las diversiones disipen sus malos pensamientos, si es que los abriga. ¿Quiere ir a tierra?

—Muchísimas gracias, mi capitán: en este momento no. Si algún asunto me obligase a ir, le pediré permiso.

—Todos los que usted quiera..., pero a mí, ¿comprende bien? A mí. Para todo lo que en mi mano esté, no recurra a nadie más que a mí; se lo ruego en nombre del cielo. No olvide, hijo mío, que su padre, mi viejo y querido amigo, le confió a mí y a nadie más, y, por lo tanto, soy responsable ante él de todo lo que le suceda, fuera de acción de guerra o de naufragio... ¿Tiene dinero?

—Sí, señor.

—No se prive usted de nada, que ya sabe que sir Eduardo me nombró su banquero.

—Me quedan más de doce mil francos, señor Stanbow.

—¡Está visto! ¡Nada puedo hacer hoy por usted! Quién sabe si mañana seré más afortunado.

—¡Gracias, mi capitán! Y ahora, con su permiso, me retiro, mi capitán: aprovecharé su cariñoso ofrecimiento; y si tengo necesidad de ir a tierra, vendré a pedirle permiso.

—Mejor es otra cosa, John. Pudiera ocurrir que yo no estuviese, y que mi ausencia volviera a dar origen a nuevos disgustos para usted.

Acercóse a la mesa y escribió algunos renglones en un papel.

—Tome: es un permiso por escrito, al que pondrá usted fecha cuando haya de utilizarlo, y que le pone a cubierto de toda clase de reprensiones... ¡Vamos, hijo mío! Registre, escudriñe bien todos los rincones de su memoria antes de marcharse..., ¿no tiene nada más que pedirme?

—Puesto que tan sin limitación se me ofrece, pediré algo.

—¡Gracias a Dios!

—Sabe usted que Jaime, por haberme acompañado en tierra, fué castigado al principio, como yo, a sufrir un mes de arresto, y que, de resultas de la súplica que yo hice al señor Burke, rogándole que no castigase un acto que usted hubiera recompensado, elevó el mes de arresto a un mes y medio.

—Sí; todo eso lo sé.

—Pues bien: me permito pedirle que per-

done a Jaime los quince días de arresto que le faltan.
—Se los he perdonado ya.
—¿Será posible?
—Sí..., sí: lo hice antes de que hubiese usted terminado el suyo, a fin de que nadie pudiera pensar que fué usted quien solicitó esa gracia y le guardaran rencor por ello. Jaime ha sido puesto en libertad al mismo tiempo que usted.
—Entonces, señor, en vez de pedir una justicia, pediré una gracia: ¡permítame que le bese la mano!
—¡La mano no..., abrázame, hijo mío!
Con lágrimas en los ojos me arrojé en sus brazos.
—¡Ah! — exclamó el capitán, moviendo dolorosamente la cabeza—. ¡Qué felices seríamos a bordo si no estuviera ese hombre!
—¿Verdad, señor Stanbow — exclamé con viveza—, que también usted opina que ese hombre es nuestra fatalidad, que le es tan odioso a usted como a toda la dotación, y que aquel que libre de su aborrecida presencia al *Tridente*...?
—¡Silencio, hijo mío, silencio! — respondió el venerable anciano—. Únicamente los lores del Almirantazgo tienen poder para tanto. Debemos confiar en ellos y esperar... ¡Adiós, John, adiós! Tus camaradas deben esperarte con impaciencia después de un mes de eclipse.
Me llamó de nuevo antes de llegar yo a la puerta para decirme:
—Quedamos de acuerdo, ¿eh? Para todo, absolutamente todo, te dirigirás a mí.
Hice un gesto de asentimiento, e inclinándome lleno de gratitud por tantas bondades, salí del camarote.
Tenía razón el señor Stanbow: todos mis camaradas me esperaban sobre el puente, y Jaime con ellos, de lo que resultó que mi salida del camarote del capitán tuvo todas las apariencias de un verdadero triunfo. No bien me vieron mis compañeros, estalló un *¡hurra!* general, que debió llegar hasta el camarote del señor Burke, donde éste, desde hacía un mes, excepción hecha de las horas de servicio o de comer, permanecía en arresto voluntario, prefiriendo permanecer solo en su cámara que verse aislado en el puente. La oficialidad del buque había resuelto obsequiarnos a Jaime y a mí con un banquete. Se acordó celebrar la solemnidad dos días después, e inmediatamente fueron los iniciadores de la idea a pedir permiso al señor Stanbow, quien lo concedió con su bondad proverbial.
El señor Burke subió al puente durante el relevo de la tarde. Era la primera vez que lo veía después de nuestro altercado, y sin que yo pudiera evitarlo, su vista encrespó todas las malas pasiones que había inoculado en mi corazón. Me pareció que el instante más dichoso de mi vida sería el en que tomara bárbara venganza de aquel hombre, y que el placer delicioso de arrancarle la vida con mis propias manos bien valía la pena de un destierro eterno. Le encontré más sombrío que de costumbre, y hasta creí observar en su rostro síntomas de recelo, de zozobra. Nadie le habló: continuaba la *cuarentena* con todo su rigor.
Al día siguiente, el señor Burke, poco gánoso, sin duda, de asistir a la fiesta que se daba en mi honor, dijo al capitán que se vería precisado a ir a la embajada, donde tenía necesidad de arreglar algunos asuntos, que le embargarían el día entero, no siéndole posible regresar a bordo hasta después de montado el servicio de noche. Cuando supe esta noticia sentí un escalofrío en lo más hondo del corazón, no obstante desearla con verdadero anhelo, y es que, en todas las circunstancias supremas, por firme que sea una decisión, luchan con encarnizamiento el interés y la voluntad. Mi voluntad se había sobrepuesto a mi interés, y, lejos de retroceder, me afirmé en mi propósito y vi en el día siguiente la hora señalada por el mismo Dios para la ejecución.

Todo el día lo pasé sumido en reflexiones que, con ser sombrías, no lograron debilitar un instante mi voluntad. Dormí poco, aunque pasé la noche con relativa tranquilidad, y a la mañana siguiente pedí permiso al señor Stanbow para ir a tierra. Me hizo observar, riendo, que mi petición era inútil, toda vez que tenía un permiso escrito, pero yo le contesté que lo reservaba para otra ocasión. Me despedí de Jaime, quien me hizo prometer que estaría de vuelta al mediodía, y me fuí.
Necesitaba hacer dos visitas: una a nuestro judío Jacob y otra a lord Byron. Entregué al primero el ramo de pedrería de Vasiliki y añadí al obsequio una gratificación de veinticinco guineas, y a continuación, poniendo en sus manos otras veinticinco, le encargué que se informara de si entre los barcos fondeados en la rada había alguno que saliese con rumbo al Archipiélago, al Asia Menor o a Egipto, y que, en ese caso, tomase pasaje para una persona. Poco importaba la nacionalidad del barco. Me prometió que al atardecer estaría cumplido mi deseo. También le encargué a Jacob que me comprase un traje griego completo.
Lord Byron me recibió con su amabilidad de costumbre. Inquieto al pasar tantos días sin verme, había ido a hacer una visita al señor Stanbow, quien le manifestó que cumplía un arresto, y como la consigna era muy severa, le fué imposible llegar hasta mí. Le dije que tenía el proyecto, si nuestra estada en aguas del Bósforo se prolongaba, de solicitar un permiso para visitar a Grecia, y que, por si conseguía ver realizado mi deseo, le rogaba que me diera una carta de recomendación para Alí Pachá, a quien quería conocer personalmente. Inmediatamente sentóse a la mesa y escribió la carta en inglés, a fin de que yo mismo pudiera enterarme de la eficacia de la recomendación, y luego la hizo traducir al griego que le había dado Alí, quien le servía a la vez de ayuda de cámara y de secretario, y finalmente la firmó y estampó al lado de la firma su sello heráldico, en cuya parte superior campeaba esta divisa: *Crede Byron.*
La hora me llamaba a bordo. Me despedí del noble poeta sin decirle nada: cierto es que pensaba verle otra vez.
Todo era alegría y regocijo en el *Tridente*. Como si hubiesen tocado zafarrancho de combate, habían sido cerradas todas las portas y escotillas, y una mesa para veinte cubiertos ocupaba todo el comedor y la sala de consejos.
Yo era el verdadero héroe de la fiesta. No parecía sino que todo el mundo conocía el proyecto que ocultaba en lo más recóndito del pecho y que deseaban despedirse de mí obsequiándome con la postrera demostración de fraternal cariño. En cuanto a mí, en medio de las preocupaciones en que se debatía mi espíritu, se me figuraba que todo lo disponía la Providencia y que Dios me permitía vislumbrar el hilo misterioso que conducía los sucesos.
Vinieron los brindis a los postres. Uno de ellos fué por la amistad, y Jaime, que era el comensal más inmediato a mi persona, me abrazó en nombre de todos. Tan maravillosamente apropiada a las circunstancias resultaba la escena, que realmente parecía una despedida general, y yo, al contestar al abrazo, con lágrimas en los ojos, murmuré la palabra: "¡adiós!"
El reloj dió las seis, recordándome que no tenía ya tiempo que perder, y entonces pedí que me dispensaran mis compañeros si un asunto importante que necesitaba evacuar me obligaba a solicitar de ellos permiso para dejarles. El permiso me fué concedido de buen grado y prodigáronme las bromas corrientes en circunstancias análogas. Puse buena cara a cuanto me dijeron y bajé a mi camarote sin que nadie sospechara cuáles eran mis intenciones. De paso, di orden a Bob de prepararme un bote para llevarme a tierra.
Todo lo tenía dispuesto. Me ceñí un cinturón repleto de oro y de letras sobre Esmirna, Malta y Venecia, hice la última visita de inspección a mi cartera para cerciorarme de que, para el caso en que yo resultara muerto, estaba todo en orden, guardé en mis bolsillos un par de pistolas, suspendí de mi cuello un retrato de mi madre, y, previa una señal hecha al bote para que atracase, embarqué en él.
Me habría separado unos treinta pasos del *Tridente* cuando Jaime, que me vió, llamó a todos nuestros compañeros. Tan estruendosos *hurras* me dirigieron, que el señor Stanbow salió de su cámara. Me sería imposible reflejar lo que pasó por mi alma al ver, en medio de todos aquellos jóvenes, al venerable anciano: a mis ojos se agolparon las lágrimas, sentí dudas y vacilaciones: pero me bastó cerrar los ojos para ver con los del alma el ademán ultrajante del señor Burke, y, entonces indiqué a mis remeros que bogasen con más fuerza.
Desembarcamos frente a la puerta de Tophana. Al saltar a tierra, una de mis pistolas cayó del bolsillo. Bob, que parecía preocupado y receloso desde que me vió embarcar en el bote, la recogió y me la entregó.
—Señor John — me dijo—; no tiene usted confianza en Bob porque es un simple marinero, pero hace mal.
—¿Cómo que no te tengo confianza, amigo mío? — exclamé.
—¡Oh..., yo me entiendo! —contestó—. Para conocer el carácter de una persona, no necesito haber vivido diez años a su lado... Juraría que no es una cita amorosa la que le trae a usted a tierra.
—¿Pero, quién te dijo eso?
—No me lo dijo nadie... Si para cualquier cosa que sea, tiene usted necesidad de Bob, acuérdese que es suyo, a bordo y en tierra, día y noche, en cuerpo y alma, vivo y muerto.
—Gracias, Bob, gracias. Si adivinaste lo que a tierra me trae, que lo dudo mucho, debes comprender que sería en mí una falta imperdonable de delicadeza hacerme acompañar por nadie... Quiero corresponder con mi confianza a tu adhesión, Bob: si mañana por la mañana no hemos vuelto a bordo ni el señor Burke ni yo, di en mi nombre a Jaime que pida permiso para ir a tierra, que tome contigo un bote, y que, contigo, haga una visita al cementerio de Galata: es posible que allí sepáis los dos noticias nuestras.
—¡Sí..., sí..., lo que yo suponía! — murmuró Bob—. Es usted mi superior, señor John, y no tengo derecho para hacerle observaciones de ningún género, pero creo que a todo el mundo le está permitido manifestar lo que siente: ¡desconfíe usted de ese hombre, señor John, desconfíe!
—Gracias, Bob, estoy sobre aviso... y ahora, amigo mío, ni una palabra a nadie: ¿entiendes?
—Puede irse tranquilo, que Bob no hablará a nadie.
—Toma..., para que bebas a mi salud — dije sacando un bolso y dándoselo al digno marinero.
—¿Habéis oído? — dijo Bob, vertiendo todas las monedas en las manos de un marinero y guardando el bolso vacío en el pecho—. Es una gratificación que os da el señor John.
—¡Viva el señor John! — gritaron a coro los otros.
—¡Sí..., sí!... ¡Viva el señor John! ¡Muy bien dicho! — murmuró Bob—. ¡Adiós, señor John! No le desearé valor, porque, gracias a Dios, lo tiene tan grande como un almirante; pero sí le recomiendo prudencia, señor John... ¡mucha prudencia!
—Está tranquilo, Bob... ¡Adiós!
Al volverme, llevé un dedo a los labios para recomendarle por segunda vez silencio.
—No hay más que hablar — murmuró.
Le tendí la mano y mi fiel marinero, saltando al bote, dijo:
—¡Larga!
Luego, empuñando un remo, agregó:

—No le digo adiós, señor John, sino hasta la vista... A buen entendedor... ¡nada! ¡Mucha suerte..., y mucha prudencia!

Por última vez me despedí con un movimiento de cabeza, y como el tiempo volaba, eché a andar hacia la embajada, tomando el camino que atravesaba el cementerio de Galata.

XIX

Era un cementerio de los más hermosos de Constantinopla, cubierto de sombríos abetos y verdes plátanos, solitario y silencioso, hasta durante las horas en que todo era ruido y animación en la ciudad. En aquel lugar majestuoso esperé, apoyado contra la tumba de una doncella cuyo monumento fúnebre, en forma de columna truncada hacia la mitad de la altura, aparecía coronado por una guirnalda de mármol que representaba rosas y jazmines, dulce símbolo de inocencia en todos los pueblos del mundo. De vez en cuando cruzaba ante mí la silueta de una mujer que, tal como iba vestida, completamente cubierta por su largo y amplio velo que no dejaba más que los ojos al descubierto, parecía la sombra de alguno de los muertos que yo hollaba bajo mis pies. Sus diminutos pies, calzados con babuchas de seda blanca bordada de plata, no hacían el menor ruido. Nada turbaba el silencio augusto de aquel tétrico lugar más que el canto de los ruiseñores, que en Oriente anidan con preferencia en los cementerios.

Al comparar aquel reposo, aquel silencio, aquella deliciosa frescura, con la agitación, el ruido y el calor del mundo, llegué a envidiar la dicha de los muertos que descansaban en aquel oasis delicioso, escuchando armonías tan melodiosas y disfrutando de tan hermosos árboles y de monumentos tan ricos. Este sueño, que por vez primera entraba en mi alma por las puertas de los sentidos, llegó a determinar en mí un despego singular hacia la existencia. Por mi imaginación cruzó el recuerdo de toda mi vida pasada, de mis servicios a bordo, de los castigos que, dos o tres veces, habían sido resultado del odio injustificado del señor Burke, del banquete abundante en frases calurosas en el que, una hora antes, yo había representado mi papel de aturdido, y comparé toda esa agitación con la calma de los hombres que nosotros llamamos bárbaros porque se pasan la existencia sentados fumando al borde de un arrullador riachuelo, sin que les importen los obscuros delirios de los sabios ni hagan el menor caso de las teorías vagas y despiadadas de la política, ni piensen en otra cosa que en dejarse llevar de sus instintos animales, que les dicen que la mujer, las armas, los caballos y los perfumes, son cosas creadas para satisfacer sus caprichos; de aquellos hombres que, extinguida una vida de sensualidad, van a descansar en un oasis para despertar de nuevo en un paraíso, y me parecía que el tiempo transcurrido desde que vine al mundo hasta aquel día, había sido un período de fiebre y de insensatez. Aunque en nada modificaron mi resolución estas meditaciones, lo cierto es que llegó a serme indiferente el resultado de mi empresa, y sentí un valor que rayaba en apatía.

Había llegado a la expresada disposición de ánimo, que tan inmensa ventaja había de darme sobre mi adversario, cuando resonó en mis oídos ruido de pasos que se acercaban. El estremecimiento ligero que experimenté al oír los pasos fué tan significativo, que ni necesidad tuve de mirar al que venía para saber que era el señor Burke.

Le dejé llegar hasta tres o cuatro pasos de mi persona, y entonces alcé la cabeza y me encontré frente a mi enemigo.

Tan lejos estaba él de soñar que pudiera hallarme a aquella hora en aquel sitio, que antes de que yo hubiese tenido tiempo para pronunciar una sola palabra, el señor Burke daba un paso atrás y me preguntaba qué deseaba.

Mi primera contestación fué una carcajada.

—Su palidez, caballero — dije —, me anuncia con mucha elocuencia que sabe usted perfectamente qué deseo; sin embargo, para que no me tache de descortés voy a decírselo. Es posible, caballero, que entre los obreros de Birmingham o de Manchester, que han sido sus ascendientes, tengan los superiores la mala costumbre de dar de bastonazos a sus subordinados, y que éstos, persuadidos de la miseria de su posición, se sometan a tratamiento tan denigrante sin protestar: es lo que no sé ni quiero saber: pero, entre caballeros, es ley sagrada, y me maravilla que usted la desconozca, que, sea cual sea la superioridad o inferioridad de grados o de empleos, las órdenes han de ser dadas y recibidas con la cortesía y la buena crianza que un caballero debe a otro caballero, y que todo ademán ultrajante lleva aparejada una reparación proporcionada al insulto inferido. Usted, caballero, levantó su bastón sobre mí, exactamente lo mismo que hubiese podido hacerlo con un perro o con un esclavo, y esto es un insulto que se castiga con la muerte. Lleva usted su espada al cinto: yo tengo la mía: ¡Defiéndase!

—Señor John — contestó el teniente intensamente pálido —, ¿olvida usted que la ley inflexible de la disciplina militar prohibe a un guardiamarina batirse con un teniente de navío?

—Lo sé perfectamente, señor Burke; pero también sé que no prohibe a un teniente de navío batirse con un guardiamarina. Ninguna ley infringe usted, y eso debe bastarle. En cuanto a mí, por encima de todas las leyes de la disciplina militar están las leyes del honor, ante las cuales ceden todas las otras... ¡Defiéndase!

—Reflexione usted, caballero, que cualquiera que sea el resultado del duelo, para usted tiene que ser fatal. Por compasión hacia usted mismo, no insista más, y déjeme pasar.

Hizo un movimiento, pero yo extendí el brazo.

—Le doy las gracias por el consejo, caballero, pero es inútil. Ha transcurrido un mes desde que tuvo lugar el incidente por el que le pido reparación, y en un mes me parece que tuve tiempo sobrado para reflexionar y para hacer mis preparativos. He reflexionado y me preparé, así que no hay que hablar de ello... ¡Defiéndase!

—Una vez más — insistió el señor Burke con voz alterada —. Como superior suyo que soy, y como de más edad que usted, me considero en el caso de recordarle que, en cuanto desenvaine usted su espada contra mí, pierde irremisiblemente la carrera y se expone a perder también la vida. ¿Qué hará usted si trunca su porvenir?

—Puesto que tan vivo interés le merezco, caballero, voy a contestar su pregunta. Si usted me mata, todo terminó: las leyes militares, por severas que sean, nada pueden contra un cadáver. Si, por el contrario, soy yo quien lo mato a usted, tengo tomado pasaje a bordo de un buque que zarpará esta noche y me llevará no sé donde, ni me importa, pues como mi padre tiene una renta de cincuenta o sesenta mil libras esterlinas, y yo soy hijo único, en cualquier paraje del mundo que viva podré hacer mi voluntad y satisfacer mis caprichos. Perderé mi paga de guardiamarina, que viene a sumar mil o mil doscientos francos anuales, y la posibilidad de ser, a los cuarenta años de edad, teniente de navío como es usted; pero, a cambio de estas pérdidas, señor Burke, me habré vengado, y a la par que me vengo a mí mismo vengaré también a Bob, a Jaime, a David, a toda la dotación. Esa satisfacción bien vale la pena de arriesgar algo... Y ahora, caballero, libre ya de las inquietudes que le inspiraba mi suerte, no tiene motivo alguno para negarme la reparación que le exijo. Tenga la bondad de ponerse en guardia.

—Soy su superior, señor mío — replicó el señor Burke, más agitado cada vez —, y como tal, tenía derecho a imponerle correctivos. Si el inferior que sufre un correctivo tuviera derecho a darle proporciones de crimen perpetrado por el superior que se lo impone, desaparecería en absoluto la disciplina a bordo. Lo castigué a usted haciendo uso de un derecho, sin separarme de las disposiciones y reglamentos marítimos en vigor en los buques de Su Majestad Británica, y usted no puede exigirme reparación por ello.

Intentó pasar de nuevo, pero yo le cerré el paso.

—Porque opino como usted, caballero — repliqué con la calma de antes, pero con entonación más despectiva —, no exijo reparación por el castigo, sino por el ultraje: no por el arresto, sino por el ademán.

—Pero, señor mío, si el ademán fué involuntario y yo le ruego que me perdone, creo que el agravio desaparece.

—Si usted me pide perdón por el ademán, habré de decirle una cosa que ya antes había observado, aunque me resistía a creerla, y es que es usted un cobarde.

—¡Caballero! — rugió el señor Burke, poniéndose lívido —. ¡Es usted el que me insulta y yo quien exijo reparación por el insulto! ¡Me batiré, pero no ahora! ¡Mañana!

—¡Entiendo! ¡Quiere usted tiempo para dar parte contra mí, y no le desagradaría arrastrarme ante un Consejo de guerra por insulto a un superior!, ¿verdad?

—¡Supone usted!...

—Tratándose de usted, no espero más que ruindades.

—Se engaña. Si pido el aplazamiento, es porque jamás visité una sala de armas. En un duelo a espada, todas las ventajas estarían de parte de usted. Siendo a pistola, no tengo inconveniente.

—¡Magnífico! Precisamente había previsto su objeción. Tenemos lo que usted desea — añadí, sacando de mi bolsillo las dos pistolas —, así que, no hay necesidad de esperar a mañana. La carga de las dos armas es la misma, aparte de que dejo a usted el derecho de elección.

Vaciló el señor Burke. Un sudor frío cubrió su rostro. Hasta creí que iba a caer desplomado.

—¡Esto es una celada! — gritó, al cabo de un rato —. ¡Un asesinato!

—El miedo le hace delirar, caballero. Si aquí hay algún asesino, será en todo caso el que, por medio de un parte falso, empujó a un desventurado hasta la desesperación, porque ha de saber usted, señor Burke, que los procedimientos asesinos son distintos, y que entre ellos, el más cobarde, el más vil de todos, es el que se envuelve con el ropaje de la legalidad. Usted no será asesinado, caballero, pero lo fué el pobre David, a quien usted asesinó canallescamente. ¡Vamos, vamos, señor Burke! Un poquito de valor, si no por usted, por el uniforme que viste, que es el mío!

—¡No me batiré sin testigos!

—En ese caso, le deshonraré, señor mío. Desde el momento que lo he provocado y amenazado, para los efectos es como si me hubiese batido, y como el castigo que me espera es el mismo, yo no he de volver a bordo: pero alguien se presentará mañana de parte mía, alguien que será portador de una carta firmada por mí, en la que haré historia de todo lo que ha pasado entre nosotros, y una de dos: o usted confesará que es cierto lo que mi carta dice, en cuyo caso será objeto del desprecio general, o lo desmentirá, y entonces, como el portador de la carta no será subordinado suyo, lo obligará, en presencia de todos, a darle satisfacción del mentís, y si usted no la da, lo expulsarán..., ¿comprende bien?, lo expulsarán de la marina de guerra inglesa por cobarde e infame.

Di un paso hacia el señor Burke.

—Le arrancarán las charreteras como yo voy a arrancárselas en este momento.

Me acerqué un paso más.

—Le escupirán el rostro como voy a escupirle yo.

Di el tercer paso y extendí la mano para poner en ejecución mi amenaza.

Imposible retroceder. El señor Burke desenvainó su espada: yo tiré las pistolas y saqué la mía. Los aceros se cruzaron inmediatamente, pues mi adversario se tiró a fondo, creyendo que mi parada no llegaría a tiempo; pero los consejos de Bob no habían caído en saco roto, y me encontró preparado.

Desde el primer momento me persuadí de que el señor Burke me había mentido, fingiendo no haber estudiado un arte que conocía muy a fondo. Confieso que me alegré, pues nos colocaba en condiciones de igualdad. La única ventaja que yo tenía sobre él era mi espantosa sangre fría, fruto de las extrañas reflexiones que habían precedido al duelo. Una vez entablado el combate, el señor Burke se batió como bueno. Había comprendido que nuestro duelo no podía terminar con un arañazo, y que si quería salvar su vida habría de arrancarme la mía.

Por espacio de unos cinco minutos nos batimos con feroz encarnizamiento y tan cerca uno de otro, que más veces parábamos con el pomo que con la hoja de las espadas. Los dos debimos darnos cuenta al mismo tiempo de lo desventajoso de semejante posición, pues simultáneamente retrocedimos un paso, quedando, como consecuencia, fuera del alcance de nuestros aceros. Yo avancé inmediatamente el paso que había retrocedido, y el duelo continuó más en regla, colocados a distancia conveniente.

En el trance que estoy explicando, ocurrió al señor Burke lo mismo que le ocurría durante las tempestades o los combates: al principio, mientras imperaba en él su carácter natural, demostraba timidez rayana en cobardía; mas luego, cuando el orgullo o la necesidad se sobreponían a su timidez, era bravo como el que más, ya que no por temperamento, por cálculo.

Ya lo dije antes: el señor Burke era un esgrimidor de primera fuerza, aunque nadie sospechaba en él semejante habilidad, pero yo también lo era. El señor Burke hubo de hacer ese descubrimiento, que le produjo la primera vacilación en el ataque. Su brazo era más fuerte que el mío, pero, en cambio, mi muñeca era más flexible y ágil que la suya, mi vista nada tenía que envidiar a ninguna otra en punto a seguridad y penetración, de lo que resultó que, aprovechando los síntomas de turbación de mi enemigo, le estreché más y más. Rompió el señor Burke, lo que era una confesión tácita de su inferioridad. Ataqué con bríos redoblados, menudeé mis estocadas, que siempre encontraban su correspondiente parada y respuesta, y nuestros aceros parecían culebras encendidas que se retorcían y enroscaban, buscando hueco por donde introducirse. Dos o tres veces alcanzó la punta de mi espada el pecho de mi enemigo, desgarrándole la levita. El señor Burke continuó rompiendo, pero con la regularidad de quien tira un asalto inofensivo en una sala de armas: no me duele confesarlo. Sin embargo, al romper, se había desviado de la recta, y a sus espaldas, a tres pasos de su persona, alzábase una tumba. Le estreché más y más, y la punta de la espada de mi adversario vino a hundirse en mi cara. Saltó la sangre.

Contesté con una sonrisa y con un paso al frente, que le obligué a dar otro atrás. No le dejé punto de reposo: tan de cerca nos batíamos, que nuestras espadas hallaban dificultades casi insuperables para separarse. Se tiró a fondo, paré, y mi respuesta fué tan rápida, que sólo dando un salto atrás pudo librarse de quedar ensartado. El salto le colocó en el punto que yo quería: apoyado contra la tumba. En lo sucesivo, le sería imposible romper.

Puede decirse que hasta entonces no comenzó el verdadero combate. Una o dos veces sentí en mis carnes el frío del acero: una o dos veces comprendí que mi espada había tocado; pero ni mi adversario ni yo dijimos palabra. Al fin, en una respuesta tirada a fondo, mi mano tropezó con una resistencia extraña. El señor Burke exhaló un grito de agonía... ¡Mi espada le había atravesado de parte a parte! Pero no fué eso todo: la punta, después de atravesar el cuerpo de mi enemigo, chocó contra el mármol de la tumba y se dobló, efecto sin duda de su mal temple; no me fué posible sacarla de la herida, y hube de dar un salto atrás, dejándola abandonada. Fué una precaución inútil, pues la herida del señor Burke era demasiado grave para que pudiera perseguirme: quiso dar un paso, es cierto, pero le abandonaron las fuerzas, dejó escapar su espada, y cayó casi en seguida, lanzando un segundo grito y retorciéndose los brazos de desesperación.

Confieso que en aquel momento desapareció de mi pecho la cólera para dar entrada a la compasión. Me precipité sobre él: lo más urgente era librarlo del hierro; hice una segunda tentativa, pero no pude arrancar la espada de su cuerpo, como no pudo arrancarla él, no obstante haberlo intentado con todas sus fuerzas. El esfuerzo le fué fatal: vi que abría la boca como para hablar, pero de ella no brotaron palabras, sino un chorro de sangre; giraron los ojos en sus órbitas, sufrió su cuerpo dos o tres convulsiones violentas, y expiró.

Seguro de que estaba muerto, como no podía prestarle socorro alguno, pensé en mi salvación. Durante el duelo había cerrado por completo la noche. Recogí mis pistolas, salí del cementerio y me encaminé a la casa de Jacob. Me esperaba, tal como habíamos convenido, y había cumplido a satisfacción mi encargo, pues encontró a un buque napolitano próximo a hacerse a la mar, con rumbo a Malta, a Palermo y a Liorna. Levaría anclas en la mañana del siguiente día, que era precisamente lo que me convenía. Jacob ya me sacara el pasaje. También se había ocupado de mi indumentaria, comprando un magnífico traje de palikaro, que me esperaba convenientemente colocado sobre un diván, y otro más modesto tirado sobre una silla.

Inmediatamente me despojé de mi uniforme, que no podía usar sin ser descubierto, y vestí uno de los trajes, que me sentaba tan admirablemente como si para mí hubiese sido hecho. Mi nuevo guardarropa, incluyendo mi sable y mi yatagán, me costaba ochenta guineas: añadí setenta a las veinticinco que había entregado adelantadas, y quedó pagada la cuenta de la ropa y el corretaje de Jacob. Le rogué entonces que se ocupase en buscar los medios de transporte, a lo que contestó que lo había hecho ya: a las once de la noche esperaría una barca al pie de la torre de Galata.

Dediqué el tiempo que me quedaba a escribir la posdata en la carta de antemano preparada para mis padres. Les daba noticia del resultado del duelo, les exponía la necesidad de huir en que me encontraba, y terminaba rogando a mi padre que me abriese un crédito en Esmirna. Como mi intención era permanecer en Oriente, me convenía Esmirna, tanto por su situación central, como por su población cosmopolita, entre la cual podía vivir desconocido.

También le escribí a lord Byron dándole las gracias por la benevolencia con que siempre me había tratado y rogándole que emplease toda su influencia en mi favor, si se encontraba en Inglaterra cuando fuera celebrado el Consejo de guerra contra mí. Recurrí a él porque conocía al señor Burke, sabía el odio que merecía a toda la dotación y tenía pruebas de que ese odio estaba perfectamente justificado. Entregué esta carta a Jacob, juntamente con las dirigidas a mi padre y al señor Stanbow, para que, llegada la mañana, se presentase a bordo del *Tridente*, hiciera entrega de las cartas a sus destinatarios, y les indicara luego el lugar donde encontrarían el cadáver del señor Burke.

Llegó el momento de partir: nos arrebujamos en nuestras capas y dirigímonos a la torre de Galata, donde nos esperaba la barca. La tomamos en seguida, pues era casi medianoche y teníamos que atravesar toda la anchura del canal, por encontrarse el barco, a cuyo bordo íbamos, anclado en el puerto de Calcedonia, cerca del *Fanarikiosk*. Por fortuna, nuestros marineros eran buenos remeros, y en un instante atravesamos el Cuerno de Oro y doblamos la Punta del Serrallo.

En el centro del canal, casi a la altura de la Torre de Leandro, vi la hermosa silueta de nuestro navío, que se alzaba majestuosa sobre la azulada superficie, y distinguí toda su arboladura y cordaje envuelta en el manto plateado que le proporcionaba la luna. Su vista me oprimió dolorosamente el corazón. El *Tridente* era mi segunda patria: para mí no había más mundo que la Williams-house y el *Tridente*, ni más personas, después de mi padre, mi madre y Tom, que me esperaban en la Williams-house, que las que a bordo del *Tridente* vivían.

A medida que nos acercábamos crecían extraordinariamente sus proporciones. Pronto nos encontramos tan cerca que, dada la placidez y tranquilidad de la noche, el oficial de guardia habría podido oír, si yo lo hubiera dirigido en voz alta, el adiós que en voz muy bajita envié a mis buenos camaradas que, después del banquete con que me habían honrado, estaban muy lejos de pensar que yo cruzaba tan cerca de ellos abandonándolos para siempre. Fué aquel uno de los momentos más terribles que he pasado en mi vida.

Dejamos atrás al *Tridente* y comenzamos a distinguir, a la luz del farol, los buques surtos en el puerto de Calcedonia. Jacob me mostró desde lejos la arboladura del en que debía embarcar, buque que examiné con atención de marino a medida que a él nos aproximábamos.

Me estaban esperando en *La Bella Levantina*, que así se llamaba el barco. Me bastó responder *pasajero* al centinela que me dió el alto en italiano, para que arriasen la escala de cuerda. Mi equipaje era de fácil transporte, pues todo lo llevaba sobre mí. Pagué a mis remeros, me despedí de Jacob, que me había servido con fidelidad, y trepé por la escala con la agilidad de un verdadero marino.

En el puente, un hombre me esperaba para acompañarme a mi camarote.

XX

Me acosté a las tres de la mañana, y, como es de imaginar, dormí bastante mal. Sin embargo, al amanecer me levanté y fuí al puente. Todo estaba presto para zarpar, y como el capitán principiaba ya a dar las órdenes necesarias, tuve ocasión de trabar, como aficionado, conocimiento con la tripulación.

El capitán era de Salerno, y a las primeras órdenes que dió, me dejó plenamente convencido de que la ciudad donde vió él la luz primera era más célebre por su universidad que por su escuela de marina: en cuanto a la tripulación, la formaban calabreses y sicilianos.

Como quiera que *La Bella Levantina* estaba dedicada especialmente al comercio del Archipiélago, ofrecía un aspecto medio guerrero, medio mercante. Antes de subir al puente, había girado yo una visita de inspección al arsenal, que encontré en bastante buen estado: había en él unos cuarenta fusiles y una docena de trabucos, amén de sables y hachas de abordaje en cantidad suficiente para poder armar a todo el mundo en caso de necesidad.

Como dos horas antes de amanecer se había levantado una brisa fresca del Este, favorable para aparejar, encontré, al subir al puen-

te, el virador de combés preparado y con su correspondiente cable sujeto por medio de los mojeles. *La Bella Levantina* se mantenía sobre el ancla exclusivamente por el virador.

Los marineros se habían reunido sobre el puente para hacer la maniobra de levar el ancla. Poco a poco fueron apareciendo los pasajeros, atraídos por el deseo de ver la maniobra de partida. Casi todo el pasaje se componía de mercaderes griegos y malteses.

Los marineros habían colocado las palancas en el cabrestante y se encontraban esperando las órdenes de su capitán, quien, habiendo echado un vistazo en derredor, al ver tanta y tan honrosa galería de espectadores, consideró que no debía tardar más tiempo en dar comienzo a la operación. Empuñó, pues, su bocina, y gritó con fuerza:

—¡Ande el cabrestante!

Obedecieron los marineros con un ardor que entusiasmaba.

Al mismo tiempo, como el viento soplaba con mayor fuerza, habían sido desplegadas e izadas las gavias y haladas las vergas en forma que el buque presentara su proa al mar. Al quedar el ancla a plomo, se hizo tan grande la resistencia del cabrestante, que los hombres empleados en la maniobra, lejos de poder continuar levando, tuvieron necesidad de recurrir a todas sus fuerzas para no ser rechazados atrás. Hubo un momento de perplejidad; pero de pronto, cuatro hombres corrieron espontáneamente a sumar sus fuerzas a las de los marineros, y gracias al esfuerzo, el ancla, arrancada del fondo de la mar, fué sacada del agua en menos de dos minutos. Supuse que, como era de rigor, la izarían a contrabordo y la colocarían en su puesto; pero el capitán, acaso porque necesitase ordenar alguna otra cosa más urgente, contentóse con mandar que la sujetasen al garfio del aparejo. Maquinalmente hice un movimiento, como para indicar al capitán que completase la maniobra; pero recordé que no era nada a bordo, y me conformé con encoger de hombros.

Momentos después, una voz dulce me dirigió algunas palabras en griego, que no entendí. Di media vuelta, y me encontré frente a un joven de veinte o veintidós años, hermoso como un mármol antiguo, de mirada brillante, y arrebujado en una capa.

—Perdóneme usted, caballero —le dije en italiano—; no entiendo el griego. ¿No podría usted hablarme en francés o en inglés, o bien en italiano?

—Soy yo quien debo rogarle a usted que me dispense, señor. Diré, sin embargo, en disculpa mía, que su manera de vestir me indujo a tomarle por compatriota.

—No tengo ese honor —repliqué con sonrisa equívoca—. Soy inglés, viajo por placer, y adopté este traje porque me pareció más cómodo, y sobre todo, más pintoresco que el nuestro de Occidente. No entendí antes lo que usted me dijo, pero por el acento de su voz, me pareció que me dirigía una pregunta.

—No se engañó usted, caballero, pues fué pregunta lo que le dirigí. Nosotros, hijos de los archipiélagos, habituados a pasar de una isla a otra, somos marinos por naturaleza, y como tales, es difícil que se nos pase una maniobra mal hecha. Pues bien: en la última que mandó ejecutar el capitán, creí comprender que usted compartía mi opinión, pues le vi que se encogía de hombros. Le pregunté si era usted marino, caballero, para, en caso de que así fuera, rogarle me explicase en qué había consistido la falta.

—No puede ser más sencilla la explicación, caballero: desde el momento en que el buque comenzó a andar, el ancla debería haber sido colocada en su sitio, en vez de dejarla suspendida de un garfio; o, por lo menos, suponiendo que el capitán tenga sus motivos para obrar así, debió hacer sacar las barras del cabrestante. Comprenderá la razón si se fija en que, si por desgracia se rompiera el garfio que sostiene el ancla, ésta caería inmediatamente al fondo del mar, y el cabrestante, al girar con rapidez vertiginosa en sentido contrario al que giró para levar el ancla, convertiríase en una especie de catapulta que dispararía en todas direcciones las palancas.

—Señor... —dijo el joven, interrumpiéndose después de pronunciada la primera palabra para toser con tos seca—, ¿no le parece que, en nombre de todo el pasaje, podría hacer esa observación al capitán?

—¡Ya es tarde! —exclamé, arrastrando al joven conmigo detrás del palo de mesana—. ¡Cuidado!

En efecto; simultáneamente con un ruido sordo que llegó a mis oídos, vi que el cabrestante principiaba a dar vueltas con rapidez siempre creciente, lanzando en todas direcciones, tal como yo había previsto, las barras o palancas que imprudentemente habían dejado en él. Una porción de marineros cayeron rodando, y hasta el capitán fué proyectado contra la obra muerta del buque. Al primer momento de confusión, durante el cual cesó de girar el cabrestante, siguió un silencio profundo causado por el terror. El ancla descendió, arrancando sucesivamente los mojeles que sujetaban el virador al cable, no tardando en llegar al fondo del mar; pero como el buque estaba en marcha, continuó largando cable, dejando oír un ruido espantoso, hasta que se detuvo gracias a la etalinga del palo mayor. Fué tan violenta la sacudida que entonces experimentó el navío, que casi todos los hombres que habían conseguido mantenerse hasta entonces en su puesto, cayeron rodando o fueron lanzados contra las bordas.

Yo, que esperaba el accidente, había asido al joven griego por el brazo izquierdo y pasado el que me quedaba libre por el palo de mesana, de lo que resultó que, no obstante la sacudida, nos mantuvimos en pie. El accidente, con ser harto importante, no era hasta aquí nada en comparación de la gravedad que adquirió luego: lo violento de la sacudida quebró el cable como si un hilo hubiese sido, y, como consecuencia, comenzamos a irnos al diablo, como suele decirse en lenguaje de mar, es decir, popa adelante y proa atrás. Por añadidura, el capitán, que había perdido la cabeza, daba sin cesar órdenes absolutamente contradictorias, que la marinería ejecutaba con pasmosa puntualidad, y por si la situación no fuese ya bastante comprometida, presentóse de pronto en el puente el carpintero jefe, diciendo que una ola había roto las arandelas de las portas del primer puente, inundando a éste. Comprendí que no podía perderse un segundo si se había de salvar el buque, y lanzándome a popa, arranqué la bocina de manos del capitán, la llevé a mi boca y grité con voz que dominó el tumulto:

—¡Silencio todo el mundo!

Al eco de mi voz breve y severa, que resonó imperiosa, todos guardaron silencio y esperaron.

—¡Atención! —continué—. ¡El jefe carpintero y sus ayudantes, a la cámara, donde pondrán las arandelas de las portas! ¡Cuatro hombres al cabo girador de vergas...! ¡Cobrad el seno del cabo de babor! ¡Toda la barra a babor! ¡Calen el foque mayor por la parte del viento! ¡En relinga los masteleros de sobremesa! ¡Larguen las cuerdas de proa para cazar velas! ¡Barra recta a proa!

Todo fué ejecutado puntualmente, de suerte que, poco a poco, el buque giró sobre sí mismo y quedó muy pronto como debía estar, es decir, avanzando viento en popa y abandonando su ancla. La avería no tenía importancia, pues llevábamos a bordo dos anclas más de repuesto.

No entregué, sin embargo, la bocina hasta que a mi voz se orientaron bien las velas y amarraron los cables: entonces me acerqué al capitán, que había permanecido todo este tiempo en su puesto, inmóvil y estupefacto, y le dije al poner en sus manos la bocina:

—Le ruego, capitán, que me perdone si usurpé sus atribuciones por un momento; pero las circunstancias lo exigían. Ahora que el barco sigue su curso normal, tome su bocina.

Era tal el azoramiento del capitán, que tomó la bocina sin decir palabra; yo fuí a reunirme con el joven griego, a quien vi sentado sobre el armón de la pieza de a ocho, y me recibió con suma simpatía.

Era hijo de un rico comerciante de Esmirna, fallecido tres años antes. Viéndole su madre enfermo y creyendo que las distracciones le sentarían bien, habíalo enviado a Constantinopla para que se encargara de la dirección de una sucursal de su casa, fundada por su padre algunos años antes de su muerte. Al cabo de dos meses de ausencia, el joven, lejos de encontrarse más aliviado, experimentó un recrudecimiento en su enfermedad, sintió ansias de volver a abrazar a las personas queridas, y tomó pasaje a bordo de *La Bella Levantina*. Su enfermedad, que él llamaba en lengua italiana *il sottile male*, era, según pude apreciar a primera vista, una tuberculosis pulmonar en segundo grado. Todos estos detalles los supe al cuarto de hora de conversación. Yo correspondí a su confianza narrándole mi querella con mi superior, nuestro duelo y su muerte, que me obligaba a abandonar el servicio. Inmediatamente me invitó, con esa confianza propia de la juventud, a pasar algún tiempo en el seno de su familia, que me recibiría con los brazos abiertos después del servicio que a uno de sus miembros acababa de prestar. Acepté el ofrecimiento, y después de hecho y aceptado, y no antes, nos acordamos de preguntarnos cómo nos llamábamos. Mi nuevo amigo se llamaba Manuel Apostoli.

Durante el tiempo que duraron nuestras mutuas confianzas, sorprendí varios síntomas que llevaron a mi ánimo el convencimiento de que mi amigo se encontraba enfermo de más gravedad de lo que él mismo creía.

Entonces, apelando a mis conocimientos médicos, y como no teníamos doctor a bordo, aunque sí un botiquín, resolví encargarme, no de la curación, que ésta era desesperada, pero sí del tratamiento de mi pobre amigo. Después de hacerle algunas preguntas sobre lo que sentía y de informarme del tratamiento a que anteriormente había sido sometido, le recomendé que no tomara más que sémolas substanciosas y legumbres, y que vistiera ropa interior de franela, indicándole de paso que, si no cedía la opresión, le haría una sangría derivativa. El pobre Apostoli, para quien no podía caber la menor duda de que yo poseía tantos conocimientos médicos como náuticos, sonrió con amarga tristeza y me empeñó su palabra de abandonarse por completo a mis cuidados.

Apostoli me hablaba con frecuencia de su hermana, hermosa, decía él, como un ángel; de su madre, que le idolatraba, y finalmente de su desventurada patria, aherrojada, sometida al infame yugo turco. Yo le hablaba de Williams-house y de sus moradores, de mi padre, de mi madre, de Tom, del anciano doctor, cuyas enseñanzas altruístas aplicaba yo, después de un intervalo de diez años, y se me hacía más llevadero el destierro a que yo mismo me había condenado y menos punzantes los remordimientos que produce siempre la muerte de un hombre, por justa que ella fuera.

Así transcurrió el día, sin que el buque avanzara mucho, porque el viento era muy flojo, y sin perder de vista tierra a derecha e izquierda. Al atardecer nos encontrábamos a la altura de la isla de Calo Limno, colocada, a guisa de centinela, en la embocadura del golfo de Mondania. Apostoli subió al puente para ver cómo desaparecía el sol tras las montañas de la Rumelia, pero le exigí que bajase inmediatamente después de cerrar la noche.

Me obedeció y yo me senté junto a su hamaca, impidiéndole que hablase, y contándole, para distraerle, la historia de todas las aventuras de mi vida. De pronto, observé que la mano de mi amigo se cubría de un sudor frío, que su pulso, que consulté, latía desordenado, y todo ello me hizo pensar que las vigilias excesivas eran nocivas para mi enfermo. Inmediatamente me despedí de él para dirigirme a mi camarote, y le dejé más feliz de lo que era yo mismo, pues él ignoraba su estado y yo no.

A la mañana siguiente, subí al puente, no tardando Apostoli en llegar a mi lado. Había pasado una noche muy tranquila, aunque le molestaron algún tanto los sudores producidos por la fiebre, pero estaba contento y más tranquilo. Durante la noche que acababa de pasar, habíamos seguido avanzando, y por la mañana nos disponíamos a entrar en el canal que separa la isla de Mármara de la península de Artaki, llamada en tiempos remotos Cyzica. Las dos las había visitado Apostoli, y conocía perfectamente la historia de entrambas, como la de toda su patria.

Día y medio tardamos en recorrer la distancia interpuesta entre la isla de Mármara y la punta sobre la cual han emplazado el nuevo castillo de Asia. La corriente nos ayudó poderosamente y desembocamos en el mar Egeo en el momento en que los últimos rayos del sol teñían de color rosa las nevadas cimas del monte Ida.

Aunque el panorama era encantador, como soplaba el viento frío de la Tracia, obligué a Apostoli a encerrarse en su camarote, prometiéndole que dentro de un instante bajaría a hacerle compañía. Durante el día entero le había molestado una opresión constante, y yo estaba resuelto a sangrarle aquella noche. Bajé a su camarote en cumplimiento de mi promesa, y no bien me vió entrar, dándome una prueba más de la confianza absoluta que en mí tenía, me tendió no ya la mano, sino el brazo. No titubeé un momento: recordando mis conocimientos en cirugía, como antes recordara los pocos que en medicina poseía, le vendé el brazo y practiqué la incisión en la vena con mano tan segura como la de un doctor. El efecto fué rápido y conforme a mis esperanzas: en cuanto salieron tres o cuatro onzas de sangre, Apostoli respiró con mayor libertad y su fiebre se calmó. Poco después, debilitado como consecuencia de la sangre perdida, cerró los ojos y durmió un sueño tranquilo. Escuché durante algunos minutos su respiración tranquila y acompasada, y, seguro de que pasaría una noche tranquila, salí de su camarote para respirar el aire fresco de la noche.

En la puerta encontré a un marinero que venía, de parte del timonel, a suplicar al *signor inglese* que tuviese la bondad de ir al puente.

XXI

El timonel era siciliano. Tuve ocasión de observar su valor y sangre fría a nuestra salida del puerto de Caledonia, y fuí felicitado por él, cuando el buque, gracias a mis disposiciones, se vió libre del peligro en que lo había colocado el capitán. Desde entonces, cuantas veces nos encontrábamos, cambiábamos algunas palabras y nos tratábamos como buenos amigos.

Le encontré apoyado de codos sobre la borda y con un anteojo en la mano.

—Perdóneme si me permití molestarlo —me dijo, entregándome el anteojo—, pero es el caso que desearía oír la opinión que le merece un puntito blanco que se divisa por Nornoroeste, y que se me figura que muy bien pudiera ser cierto buque que vi, a puesta de sol, doblar la Punta de Coccino, navegando con velocidad un poco sospechosa. Si no me engaño, sigue la misma ruta que nosotros, o bien nos da caza, y en este último caso, confieso que preferiría que fuese usted el encargado de mandar las maniobras en vez de obedecer las órdenes del capitán.

—¿Pero es que no hay segundo a bordo? —pregunté.

—Sí; lo teníamos, pero cayó enfermo en Escutari y, por desgracia, nos vimos precisados a dejarlo allí. Por supuesto, que si usted tiene a bien intervenir, no habremos perdido en el cambio.

—Me hace demasiado honor, timonel —contesté riendo—; mas no importa. Le diré lo que pienso sobre ese punto.

Enfoqué el anteojo, y como la luz de la luna iluminaba perfectamente el mar, reconocí, lo mismo que el timonel, un jabeque griego que se nos venía encima a velas desplegadas. Encontraríase entonces a una distancia de tres millas y nos ganaba en marcha. Mientras yo miraba, debió hacerse visible, sin duda, a simple vista, pues el vigía gritó de pronto:

—¡Una vela!

—¡Claro que una vela! —murmuró el timonel—. ¿Se ha figurado ése que dormimos o qué estamos ciegos?

—Fíjese usted, timonel —dije—. Pudiera haber una segunda.

—Es más que probable... Los piratas, ¡Dios los confunda!, son de la raza de los chacales, y con frecuencia cazan por parejas.

Alzando la cabeza y la voz, gritó:

—¡Eh, vigía! ¿Dónde está esa vela?

—Por Nor-noroeste, directamente a sotavento —respondió el marinero.

—No es más que una —dije al timonel—. Si nos vemos precisados a salvarnos huyendo o a recurrir a los cañones, nos las entenderemos con un solo enemigo, lo que no deja de ser una ventaja. Creo que no estaría de más despertar al capitán.

—Y yo preferiría que ocupase usted su puesto y que capeásemos el temporal mientras él duerme —replicó el timonel—. Mientras tanto, y como medida preventiva, ¿no le parece que podríamos desplegar algunas varas más de trapo?

—No creo que haya el menor inconveniente, y se me figura que ésa sería la orden que daría el capitán..., sobre todo —añadí, mirando de nuevo con auxilio del anteojo—, si se tiene en cuenta que la vela sospechosa estrecha la distancia por momentos, y que no se puede perder tiempo. Que vaya un hombre a despertar al capitán y que todos los marineros de servicio se apresten a obedecer las órdenes que se les den. ¿Conoce bien las aguas que cruzamos?

—Con los ojos cerrados me atrevería a llevar el barco desde Tenedos a Lerigo.

—¿Qué tal lleva sus trapos *La Bella Levantina?*

—Con tanta gracia como una española la mantilla. Puede cargarle hasta el sobrejuanete, que no dirá nunca que tiene bastante.

—¡Algo es algo! —murmuré—. ¿Cree usted que un jabeque puede ganarle en andar?

—*La Bella Levantina* es excelente velera que no se dejaría ganar por un jabeque ordinario; pero creí ver a babor y estribor del que nos sigue cierta cantidad de espuma que no me parece muy católica.

—¿Qué es lo que le hace presumir la espuma?

—Que además de las alas, el jabeque pudiera tener patas, lo que le daría gran ventaja sobre nosotros.

—¡Ah, vamos! —murmuré yo comprendiendo, y participando de los recelos del timonel—. Ya no me sorprende que navegue con tanta rapidez.

Miré de nuevo con el anteojo. La embarcación sospechosa se había acercado mucho; ya no distaría más de dos millas, y como es natural, se la podía examinar bien.

—¡A fe que tiene razón, timonel! —exclamé al cabo de breves instantes—. Distingo perfectamente el movimiento de los remos... No se puede perder un segundo... ¡A ver!... ¡A la maniobra!... ¿Están todos dispuestos?

—Sí —contestaron los marineros.

—¡Arríen la vela mayor y la de mesana y carguen la del juanete!

—¿Quién se permite dar órdenes a bordo de mi barco? —gritó en aquel momento el capitán, mientras los marineros ejecutaban la maniobra dispuesta por mí.

—Quien vela mientras usted duerme, señor mío —contesté—, y le hace entrega en este instante del mando, abrigando la esperanza de que sabrá capear en esta ocasión el peligro con más acierto que lo capeó a nuestra salida del puerto.

Inmediatamente fuí a sentarme, no sin entregar el anteojo al timonel.

—¿Qué hay? —preguntó con inquietud el capitán.

—Hay que nos da caza un pirata griego —respondió el timonel—. Sin embargo, si usted cree que por motivo tan insignificante no debimos despertarle, puede volverse a acostar, capitán.

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Nada que no pueda usted ver con sus propios ojos —contestó el timonel, poniendo el anteojo en manos de su jefe.

El capitán miró hacia el objeto que le indicaba el timonel.

—¿Y cree que es pirata?

—Si tan seguro estuviera de la salvación de mi alma, crea que esperaría tranquilo el momento, que no tardará en llegar, de pasar de este mundo al otro.

—¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—¿Quiere que se lo diga, capitán?

—Hable.

—Pues bien: yo le aconsejo que lo pregunte a aquel señor inglés que está allá sentado.

—Caballero —me dijo el capitán, dando dos pasos hacia mí—, ¿tendría usted la amabilidad de decirme qué haría si en mi puesto se encontrara?

—Despertaría sin tardanza a la marinería que duerme y celebraría consejo con el pasaje.

—¡Todo el mundo al puente! —bramó con voz que hizo potente el miedo.

Como el barco no tenía segundo que repitiera la orden del capitán, el contramaestre lanzó inmediatamente el conocido grito que llama a la marinería libre de servicio en auxilio de la que lo tiene. Los marineros, que eran buenos y sabían su obligación, saltaron de sus hamacas y subieron corriendo al puente, todos medio desnudos. El capitán se volvió hacia mí como para interrogarme.

—Usted, mejor que yo, debe saber el trapo que puede aguantar el barco —le dije—. Dé sus órdenes en consecuencia, pues si no me engaña la vista, el barco enemigo continúa ganándonos rápidamente.

—¡Cargad toda la mesana y los masteleros! —gritó el capitán.

Mientras los marineros ejecutaban la orden, volvióse hacia mí diciendo:

—Creo que no podemos con más trapo; vea usted, caballero, cómo se cimbrea el palo de la cofa..., parece una varilla de acero.

—¿Lleva palos de repuesto?

—¡Oh, sí, señor! Pero ya sabe usted que un palo roto supone una pérdida de consideración para los armadores.

—¿Y piensa usted evitarles esa pérdida dejando que apresen su barco?

—Hay otro motivo además —replicó el capitán, dándose cuenta de la ironía que encerraban mis palabras—. *La Bella Levantina* hizo agua siempre que quisimos fatigarla demasiado.

—¿Tiene buenas bombas?

—Sí, señor.

—Entonces mande agregar la vela del juanete pequeño a las que antes han desplegado, y luego veremos si conviene cargar también las superiores.

No pudo contestarme el capitán: tan grande fué su sorpresa al escuchar cómo pensaba yo tratar su barco.

En aquel punto comenzaron a aparecer los pasajeros sobre el puente. Obligados a levantarse cuando estaban entregados a su primer sueño, ofrecían unas caras tan grotescamente desencajadas, que no me habría sido posible contener mi hilaridad de haber sido otras las circunstancias. Entre los que subieron estaba el pobre Apostoli, quien corrió hacia mí.

—¿Qué pasa? —me preguntó con voz dulce y triste sonrisa—. Dos meses hacía que no disfrutaba de un sueño tan tranquilo como el que acaban de turbarme sin piedad.

—Hay, mi querido Apostoli —contesté—, que en este momento jugamos al escondite con sus antepasados de usted, y que, si nos faltan buenas piernas, tendremos necesidad de excelentes brazos.

—¿Nos da caza algún pirata?

—Lo adivinó; vuelva la vista hacia acá y podrá ver al enemigo.

—¡Es verdad! —exclamó Apostoli—. ¿Y no podemos aumentar trapo?

—¡Sí, sí! —contesté—. Aun nos quedan algunas varas, pero no ganaremos gran cosa extendiéndolas. La situación es grave.

—¡Espere un momento! —exclamó Apostoli.

Lanzóse en medio del grupo de pasajeros a quienes el capitán explicaba la situación comprometida en que nos encontrábamos, y con toda la fuerza de su voz debilitada, gritó:

—¡Señores! Nos encontramos en una de esas circunstancias que exigen resoluciones urgentes; rápidas y enérgicas. Nuestra vida, nuestra libertad, nuestra fortuna, todo lo tenemos comprometido en este instante, todo depende de una orden bien o mal dada, de una maniobra bien o mal hecha. Y el único que tiene capacidad para hacerlo es aquel señor —terminó Apostoli, extendiendo el brazo hacia mí.

—¡Sí... sí! —gritaron todos a coro—. ¡Que sea nuestro capitán ese oficial inglés!

—Señores —contesté, levantándome—, como aquí no se trata de fórmulas vanas de finura ni de un caso baladí de superioridad, sino de una cuestión de vida o muerte, acepto; mas no sin explicar de antemano cuáles son mis intenciones.

—¡Hable! —gritaron todos.

—Huiré de nuestro enemigo mientras me sea posible, y espero, gracias a las condiciones marineras del barco, arribar a algún puerto, que pudiera ser Seyros o Metelín, antes que el corsario nos aprese.

—¡Bien!... ¡Muy bien!

—Sin embargo, si ocurriera lo contrario, si los piratas nos abordan, creo conveniente hacer constar que me defenderé hasta el último extremo, y que, cuando haya agotado todos los medios, haré volar el barco antes de rendirme.

—Morir por morir, preferible es hacerlo defendiéndonos a ser ahorcados o arrojados al mar —dijo Apostoli.

—¡Lucharemos hasta perder la vida! —gritó la tripulación—. ¡Que nos den armas!

—¡Silencio! —grité yo—. No sois vosotros los llamados a decidir este punto, sino los que en el buque tienen doble interés. Han oído ya lo que he dicho, señores: les dejo cinco minutos para deliberar.

Me senté de nuevo. Los pasajeros se reunieron en consejo: al cabo de cinco minutos, vinieron hacia mí, conducidos por Apostoli.

—¡Hermano! —exclamó Apostoli—. Por unanimidad te hemos nombrado nuestro jefe. A partir de este instante, nuestras vidas, nuestros brazos, nuestra fortuna, son tuyos: dispón de ellos libremente.

—Y yo —añadió el capitán acercándose— me ofrezco a ser su segundo y a transmitir sus órdenes, si usted me juzga con suficiencia para ello; en caso contrario, mándeme ejecutar maniobras como al último de los marineros.

—¡Bravo! —gritaron a coro la tripulación y el pasaje—. ¡Hurra por el capitán inglés! ¡Hurra por el que hasta ahora ha sido nuestro capitán!

—Señores, acepto —contesté, estrechando la mano del capitán—. Silencio ahora.

Calló todo el mundo, en espera de las órdenes que desde luego comprendieron que iba a dar.

—Señor contramaestre —dije al timonel—, consulte usted el compás y dígame a qué distancia estamos de esos bribones, a fin de que vea yo si su cálculo concuerda con el mío.

El contramaestre hizo el cálculo.

—Los tenemos a dos millas, señor; ni braza más ni braza menos.

—Está muy bien —contesté—. Vamos ahora a ver, señores, lo que sabe hacer *La Bella Levantina* en momentos de peligro... ¡Atención! ¡Cargad las velas de los juanetes mayor y menor! ¡Desplegad las altas del foque de caza y del foque segundo! Hecho eso, no quedará en *La Bella Levantina* una pulgada de trapo que no esté desplegada al viento.

Obedecieron los marineros con celeridad y precisión que indicaban la importancia que todos concedían al resultado de mi orden. En efecto: era el esfuerzo supremo del buque, y, si cargado con todo aquel suplemento de velas, no dejaba atrás a su perseguidor, habría que prepararlo todo para el combate. La nave, desde que sintió la impulsión de las nuevas velas que acababan de ser desplegadas, se inclinó más todavía del lado del viento, mostrando por el contrario las bandas de su cobre que salían del mar, y cortando con su afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en masa hirviente de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y de los remeros que, a juzgar por el violento hervor del agua de los costados, no estaban ociosos. Aunque todo el mundo se encontraba sobre cubierta, era tal el silencio, que se oían perfectamente hasta los menores crujidos de los palos.

Una hora poco más o menos duraría ese estado de ansiedad que vivíamos, sin que ocurriera el menor accidente, cuando di al contramaestre orden de consultar el compás. Mientras aquél hacía sus cálculos, no separaba yo mis ojos del buque enemigo, que me parecía colocado a distancia mayor que antes.

—¡Por Santa Rosalía! —gritó el contramaestre—. ¡Ganamos distancia!

—¿Cuánto? —pregunté, comenzando a respirar a mis anchas.

—¡Oh... poca cosa, es verdad!

Calló por breves momentos el contramaestre, y luego que comprobó sus cálculos, repuso:

—Hemos ganado un cuarto de milla.

—¿Y a eso llama usted poca cosa? —exclamé yo—. ¡Un cuarto de milla en una hora!... ¡Por San Jorge que es usted descontentadizo, contramaestre! ¡Con la mitad me hubiese conformado yo! Señores... —repuse, dirigiéndome a los pasajeros— pueden retirarse y dormir tranquilos, que cuando despierten, será bien lejos del alcance de esos piratas... a menos que...

—¿A menos qué? —repitió Apostoli.

—A menos que, repitiéndose lo que con frecuencia sucede, caiga el viento una o dos horas antes de la salida del sol.

—¿Y si ocurriera eso? —preguntaron los pasajeros.

—Si ocurriera eso, sería otra cosa: habría que pensar, no en huir, sino en batirse. De aquí a las cuatro de la mañana, les garantizo que nada tienen que temer: retírense, duerman tranquilos, y esperen.

Retiráronse los pasajeros. Quiso quedarse Apostoli, pero le exigí que sin pérdida de tiempo se recogiera en su camarote.

—Ahora, capitán —dije a éste, luego que quedamos solos—, podemos enviar a descansar a la mitad de la marinería. Si el viento continúa como hasta aquí, un muchacho podría conducir el buque; pero si cesa, tendremos necesidad de todos los brazos, y para entonces, nos convendrá mucho que estén descansados.

—¡Los que no estén de servicio, a sus hamacas! —gritó el capitán.

Cinco minutos después no quedaban en pie más que los hombres estrictamente necesarios para las maniobras corrientes.

La Bella Levantina seguía deslizándose sobre las olas como una gaviota. En cuanto a nuestro corsario, al cabo de media hora había perdido un cuarto de milla más. Era, pues, evidente que, si no sobrevenían cambios atmosféricos hasta el día siguiente, antes que éste terminase nos encontraríamos fondeados en cualquier puerto del Archipiélago.

Rápidos progresos había yo hecho en mi carrera, toda vez que, de un salto, desde guardiamarina moderno había pasado a capitán. Lo notable del caso es que, ¡hasta qué punto ciega el orgullo humano!, dando al olvido que aquella promoción momentánea había sido hecha a bordo de un pobre barco mercante, rebosaba satisfacción por verme en una posición que no debía durar más tiempo que el que durase el peligro. Tomé por lo serio mi interinidad, me consideré capitán, y logré, ya que no otra cosa, alejar los tristes pensamientos que torturaban mi alma. Mentalmente me consideraba ya un Howe o un Nelson.

Al fin, a eso de las dos de la mañana, teniendo en cuenta que seguíamos alejándonos del buque pirata, confié la dirección del nuestro al piloto, coloqué de vigía al contramaestre, me arrebujé en mi capa y me acosté sobre un pedrero.

Ignoro el tiempo que llevaría durmiendo, cuando creí oír pronunciar mi nombre, y casi al mismo tiempo, que me tocaban un hombro. Inmediatamente abrí los ojos y vi delante de mí al contramaestre.

—¿Qué pasa? —pregunté vivamente, recordando que le había dado orden de despertarme si ocurría algo malo.

—Hay que se han realizado sus temores: el viento cesó y no andamos.

Mala, muy mala era la nueva; pero, por lo mismo que se trataba de un contratiempo grave, era forzoso afrontarlo sin pérdida de momento. Tiré mi capa sobre el puente, resolví estudiar el cielo por mí mismo, y al efecto, me así a las cuerdas del palo de mesana y trepé hasta el crucero del juanete menor. Algunas ráfagas cruzaban de tanto en tanto, mas apenas si bastaban para hinchar las velas más altas y zarandear nuestro gallardete. Volví entonces los ojos hacia nuestro enemigo: aun se veía como un punto blanco en el horizonte, pero no se había perdido. Era evidente que había puesto sus esperanzas en la calma del viento que nosotros temíamos, y que continuó la caza sin cejar. Debería encontrarse a tres leguas de nuestras aguas por lo menos.

Examiné todo el horizonte, viendo que estábamos a la altura del cabo Baba, el antiguo *Lectum Promontorium*. Teníamos delante de nosotros, por Este-sudeste, a Metelín, cuyas montañas distinguía yo perfectamente, y a Seyros, cuna de Aquiles y tumba de Teseo; pero nuestro buque distaba siete leguas de la primera de las islas mencionadas y diez de la segunda. De haber durado tres horas más el viento, nos hubiésemos salvado; pero ya no podíamos contar más con alguna ráfaga, pues seguramente dentro de breves minutos moriría hasta el último soplo.

Sin embargo, como quiera que yo estaba resuelto a tentar todos los medios y a esperar hasta contra la esperanza, bajé al puente y mandé arriar todas las velas bajas, no de-

jando más que las de los masteleros y juanetes y las más altas. Respiró *La Bella Levantina* al verse libre de tanto trapo, y avanzó, aspirando los soplos últimos del aire, media legua más, para detenerse al fin, con las velas fláccidas, pendientes a lo largo de sus mástiles pequeños y de sus grandes palos. La brisa había rendido el último suspiro.

Entonces mandé colocar las velas en forma que pudieran ser desplegadas en cualquier momento dado, y como me preguntara el contramaestre qué debíamos hacer, contesté:

—Que toquen inmediatamente zafarrancho de combate.

XXII

Segundos después de haber sonado los poco melodiosos instrumentos que llamaban a la dotación a las armas, todo el mundo se encontraba en el puente. La confusión fué tan espantosa, que me hizo comprender al momento la necesidad de imponer a bordo una severa disciplina. Hice que toda la marinería pasara a proa, y reuniendo en popa a los pasajeros, les expliqué cómo, conforme temía, había caído el viento al amanecer, y para que todos se dieran cuenta cabal de la gravedad de nuestra situación, les mostré con una mano nuestras velas fláccidas, y con la otra el buque enemigo que comenzaba a aumentar de tamaño, no impulsado por el viento, del cual carecía lo mismo que nosotros, sino surcando las aguas a fuerza de remos.

No nos quedaba otro recurso que prepararnos a resistir con ánimo esforzado el ataque, toda vez que, dentro de cuatro horas, si el buque pirata continuaba moviéndose como entonces, sobrevendría el abordaje que no veía manera de esquivar.

Tal vez se hubieran acobardado los honrados mercaderes a quienes dirigía la palabra, si se tratara exclusivamente de defender vidas, pero como veían en peligro sus mercancías, les encontré bravos como leones.

Aproveché la buena voluntad general para escoger, entre los pasajeros que me parecieron más resueltos, cierto número de combatientes, encargando a los restantes la preparación de pólvora y proyectiles, bajo la dirección de un marinero que había sido artillero de un buque sardo. Lo que no pude conseguir fué que Apostoli bajase con los últimos a los pañoles de municiones: por primera vez resistió tenazmente mi voluntad, declarando que por nada del mundo se separaría de mi lado mientras durase el peligro. Resolví, pues, tenerlo junto a mí, confiándole el cargo de ayudante.

Designados los puestos y libre el puente de gran parte del pasaje, tomé la bocina, y deseando saber de antemano cómo serían ejecutadas mis órdenes, la acerqué a mi boca y grité:

—¡Atención!

Todos los ruidos cesaron como por encanto, y todo el mundo esperó, dispuesto a obedecer.

—¡Un hombre a las barras del juanete para espiar el viento! ¡Ropas y hamacas a la borda! ¡Las armas al puente!

Se destacó inmediatamente un hombre que trepó por la escala del palo mayor y se encaramó en el puesto indicado, mientras desaparecían otros por portas y escotillas para reaparecer segundos después cargados con sus hamacas y ropas que sujetaron a la muralla hecha de lona alquitranada, y el contramaestre, a quien había nombrado capitán de armas, disponía los fusiles en pabellones y colocaba en sitios convenientes las hachas de abordaje y los sables.

—¿Qué te parece, mi bravo hijo de Argos? —le dije—. ¿Vamos a batirnos griegos contra griegos, hermanos contra hermanos, Atica contra Mesenia?

—Desgraciadamente así es —contestó Apostoli.

Interrumpí mi conversación con Apostoli para ordenar:

—Que el capitán de armas nombre personal para el servicio de los dos pedreros y de la pieza de ocho y prepare en las vergas convenientes los garfios de abordaje.

Transcurrido un rato, se presentó ante mí el contramaestre diciendo:

—Capitán... están cumplidas sus órdenes, ¿manda usted algo más?

—Que el carpintero y el calafate, si es que lo hay a bordo, preparen, alrededor del casco del buque, cabos provistos de grapas y de cinturones; que preparen los tapones de madera, las pelotas de estopa y las planchas de plomo, y que no olviden los cestos y sacos, por si algún hombre cae al agua.

Medió un rato de silencio mientras ponían en práctica las nuevas instrucciones, y luego, cuando todo volvió a quedar tranquilo, pregunté al vigía:

—¡Eh! ¿Respira el viento por las alturas?

—No, señor —contestó el marinero—. No pasa ni una ráfaga. Si no nos lo trae aquella nubecilla negra que se distingue allá lejos, detrás de Seyros, temo que nos pasaremos todo el día sin él.

Volví mis ojos hacia el punto indicado por el marinero y vi apuntar en el horizonte una nubecilla que, desde el sitio donde yo me hallaba, parecía la cabeza de un escollo perdido en medio del otro mar inmenso que llamamos cielo. Para nosotros, la nube representaba una esperanza: dada la situación crítica en que nos encontrábamos, preferible mil veces era una tempestad que un combate, y a trueque de librarnos de este último, sin inconveniente y a cualquier precio que fuera nos hubiese convenido comprar el viento.

Por lo pronto, todo estaba en calma, el mar parecía un espejo inmenso, y excepción hecha de aquel puntito negro, imperceptible a todo ojo que no fuera de un marino, la mancha más pequeña no empañaba el hermoso azul del cielo.

—¿Cuánto tiempo calcula que tardarán en llegar a nuestras aguas al paso que avanzan? —pregunté al contramaestre.

—Tres horas más o menos.

—Lo mismo creo. Tenga sobre los puentes y los castillos abundantes baldes llenos de agua dulce para que los combatientes puedan refrescar sus gargantas durante el combate. Como no nos sobran brazos, a fin de que nadie tenga que abandonar su puesto, designará usted dos hombres para que se encarguen de llevar los baldes a donde convenga.

—Está muy bien.

—Hermano —terció Apostoli—, si no me engaño, nuestro perseguidor varía el rumbo. Es posible que nos hayamos engañado, que nuestra alarma sea infundada, que no hayan pensado siquiera en darnos caza.

Tomé vivamente el anteojo y vi que, en efecto, si el supuesto pirata continuaba navegando en la misma dirección que acababa de tomar, nos pasaría a una o dos millas por popa. Había doblado, al parecer, el cabo, poniendo rumbo a Porto-Petera, la antigua Methymne.

—¡Por mi alma que es verdad! —exclamé—. Declaro, Apostoli, que quisiera haberme equivocado.

Viendo que movía la cabeza el contramaestre, después de escuchar mis palabras, pregunté:

—¿Qué piensa usted de esto?

—Pienso, capitán, que vieron lo que nosotros, el punto negro que asoma por aquella parte, que huelen el viento, y que quieren colocarse entre nosotros y Metelín a fin de evitar que nos escapemos de sus garras tomando tierra.

—¡Tiene más razón que un santo! No sé cómo no lo adiviné en seguida, pues eso salta a la vista. Sí, sí: su intención no puede estar más clara... ¿Nada de viento?

—Ni un átomo —respondió el contramaestre.

—¡Pues que sea lo que Dios quiera!

Cuatro horas nos pasamos esperando, pues el rodeo que dieron los piratas fué parte a que nosotros ganásemos tiempo. Habían pasado por nuestra popa, a una legua aproximadamente de distancia, y descripto un semicírculo extensísimo para colocarse a babor de nuestro buque. Antes los teníamos a estribor. La distancia interpuesta entre los dos buques sería aún de tres millas cuando el vigía gritó:

—¡Una ráfaga!

Di un salto.

—¿De dónde viene? —pregunté.

—Oeste-sudoeste.

—¿Y bien? —inquirió Apostoli.

—Pues que no podía sernos más endiabladamente contraria, y que comienzo a creer que todo el infierno se nos declaró en contra.

—No digas semejantes cosas en el trance en que nos encontramos, hermano.

—¿Ha oído? —pregunté al contramaestre.

—Sí, señor... demasiado bien.

—No nos queda más que una probabilidad de salvación: virar en redondo al primer soplo de viento que nos llegue, y huir a velas desplegadas, aunque hayamos de volver al sitio de donde hemos salido.

—Es imposible hacer esa maniobra sin recibir dos o tres andanadas, y hay que tener muy presente que, a la menor avería que sufra nuestra arboladura, caeremos en poder de los piratas.

—¿Conoce usted algún otro medio de salvación?

—Ninguno, capitán — contestó el contramaestre.

—Comprenda, pues, que el único que podemos intentar es el que propongo... ¡Eh..., vigía! ¿Se hace ya constante el viento?

—Sí, señor.

—¡John! — gritó Apostoli—. El pirata enmienda otra vez el rumbo.

En efecto: pude ver que, sin más auxilio que el de sus remos y de su timón, viraba en redondo con tanta facilidad como pudiera hacerlo un botecito. Los piratas habían sorprendido nuestras intenciones y aprestábanse a ganarnos el viento.

—Sabe usted muy bien su oficio, capitán — me dijo el contramaestre—; pero hay que confesar que nuestro enemigo conoce a maravilla el suyo.

—¡Bueno! —exclamé—. ¡Espero que le ganaremos en velocidad!... ¡Atención todo el mundo!

La contestación fué un grito unánime de toda la tripulación.

—¡Cargad la mesana y la vela mayor! ¡Izad hasta dejar muy tirantes los masteleros de sobremesana y la gavia mayor! ¡La barra del timón a sotavento! ¡Arriad los cabos de la gavia mayor, trinquete y bauprés! ¡Muy bien, valiente! Ya tenemos a *La Bella Levantina* virando, y dentro de un momento la veréis volar, cual hija bien educada que corre delante de su madre. ¡Orientad bien las velas de popa! ¡Cambiad el timón!... ¡Arriad las escotas de los foques y del estay! ¡Muy bien!

—¡Marcha! — gritó a coro toda la marinería—. ¡Está marchando!

En efecto, después de retroceder algunas varas, el buque, impulsado por las dos últimas velas que yo había mandado desplegar, comenzó a obedecer al viento y, puesta la proa a Lemnos, volvía sobre la ruta que habíamos seguido ya. Miré entonces al buque pirata, que había maniobrado también mientras nosotros hacíamos nuestra evolución, y aparecía cargado con todas sus velas. Ambas naves navegaron en línea casi paralela que debía coincidir en un punto dado. Todo era cuestión de velocidad, pero, de todas suertes, aun suponiendo que nosotros lográramos evitar el abordaje, habríamos

de pasar forzosamente bajo sus fuegos.

Tan cerca estábamos del jabeque pirata, que sin necesidad de anteojo podíamos apreciar lo que pasaba en él, hasta en sus detalles más mínimos. Era un verdadero buque de presa; una nave prolongada como una piragua, de dos palos inclinados hacia adelante en ángulo de unos tres grados, con sus correspondientes velas latinas envergadas por su lado mayor a una antena mucho más larga que el palo. Como medios ofensivos, contaba el buque con dos cañones a proa y veinticuatro pedreros emplazados sobre cubierta. Los remeros, cuyas cabezas cubiertas con gorros griegos distinguíamos perfectamente, estaban sentados, no sobre bancos, sino sobre los travesaños de las escotillas, y apoyaban sus pies en otros travesaños dispuestos en sentido opuesto. Como el viento era muy suave, sus remos les daban una ventaja enorme sobre nosotros, tanto, que hube de comprender que, por grande que fuera nuestra diligencia, habríamos de pasar fatalmente a tiro de pistola del jabeque latino.

Dí las últimas órdenes que consistieron en colocar a estribor los tres únicos cañones con que contábamos, en distribuir entre la marinería y el pasaje fusiles, trabucos, hachas y sables, en hacer subir al puente algunas cajas de municiones y en mandar que subieran a las vergas una docena de hombres, a fin de poder hacer fuego de arriba abajo.

A los preparativos siguió un momento de silencio solemne y terrible. Mientras tanto, el punto negro de Scyros habíase extendido sobre todo el horizonte meridional y amenazaba convertirse en tempestad. De vez en cuando llegaban hasta nosotros ráfagas intermitentes y caprichosas de viento pesado y asfixiante que, cesando de improviso, dejaban nuestras velas suspendidas a lo largo de los palos: olas gruesas, que parecía que se formaban en lo profundo del abismo para subir a la superficie, habían cubierto el mar de una sábana de agitada espuma; pero todos estos síntomas, que en cualquier otra ocasión nos hubieran preocupado, carecían de importancia para quien, como nosotros, encontrábase abocado a un peligro mayor.

Los dos buques se acercaban insensiblemente sin que ninguno cobrase una ventaja acusada: mediaría entre ellos una distancia de una milla, y divisábase perfectamente, sobre la cubierta del pirata, la dotación, que sería doble que la nuestra, haciendo los últimos preparativos para el combate.

La duda ya era imposible: eran piratas y estaban resueltos a atacarnos. De repente vimos que la cubierta de nuestro enemigo se cubría de humo y al mismo tiempo, antes que el viento nos trajera entre sus alas el ruido de la detonación, cayó una verdadera lluvia de metralla a poca distancia de nuestro buque. Los piratas, impulsados por las ansias que de apresarnos sentían, habían calculado mal las distancias y hecho fuego desde muy lejos.

—Si usted me diera permiso, señor — me dijo el contramaestre —, por mi parte, toda vez que esos señores han tenido la delicadeza de saludarnos, no tendría inconveniente en devolverles la atención. Precisamente tenemos ahí — añadió, señalando con el brazo extendido la pieza de ocho — una personita admirablemente educada, y tan discreta, que muy contadas veces habla. Pero cuando se decide a hacerlo, una palabra suya vale más que toda la charla que acabamos de oír.

—Tírele de la lengua, amigo mío — contesté —, pues a fe que tengo deseos de oírla hablar. Presumo que habrá sido usted el encargado de su educación, y no dudo que, en las circunstancias delicadas en que nos encontramos, ha de hacer honor a su maestro.

—Sólo espera sus órdenes, señor: pero, como se precia de ser obediente, desea que se le den instrucciones.

—Haga que dirija sus palabras al casco: es lo mejor.

Apuntó el contramaestre, y dijo:

—¡Fuego!

A la voz de mando siguió inmediatamente la ejecución: *La Bella Levantina* envió entre llamas, por uno de sus costados, un mensajero de muerte que fué a dar entre los remeros, siendo fácil advertir, por el desorden que ocasionó, que su elocuencia fué aprovechada.

—¡Bravo, maestro! — grité yo —. Su discípulo hace maravillas; pero supongo que no nos dejará con la miel en los labios.

—¡Ah, no, señor! — contestó el contramaestre, que principiaba a tomar gusto a la cosa —. Rosalía, que es el nombre que le dí, en honor a la patrona de Palermo, se parece a mi difunta madre, que cuando soltaba la sin hueso no había manera de hacerla callar... ¿Qué hacéis ahí vosotros, mano sobre mano? ¡Cargad otra vez!

Mientras se cumplía la orden, los costados del jabeque latino despedían mares de humo, y como los dos buques se habían aproximado mucho, llegó al nuestro una verdadera granizada de hierro. Un hombre cayó precipitado desde las gavias al puente, caída que los piratas saludaron con estruendosos gritos de alegría.

La muerte, que había hecho una visita a *La Bella Levantina*, acababa de volver a bordo del jabeque montada en el proyectil que envió nuestro contramaestre, arrancando imprecaciones de cólera a los que momentos antes aullaban de júbilo: el disparo, más certero que el anterior, había atravesado la muralla y despedazado a dos artilleros.

—¡Rosalía habla cada vez mejor, amigo mío! — exclamé —. Pero veo ahí dos pedreros mudos como ostras: ¿es que han resuelto no dejarnos saborear las armonías de su voz?

—Todo se andará, señor, todo se andará. Cada cosa en su tiempo, que no tardaremos en quitarles la mordaza. Parapetaos detrás de la muralla, amigos, pero en seguida, pues vamos a recibir visita.

Efectivamente: un nuevo huracán de fuego cruzó los aires y vino a caer silbando sobre el puente, matándonos otro hombre e hiriendo a dos o tres más.

Atronaron los aires nuevos *hurras* del jabeque, pero, repitiéndose lo de la primera vez, fueron interrumpidos por la descarga triple de nuestros pedreros y de la pieza de ocho. Vimos que caían tres remeros, que fueron inmediatamente reemplazados, y el combate continuó sin interrupción, más furioso y encarnizado que antes, pues el capitán de los piratas principió a temer que no llegaría a tiempo para abordarnos, contratiempo que intentaba evitar multiplicando sus órdenes y excitando a sus remeros desde el castillo de popa. El temor del capitán pirata, que en nosotros era convicción, nos daba nuevos bríos. En la lucha de los hombres quisieron tomar activa parte los elementos; el huracán saltó y comenzó a bramar el trueno. Este nos envió con sus bramidos ráfagas de aire que dieron gran impulso a *La Bella Levantina.*

—¡Animo, hijos míos, ánimo! —grité yo—. ¡Ya veis que hasta el cielo se pone de nuestra parte, que el huracán nos arrastra como por la mano! Poco daño nos hicieron hasta ahora, pues preferible es perder carne a perder madera.

—A cada puerco le llegará su San Martín, señor —replicó el contramaestre, apuntando sus piezas—. Cuando los hayamos rebasado será cuando nos tengan a pedir de boca, cuando dará principio el verdadero baile, pues podrán hacernos fuego con sus dos cañones de proa... ¡Fuego!

Las descargas de los dos buques fueron simultáneas, pero tal preocupación habían engendrado en mi ánimo las últimas palabras del contramaestre, que no presté atención a los efectos de ninguna de las dos. Oí a bordo algunos lamentos, miré en derredor y vi dos hombres que se retorcían en agonías de muerte. Inmediatamente llamé a dos marineros.

—Los muertos molestan en cubierta —les dije a media voz—, pues no sólo estorban las maniobras, sino que desaniman a los vivos. Vais a recogerlos y bajarlos a los sollados, donde los arrojaréis al mar por babor, a fin de que los piratas no vean la operación.

Los dos marineros fueron a cumplir la orden y yo volví mis ojos a nuestro enemigo.

Habíamos llegado al punto extremo de nuestra carrera, y conforme yo esperé, los primeros, pero nos encontrábamos tan cerca del buque pirata, que un hombre hubiera podido tirar una piedra desde uno de los buques al otro. Me pareció que era el momento de hacer entrar en funciones la mosquetería, y mandé hacer fuego: en mis oídos resonó al mismo tiempo la voz del capitán pirata que daba la misma orden, y en aquel punto comenzaron a sonar las descargas, que no se interrumpieron ya.

Haciendo esfuerzos verdaderamente titánicos, los remeros del jabeque lograron colocarse a nuestra altura; pero, gracias al viento, que vino en nuestra ayuda, no tardamos en rebasarlos. Nos largaron entonces, desde unos cuarenta pasos de distancia, una descarga terrible, a la que respondimos como pudimos con nuestras tres piezas y nuestra fusilería. Seguidamente el jabeque entró en nuestra estela y dió comienzo la caza.

No habrían transcurrido tres minutos cuando oímos el estruendo producido por las dos grandes piezas de artillería enemiga. Uno de los proyectiles hundióse, casi a flor de agua, en nuestro castillo de popa, mientras el otro atravesaba toda nuestra arboladura, bien que sin causarnos otros daños que agujerearnos la cangreja, la mesana y el foque.

—Ha principiado el juego de bolas, señor —dijo el contramaestre—. Este puede sernos peligroso.

—¿Pero no podría trasladar la Rosalía a popa, y corresponderles, ya que no en su misma moneda, en otra equivalente? —pregunté.

—¡Ya lo creo! De ello nos estamos ocupando, como puede ver... ¡Vamos, mandria! —exclamó el contramaestre, dirigiéndose a uno de los marineros a quien vió sacudiendo la mano derecha, cuyo pulgar se había aplastado—. ¡Ayuda a mover la rueda, y luego curarás esa caricia!... ¡Así!... ¡Muy bien!

No había habido tiempo de cargar la pieza, cuando sonó otra detonación seguida de espantosos crujidos. Al mismo tiempo por todas partes sonaron voces de alarma que gritaban:

—¡Cuidado, capitán!

Levanté la cabeza y vi que el mastelero de sobremesana, partido un poco por encima de la gavia de mesana, vacilaba y tambaleábase como un árbol atacado por su base, se inclinaba luego, cediendo al peso de su velamen, y concluía por abatirse a estribor. Toda la popa quedó cubierta de telas, de maderas y de cuerdas, y el buque, falto de sus dos velas más importantes, de las que más falta le hacían para huir viento en popa, aminoró bruscamente su marcha.

—¡Picadlo todo! —grité a voz en cuello, sin tomarme tiempo para llevar la bocina a mi boca—. ¡Picadlo todo, y al mar!

Los marineros, comprendiendo la urgencia del caso, lanzáronse como tigres sobre las cuerdas y, utilizando sus hachas, sus sables y sus cuchillos, no tardaron en cortar hasta el cabo que sujetaba el mastelero de sobremesa al palo mesana, y luego, reuniendo sus fuerzas, arrojaron por la borda mástiles pequeños, velas y cuerdas.

La maniobra fué ejecutada con rapidez maravillosa, pero, esto no obstante, hube de comprender la imposibilidad de evitar el abordaje. Tendí mis miradas en derredor y vi que habíamos sufrido grandes pérdidas. Tres o cuatro marineros yacían sin vida, otros tantos habían sufrido heridas graves, y no pocos, le-

siones de menor importancia. Entre dotación y pasaje nos quedaban unos veinticinco hombres útiles para la defensa. Di orden de que subieran a cubierta todos los que desde por la mañana se dedicaban a preparar cartuchos, y volviéndome hacia Apostoli, que ni un segundo se había separado de mí, le dije:

—Hermano mío: nos hemos resistido ya, y por consiguiente, es demasiado tarde para rendirnos. ¿Qué crees que nos sucederá si nos apresan?

—Nos fusilarán o colgarán de las antenas —contestó con tranquilidad.

—¿No te parece que te perdonarán a ti, por tu condición de griego? Al fin y al cabo son compatriotas tuyos.

—Mi condición de griego es una razón más para que no me perdonen. Rara vez se da cuartel a quien implora gracia en la lengua del vencedor.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Como de la pureza de la Virgen.

—Pues bien: pide al contramaestre una mecha encendida, y cuando me oigas decir "¡ahora!", bajarás por la escotilla de popa, arrojarás la mecha al pañol de pólvora, y acabaremos de una vez.

—Perfectamente —me contestó con su voz dulce y sonrisa triste—. Se hará.

Le tendí la mano, pero él arrojóse en mis brazos.

Seguidamente llevé la bocina a mi boca, empuñé un hacha de abordaje, y grité con todas mis fuerzas:

—¡Arriad las velas pequeñas!... ¡Subid unos cuantos a las vergas bajas y a los castillos!... ¡Toda la barra al viento, y todo el mundo preparado para el abordaje!

Ejecutada con rapidez la maniobra, *La Bella Levantina* dejó de huir para ofrecer el flanco al jabeque latino, el cual, avanzando al impulso de sus velas y de sus remos, clavó su bauprés en nuestra mesana y nos abordó de costado, destrozando, como consecuencia del choque, parte de nuestra muralla. Al mismo tiempo, como si el contacto de los dos buques hubiera determinado una conflagración general, alzóse una nube de humo, resonó una detonación espantosa, y *La Bella Levantina* sufrió convulsiones terribles que agitaron hasta sus costillas. Los piratas habían descargado, a quemarropa, sus doce pedreros. Por fortuna, como yo había visto los botafuegos, tuve tiempo de gritar:

—¡Boca abajo todos!

Se salvaron los que obedecieron mi orden, y perecieron barridos por la metralla todos los que no la oyeron. Cuando nos incorporábamos, vimos aparecer, a través de la nube de humo, un ejército de piratas, que parecía ejército de demonios, deslizándose a lo largo de sus vergas y pasando a nuestro buque por su bauprés, o saltando. Ya no era ocasión de dar órdenes, ya no se podían seguir reglas: me puse al frente de los míos, y de un hachazo hendí la cabeza del primero que tropecé a mi paso.

Intentar trazar un cuadro que reflejara fiel y detalladamente la escena que siguió, sería intentar lo imposible. Todos entablamos combates aislados que terminaban con la muerte de uno de los contendientes. Había yo entregado mis pistolas a Apostoli, demasiado débil para servirse de un hacha o de un sable, y lo vi matar a dos enemigos de dos pistoletazos. Me batía yo con la furia de la desesperación, como un insensato, pues estaba resuelto a no sobrevivir a nuestra derrota, muy fácil de prever, pero, esto no obstante, al cabo de un cuarto de hora de lucha gigantesca, después de haber tendido a mis pies cuanto encontré por delante, continuaba, por un milagro sin duda, sin haber recibido la menor herida.

Dos piratas cerraron a un tiempo contra mí; tendría el uno dieciocho años a lo sumo, y el otro unos cuarenta. El filo de mi hacha alcanzó al joven en la parte superior del muslo: el herido exhaló un grito y cayó. Libre de él, me lancé sobre el otro con ánimo de abrirle en dos la cabeza; pero él aferró con una mano el mango de mi arma, mientras con la otra me tiró una puñalada al costado. La punta del puñal detúvose en mi bolsillo, lleno de oro, y temiendo entonces que repitiera el golpe, le eché los brazos al cuello. Al mismo tiempo, como observara que los piratas eran dueños de nuestro buque, busqué con la mirada a Apostoli, y con voz de trueno, grité:

—¡Ahora!

Apostoli desapareció por la escotilla de popa.

El pirata era hombre de fuerzas gigantescas, pero yo me preciaba de ser en la lucha tan hábil como un atleta antiguo. Formando un solo cuerpo, llegamos hasta el sitio en que la borda había saltado hecha pedazos por efecto de la colisión de los dos buques, y como en el ardor de la lucha, ni el uno ni el otro advirtiéramos la brecha, juntos caímos al mar, sin que nadie nos prestara la menor atención.

Apenas tocamos el agua, sentí los brazos del pirata que se desprendían; por mi parte, cediendo al instinto de conservación, del que ningún hombre ha podido enseñorearse jamás, solté también a mi enemigo y, nadando durante algún tiempo entre dos aguas, vine a salir a la superficie a cierta distancia de la popa de *La Bella Levantina*. Allí permanecí durante algunos segundos sin comprender cómo no había saltado ya, pues conocía bastante a fondo a Apostoli para abrigar el convencimiento de que ejecutaría mi orden, pero como nada nuevo pasara, supuse que mi pobre amigo habría perecido víctima de algún accidente. Los piratas eran dueños absolutos del barco; yo aproveché el crepúsculo para ganar el largo sin saber adónde iba, pero alejándome siempre, impulsado por ese instinto físico que nos mueve a retardar todo el tiempo posible la hora de nuestra muerte. Al cabo de poco, recordé que, en el momento en que el fuego del jabeque derribó nuestro mastelero de sobremesana, nos encontrábamos a la vista de la pequeña isla de Neoe, situada, si mis cálculos no eran equivocados, a dos leguas de distancia, poco más o menos, por el Norte.

Nadé en demanda de la isla mencionada, haciéndolo entre dos aguas todo el tiempo posible, con objeto de substraerme a la vista de los piratas, y no sacando la cabeza más que para respirar. No me valieron las precauciones: dos o tres balas que salpicaron el agua junto a mi cuerpo me demostraron que había sido visto; no me alcanzaron, sin embargo, y muy pronto me encontré fuera de tiro.

No por ello mejoró gran cosa mi situación. Me tenía yo por bastante buen nadador para recorrer dos leguas con mar tranquila; pero el huracán bramaba, el oleaje era por momentos más grueso y violento, retumbaba el trueno sobre mi cabeza, y de tanto en tanto surcaban el cielo relámpagos semejantes a colosales serpientes, iluminando el alborotado mar con colores azulados que le daban un aspecto aterrador. Uníase a todo esto la molestia de los vestidos, que entorpecían extraordinariamente mis movimientos. Al cabo de media hora, sentí tal decaimiento de fuerzas, que hube de convencerme de que estaba perdido irremisiblemente si no me desembarazaba de la ropa. Me tendí boca arriba, y a costa de esfuerzos titánicos, me libré de lo más pesado. Entonces me encontré con fuerzas bastantes para reanudar mi fuga.

Nadé por espacio de media hora más; pero el mar se encrespaba sin cesar a la vez que el desfallecimiento penetraba en mi alma, pues comprendía la imposibilidad de resistir mucho la fatiga que me ganaba.

A la luz de un relámpago que cruzó el cielo en el momento en que me encontraba sobre el lomo de una ola, distinguí por mi derecha, a una distancia enorme, el islote de Neoe. Falto de medios que me orientasen, había equivocado el rumbo, y me quedaba por recorrer casi tanta distancia como había recorrido ya. Mi desaliento llegó a su colmo. Intenté descansar nadando boca arriba, mas no tardé en arrepentirme, pues hacían presa en mí terrores invencibles cada vez que me veía precipitado, cabeza abajo, al fondo de los valles sombríos y profundos que por momentos se hundían más.

Extraña opresión atenaceó mi pecho, zumbaban mis oídos, en mi cerebro resonaban golpes como de martillos manejados por manos de gigantes, mis movimientos eran bruscos, sin armonía; mis miembros se envararon, y sentía irresistibles anhelos de pedir a gritos socorro, no obstante estar bien convencido de que, perdido en la inmensidad del mar, nadie más que Dios podía oír mi voz. Brotaron en mi imaginación todos los recuerdos del pasado: vi a mi madre, a mi padre, a Tom, al señor Stanbow, a Jaime, a Bob, al señor Burke; vi cosas que eran resurgimientos de sucesos perdidos en el fondo de mi memoria, y vi otras que eran revelaciones del otro mundo. Ya no nadaba: rodaba de ola en ola, como objeto insensible, sin resistencia, sin voluntad, y pedí socorro a grito herido.

Al fin agotáronse mis fuerzas. Enderecé el cuerpo hasta salir fuera del agua de cintura arriba, y miré con terror en torno mío. Brilló un relámpago: en la cresta de una ola vi algo, semejante a una roca, que iba a caer precipitado a las profundidades donde yo me ahogaba. Al mismo tiempo oí pronunciar mi nombre, pero tan distintamente, que no podía ser ilusión. Quise contestar, y mi boca llenóse de agua. Me pareció que una cuerda me rozaba la cara: la aferré con los dientes y luego con las manos. Alguien tiraba de la cuerda; me dejé llevar, sin resistencia, sin voluntad. Segundos después no sentía nada: estaba desvanecido.

Cuando volví en mí, estaba en un camarote de *La Bella Levantina* y vi a Apostoli sentado junto a mi hamaca.

XXIII

Apostoli me puso al corriente de lo sucedido: no le fué posible hacer volar el buque porque el capitán, que, según parece, había previsto mis intenciones, había anegado los pañoles de la pólvora. Subía por la escalera de la escotilla mayor con ánimo de reunirse a mí, cuando tropezóse con los piratas que, dueños absolutos del buque, bajaban a la cámara del capitán conduciendo al joven que yo había herido. El pobre muchacho se desangraba y pedía a gritos un médico. La idea de salvarme, diciendo que yo era médico, surgió en el alma ardiente y llena de abnegación de mi amigo Apostoli, quien dijo que a bordo de *La Bella Levantina* había un médico que podría curar al herido si mandaban cesar la carnicería. Dos piratas subieron corriendo al puente y mandaron que, en nombre del hijo del capitán, cesara el combate, añadiendo que incurría en pena de muerte el que descargara un golpe más. Siguióles Apostoli con ansiedad, me buscó por todas partes y no me encontró. Los piratas ensordecían entonces el espacio lanzando gritos de alegría; su capitán, que había desaparecido durante el combate, trepó por una amarra y saltó sobre el puente bramando:

—¡Victoria!

Apostoli reconoció al hombre con el que me dejara riñendo terrible lucha, y corrió a él para preguntarle qué había sido de mí. El pirata contestó que lo ignoraba, pero que me suponía ahogado, a lo que mi amigo replicó que yo era médico, y el único que podría salvar la vida a su hijo.

Desesperado el padre, preguntó a voz en cuello si alguien me había visto reaparecer: dos piratas contestaron que habían hecho fuego sobre un hombre que nadaba en dirección

a la isla de Neoc; el capitán mandó que, sin pérdida de tiempo, fuera botada la chalupa al mar. Apostoli le dijo que él se encargaría de buscarme, que era mi hermano de corazón y que, con la ayuda de la Virgen, me encontraría. El capitán bajó a la cámara donde estaba su hijo, y Apostoli embarcó en la chalupa. A la luz de los relámpagos, los hombres enviados en mi busca vieron flotar algo blanco y lo reconocieron: era mi ropa.

Seguros desde aquel momento de encontrarse sobre mi pista, recobraron valor y esperanzas, y suponiendo que mi intención era ganar la isla, bogaron en dirección a la misma. No se engañaron: al cabo de media hora, otro relámpago les permitió ver a un hombre que luchaba desesperadamente contra la muerte: dirigieron hacia él la chalupa, y parece que llegaron en el momento en que yo iba a desaparecer para siempre.

Terminaba Apostoli de darme esta explicación, cuando la puerta de mi cámara se abrió para dar paso al capitán. Reconocí inmediatamente a mi adversario, aunque la expresión de su rostro no podía ser más diferente. Su aspecto era tan abatido como terrible y fiero fuera antes: ya no venía a mí como enemigo, sino como suplicante. Viendo que yo había recuperado las facultades, precipitóse hacia mi cama y exclamó, en idioma francés:

—¡En nombre del Cielo..., por Dios y por la Virgen, señor médico, salve usted a mi Fortunato, y pídame lo que quiera!

—Ignoro si podré salvar a tu hijo —contesté al pirata—; pero exijo, ante todo, que no caiga un cabello de la cabeza de ninguno de los prisioneros que has hecho: la vida de tu hijo me responde de la del último de mis marineros.

—¡Salva a Fortunato! —repitió el pirata—. ¡Sálvale, y con mis propias manos estrangularé al que ose tocar uno solo de los cabellos de los tuyos! Pero, a tu vez, necesito que me jures una cosa.

—¿Cuál?

—Que no abandonarás a Fortunato hasta que haya curado o muerto.

—¡Lo juro!

—Ven, pues.

Salté de mi cama y lo seguí a la cámara donde estaba el herido. Apostoli vino conmigo.

De la misma manera que había reconocido al padre, reconocí también al hijo herido por mi. Era un joven arrogante, de negros cabellos y tez morena. Los labios del herido ofrecían un color violáceo; apenas si podía hablar, y hasta para quejarse encontraba gran dificultad: de tanto en tanto pedía agua, pues la fiebre lo abrasaba.

Me acerqué, levanté la sábana que lo cubría, y le encontré anegado en sangre. La herida, situada en la parte superior y externa del muslo derecho, era longitudinal y tendría unas cinco pulgadas de extensión por una de profundidad. Me bastó verla para comprender que no debía haber interesado la arteria, lo que me hizo concebir esperanzas; además, yo sabía que las heridas longitudinales son menos peligrosas que las transversales.

Hice que el herido se acostara boca arriba a fin de dar al miembro herido la posición horizontal, y lavé la herida con el agua más fresca que pudimos encontrar. Bien lavada la herida y contenida la hemorragia, apliqué hilas, pasé una venda por debajo del muslo, crucé sus cabos, y tiré en sentido contrario hasta unir los bordes de la herida, que envolví finalmente con la venda, dejándola completamente cubierta. Hecha la cura, hice que levantasen al herido para cambiar el colchón y las sábanas empapadas en sangre, y mandé que, de hora en hora, exprimieran agua fresca sobre la herida. Por último, prescribí la dieta más rigurosa.

Casi seguro ya de que el herido pasaría la noche relativamente bien, pedí permiso al capitán para retirarme también yo, muy necesitado de reposo después del día que acababa de pasar. Se me concedió el permiso, a condición de que, si el enfermo sufría algún accidente, me despertarían al momento.

Poco después me encontraba a solas con Apostoli. Hasta entonces no había podido apreciar en toda su extensión el cariño que me profesaba y su presencia de espíritu. Nos abrazamos una vez más, como se abrazan los hombres a quienes reúne un milagro después de haberse separado para siempre. Luego le pregunté por la tripulación. Trece marineros y cinco pasajeros tuvieron la suerte de librarse de la carnicería; los heridos y muertos habían sido arrojados al mar, figurando entre ellos el pobre contramaestre. En cuanto a nuestro capitán, se había defendido diciendo que *La Bella Levantina* hizo resistencia contra su voluntad, y probó que, en el momento decisivo, fué él quien salvó a todo el mundo, amigos y enemigos, anegando los pañoles de pólvora. Apostoli confirmó sus explicaciones, y el capitán salvó su vida. Tranquilo ya sobre la suerte de todos, me acosté y quedé, segundos después, profundamente dormido.

A eso de las dos desperté; me acordé inmediatamente del herido, y aunque no habían venido a buscarme, salté de la cama y me dirigí a la cámara del capitán. Le encontré sentado junto al lecho de su hijo, a quien quiso velar personalmente. El mismo humedecía su herida cada minuto. Su rostro, duro y terrible durante el combate, reflejaba ternura y ansiedad infinitas: ya no era un capitán de piratas, sino un padre amantísimo, un padre atribulado que temblaba por la vida de su hijo. Me tendió afanoso la mano, al verme entrar, y me indicó, por medio de una seña, que guardara silencio a fin de no turbar el sueño tranquilo y reparador de su hijo.

El joven dormía apaciblemente, limpio casi de fiebre por efecto tal vez de la enorme pérdida de sangre. Escuché su respiración: era débil, pero regular. Tranquilicé al padre, le di casi seguridad de que curaría a su hijo, pero aunque le insté mucho, no conseguí que se apartase del lado de Fortunato.

Volví a mi habitación, donde dormí hasta las ocho de la mañana, volviendo al levantarme a visitar a Fortunato. Había despertado y tenía fiebre, pero como era el curso natural que debía seguir su curación, no me inquieté; dispuse que le dieran bebidas refrescantes y me fuí a visitar a mi otro enfermo.

El estado de éste era mucho más alarmante. Sostenido durante el combate por una exaltación moral, y por el cariño fraternal que me profesaba mientras duraron los esfuerzos encaminados a salvarme, Apostoli había conseguido sobreponerse a su debilidad; pero el esfuerzo había concluído con sus energías. La noche anterior, momentos después de haberme yo separado de él, sufrió un acceso violento de tos que terminó con un vómito de sangre; vino luego la fiebre, y por la mañana encontróse tan débil, que ni siquiera intentó levantarse.

Mis conocimientos en medicina no llegaban a tanto que pudiera intentar atacar su mal. Ordené esas cosas indiferentes cuyo objeto único es hacer creer al enfermo que no se han perdido las esperanzas de salvarle, y me quedé haciéndole compañía.

Entonces fué cuando se me reveló por entero aquella alma de ángel en la cual no anidaba un pensamiento que no fuera santo. El infeliz no abrigaba el menor presentimiento de su próximo fin, y se creía atacado por una de esas fiebres, que en Grecia son tan comunes, y que desaparecen sin que nadie pueda decir cómo. Todo el día me lo pasé a su lado, y él no me habló más que de su madre, de su hermana y de su patria.

Por la tarde subí al puente. Los dos navíos, reparadas en lo posible sus averías, navegaban en conserva, bordeando, unas dos leguas mar adentro, una costa que yo había visto cuando nos acercamos a Esmirna para tomar a lord Byron, y que creía sería la de Scio.

A los primeros pasos que di por cubierta, observé que era objeto de respeto por parte de la nueva tripulación, la cual, tomándome por médico de grandes y profundos conocimientos, me testimoniaba, conforme a la moda de Oriente, la más alta veneración. No vi un solo viajero de *La Bella Levantina*, de lo que inferí que todos habían sido trasbordados al buque pirata.

Al cabo de una hora volví a ver a Apostoli. Lo encontré más tranquilo. Tuve buen cuidado de no decirle que debíamos haber pasado a Scio, y por lo tanto, a Esmirna. Verdad es que tampoco él me preguntó nada acerca del rumbo que seguíamos: no parecía sino que le era indiferente la ruta que llevase sobre la tierra aquella alma que volaba en derechura al cielo.

La noche fué muy movida, como suele tenerlas con frecuencia el mar del Archipiélago. El balanceo molestó extraordinariamente a los dos enfermos, agotando sus fuerzas..., y casi las mías, pues tuve que distribuir las interminables horas de aquélla entre uno y otro. Al fin decidí decir a Constantino, que tal era el nombre del capitán pirata, que era preciso tomar tierra cuanto antes. El pirata cambió algunas palabras con su hijo y subió seguidamente al puente, con objeto, sin duda, de saber dónde estábamos. Habiendo visto que doblábamos la punta meridional de Scio y que habíamos arribado, poco más o menos, a la altura de Andros, me contestó que al día siguiente fondearíamos en Nicaria. Corrí a llevar la nueva a Apostoli, quien la recibió con su sonrisa habitual, diciéndome que tenía esperanzas de que la tierra firme le sentaría bien.

El día en cuestión era el tercero transcurrido desde que Fortunato recibió la herida, y por consiguiente, había llegado el momento de levantar el apósito. Me disponía a hacerlo, cuando Constantino interrumpió mi operación para rogarme que le permitiera retirarse. Aquel hombre sanguinario, aquel hombre habituado a escenas de carnicería, no se atrevía a presenciar la cura de su hijo. Accedí a su deseo, subió el pirata al puente, y yo quedé solo con Fortunato y el joven pirata que me habían asignado como criado.

Levantado el apósito, encontré la herida un poquito inflamada. Extendí cerato sobre las nuevas hilas, volví a vendar la herida con las mismas precauciones que la vez primera, y dispuse que la humedecieran con agua mucilaginosa. Hecha la cura, subí al puente para manifestar a Constantino que la herida de su hijo había entrado en franca curación.

Le encontré con Apostoli, quien, sintiéndose un poco mejor, había querido subir a respirar el aire fresco del mar. Estaban los dos en la proa, fijas sus miradas en el horizonte, por donde comenzaba a brotar, semejante a un escollo, la isla de Nicaria, término por entonces de nuestro viaje. A la izquierda veíase Samos, que casi se confundía con el mar a causa del verde de sus olivares. Constantino, no bien escuchó mis primeras palabras, corrió jubiloso a ver a Fortunato, dejándome solo con Apostoli.

Era la primera vez que lo veía a la luz del sol después del combate. Confieso que, no obstante suponerle muy desmejorado, me asustaron los estragos que los tres días anteriores habían causado en su persona. Verdad es que aquellos tres días habían reunido y precipitado sobre él, en el lapso de breves horas, las emociones de todo un año. Sus pómulos estaban más salientes, sus ojos habíanse agrandado muchísimo, y eternos sudores inundaban la raíz de sus largos cabellos.

—Ven acá, Esculapio —me dijo sonriendo—, que quiero mostrarte la isla que ha de servir de emplazamiento al templo que vamos a cons-

truirte, luego que nos hayas curado, Fortunato y yo.

—¿Cómo llamas a la isla donde quieres hacerme adorar?

—¡Ah! Puedes estar tranquilo, que no te fatigarán mucho los homenajes que recibas de los hombres. En tiempo de Strabón estaba ya desierta. En cambio, escucharás noche y día los murmullos del mar, te visitarán los alciones de Delos y de Meconi, y de vez en cuando, algún pirata llegará misteriosamente, ganoso de dirigir una plegaria a la Virgen y otra a ti. Andando el tiempo, alboreará un día en que serás testigo de un espectáculo grandioso, sublime, el espectáculo de todas estas islas que nos rodean ardiendo y luciendo como faros. La cruz de fuego habrá sido vista por tercera vez sobre Constantinopla, habrá resonado de montaña en montaña el grito mágico de independencia, cuyos ecos llegarán desde Albania hasta el cabo San Angel, desde el golfo de Salónica hasta Candia. Entonces verás que surcan el mar, veloces como aves de largas alas, muchos buques, en cuyas cubiertas hormiguearán, no piratas, sino soldados; resonarán en tus oídos gritos de desesperación y de muerte, pero no serán los esclavos de hoy los que lancen esos gritos supremos. De mí puedo decirte —continuó Apostoli, sonriendo con dulzura infinita—, que si debo morir lejos de mi patria, no ambicionaría otra cosa que cualquiera de esos féretros que ostentan un nombre escrito desde hace dos mil años, a fin de que, si mi cuerpo no ha podido contribuir como actor a esa regeneración tan ardientemente esperada, pueda mi sombra, por lo menos, asistir a ella como espectadora.

—¿Cómo se llama la graciosa sibila de dulces palabras que te ha prometido resurrección semejante, pobre hijo de tiempos que ya pasaron?

—Me lo ha prometido una sibila que jamás cesó de dar oráculos: ¡una sibila que se llama Esperanza!

—Más engañadora es la sibila que acabas de nombrar que las otras, querido Apostoli, pues ni en hojas escribe sus predicciones, sino en nubes, que deshace el viento.

Apostoli me miró largo rato sin despegar los labios.

—Dichoso debes ser, John, cuando no crees —replicó al fin, sonriendo como de costumbre—. El infortunio extremo linda con la dicha, de la misma manera que la dicha extrema linda con el infortunio.

Mientras así conversábamos, nos habíamos acercado a tierra, y estábamos dentro de un puerto pequeño donde los dos buques encontrarían excelente fondeadero.

Apenas anclamos, los piratas transportaron a tierra dos tiendas de campaña, que alzaron a cierta distancia entre sí. Juntamente con las tiendas, llevaron a tierra cojines y tapices, con los cuales prepararon lechos para los enfermos, colocándolos en forma que aquéllos pudieran disfrutar de la vista de Samos, sobre la que se alzaba el pico azulado del monte Micale. Alrededor de las tiendas emplazaron su campamento los piratas.

Terminados estos preparativos, Fortunato fué llevado a tierra y colocado en una de las tiendas, siendo la otra cedida a Apostoli. Seguidamente me obligaron a jurar por segunda vez que no intentaría huir antes que Fortunato estuviera completamente curado, después de cuya formalidad me dejaron dueño absoluto de mis actos.

Al día siguiente, Constantino envió a Samos una barca para que nos trajera víveres y frutas secas. Yo pedí que compraran una cabra para Apostoli, favor que fué otorgado en el acto con gran alegría de mi parte, que, desde aquel día, pude alimentar con leche al enfermo.

Fortunato mejoraba rápidamente de su herida, que comenzaba ya a cerrarse por el centro y prometía una cicatrización pronta. Pero no ocurría lo propio con Apostoli, quien todas las noches se acostaba con fiebre y todas las mañanas levantábase más débil. De día en día sus paseos eran más breves, hasta que, al fin, concluyó por no alejarse de la puerta de la tienda. Al quedar como encadenado a ella, comenzó a darse cuenta de lo grave de su estado.

Apostoli era uno de esos hombres que saben despertar en todas las personas que les rodean sentimientos dulces, afectos tiernos, de lo que resultaba que todo el mundo le quería y le compadecía. Seguro estaba yo de que bastaría rogar a Constantino que le dejase volver a Esmirna, para que tuviera el consuelo de morir en brazos de los suyos; y no me engañé: el pirata, lejos de oponer el menor reparo, me ofreció, en vista de que la travesía era muy corta, conducirle en una barca hasta Theos, desde donde sería transportado fácilmente a Esmirna. Me apresuré a comunicar a Apostoli la agradable nueva, pero con asombro de mi parte la recibió con gran frialdad.

—¿Y tú? —me preguntó.

—¿Cómo, y yo?

—¿Me acompañarás, hermano?

—No se lo pedí a Constantino.

Apostoli sonrió con tristeza.

—¡Ah! —repuse yo con vivacidad—. Cree, hermano, que si no se lo pedí, fué porque de antemano estaba seguro de que me negaría el favor.

—Pídeselo antes, y luego veremos qué hago yo.

Corrí adonde estaba el pirata, formulé mi pretensión, y Constantino fué a consultar a Fortunato. Pronto volvió para decirme que le había dado mi palabra de no dejar a su hijo hasta que no estuviera completamente curado, y que, como aquél seguía tendido en el lecho del dolor, no podía concederme permiso para marchar.

Llevé la respuesta a Apostoli. Reflexionó éste durante breves instantes, me tomó luego las manos entre las suyas, y obligándome a sentarme a su lado, dijo:

—Escúchame, hermano: si yo hubiese podido, al dar a mi madre el adiós postrero, dejarle otro hijo que me reemplazara, y un hermano a mi hermana, lo habría hecho con vivo placer; pero, como eso es imposible, me parece preferible librarlas del dolor de ser testigos de mis momentos últimos. He visto morir a mi padre, John, y sé lo que es esperar un día y otro día, una hora y otra hora, una curación que no viene ni puede venir, y una muerte que tarda en llegar. Más larga y terrible es la agonía del que ve, que la misma del que sufre. Todas mis energías desaparecerían a la vista de su dolor. Allí moriría bañado por las lágrimas de mi madre; aquí moriré consolado por la sonrisa de Dios. Además, muriendo aquí, mi pobre madre podrá disfrutar de algunas horas más de tranquilidad...

Me arrojé en sus brazos.

—¿Por qué das cabida en tu mente, mi querido hermano, a pensamientos tan tristes? —exclamé—. Eres joven, vives en un país de ambiente suave, y la dolencia que te aqueja, mortal en los climas de Occidente, apenas tiene importancia aquí. No pensemos en la muerte, sino en la curación. Más adelante, cuando te hayas restablecido, iremos juntos a ver a tu madre, que, en vez de un hijo, tendrá dos.

—¡Gracias, hermano, gracias! —contestó Apostoli con sonrisa de ángel—. Con toda el alma agradezco tus piadosas frases, pero en vano es que intentes engañarme. ¿Dices que soy joven?

Intentó levantarse y cayó rendido.

—Ya lo estás viendo —repuso—. ¿Qué importa que no tenga más que diecinueve años, si mi debilidad es mayor que la de un viejo? Vivo en un país de ambiente suave y delicioso, y sin embargo, el ambiente que respiro abrasa y reseca mi pecho. De día en día, hermano querido, se hace más espeso el velo interpuesto entre mi vista y los objetos que me rodean. Pronto, el sol más esplendoroso me parecerá un crepúsculo, y desde el crepúsculo pasaré insensiblemente a la noche. Cuando eso suceda, necesito, John, que me prometas cumplir lo que voy a pedirte.

Por medio de un movimiento de cabeza le indiqué que podía hablar.

—Después que haya muerto —me dijo—, cortarás mis cabellos y sacarás este anillo de mi dedo. Los cabellos serán para mi madre, el anillo para mi hermana. Tú serás quien les lleves la noticia de mi muerte. Entrarás en la casa como los mensajeros antiguos: llevando en la mano un ramo de verbena, y, como ellas no habrán oído hablar de mí en mucho tiempo, como ignorarán qué ha sido de mí, comprenderán al verte que he muerto.

—¡Todo lo que quieras haré; pero no me digas lo que me estás diciendo, si no quieres hacerme morir! —exclamé.

Me era imposible contener los sollozos, y me levanté moviendo la cabeza, resuelto a retirarme.

—No me dejes, ni te aflijas de esa manera. Sabes muy bien que morimos para resucitar, y que nosotros, los griegos, por inmortales nos hemos tenido siempre.

En aquel momento el sol se hundía entre las islas de Andros y de Tenos, y sus rayos postreros iluminaban tan vivamente el horizonte, que se distinguían perfectamente las cabañas de los pescadores sembradas sobre las márgenes de Samos, distantes cinco leguas. Volví mi cara hacia Apostoli, y en mi deseo de distraerle, le dije que admirara el soberbio paisaje que ante nuestros ojos se extendía.

—Sí —me contestó—; tú admiras todo eso, y yo... yo también lo veo con los ojos del alma, pero no con los del cuerpo, porque entre el paisaje y mis ojos hay un velo que no se desgarrará hasta mañana. Mañana sí; mañana veré, no ya sólo las cosas que existen ahora, sino también las que existieron hace mucho tiempo y no existen ya, y las que existirán un día. ¡Créeme, John! El que muere fortalecido por esta fe, es mil veces más feliz que el que vive sin creer.

—También yo creo, Apostoli; también yo espero.

—Pues bien, hermano; te pediré otro favor: quisiera tener a mi lado un sacerdote. Ruega de mi parte a Constantino que venga a verme: tengo que pedirle esa gracia... y muchas otras cosas.

—¿Qué deseas pedir a ese hombre? Reflexiona que todo lo que pidas a cualquiera que no sea yo, es un robo de que me haces víctima.

—Quiero pedirle la libertad de los infortunados marineros y de los pobres pasajeros que tiene cautivos: quiero suplicarle que el día de mi muerte sea el de la libertad para ellos, a fin de que sean muchas las personas que me bendigan.

—¿Crees que te concederá esa gracia?

—Ayúdame a entrar en la tienda, John, pues encuentro la temperatura demasiado fresca, y luego irás a buscarle y me lo traerás.

Ayudé a Apostoli a llegar hasta su lecho, y seguidamente fui a buscar a Constantino.

Media hora aproximadamente permanecieron conversando en griego, que yo no entendía, pero me fué fácil comprender, por el acento y expresión de los interlocutores, que Constantino otorgaba a Apostoli todo lo que éste le pedía.

—¿Qué tal? —pregunté al moribundo luego que nos dejó solos Constantino.

—Mañana por la mañana tendré a mi lado un sacerdote, y el día de mi muerte recobrarán la libertad todos los cautivos. Solamente he encontrado dificultades en lo referente a la tuya, hermano mío: me suplicó en nombre de mi santa madre que te deje aquí hasta que Fortunato esté completamente restablecido... ¡Perdóname! El nombre de mi madre ejerció en mi alma influencia decisiva... He cedido..., he prometido, en nombre tuyo, que le acompañarás a Ceos.

—Cumpliré tu promesa, Apostoli. Me es indiferente ir a una o a otra parte... ¿No estoy desterrado?

Como observé que Apostoli empezaba a rezar en voz baja, lo dejé para que conversara

libremente con su Dios.

Subí a la cumbre de la colina que se alzaba en el centro de la isla.

"Si me fuera dado escoger mi tumba, dispondría que me enterrasen aquí", me había dicho Apostoli algunas veces durante nuestros paseos a esta cima.

Al volver a la tienda, de regreso de mi paseo, lo encontré durmiendo con sueño bastante tranquilo, pero, al cabo de media hora, vino a interrumpir su descanso una tos seca y persistente que determinó un vómito terrible de sangre. Durante la crisis, dos o tres veces se desvaneció entre mis brazos, convencido todas ellas de que iba a expirar, y volviendo a la vida con una de esas sonrisas tristes y angélicas que son patrimonio exclusivo de los condenados a morir muy jóvenes. Hacia las dos de la mañana calmóse la lucha entablada entre la muerte y la vida. En el combate había resultado vencida esta última, que parecía que no había pedido a su enemiga otra cosa que el tiempo indispensable para morir cristianamente.

Con el primer rayo de sol presentóse el sacerdote griego que Constantino había enviado a buscar a Samos, proporcionando su llegada momentos de purísima alegría al pobre Apostoli. Quise dejarles solos; pero el moribundo me dijo:

—No te vayas, John: es muy corto el tiempo que nos queda de permanecer juntos para que lo desperdiciemos.

En mi presencia hizo al anciano sacerdote una confesión general de su vida, tan pura como la de un niño. El anciano, profundamente emocionado, mostrándome sucesivamente a Apostoli moribundo y a los piratas que de tanto en tanto llegaban a la puerta de la tienda, exclamaba:

—¡Los que son como éste se van y aquellos quedan!

—La Providencia divina tiene sus designios, padre mío — respondió Apostoli —. Me llama a mí, que soy débil, para que ruegue, y deja a los otros, que son fuertes y varoniles, para que luchen...

El santo sacerdote administró la comunión al enfermo, y, al terminar, Apostoli quedó más tranquilo que antes.

Apenas el anciano ministro del Altísimo salió de la tienda, el enfermo se encontró muy aliviado y pidió que le sacáramos a la puerta de aquélla. Entre Constantino y yo nos apresuramos a darle gusto, tomando por los cuatro ángulos el colchón sobre el cual reposaba su cuerpo. Lleno de alegría, extático, gritó que ya no tenía ante los ojos el velo fúnebre de que hacía días se quejaba, y que volvía a ver el cielo, el mar de Samos, y hasta la costa remota que, envuelta entre los primeros rayos del sol, nos parecía a nosotros mismos un vapor flotante e indeciso.

El día se arrastró perezosamente sin que hubiese variación sensible en el estado del enfermo, aunque se notaba que su debilidad física aumentaba en razón directa de su exaltación moral. Llegó el final de la tarde, una de esas tardes hermosas de Oriente. Apostoli no nos hablaba hacía rato; parecía abismado en profundo éxtasis. Sus ojos habían seguido durante todo el día el curso del rey de los astros, y, llegada la tarde, me suplicó que le dicra vuelta, a fin de no privarse de la contemplación del disco inflamado. En el momento que éste rozó con su borde los montes de Andros, el enfermo recobró, al parecer, sus fuerzas: levantó el cuerpo como para seguirle más tiempo, y lo sostuvo con energía que aumentaba a medida que aquél desaparecía: y cuando el sol hundióse del todo, y no se veían ya más que sus rayos postreros, extendió hacia él los brazos, sus labios murmuraron la palabra "¡adiós!" y la cabeza del moribundo cayó sobre su hombro.

El pobre Apostoli había muerto, muerto sin crisis, sin sacudidas, sin dolores, como llama que se apaga, como sonido que se aleja, como perfume que sube al cielo.

Corté sus cabellos, ateniéndome a sus deseos, y le saqué el anillo, que puse en mi dedo.

Le velé toda la noche. A la mañana siguiente llegaron de Samos dos mujeres que lavaron el cadáver, le frotaron con perfumes, coronaron su cabeza con lirios y nenúfares blancos y sobre su pecho colocaron una azucena. Luego me fuí con dos piratas a la cima del altozano, y en el sitio donde él pidiera hice abrir su sepultura.

El día se pasó en transportar las mercaderías desde *La Bella Levantina* al buque pirata griego. Al atardecer, el sacerdote llegó de nuevo, se arrodilló junto al cadáver y rezó el oficio de difuntos, no sin antes hacer salir a los prisioneros, que fueron llevados frente a la tienda. Como todos querían a Apostoli, ni uno solo dejó de derramar lágrimas sobre su cuerpo.

Rezado el oficio de difuntos, colocaron el cadáver dentro de un ataúd, que llevaron a hombros y descubierto cuatro piratas. Rompía la marcha el sacerdote acompañado por dos monaguillos que llevaban antorchas encendidas: a continuación el cadáver, y luego las dos mujeres de Samos, cada una de las cuales llevaba sobre su cabeza una fuente de trigo candeal medio cocido y coronado con una paloma hecha de almendras blancas. Uvas, higos y granadas adornaban los bordes de las fuentes. Depositado el féretro al borde de la fosa, las mujeres colocaron las dos fuentes sobre el cadáver, dejándolas todo el tiempo que el sacerdote rezó sus oraciones, y luego, mientras clavaban la tapa del ataúd, las fuentes pasaron de mano en mano para que cada uno de los asistentes al acto comiera un poco de su contenido. Echaron sobre el ataúd la primera paletada de tierra, siguieron las otras, y cuando los enterradores terminaron su tarea, Constantino extendió el brazo, y con acento de dignidad extraña, dijo, volviéndose hacia los prisioneros:

—El que descansa aquí me pidió vuestra libertad antes de morir: libres sois todos. Allá os espera vuestro barco, que os devuelvo, allá el mar, donde no encontraréis obstáculos; la brisa acaba de soplar... ¡partid, sois dueños de vuestros actos!

Esta fué la oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de Apostoli.

Todo el mundo se entregó a los preparativos de marcha. Ni los pasajeros, demasiados contentos para sentir la pérdida de sus mercancías, ni el capitán, a quien era devuelto su buque, acertaban a comprender una generosidad de la que no había precedentes en la historia de los jefes piratas. Yo mismo, lo confieso, comenzaba a modificar la opinión que me merecía aquel hombre. Fortunato, que no había podido formar parte de la fúnebre comitiva, se hizo sacar a la puerta de su tienda para seguirla con los ojos. Hacia él me dirigí y le tendí la mano llorando.

—¡Sí..., sí! —me dijo con voz conmovida—. ¡Era un hijo digno de Grecia! Hemos cumplido fielmente la primera palabra que le empeñamos, y usted verá, cuando llegue el instante de cumplir la segunda, que la cumplimos con la misma fidelidad.

En el momento de ponerse el sol, a la hora misma en que Apostoli, el día anterior, había rendido el postrer aliento, una bandada de cisnes, que surcaban el cielo, se posaron sobre su tumba.

—¡Mira! —me dijo Fortunato—. ¡Son las almas de los mártires que vienen a recoger la de un bienaventurado!

Nuestro barco emprendió la partida. Cerró la noche: un viento favorable soplaba, y pronto perdimos de vista la isla de Nicaria.

XXIV

El nuevo día nos halló en medio del mar Egeo y navegando en dirección a un grupo de islas que reconocí ser las Cícladas. Aquella misma tarde entrábamos en el canal que separa a Tenos de Myconi para fondear. Constantino me dijo que allí pasaríamos la noche, y me invitó, suponiendo que fuera aficionado a ver cazar codornices con red, a seguir a algunos de sus hombres que saltaron a tierra para entregarse a la diversión indicada, volviendo luego a cenar en su compañía y en la de Fortunato. Triste y apesadumbrado por la reciente muerte del pobre Apostoli, no estaba yo para entregarme a diversiones; pero embarqué en la chalupa con los cazadores, no con ánimo de distraerme apresando codornices, sino con el de visitar la cuna flotante de Diana y de Apolo, en Ortygia.

Una hora me bastó para dar la vuelta entera a la isla, hoy deshabitada, en la que no encontré más que ruinas. Volví a reunirme con los marineros, que habían hecho una caza soberbia, merced a los reclamos con los cuales imitaron el canto de la codorniz hembra.

Encontré juntos a Fortunato y a Constantino, que me esperaban para cenar. Era la primera vez que nos sentábamos reunidos a la misma mesa, a cuya circunstancia se debió que la cena revistiera cierta solemnidad. Confesaré que, desde el momento que me dediqué con tan feliz acierto a la curación de Fortunato, no tuve el motivo más insignificante de queja con respecto a su comportamiento para conmigo: antes al contrario: observé en ellos tanta delicadeza, tanta atención, tanta cultura, que más de una vez me pareció que no armonizaban con su condición y las tuve por asombrosa anomalía. Aquella noche extremaron más que nunca sus atenciones, y por ello, terminada la cena, no pude menos de testimoniarles la sorpresa agradable que me producía su disposición de ánimo. Padre e hijo se miraron sonriendo.

—Esperábamos tus palabras —dijo Constantino—. Nos juzgas como nos juzgaría todo el que en tu lugar se encontrara, así que no tenemos derecho para quejarnos.

A continuación me refirió su historia, historia antiquísima, pero siempre nueva y palpitante de interés, de existencias excepcionales que, arrojadas del seno de la sociedad por una injusticia, no vuelven a ponerse en contacto con aquélla como no sea para devolver a los hombres el mal que de ellos recibieron.

—Ahora —dijo Fortunato, luego que su padre me contó a grandes rasgos su vida—, comprenderás el porqué de nuestra actual vida y la razón de nuestro comportamiento contigo. Después de haberme herido, me curaste la herida que recibí de tus manos. Para nosotros eres tú un hermano; pero nosotros no somos ni podemos ser para ti otra cosa que unos piratas. A pesar de eso, júranos John, que no descubrirás el retiro al que vamos a conducirte. No solicitamos tu amistad, que desde luego sabemos que no habías de conceder a piratas, pero sí el secreto, porque éste lo debes a quien te introduce en su casa y en el seno de su familia. Si te niegas a hacernos esa promesa, permaneceremos aquí, sin ir más lejos, hasta que yo esté completamente restablecido. Curado yo, quedarás libre, según nuestros convenios. De nuestro oro y de nuestras joyas, podrás llevarte todo lo que quieras, y cuenta que, en este cofre —añadió Fortunato, dando con el pie a una caja—, tenemos bastante. Te despedirás de nosotros, podrás ir a donde te acomode, quedarás en libertad de formular las reclamaciones que juzgues oportunas ante tus cónsules, y quién sabe si algún día volveremos a encontrarnos frente a frente, con las armas en la mano. En caso contrario...

Interrumpióse para sacar un relicario que llevaba pendiente del cuello y que colocó sobre la mesa.

—En caso contrario —repuso—, júrame por esta santa reliquia que mi padre recibió de manos del Patriarca de Constantinopla, que no formularás reclamaciones ni descubrirás nuestro refugio, y esta noche misma levaremos anclas, y desde mañana serás nuestro amigo,

nuestro huésped, nuestro hermano; nuestra casa será tu casa, y nada te reservaremos.

—¡Pobre de mí! —exclamé—. ¿No sabes tú, Fortunato, que en este momento soy tan proscripto como tú, y que, en vez de soñar en reclamar el apoyo de mi nación, necesito ocultarme para sustraerme a su venganza? ¿Me hablas de recompensa?... ¡Mira! —añadí, sacando el cinturón lleno de oro y de letras—. Ya ves que no las necesito. Pertenezco a una familia noble y rica, y me bastaría escribir dos líneas a mis padres para que anualmente me enviasen el doble de esta suma, que es la renta que cobra uno de vuestros príncipes. Un solo deber tengo obligación de cumplir: ir a anunciar la muerte de Apostoli a su madre y a su hermana, y poner en sus manos las dos reliquias fúnebres que me han sido confiadas. Prométeme que el día que yo quiera me permitirás cumplir esa misión sagrada, que me dejarás en libertad, y yo prestaré sobre esa reliquia el juramento que me pides.

Fortunato miró a su padre, quien le contestó con un gesto de asentimiento, y tomando entonces la reliquia, murmuró una oración, la besó y dejó de nuevo sobre la mesa, extendió sobre ella la mano y dijo con entonación solemne:

—En nombre mío y en el de mi padre, juro, poniendo a la Santísima Virgen como testigo de mi juramento, que el día que reclames tu libertad serás libre como el aire, y que te facilitaremos cuantos medios estén a nuestro alcance para que vayas a Esmirna, o a cualquiera otro lugar que desees.

Entonces me levanté yo y dije:

—Juro por la tumba de Apostoli, nuestro lazo común, hermano que nos ha hecho hermanos, que no saldrá de mis labios palabra que pueda comprometeros, como no sea cuando nada tengáis que temer y me hayáis devuelto mi palabra.

—Está bien —contestó Fortunato estrechándome la mano—. Puedes dar la orden de zarpar, padre; pues supongo que, como yo, ansías volver a los que nos esperan y llevar la tranquilidad al ánimo de los que ignoran qué ha sido de nosotros y piden a Dios por nosotros.

Inmediatamente, Constantino dió las órdenes oportunas, y momentos más tarde el movimiento del jabeque me hizo comprender que estábamos en marcha.

A la mañana siguiente, cuando desperté y subí al puente, navegábamos a velas desplegadas y a fuerza de remos rumbo a una isla que nos tendía dos lenguas de tierra, abrigo de su puerto, cual dos brazos que anhelaban recibirnos.

Aunque muy débil y muy pálido todavía, Fortunato había subido al puente, ataviado, como también su padre, con sus más ricas y lujosas vestiduras. Entramos en el puerto y fondeamos frente a una casa de hermosa apariencia, edificada al pie de la montaña, en medio de un bosque. De una de las celosías de la casa salió un brazo agitando un pañuelo blanco bordado en oro: Fortunato y Constantino contestaron el saludo disparando al aire un pistoletazo cada uno, señal de un regreso feliz. Redoblaron los gritos de alegría, y cuando pisamos tierra, nos recibieron con aclamaciones.

Estábamos en la isla de Zea, la antigua Ceos, donde atracó Néstor a su regreso de la guerra de Troya, y donde vió la luz el poeta Simónides.

XXV

La casa de Constantino alzábase en el centro de un bosquecillo de morales, olivos y limoneros, en la estribación noroeste del monte San Elías. Desde la plataforma que le servía de emplazamiento dominábase, no sólo el puerto y la población, que se extendía en círculo, sino también toda la inmensa extensión de mar comprendida entre el golfo de Egine y el Negroponto. Daba acceso a la puerta un sendero de fácil defensa que, continuando después de su recinto, subía, más escarpado por momentos, hasta la cima de la montaña, donde había una pequeña fortaleza inexpugnable, refugio seguro en caso de necesidad y provista de una guardia, cuyo centinela podía descubrir desde allí cualquier barco que se acercase a la isla en un perímetro de veinte leguas.

La planta baja que, en rigor, no era otra cosa que un pórtico inmenso, la ocupaban los servidores de Constantino, cuyo traje era el de los kleptas del Magne. Pasamos por entre aquellas tropas, que acogieron a su jefe, no como si fueran criados que reciben a su señor, sino como soldados revistados por su general.

Constantino dirigió a todos ellos palabras afectuosas, los llamó a todos por sus nombres, y les preguntó, así creí entenderlo al menos, por sus padres, sus mujeres y sus hijos, y a continuación me presentó a ellos como salvador de la vida de su hijo Fortunato. Del grupo destacóse inmediatamente un hombre, que avanzó vivamente hacia mí y me besó la mano. Como observaran que Fortunato caminaba con dificultad, cuatro hombres le tomaron en sus brazos y lo condujeron al primer piso, subiéndole por una escalera exterior que daba acceso al balcón que rodeaba la casa entera.

Ya arriba, y después de tomar café y fumar unas pipas, Constantino me llevó a mi habitación, situada en el ángulo oriental de la casa, y después de mostrarme una escalera, que descendía a la planta baja y me permitía salir directamente, retiróse a su estancia, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Quedé solo y pude meditar a mis anchas sobre lo singular de mi situación.

No puedo precisar cuanto tiempo permanecí, y menos aun cuanto tiempo hubiese permanecido abismado en mis pensamientos, si un rayo de sol, que se filtró por entre las celosías, no hubiera venido a iluminar el diván sobre el cual me había tendido. Me levanté con objeto de ahuyentar al visitante importuno; pero, cuando llegué a la ventana, olvidé el objeto que allí me había llevado. Dos mujeres, cuyas formas era imposible distinguir, tan envueltas iban en sus amplias capas, pero, a juzgar por el paso firme y ligero, jóvenes, cruzaban el patio. ¿Quiénes podían ser aquellas mujeres, de las cuales jamás me hablaron palabra Fortunato ni Constantino? Seguramente hermanas de Fortunato.

Quedé en pie junto a la ventana, y, en vez de cerrar la abertura por la que se filtraba el sol, traté de agrandarla, con el objeto de ver; más luego reflexioné que Constantino, a la menor sospecha que tuviera sobre semejante tentativa, podría trasladar mi alojamiento a otra parte de la casa, y esta consideración fué remedio eficaz contra mis deseos. Quedé, pues, inmóvil, detrás de mi ventana, abrigando la esperanza de ver a alguna de mis vecinas, si no a las dos. Al cabo de breves instantes, a raíz de haberse posado sobre el alféizar de la ventana del pabellón de enfrente dos tortolitas domesticadas, levantóse un poquito el marco, y vi que por la abertura salía una mano diminuta, que, tomando a las aves, las hizo entrar en el interior.

Estaba embelesado mirando eso, cuando se abrió la puerta de mi habitación y me anunciaron que Constantino me esperaba para comer. Interiormente di gracias al cielo por no haber sido el mismo Constantino quien vino a buscarme, pues, en este caso, al encontrarme junto a la ventana, inmóvil, habría adivinado lo que allí estaba esperando. Por fortuna, el mensajero era uno de sus pajes, el cual, no pudiendo transmitirme el mensaje más que en lengua griega, me lo hizo adivinar por medio de gestos. Lo seguí, creyendo que la propietaria de la manecita que recogió las tórtolas no faltaría a la mesa.

Me engañé. En la mesa solamente me esperaban Constantino y Fortunato, junto a una comida asiática por su composición, pero europea por su servicio.

Muchos y muy variados fueron los temas de conversación que abordamos durante la comida, pero ni una sola vez Constantino o Fortunato hicieron la menor alusión hacia lo que más me preocupaba. Luego que fumamos nuestra tercera o cuarta pipa, Constantino me dejó en libertad, diciéndome que podía distraerme, bien cazando en la isla, abundante en codornices y liebres, bien visitando sus antigüedades. Opté por esto último, y mi anfitrión mandó que me ensillaran inmediatamente un caballo y me dieran una escolta y un guía.

La orden de ensillarme un caballo me pareció peregrina, tratándose de una isla cuyo perímetro apenas si llegaría a seis u ocho leguas. Sin embargo, acepté el ofrecimiento, y acompañado por Constantino, pues Fortunato no se encontraba con fuerzas bastantes para abandonar sin necesidad sus habitaciones, bajé al vestíbulo.

Pocos minutos llevábamos de espera, cuando trajeron el caballo pedido. Constantino dijo al palafrenero algunas palabras en griego, el cual ensilló con equipo de palikaro.

Serían las dos de la tarde, y por lo tanto, no teniendo tiempo para dar la vuelta a la isla, debía escoger, para hacer mi visita, entre las ruinas de tres ciudades poderosas, Carthea, Coreso y Vouli, que en otros tiempos se alzaron sobre sus playas. Me decidí por Carthea y salí inmediatamente.

A lo largo del camino encontré infinidad de zeotas jóvenes que recogían la hoja del moral.

No tardé en llegar a mi destino, donde pude contemplar con deleite aquellas históricas ruinas en las que nació Simónides, el *Amado de los dioses*.

A eso de las seis abandoné la ciudad muerta para volver a la población viva.

Constantino y Fortunato me esperaban para cenar. Terminada la cena, que comí con gran apetito, tomamos una taza de café y fumamos algunas pipas, después de lo cual Constantino me dejó en libertad de retirarme a mis habitaciones.

Aproveché el permiso, pues ansiaba cuanto antes ver si había sobrevenido alguna variación en las celosías de mis vecinas, y brillaba una luz tan clara que se podía hacer el examen con tanta facilidad como a la luz del sol. Fué en vano que mirase, porque estaban perfectamente cerradas. Decidí entonces recorrer el recinto, con objeto de cerciorarme si había alguna otra entrada, y, en efecto, bajé al patio. En el primer momento temí que estuviésemos sometidos a la disciplina de las plazas de guerra, y que, después de las ocho, se cerraran todas las puertas; me engañé: el paso estaba libre y expedito toda la noche, circunstancia que aproveché para poner en ejecución mis designios.

Por grandes que fueran mis deseos de proceder cuanto antes a la investigación, no pude menos de detenerme un instante ante el paisaje encantador que se ofrecía a mi vista, y al cual la noche daba un carácter de sublime grandeza. Dormían a mis pies la población y el puerto, y luego un mar tan tranquilo, que semejaba una inmensa cortina de azur extendida y atirantada en forma que no tuviera ni una arruga.

Permanecí algunos momentos inmóvil, extático, ante aquella extensión que la noche hacía más misteriosa, más profunda de lo que realmente era, y luego di comienzo al recorrido del recinto de los dominios de Constantino, buscando en vano una puerta, una abertura, que permitiera poner en comunicación las miradas o la voz del interior con las del exterior: todo estaba herméticamente cerrado, todo rodeado de muros espesos de quince pies de elevación. Me lancé entonces a la montaña, con objeto de ver si lograba distinguir el jardín, pero era tal la disposición de la casa, que

la vista siempre hallaba obstáculos interpuestos entre los puntos dominantes y el objeto que aquélla buscaba. Volví triste y contrariado a mi habitación, convencido de que, en lo sucesivo, habría de conformarme con lo que pudiera sorprender a través de las celosías.

Estaba a punto de tenderme sobre el diván cuando hirieron dulcemente mis oídos unos acordes de *guzla*, pero llegaban tan débiles y apagados, que me fué imposible, en los primeros momentos, adivinar de dónde venían. Abrí sucesivamente la puerta que comunicaba con mi escalera, las ventanas que daban al puerto y las que miraban al patio, sin que creciera la intensidad de los acordes, hasta que, al fin, habiéndome acercado a la puerta que ponía en comunicación con la de Constantino, me pareció que ganaban en sonoridad las vibraciones de las cuerdas. Me detuve, y adquirí el convencimiento de que los sonidos no nacían en la habitación contigua, sino más lejos, probablemente en la que seguía a la de Constantino, es decir, en la de Fortunato.

Continué inmóvil, conteniendo hasta la respiración, hasta que al fin mi paciencia, mejor dicho, mi curiosidad, recibió su galardón: la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de Fortunato y las de Constantino se abrió un momento, las notas de la *guzla* llegaron hasta mí claras y distintas, acompañadas de una voz tan dulce, que sin temor a equivocarme podía jurar que era de mujer, y que cantaba en griego.

La audición no fué larga: se cerró la puerta, y ya no volví a oír más que las notas apagadas que antes escuchara, y que muy pronto se extinguieron por completo. Inferí de ello que la cantora, que había ido a las habitaciones de Fortunato durante mi excursión por el recinto exterior del edificio, iba a volver a las suyas. Me apresuré, pues, a abandonar la puerta para acercarme a la ventana, y en efecto, momentos después, vi entrar en el pabellón dos mujeres, blancas y veladas como sombras.

XXVI

Al día siguiente encontré mi puerta de comunicación abierta, y, a la hora de almorzar, pasé sin obstáculos desde las habitaciones de Constantino a las de Fortunato. El primer objeto que me llamó la atención fué la *guzla*, colocada en medio de los yataganes y de las pistolas. Pregunté a Fortunato, con expresión de fingida indiferencia, si era él quien tocaba el instrumento, a lo que contestó que la *guzla* era para los griegos lo que la guitarra para los españoles, o lo que es lo mismo, que todo el mundo, más o menos bien, sabía lo suficiente para acompañarse.

Como yo me preciaba de ser buen músico, y sabía que la colocación de los dedos y pulsación de la *guzla* apenas si varían de las de la viola o la mandolina, descolgué el instrumento y le arranqué algunos acordes. Constantino y Fortunato me escuchaban extasiados; hasta yo saboreaba una delicia especial haciendo hablar a aquella *guzla* que la noche anterior enviara hasta mi cuarto armonías tan dulces. Animado, canté la *Pria che spunti* de Cimarosa, que fué lo primero que se me ocurrió.

Mi éxito fué completo, y hasta me pareció que no se había circunscripto a mis oyentes visibles, sino que llegó hasta los moradores del pabellón, cuyas celosías juraría que se movieron. En vista de mi triunfo, terminado el almuerzo, pedí a Fortunato permiso para llevarme el instrumento a mi habitación, gracia que me fué otorgada.

Me guardé mucho, sin embargo, de servirme de la *guzla* en el instante mismo, pues nada temía tanto como despertar las sospechas de los dueños de la casa, en cuya mano estaba. Resolví, pues, hacer otra excursión por la isla; y como Constantino, sobre ese particular, me había concedido libertad absoluta, bajé y pedí un caballo.

Me trajeron uno que no era el de la víspera, más ligero y más fino, a juzgar por las apariencias. No bien le vi, quedé convencido de que era el de la *mano pequeñita, blanca y sonrosada*; ¿por qué? No lo sé. Desde el primer momento quise tratar al hermoso animal que me traían con todas las consideraciones y miramientos que consideré que eran debidos a la cabalgadura de la mujer. No tardé en convencerme de que el animalito, poco sensible a mis miramientos, tomaba mi delicadeza como inexperiencia, lo que me obligó a recurrir a la fusta y a las espuelas, exactamente lo mismo que hubiera hecho con cualquier caballo resabiado, a fin de hacerle comprender que se había engañado lastimosamente.

En esta excursión prescindí del guía y de la escolta. Salí de la casa y dejé que *Pretly*, nombre que di a mi montura, siguiese el camino que quisiera, seguro de que me llevaría a alguno de los encantadores sitios que su dueña solía visitar. No me equivoqué: el animal tomó un sendero que cruzaba la montaña, para desembocar muy pronto en un valle delicioso, por cuyo fondo corría un torrente, entre granados y laureles.

El sendero conducía a una gruta tallada naturalmente en la montaña y tapizada de hierbas aromáticas y de musgo. Supuse que aquel era el término ordinario de los paseos de la *mano pequeñita, blanca y sonrosada*, pues *Pretly* hizo alto espontáneamente. Eché pie a tierra y quise atarlo a un árbol, mas hube de comprender, en vista de la soberbia defensa que hizo, que estaba acostumbrado a pacer en libertad. Le quité las bridas y penetré en la gruta. Alguien había dejado allí un libro olvidado; lo abrí: eran *Los Sepulcros* de Ugo Fóscolo.

No encuentro palabras capaces de reflejar el placer que me produjo el hallazgo.

Permanecí una hora en la gruta, unas veces leyendo aquella poesía apasionada, otras clavando mis ojos en el portillo por el que se veía el mar, salpicado de velas blancas.

Me levanté al fin, guardé el libro y llamé a *Pretly* con un silbido, conforme había visto hacer a su palafrenero. El animal acudió inmediatamente. Dos horas más tarde se encontraba en la cuadra, y yo esperaba junto a mi ventana, donde, excepción hecha del tiempo que duró la comida, permanecí hasta que cerró la noche, sin que señal alguna, directa ni indirecta, me anunciase la presencia de mi vecina.

Por la noche, en las habitaciones de Fortunato oí los mismos acordes que la víspera. Cuando salieron me pareció que una de ellas, la más pequeña, había vuelto dos veces la cabeza hacia mi ventana.

Al día siguiente bajé al pueblo, que sólo conocía por haberlo atravesado el día de mi llegada. Entré en la casa de un comerciante, y, sin más objeto que el de trabar conversación con él, compré una pieza de seda. Como hablaba una especie de *patois* italiano, aproveché la ocasión para preguntarle quiénes eran las mujeres que habitaban el pabellón aislado de la casa de Constantino: me contestó que las dos eran hijas suyas. La mayor se llamaba Estéfana y Fatinitza la más joven. Luego la que se volvió dos veces para mirar mi ventana era Fatinitza. Quedé contentísimo.

Me dijo también el comerciante que una de las hermanas estaba para casarse. Con ansiedad indescriptible pregunté cuál de ellas, pero no pudo satisfacer mi curiosidad: lo único que pudo manifestarme fué que su futuro era hijo de un rico mercader de sedas, y que se llamaba Cristo Panayoti. Ignoraba con cuál de las hermanas se casaría, y era de presumir que en la misma ignorancia se encontrase el novio. Le rogué que me explicase una ignorancia que me parecía extraña e incomprensible, a lo que me contestó que rara vez se da el caso que un turco o un griego vean, antes de la ceremonia del casamiento, a la mujer con quien se casan. Ordinariamente se atiene el novio al testimonio de las matronas que, habiendo visto a la doncella en la casa de sus padres o en el baño, le responden de su hermosura y de su honestidad. Ahora bien: Cristo Panayoti se conformó con la costumbre, y sabedor de que Constantino tenía dos hijas hermosas y honestas, pidió una de ellas en matrimonio, dejando al padre el cuidado de designar la agraciada, toda vez que a él, que no había visto en su vida a ninguna de las dos, le era completamente igual una u otra.

La explicación distó mucho de llevar la tranquilidad a mi ánimo, pues Constantino lo mismo podía conceder a Cristo su hija mayor que la menor, toda vez que los derechos de edad no tienen en Oriente el menor valor.

Como nada más podía preguntar al mercader, pagué mi compra y salí de su casa. Una niña de doce a catorce años, linda como un ángel, que estaba contemplando con envidia las preciosidades del almacén, me siguió, clavada la mirada sobre la pieza que yo llevaba, repitiendo en dialecto franco que había oído hablar: *¡Bella... bella, bellísima!* Me dieron ganas de hacer feliz a aquella niña. No sabía yo qué hacer con la seda, y le pregunté si la quería. Sonrió con expresión de duda, moviendo graciosamente la cabeza y mostrándome dos hileras de perlas. Puse la seda en sus brazos y entré en la casa de Constantino, dejando a la niña inmóvil y muda, sin saber si lo que le sucedía era sueño o realidad.

Aquella noche no oí la *guzla*: Fortunato encontróse con fuerzas para dejar su habitación, y en vez de ser Estéfana y Fatinitza las que visitaron a su hermano, fueron Constantino y Fortunato los que se trasladaron al pabellón.

Pasó el día siguiente sin que nada nuevo ocurriera. Casi no me separé un instante de mi celosía, pero no vi otra cosa que las tórtolas que revoloteaban sobre el patio. Puse trigo y migas de pan en el alféizar de mi ventana, y las tórtolas vinieron a picotear, pero en cuanto intenté hacer un movimiento para agarrarlas, volaron y no volvieron más.

Los días siguientes se deslizaron pesados, grises, sin sucesos dignos de mención. Fortunato y Constantino me trataban muy bien, pero jamás me hablaban del resto de su familia. Dos o tres veces les había visitado un joven bien parecido y vestido con ostentosa riqueza: pregunté su nombre, y me contestaron que se llamaba Cristo Panayoti.

Bajé al pueblo para interrogar a mi mercader, y éste nada nuevo me pudo decir. También volví a encontrar a mi joven griega, que paseaba orgullosa por las calles de Zea, luciendo la seda que yo le había regalado. Cambié una guinea por cequíes de Venecia, regalando dos a la niña para que completara su atavío. Ella los horadó inmediatamente y los prendió, uno en cada sien, a sus cabellos, que caían en bucles sobre sus hombros. Volví, como siempre, a mi ventana, y como siempre también, la de mis vecinas permaneció herméticamente cerrada.

Mi desesperación llegaba a su límite, cuando un día presentóse Constantino en mi habitación y me dijo con brusquedad que una de sus hijas se encontraba enferma y que al día siguiente me llevaría a su lado. Hice un esfuerzo heroico para dominar mi voz, y contesté que me tenía a sus órdenes a la hora que le acomodara llamarme. Le pregunté si creía que la enfermedad podía ser peligrosa, y me contestó que no se trataba más que de una indisposición.

En toda la noche no pegué los ojos. Alboreó, al fin, penetraron por mi celosía los primeros rayos del sol, y lució el día que con tanto afán esperaba.

Me vestí. Ordinariamente empleaba poco tiempo en el atavío de mi persona. Aquel día me entretuve más: saqué el traje más bonito, traje de albanés, y me lo puse sin vacilar, pero, en cambio, fué objeto de largas delibera-

ciones el tocado de mi cabeza, pues por una parte me seducía el turbante de muselina blanca, que encuadra el rostro pasando por debajo de la barba, y el gorro colorado con su borla de seda. Al fin, teniendo en cuenta que mis cabellos eran rubios, finos y naturalmente ondulados, opté por el gorro rojo. A las ocho vino a buscarme Constantino: tres horas hacía que yo lo esperaba.

Le seguí con rostro tranquilo, pero el corazón violentamente agitado. Bajamos por la escalera privativa del dueño de la casa y atravesamos aquel patio que tantas veces y con avidez tanta habían escudriñado mis miradas.

Entramos en la primera estancia del pabellón, donde Constantino me dejó solo un momento. Estaba amueblada a la turca, y su techo, primorosamente cincelado y pintado con vivos colores, representaba escenas de gusto bizantino. Me acerqué a la celosía, cerciorándome de que, en efecto, daba frente por frente a mi ventana y que era la misma por debajo de cuyo marco vi pasar la *mano pequeñita, blanca y sonrosada.*

Volvió Constantino rogándome que le perdonara la espera y haciendo responsable de su demora al carácter caprichoso de las mujeres. Fatinitza, que había accedido a dejarse visitar por mí después de tres días de indisposición, ponía mil dificultades a mi entrada en el momento último; pero, al fin, dejóse convencer. Aproveché el permiso, y temiendo que sobrevinieran nuevos arrepentimientos, rogué a Constantino que me mostrase el camino. Echó a andar y yo le seguí anhelante.

No haré la descripción de la segunda habitación, porque mis ojos no vieron más que a la enferma que venía a visitar y que reconocí al punto como a la dama de mis pensamientos. Estaba recostada sobre uno de los cojines de seda, caída la cabeza como si no tuviera fuerzas para sostenerla. Yo quedé inmóvil en el marco de la puerta, mientras su padre se acercaba a ella y le decía algunas palabras en griego.

Como todas las mujeres turcas, su rostro desaparecía por completo bajo un velito de seda terminado en punta, y cuajado, por abajo, de rubíes. Cubría su cabeza una toca de tela de oro bordada de flores de color natural, de la cual pendía, en vez de una borla de seda, una especie de bellota formada por mil perlas. Sombreaban sus mejillas dos bucles rizados, y el resto de sus cabellos caía sobre sus espaldas en trenzas, cubiertas de moneditas de oro, llegando hasta sus rodillas. Adornaba su cuello un collar de cequíes de Venecia, unidos entre sí por medio de anillitos, y por debajo del collar, que encerraba el cuello sin llegar al pecho, un corpiño de seda dibujaba la forma de sus hombros y su seno. Las mangas del corpiño, abiertas desde encima del codo, estaban adornadas con hilo de oro por una parte y con perlas imitando botones por la otra.

Completaba su atavío un pantalón de muselina de Indias, sembrado de flores de oro, ancho, flotante, que se ajustaba al tobillo, para dejar salir dos piececitos desnudos con uñas pintadas color rosa, como las de las manos, y que su propietaria procuraba mantener ocultos.

Acababa yo de hacer el examen, que me demostró que la bella había dispuesto su atavío en forma que dejara admirar todo lo que el pudor no aconseja ocultar, cuando Constantino me indicó por medio de una seña que me acercase. Fatinitza, al ver mi movimiento de avance, hizo otro como de retroceso, y sus ojos, única parte de su rostro que yo podía ver a través de su velo, adquirieron una expresión de curiosidad inquieta, que acentuó extraordinariamente el color negro de sus párpados.

—¿Qué tiene usted? — pregunté en italiano—. ¿Qué le duele?

—No tengo nada... no me duele nada — contestó vivamente.

—¡Vamos, tontuela! —exclamó Constantino—. Ocho días hace que te quejas, que no eres la misma, que todo te hastía, que no te divierten tus tórtolas, ni tu *guzla*, ni el atavío de tu persona. Sé razonable, hija mía... ¿No decías que sentías cierta pesadez en la frente?

—¡Oh, sí! — contestó Fatinitza dejando caer su cabeza sobre el diván.

—¿Me hace el favor de darme su mano? —pregunté.

—¡Mi mano! ¿Para qué?

—Para que yo pueda apreciar su enfermedad.

—¡Nunca! — contestó Fatinitza retirando vivamente la mano.

Yo me volví hacia Constantino como solicitando su auxilio.

—No te admire lo que estás viendo —me dijo, como si temiera que las dificultades opuestas por la enferma pudieran lastimarme—. Nuestras hijas jamás ven en sus habitaciones otros hombres que a su padre y a su hermano, y cuando salen, a pie o a caballo, van siempre escoltadas y veladas. Por añadidura, las mías están habituadas a ver que todos los hombres que encuentran al paso vuelven la cabeza hasta que se han alejado.

—Pero es que yo no entré aquí como hombre, sino como médico —repliqué—. No la volveré a ver después que la haya curado, pero ahora, dadas las circunstancias, necesita usted curarse cuanto antes.

—¿Por qué razón? —preguntó la doncella.

—¡Cómo! ¿Pues no va a casarse?

—Es mi hermana la que se casa; no yo — contestó apresuradamente Fatinitza.

Respiré. La alegría que me embargó en aquel instante hizo saltar mi corazón.

—De todas maneras, es igual —repliqué—. Necesita usted curar inmediatamente para asistir a la boda de su hermana.

—Curar es lo que deseo —dijo ella suspirando—; ¿pero por qué motivo he de darle la mano?

—Para tomarle el pulso.

—¿No puede usted tomarlo sobre la manga?

—Imposible: la seda debilitaría demasiado las pulsaciones.

—No lo crea usted; mi pulso es muy fuerte.

Sonreí.

—¡Vaya! —terció Constantino—. Vamos a ver si adoptamos un término medio.

—¿Un término medio? —pregunté yo—. No comprendo... pero probaremos lo que propongas.

—¿Puedes tomarle el pulso a través de una gasa?

—Desde luego, sí.

—Convenidos, pues: sea a través de una gasa.

Constantino me presentó una gasa de seda que había sobre el diván. Yo la presenté a Fatinitza y ésta, después de envolver su mano, me la dejó tocar.

Nuestras manos, al ponerse en contacto, comunicáronse un estremecimiento extraño, de suerte que hubiera sido muy difícil precisar cuál de las dos estaba más febril. El pulso de Fatinitza era intermitente y agitado, pero el fenómeno lo mismo podía ser efecto de la emoción que de su dolencia. Le pregunté qué sentía.

—Ya se lo dijo mi padre —contestó la interrogada—. Me duele la cabeza y no duermo.

Era la misma enfermedad que sufría yo hacía varios días, y de la que estaba, en aquel momento más que nunca, resuelto a curarme. Me volví hacia Constantino.

—¿Qué es lo que tiene? —me preguntó el padre.

—En Londres y en París —contesté sonriendo—, diría que sufre de insomnio, y sometería a la enferma a un tratamiento de teatros y balnearios: en Ceos, donde la civilización está menos avanzada, diré sencillamente que sus dolores de cabeza son producidos por la necesidad de respirar el aire libre y de distraerse. ¿Por qué no monta a caballo la señorita? Cerca del monte San Elías hay valles encantadores, y sobre todo uno, por cuyo fondo corre un riachuelo, tiene una gruta deliciosa que convida a los ensueños y a la lectura. ¿La conoce usted? — pregunté a Fatinitza.

—Es mi paseo favorito.

—¿Y por qué no la visita ya?

—Porque no quiso salir desde que regresé yo —contestó Constantino—, y se ha obstinado en permanecer siempre encerrada aquí.

—¡Vaya, vaya! —exclamé—. Desde mañana hay que salir.

Como hubiese sido dar una idea demasiado triste de la medicina limitar el tratamiento a una prescripción tan sencilla, mandé que aquella noche tomara un baño de pies todo lo caliente posible, y me levanté, no obstante mis ansias de permanecer allí, temiendo que la prolongación de la visita pudiera parecer sospechosa, despidiéndome de Fatinitza, no sin antes recomendarle de nuevo paseos y distracciones. En el momento de cerrar yo la puerta, vi que se alzaba un tapiz de enfrente: era Estéfana que, no habiéndose atrevido a asistir a la consulta, corría a informarse de los incidentes de aquélla.

Constantino creyóse en el caso de acompañarme hasta mi habitación para excusar a su hija..., que sólo Dios puede saber si necesitaba excusas. Sus temores, lejos de ser un defecto a mis ojos, la realzaban más y más, eran un nuevo encanto. Gracias a él, nuestra primera entrevista, por lo mismo que había tenido algo de extraño, quedaba tan profundamente grabada en mi alma, que me parecía que, aunque pasase mucho tiempo, ni el menor detalle de la misma se borraría de mi memoria. En efecto: hoy, no obstante mediar un intervalo de más de veinticinco años entre la hora en que entré en aquella habitación y el momento en que escribo, me basta cerrar los ojos para ver a Fatinitza tal como estaba allí, y hasta me parece que, con extender el brazo, la tocaría...

XXVII

Muy difícil me sería decir qué pasó por mí aquel día. A raíz de quedar solo en mi habitación, las dos tortolitas salieron de la de enfrente y comenzaron a revolotear junto a mi ventana.

Después de comer, tomé el poema de Ugo Fóscolo, bajé a la caballeriza, ensillé yo mismo a *Pretty*, monté y, dejándolo que siguiera el rumbo acostumbrado, me dirigí a la gruta que al día siguiente debía recibir la visita de Fatinitza.

Permanecí en ella una hora, entregado a sueños deliciosos, besando unas tras otras las páginas del libro que sus dedos habían tocado y que sus ojos habían leído. Se me figuraba que, cuando ella volviera a abrirlo, encontraría en sus hojas las huellas de mis besos. Al fin, lo dejé en el mismo sitio donde lo encontrara, señalando con un ramito de hiniesta la página última que había leído.

A la caída de la tarde volví a mi habitación, pero me era imposible permanecer entre cuatro paredes, necesitaba aire para respirar. Di la vuelta a las murallas del jardín, que me parecieron menos elevadas que la primera vez, y hasta finalmente escalables con el auxilio de una escala de cuerda. Pasé la noche sin conciliar el sueño: no me admiró, pues era mi costumbre desde varios días antes.

Constantino vino a buscarme a las ocho, para que hiciera mi segunda visita a Fatinitza. Me encontró tan dispuesto como la víspera, porque, aunque nada me había dicho, lo esperaba. Seguíle sin tardanza y fuimos al pabellón.

Experimenté un momento de indecisión al abrirse la puerta de la habitación de Fatinitza. Acompañábala su hermana Estéfana; ambas vestían exactamente igual, ambas estaban acostadas sobre los cojines, y como su posición no permitía apreciar las diferencias de talle y cuerpo, y sus rostros estaban cubiertos, no supe distinguirlas en el primer momento; verdad es que el mismo Constantino tuvo sus dudas. No tardé, empero, en acercarme a Fatinitza, a la que conocí por el brillo peculiar de los ojos.

—¿Qué tal se encuentra usted hoy? —pregunté.

—Mejor —contestó la doncella.

—¿Tiene la bondad de darme la mano?

Me la alargó sin dificultad y sin exigir ni mangas de seda ni tules de gasa. Probablemente se habría quejado Constantino de su esquivez exagerada, y sus quejas produjeron efecto. La encontré como el día anterior: un poquito febril y el pulso agitado.

—Cree que se halla mejor —dije— y yo la encuentro peor. En consecuencia, exijo que pasee usted, que dé un paseo a caballo: el aire de la montaña y el ambiente fresco del bosque le sentarán bien.

—Haré cuanto usted me mande —contestó ella—, pues me dijo mi padre que, mientras dure mi indisposición, delegó en usted toda su autoridad.

—Y, sin duda, porque hago las veces de padre pretendía usted engañarme hace un momento, afirmando que se encuentra mejor: ¿no es eso?

—No pretendía engañarle; manifesté lealmente lo que siento. Hoy me encuentro mejor, ha desaparecido mi dolor de cabeza, respiro más libremente y ya no me oprime el pecho el peso que antes lo oprimía.

Era precisamente lo que me pasaba a mí, lo que me hizo sospechar si entre nuestras indisposiciones respectivas mediaría una analogía completa.

—Pues bien —repuse—, puesto que se encuentra mejor, es necesario seguir el tratamiento comenzado hasta la curación definitiva... Me parece —añadí, dirigiéndome a Constantino— que puedo asegurarle que ni la dolencia es peligrosa ni durará mucho.

Fatinitza exhaló un suspiro. Yo me levanté para retirarme.

—Estaremos aquí un rato —dijo Constantino—. Le dije a Fatinitza que tocas muy bien la *guzla* y tiene deseos de oírte.

No me lo hice repetir. ¿Qué me importaba el pretexto? Para mí, lo importante era poder permanecer todo el tiempo posible cerca de la que amaba. Tomé la *guzla*, y después de ensayar algunos acordes, acudió a mi memoria una canción siciliana que había oído cantar a los marineros de *La Bella Levantina*.

La emoción que me dominaba dió a mi voz tales acentos de ternura, que cuando cantaba la última estrofa, Fatinitza levantóse el velo para secar una lágrima y me dejó ver la parte inferior de un óvalo aterciopelado como un durazno no tocado por manos humanas. Me levanté para retirarme, mas Fatinitza, al advertir mi movimiento, dijo con vivacidad:

—¡La quiero!

—¿El qué? —pregunté yo.

—Esa música y la letra.

—Las copiaré.

—Tenía usted razón: me encuentro mucho mejor y conozco que sin inconveniente puedo montar a caballo.

Hice una reverencia, y Constantino y yo salimos.

—Es una niña caprichosa que se enfurruña, y ríe, y dice: "¡Quiero esto!"... Es natural; su pobre madre la mimó siempre, y yo..., yo he seguido la obra de su pobre madre. Comprenderás que soy un pirata muy especial.

—Confieso que había oído hablar de estas anomalías, que sólo existen en los pueblos esclavos, donde los hombres más esforzados y los más generosos son los que se colocan fuera de la ley: había oído hablar de ellas, repito, pero no las creía.

—¡Oh! No vayas a creer que todos mis colegas son como yo —contestó riendo Constantino—. Yo no juré odio y exterminio más que a los turcos. Cierto que alguna vez, muy contadas, ataco a algún pobre buque que me salga al paso, como hice con *La Bella Levantina*; pero solamente cuando hemos tenido una campaña muy mala, cuando comprendo que, volverme con las manos vacías, sería causa de que mis marineros murmurasen...

—¿Es cierto que ahora vas a separarte de una de tus hijas? —le pregunté, interrumpiéndolo.

—No; porque Cristo Panoyoti reside en Zea.

—¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, cuándo se celebrará la boda?

—Creo que dentro de ocho días. Para ti será interesante ver una boda griega.

—¿Es que podré asistir?

—Pues qué: ¿no eres de la familia?

—Entré en ella por la puerta de una herida.

—Que ha cerrado la mano misma que la produjo.

—¿Cómo pueden asistir las mujeres a las comidas con el velo puesto?

—¡Ah, no! En las grandes solemnidades descubren su rostro. Por otra parte, no son ya los celos los que las obligan a ir veladas; es la costumbre, y más que nada la coquetería. El velo oculta la cara de las feas, y en cuanto a las bonitas no necesitan que nadie les enseñe a mostrar el suyo cuando quieren. ¿Vendrás a pasear con nosotros?

—Gracias, pero no me es posible. ¿Has olvidado que me hicieron un encargo? Dado el carácter que me dices tiene Fatinitza, si no le copio inmediatamente la canción, me aborrecerá de muerte, y no quiero, cuando me despida de vosotros, dejar sentimientos tan malos en la familia.

—Los sentimientos que dejarás, lo mismo que los que llevarás contigo, quiero esperar que serán recuerdos gratos que te traerán quizá algún día a nuestra desventurada patria, si al fin se decide ésta a lanzar el grito de libertad.

No bien quedé solo, corrí a la ventana, pues sabía que Fatinitza y Estéfana iban a salir. Minutos más tarde abríase la puerta del pabellón y salían las dos hermanas. Mientras atravesaron el patio, ni la una ni la otra levantaron la cabeza: Fatinitza, lo mismo que yo, temía despertar sospechas.

¡Qué de contrasentidos tiene el amor!

Me trajeron tinta, papel y plumas, y puse manos a la obra de escribir la canción pedida. Mientras copiaba, distinguí delante de mi ventana la sombra de las alas de una de las tortolitas. Levanté la celosía; coloqué entre ésta y el marco la regla que me habían traído para tirar líneas en el papel, até a la regla una cuerdecita, cuyo extremo contrario dejé al alcance de mi mano, puse trigo en la ventana, y momentos más tarde entraba la tórtola. Tiré de la cuerdecita, me llevé la regla, cayó la celosía y la tórtola quedó prisionera.

—¡Cuán viva fué mi alegría!

Como un avaro la retuve a mi lado y no la puse en libertad hasta que el ruido que producían los caballos vino a anunciarme el regreso de las excursionistas. La tórtola, en vez de alzar vuelo, quedó sobre el alféizar de mi ventana, como si a ello estuviese acostumbrada, y cuando vió que Fatinitzia atravesaba el patio, posóse sobre su hombro, como si quisiera repetirle sin tardanza las mil frases rebosantes de amor que me había oído pronunciar.

Una hora después venían a preguntarme si había escrito la canción.

Aquella noche, mientras yo, como de ordinario, recorría el recinto, oí desde el jardín los acordes de la *guzla*. Fatinitza estudiaba la canción que me había oído cantar, y, a fin de que yo no pudiese saber que se ocupaba de mí, la ensayaba en un sitio donde suponía que yo no podría oírla.

Al día siguiente, como Constantino no apareciera a la hora en que solía venir a buscarme, pregunté por él, y averigüé que había salido por la mañana para arreglar los preparativos de boda con el padre de Cristo Panayoti. Creí que no tendría la dicha de ver aquel día a Fatinitza, pero cuando mi desesperación había llegado a su punto culminante, presentóse en mi habitación Fortunato, que venía a buscarme en representación de su padre.

Fué una visita de despedida: Fatinitza estaba completamente restablecida; el paseo de la víspera había obrado el milagro. La bella joven, siguiendo punto por punto mis prescripciones, había visitado la gruta, pues el libro de Ugo Fóscolo que en ella dejara yo, lo vi a su lado. Busqué entre sus hojas el ramito de hiniesta: no estaba. Con algunas palabras llenas de gracia me pagó Fatinitza la canción siciliana: pregunté si la había estudiado, y Fortunato, adelantándose a su hermana, me dijo que la noche anterior la había cantado delante de él y de su padre. Le supliqué entonces que me la permitiera oír, seguro de que, cantada por su boca, adquiriría nuevos encantos. Se excusó con coquetería, pero repliqué que era el precio que yo exigía por mis visitas médicas, y cantó.

Era su voz de *mezzo-soprano*, muy extensa, y tenía trinos inesperados de un atrevimiento casi salvaje, pero que daban a su canto, triste y dulce en las notas graves, expresión desgarradora en las altas. Lo más interesante para mí fué que, para cantar, tuvo necesidad de alzar la parte baja de su velo, gracias a lo cual pude ver sus labios, rojos como cerezas, y sus dientes, finos y blancos como perlas.

Mientras cantaba, una de las tórtolas posóse sobre sus rodillas y otra sobre su hombro. Esta última era la privilegiada, la que yo había aprisionado la víspera. En su calidad de favorita a la que todo está permitido, desde el hombro había pasado al pecho, y en el punto que Fatinitza dejaba de cantar y separaba el brazo para colocar la *guzla* sobre el diván, hundía su cabeza por la abertura del corpiño y sacaba en el pico el ramito de hiniesta, ajado y marchito, que yo había buscado en vano entre las hojas del libro.

Fué un milagro que yo no lanzara un grito. Fatinitza bajó con presteza la punta de su velo, pues su rostro se había teñido de pronto de un carmín muy encendido que, no obstante el velo que ocultaba las dos terceras partes de aquél, vi que ganaba la parte inferior de las mejillas, semejante a los reflejos de una llamarada. Y como si quisiera castigarme por haber sorprendido su secreto, se levantó bruscamente, y apoyándose sobre el brazo de Estéfana, me dijo adiós. Debió arrepentirse, sin embargo, de haber pronunciado una palabra tan dura, pues añadió casi en seguida:

—Quiero decir, hasta la vista; porque ahora recuerdo haber oído decir a mi padre que, dentro de ocho días, usted asistiría a la boda de mi hermana.

Sin esperar contestación entró en las habitaciones de Estéfana, y Fortunato y yo salimos por la puerta opuesta.

Aquellos ocho días me resultaron horriblemente largos, pero al mismo tiempo pródigos en sensaciones dulces, porque eran días llenos de esperanza. Todas las mañanas me visitaba la tórtola. Además aproveché el tiempo para dibujar un retrato, que se parecía maravillosamente al original, o, mejor dicho, a la parte original que yo conocía. La representaba tañendo la *guzla*, y veíanse sus ojos a través de las aberturas del velo y la parte inferior de su rostro. Tuve intenciones de completar el retrato, confiando a mi fantasía la tarea de crear las facciones que el velo me impidiera ver; pero cuantas veces tomé el lápiz para hacerlo, desistí, pues me pareció que crear algo que no fuera la realidad, era tanto como cometer una profanación. Al fin alboreó el noveno día, que era el de la boda.

XXVIII

Una estrepitosa sinfonía despertó a todos los habitantes de la casa esa mañana. Me vestí presuroso y corrí al balcón. En el patio había una banda de músicos que avanzaba al frente de larga fila de labradores, de los cuales los dos primeros llevaban sobre sus hombros un cabrito y un cordero respectivamente, con las patas y los cuernos dorados, y todos los demás,

los corderos y las ovejas que debían formar el rebaño propiedad de la esposa. Con ellos venían doce criados que llevaban sobre sus cabezas grandes canastillas cubiertas, que contenían ricas telas, adornos, joyas y *paras* acuñadas, y cerraban el cortejo los hombres y las mujeres que, desde aquel día en adelante, constituirían la servidumbre de la desposada.

Les fueron franqueadas las puertas por Constantino y Fortunato. La comitiva atravesó el primer patio, entró en el segundo, y desde éste pasó al pabellón, donde todos depositaron a los pies de Estéfana los presentes que su prometido le enviaba. Momentos después llegaba el novio acompañado por su familia. Las mujeres pasaron a las habitaciones de Estéfana y los hombres quedaron juntos. Una hora más tarde salieron a avisar que podíamos pasar a las habitaciones de la novia, la cual nos esperaba, sentada en un sofá, en una de las salas bajas que yo no había visitado todavía, y que correspondía a las habitaciones de Constantino.

El tiempo transcurrido desde la llegada del cortejo lo habían dedicado al atavío y adorno de la desposada, y en honor a la verdad y a las camareras futuras de Estéfana, he de decir que hicieron cuanto supieron para robar, a fuerza de adornos estrambóticos, encanto y hermosura a su señora.

No me había repuesto de la impresión poco grata que me había producido la novia, cuando apareció Fatinitza. No la habían desfigurado. Contra la costumbre, ningún adorno extraño velaba los encantos de su rostro divino, limpio de tinturas y carmines artificiales. ¡Oh! ¡Con cuánta efusión le agradecí, desde el fondo de mi alma, que se me mostrase tal como Dios la había hecho! Paseó rápidamente sus ojos por la concurrencia para posarlos un momento sobre mí; un solo momento, es verdad: pero todo el vocabulario humano no habría podido decirme lo que su mirada me dijo.

En cada mano llevaba un manojo de hilos de oro de diferentes longitudes, cada uno de los cuales correspondía a otro de su mismo largo. Presentó a los hombres los de la mano derecha y los de la izquierda a las mujeres. Cada cual tomó el suyo. Mientras durasen los festejos de la boda, cada hombre debía acompañar constantemente a la mujer cuyo hilo de oro fuera del largo del suyo, y, terminadas las ceremonias, el galán habría de devolver el hilo a su dama. Si durante aquel breve intervalo la dama había sentido alguna simpatía hacia el galán que la suerte le destinaba, unía por medio de un nudo los dos hilos y los colocaba juntos ante una imagen de la Virgen, abrigando la esperanza de que esta fuente inagotable de amor atase en el cielo lo que ya estaba atado en la tierra, es decir, dos existencias de cuya unión era símbolo la igualdad de hilos.

Cuando me llegó el turno de sacar mi hilo, Fatinitza no me dejó tiempo para escoger: me presentó uno que yo me apresuré a tomar. Dueños ya todos del suyo, procedióse a la operación de medirlos: creo inútil decir que la suerte, puesta de acuerdo con mi ansia de amor, hizo que el mío fuera el correspondiente al que el azar dejó en manos de Fatinitza. Seguidamente, la más joven de las amigas de Estéfana tomó una bandeja de plata y pasó, presentándola a todos los convidados. Los productos de la colecta son para la desposada, y a aquélla concurren todos, en la medida de sus fuerzas, desde el más pobre al más rico.

Sin esfuerzo comprenderá el lector que yo deposité en la bandeja todo lo que llevaba sobre mí. Terminada la colecta, la jovencita que la hizo depositó la bandeja a los pies de Estéfana. Tratándose de familias pobres, con frecuencia constituye la colecta la dote única de la desposada, y si la novia es rica, se destina a hacer un regalo a la Panagia.

Apenas terminada la ceremonia que acabo de describir, entró el sacerdote acompañado por tres monaguillos, uno de los cuales, el del centro, llevaba el libro, y cirios los otros dos. Pasó, y fué a sacar a la novia, que continuaba sentada sobre el sofá, y la presentó a su padre, llevándola por la mano. Llegada la desposada frente a su padre, hincóse de rodillas, y éste, puesta la mano extendida sobre su cabeza, le dijo:

—Yo te bendigo, hija mía: sé buena esposa y buena madre, como lo fué aquella a la que eres deudora de la vida, a fin de que tú, a tu vez, la des a hijas que, andando el tiempo, sean lo que tú has sido.

Pronunciadas estas palabras, alzó a su hija del suelo y la abrazó.

Entonces el sacerdote condujo a Estéfana al centro de la sala, y la colocó vuelta de cara a Oriente; avanzó Cristo y se puso a su lado; a la derecha de Cristo se puso un hermano de éste, y a la izquierda de la futura, Fatinitza. Los dos monaguillos que llevaban los cirios quedaron a uno y otro extremo de la línea. Fortunato presentó, en una bandeja de plata, dos anillos al sacerdote, quien, después de bendecirlos, hizo con ellos la señal de la cruz sobre la cara de cada uno de los esposos, y dijo, en voz alta, estas palabras, que repitió tres veces:

—Cristo Panayoti, siervo de Dios, es el prometido de Estéfana, sierva de Dios.

Seguidamente pronunció, también tres veces, la fórmula siguiente:

—Estéfana, sierva de Dios, es la prometida de Cristo Panayoti, siervo de Dios. En en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entonces puso un anillo en el dedo meñique de cada uno de los esposos.

Terminada la ceremonia de los esponsales, procedióse a la del matrimonio.

Enlazaron los esposos los dedos meñiques de sus manos derechas, quedando Cristo con la cara vuelta a Oriente y Estéfana a Occidente. Todos los concurrentes cayeron de rodillas, el sacerdote recitó las oraciones del ritual, que leía en el libro que el monaguillo le presentaba abierto y apoyado sobre su pecho; tomó a continuación dos coronas, una en cada mano, y, cruzando los brazos, las colocó alternativamente tres veces sobre las frentes de los esposos, diciendo cada vez:

—Cristo Panayoti, siervo de Dios, es coronado con Estéfana, sierva de Dios. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entregó entonces las coronas, una al hermano de Cristo y otra a Fatinitza, quienes las sostuvieron sobre las cabezas de los esposos durante el resto de la ceremonia, y leyó en alta voz el Evangelio que comienza con las palabras siguientes:

"En aquel tiempo, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea..."

Leído el Evangelio, ofreció vino tres veces a los esposos, y mientras éstos bebían, los concurrentes entonaron un cántico.

A la terminación, el sacerdote tomó por la mano al esposo, quien a su vez asió con la que le quedaba libre la de su esposa, y los tres, seguidos por el hermano de Cristo y por Fatinitza, que continuaban sosteniendo las coronas, dieron tres vueltas a la sala, mientras los asistentes cantaban. Terminada la tercera vuelta, y, vuelto hacia la esposa, el sacerdote terminó la ceremonia con las siguientes palabras:

"¡Y tú, esposa, sé fiel, como Sara, y feliz como Rebeca!"

Volvió a tomar por la mano a la desposada y la condujo al lugar que en el sofá ocupaba cuando él entró. Un momento después, vinieron a avisar que todo estaba dispuesto para conducir a la recién casada a la casa de su marido, anuncio que fué como la señal de bajarse todos los velos, incluso el de la desposada.

Un caballo esperaba frente a la puerta: montó Estéfana, y seguidamente colocaron a un niño a la grupa. Pusiéronse los músicos a la cabeza del cortejo, y detrás de aquéllos formaron una porción de doncellas pobres de la población, entre las cuales reconocí a mi niña griega, luciendo mi vestido de seda. Las niñas en cuestión hacían el camino danzando. Seguían luego una porción de hombres, especie de juglares, que cantaban canciones que arrancaban grandes risotadas a los hombres, y que indudablemente habrían encendido el rostro de las mujeres si no lo llevaran velado. A los juglares seguía la recién casada, a caballo, acompañada por sus amigas, y cerraban la marcha los hombres, guiados por Constantino y por Fortunato, que tenía la herida completamente curada.

En esta forma llegamos a la casa del recién casado, una de las más hermosas de Zea. Adornaban la puerta hermosas guirnaldas, y sobre el umbral, tapizado de flores, quemaban perfumes, como en las entradas de las grandes casas antiguas. La disposición del edificio era similar a la de la casa de Constantino

La sala del festín era una especie de cuna formada por ramas de árboles y de techumbre bastante baja. Verdad es que no era preciso darle mayor elevación, sencillamente porque hacía las veces de mesa un rico tapiz extendido sobre el suelo. Sobre el tapiz se sirvió una comida espléndida, verdaderamente homérica, en la cual figuraron carneros enteros.

Transcurrió la comida en medio del mayor bullicio y amenizada por una música atronadora y ensordecedores cantos profanos y religiosos, mezclados de la manera más singular y grotesca. Duró muchas horas, no obstante lo cual, si es cierto que saboreé el placer inefable de ver a Fatinitza, no lo es menos que sólo pude cambiar con ella contadas palabras.

Terminó el banquete después de bien regados los postres con ricos vinos de Chipre y de Samos, que llevaron la alegría y la animación a su grado máximo, y comenzaron las danzas.

Dábame derecho mi hilo de oro a ser el galán de Fatinitza; mas, ¡pobre de mí!, aunque yo bailaba muy regularmente la *sigue*, desconocía por completo las figuras de las danzas griegas. Con todo el dolor de mi alma hube de confesar mi ignorancia a mi adorada, añadiendo que, a pesar de todo, me tenía a su disposición, y que podía sacrificarme con entera libertad, si tal era su deseo. Tuvo Fatinitza la magnanimidad de no obligarme a danzar, prueba de amor la más grande que podía darme. Una mujer enamorada no quiere que se ponga en ridículo aquel a quien ama.

Invitó para que bailara con ella a Fortunato; segunda prueba de amor: no quería darme celos y bailaba con su hermano una danza muy curiosa.

A ésta siguieron muchas otras danzas, pero Fatinitza, pretextando fatiga, no volvió a bailar, y fué a sentarse junto a su hermana, donde permaneció hasta que la música dió la señal de retirada. Las mujeres, entonces, apoderáronse de la desposada y la condujeron al tálamo. Este estaba instalado en la habitación más hermosa de la casa, era un lecho expuesto entre dos cirios bendecidos y de proporciones enormes, que debían arder toda la noche. Antes que la desposada entrase en la habitación del tálamo, un sacristán roció con agua bendita todas las partes de la sala, a fin de expulsar de ella a los malos espíritus. Terminada la ceremonia y adquirida la seguridad de que quien allí descansara lo haría entre genios benéficos, entró Estéfana con su hermana y con su mejor amiga. Un cuarto de hora después salieron solas las dos doncellas, y el marido fué conducido por amigos suyos a una puerta excusada, ligeramente cerrada por dentro, que hubo de forzar para que le diera paso. En el pueblo griego, primitivo y pródigo a la vez en imágenes, todo es simbólico,

Había terminado la ceremonia. Los invitados nos retiramos, pero sin seguir orden alguno. Los jóvenes dieron su brazo a sus parejas y como mi hilo de oro me daba derecho al de Fatinitza, me cupo al fin el placer de sentir el suyo apoyado sobre el mío, bien que tan suavemente como el pajarillo roza con sus alas la rama del árbol sobre la cual se posa. ¿Quién es capaz de repetir lo que nos dijimos? Nadie. No hablamos una sola palabra de amor, y sin embargo, agotamos el vocabulario del amor.

Todo había pasado como un sueño fugaz a la mañana siguiente, pues ni se nos presentaría ocasión de vernos, ni hallaríamos pretexto ni medio para comunicarnos. Los dos o tres días primeros viví relativamente feliz, apelando a los recuerdos, pero luego sentía en el fondo de mi alma un dolor inmenso. Me pasé un día entero viendo si encontraba medios de escribir a Fatinitza, o, mejor dicho, de hacer llegar mi carta hasta sus manos. No encontré ninguno y creí volverme loco.

A la mañana siguiente vi que la tortolita revoloteaba frente a mi ventana. Di un salto de alegría, pues se me ocurrió que ya tenía una mensajera segura y discreta. Levanté la celosía, entró el avecilla con presteza, y me puse a escribir sobre una tira de papel lo siguiente:

"Adoro a usted, y muero si pronto no vuelvo a verla. Esta noche, de ocho a nueve, daré la vuelta al jardín y esperaré sentado en el ángulo oriental. ¡Por Dios! ¡Una contestación, una palabra, una señal, que me dé a entender que usted se compadece de mí!"

Coloqué el billetito debajo de una de las alas de la tortolita y ésta trasladóse a la ventana de su ama, desapareciendo en seguida por debajo de la celosía. Todo el día fuí víctima de estremecimientos bruscos, de terrores infinitos, de dudas, de sospechas desgarradoras, de temores de haber interpretado mal a Fatinitza, tomando como prueba de amor lo que no lo era. Llegó la noche. Salí una hora antes de la indicada en mi carta: tomé dirección opuesta a la que conducía al muro del jardín, y, dando una gran vuelta, concluí por sentarme junto al ángulo oriental.

Dieron las nueve. Mientras sonaba la última campanada, cayó a mis pies un ramo: Fatinitza había adivinado que yo me encontraba ya en el lugar de la cita. Me precipité sobre el ramo, que no era contestación a mi carta... pero, ¿qué importaba? Era un mensaje. De pronto recordé que en Oriente se hace hablar a las flores, y que un ramo es a veces una carta, en cuyo caso se llama *salam*, que significa *salud*. Formaban el ramo velloritas y claveles blancos... Al punto recordé que las flores que toda mi vida había preferido eran las velloritas y los claveles blancos; pero... ¡suerte cruel! ¡Ignoraba el significado de las mismas!

Cien veces las besé antes de colocarlas sobre mi corazón. Fatinitza había olvidado sin duda que yo era natural de un país donde las flores tienen nombre, colores y algún perfume, pero no lenguaje. Quiso contestar mi billete, y yo me encontraba en la imposibilidad más absoluta de descifrar el significado de su contestación, y, por añadidura, no me atrevía a preguntarlo a nadie por miedo a cometer una indiscreción. Entré en mi habitación; me encerré en ella, deshice el ramo, esperando encontrar un billetito entre sus flores. Nada encontré: el billete eran las flores mismas.

De pronto surgió en mi memoria el recuerdo de mi niña griega. Aunque pobre y atolondrada, era posible que conociera la ciencia de aquella lengua misteriosa y perfumada, en cuyo caso, al día siguiente sabría yo qué había contestado Fatinitza. Me tendí sobre mi diván, teniendo el ramo en la mano y ésta sobre el corazón, y soñé... sueños de color de rosa. Al despuntar el día desperté y bajé a la población. Las calles estaban casi desiertas, porque era muy temprano. Veinte veces las recorrí, hasta que al fin encontré a la que buscaba. Como cada vez que la encontraba le daba alguna cosa, en cuanto me vió acercóse a mí dando saltos de alegría.

Le di un cequí a la par que le hacía señas para que me siguiera. Llegados a un sitio solitario, saqué el ramo de mi pecho y le pregunté qué significaban las flores. Me dijo que la vellorita significaba esperanza y el clavel blanco fidelidad. Le di otro cequí y volví a casa radiante de alegría, no sin recomendar a la niña que no dejara de esperarme a la mañana siguiente en el mismo lugar.

XXIX

Era indudable que Fatinitza no disponía de tinta ni de papel, y que no los pidió por temor de inspirar sospechas.

Antes de saber si la tortolita vendría a buscar mi billete, procedí a escribirlo. ¿Por qué? Porque tenía necesidad de expansionar mi corazón trasladando al papel sus ansias. Mi carta fué una mezcla de frases de alegría, de protestas de amor y de quejas: de todo tenía; anhelaba confesarle que la amaba, aun cuando a raíz de mi confesión debiera morir.

Vi la sombra de las alas de la tórtola: decididamente era un excelente correo. Entreabrí mi celosía y pasó con presteza, como si fuera dueña de nuestro secreto y temiera vendernos. No fué un billete, sino una carta muy extensa la que yo tenía preparada, una carta que temí que no pudiera llevar debajo de sus alas. Nada quise quitar, empero. Ocurrióseme entonces que, si escribía otra carta, esta segunda serviría de contrapeso a la primera. Fué una idea feliz que inmediatamente puse en ejecución: el éxito respondió a mis esperanzas, pues, cargada la tórtola con las dos cartas, emprendió el vuelo sin la menor dificultad.

Aquel día no me atreví a acompañar en la mesa a Constantino y a Fortunato, pues mi corazón, no bien cesaba de latir como el de un insensato, me lanzaba al rostro crueles reconvenciones. Bajé al patio, mandé ensillar a *Pretly*, monté y me confié al instinto del animal, el cual, como de costumbre, me llevó a mi gruta favorita.

Llamé a un pastor que apacentaba su rebaño en la ladera de la colina opuesta, y le compré pan y leche. Todo el día me lo pasé soñando despierto en la gruta, solo, porque necesitaba estar solo. Regresé a casa al anochecer, encontrando en el patio a Fortunato, a quien dije que había dado la vuelta a la isla y visto verdaderas maravillas.

Salí de mi habitación minutos antes de las nueve, y cuando el reloj señalaba esta hora, pasó, como la víspera, sobre el borde del muro un ramo que vino a caer a mis pies. Ya no lo formaban las mismas flores que el anterior, circunstancia que demostraba que el ramo era contestación directa de mis cartas.

El ramo componíase de acacias, de palominas y de lilas.

Llevé el ramo a mi habitación y lo coloqué sobre mi pecho durante la noche entera. No bien se hizo de día, me llegué al pueblo, encontrando a mi griega en el sitio de la cita. Le enseñé el ramo: Fatinitza me contestaba que también ella experimentaba dulces emociones de amor, pero llenas de inquietudes y de terrores. No podía contestar mi carta con mayor claridad. Salí maravillado de un idioma tan encantador. Vuelto a mi habitación, escribí la carta siguiente:

Gracias... gracias de rodillas, ángel adorado. Bendigo la emoción que experimentas, y que en mí es una locura, pero, dime: ¿qué causa motiva tus inquietudes, qué fundamento reconocen tus terrores? ¿Temes, acaso, que el amor que te profeso no corresponda a tus merecimientos? ¿Te inquieta la duración de mi pasión? Mi amor, ángel querido, es mi vida, ha invadido mi sangre, forma un todo inseparable de mis pensamientos, y cuando mi corazón deje de latir, cuando mi inteligencia se extinga, me parece que mi amor seguirá viviendo lozano y pujante, porque mi amor es mi alma, y en realidad, sólo tengo alma desde el día que te vi.

Cesen, pues, tus temores, Fatinitza adorada; cesen tus inquietudes, ángel mío: permíteme que te vea una hora para decirte con los labios, con los ojos, con todas las facultades de mi alma: "Te adoro, Fatinitza; te quiero más que a mi vida, más que a mi alma, más que a mi Dios"; si luego que te haya dicho todo eso, persisten tus temores, ¡oh!, entonces renunciaré a ti, abandonaré a Ceos, me iré a cualquier rincón del mundo, no para olvidar que te he visto, sino para morir porque no te veo.

Fatinitza recibía mi carta dos horas después de escrita y aquella noche tenía yo su respuesta. Componíase ésta de una sola flor amarillenta, que significaba que Fatinitza sentía las mismas impaciencias amorosas que yo, pero que presagiaba que nuestra pasión se vería amargada por grandes dolores.

Intenté combatir presentimientos tan extraños, lo que no me fué difícil, pues las razones que para ello empleé se agitaban poderosas en el fondo de su mismo corazón. ¿Qué desventuras podían amenazarla a ella que no se cernieran también sobre mi cabeza? Y, en ese caso, ¿no era preferible sufrir por habernos visto que ser desgraciados por no vernos? En cuanto a las dificultades que pudieran oponerse a una entrevista personal, a fe que podíamos vencerlas sin grandes esfuerzos. Constantino y Fortunato, ignorantes de nuestro amor, no nos espiaban; en consecuencia, nada nos impedía que, llegada la noche, nos reuniéramos en el jardín. Para ello no necesitábamos más que una escala de cuerdas, que yo me encargaría de echar y que ella sujetaría a un árbol cualquiera por un extremo, mientras yo ataba el otro a una piedra de mucho peso. Si Fatinitza accedía a mis deseos, me enviaría un ramo de heliotropo. La tórtola fué la mensajera encargada de llevar tan hermoso proyecto.

Para Constantino y Fortunato, desde algunos días antes, me había invadido un amor infinito hacia todo lo antiguo; de aquí que no les admirase ver que me iba a casa no bien tomaba el desayuno. Hice ensillar a *Pretly* y bajé a la población, compré cuerdas y fuí a esconderme en mi gruta, donde comencé y terminé mi escala. La arrollé alrededor de mi cintura, y llegué de regreso a casa cuando calculé que habrían comido ya.

Constantino y Fotunato habían salido. Aquellas aves de mar, después de seis semanas de inactividad, sentían ansias de mover las alas y habían ido a visitar su jabeque latino. Cerró la noche y salí a buscar mi ramo, que no llegó. Nada oí. Esperé inútilmente hasta más de la una de la madrugada y hube de volverme a mi habitación con la desesperación en el alma.

Me tendí sobre el diván acusando a Fatinitza de dura y cruel, jurando que no me amaba, que era coqueta, como buena hija de Oriente, que había jugado con mi pasión alimentándola con esperanzas mentidas para retroceder luego al verla llegada a su límite máximo. Me pasé la noche entera escribiendo amenazas, excusas, protestas de amor, en una palabra: una carta de insensato. Llegó, como de ordinario, la tórtola a buscar su mensaje; pero aquella vez venía con un collar de margaritas, símbolo de tristeza, que me traía de parte de Fatinitza. Hice pedazos la carta y emití otra llena de ternura, que terminé con estas palabras:

Esta noche esperaré en el ángulo del muro, donde permanecí la pasada hasta después de la una de la madrugada. ¡Por Dios vivo, Fatinitza, no me hagas sufrir hoy las torturas que me despedazaron ayer, pues me faltarían las fuerzas

y mi corazón saltaría hecho pedazos!
¡Ah! ¡Hoy he de ver si en realidad me amas!

Saqué a la tórtola su collar de margaritas y coloqué mi carta bajo su ala. El día me pareció eterno. No quise salir: me tendí sobre el diván y dije que estaba enfermo, lo que fácilmente hice creer a Constantino y a Fortunato, que vinieron a verme, porque en realidad tenía una fiebre alta y me ardía la cabeza.

Venían a invitarme a acompañarles a Andros, donde asuntos importantes reclamaban su presencia. Mi enfermedad desapareció no bien salieron ellos. Levanté mi celosía, esparcí trigo y migas, y un cuarto de hora después presentábase la tórtola. Seguidamente escribí esta carta:

Tenemos en perspectiva una noche durante la cual no nos amenazará ningún peligro, una noche que, por el contrario, puedo pasar entera a tus pies. Tu padre y tu hermano salen para Andros, de donde no regresarán hasta mañana... ¡Oh, Fatinitza de mi vida!... ¡Ten confianza en mi honor! Por mi parte, la tengo absoluta en tu amor.

Una hora más tarde llegaban a mis oídos los gritos de los marineros que se llamaban unos a otros. Corrí a la ventana que daba al mar, y, a través de la celosía, vi a Constantino y a Fortunato que embarcaban en una canoa. Salté como un loco, bailé como un insensato... ¡Al fin me encontraba solo con Fatinitza!

Llegó la noche. Salí con mi escala de cuerda, pálido, temblando, como si acabara de cometer un crimen. A nadie encontré, y llegué sin ser visto hasta el ángulo del muro. Sonaron las nueve... Me parecía que las campanadas repercutían en mi corazón. No se había extinguido el eco de la última cuando a mis pies cayó el ramo.

¡Bendito sea Dios! No lo formaban solamente heliotropos, sino lirios azules y flores de acónito además de los primeros. Al ver los heliotropos, comprendí que consentía. Arrojé el extremo de la escala sobre el caballete del muro: sentí que alguien imprimía a aquélla un ligero movimiento, tiré al cabo de breves instantes, y observé que estaba fija. Trepé por ella con la agilidad de un marino. Llegado a lo alto del muro, salté al jardín, sin calcular la altura, y fuí a rodar a los pies de Fatinitza, que me esperaba en medio de un macizo de flores.

Fatinitza lanzó un grito, pero ya me encontraba yo a sus plantas, abrazando sus rodillas, llevando sus manos sobre mi corazón, reclinando mi cabeza contra su pecho.

¡Qué noche, santo Dios! ¡Flores, fragancias delicadas, trinos de ruiseñores, el cielo encantador de Grecia, y junto con todo esto, dos corazones juveniles, igualmente puros, que aman por primera vez! Palidecieron las estrellas, vino el día. Fuerza era separarnos, pero antes cubrí de besos las manos de Fatinitza, le dije en un minuto todo lo que le había dicho durante toda la noche, y nos separamos, pero prometiendo vernos la noche siguiente.

La dicha me embriagaba, me mataba, cuando volví a mi habitación y me tendí sobre mi diván para pasar, si me era posible, de lo real a lo soñado. Hasta aquella noche no había conocido yo a Fatinitza. La castidad y el amor reunidos en una sola mujer forman la piedra preciosa de más valía que jamás ha salido de las manos de la naturaleza y han creado un tipo moderno del que la Virgen Santísima es el símbolo. Vino el crepúsculo, la noche tendió sus negros tules, encendiéronse las luminarias del cielo, y yo corrí a caer a los pies de Fatinitza.

Habíamos pasado la noche anterior hablando cada uno de su persona; pero la segunda, Fatinitza habló de él y yo de Fatinitza. Hice historia de mis curiosidades, de mis deseos, de las noches y los días pasados detrás de la celosía de mi ventana. Otro tanto le había sucedido a ella: desde que escuchó el relato de nuestro combate, desde que le refirieron que yo había ido a Fortunato y luchado con Constantino, que el pobre Apostoli, que mientras hablábamos nos contemplaba desde el cielo, me salvó de perecer entre las olas, y que Fortunato, curado por mí, me llevó a su casa, no como médico, sino como hermano del alma, se apoderó de ella un deseo ardiente de verme, y al cabo de algunos días simuló, para lograr sus anhelos, una indisposición que no sentía. Me confesó que había comprendido al momento que tuve yo mis motivos para ordenarle el paseo, y que le dió la explicación de la índole de esos motivos el hecho de haber encontrado entre las hojas del libro el ramito que al día siguiente sacó de su pecho la tórtola delatora. Quería ella que yo le hablase de mí; pero repliqué insistiendo en que me hablara ella de sí misma, diciendo que al día siguiente me correspondería a mí el turno de obedecer.

Lo que me dijo parecía la confesión de un ángel. Era una verdadera hija de Grecia en cuya mente palpitaban confundidas las ideas religiosas con las profanas, una doncella que creía firmemente en el poderío de la Virgen y al mismo tiempo en la ciencia de los adivinos.

Pasó la segunda noche feliz y rápida como la primera. Tal armonía se estableció en nuestras almas, que desapareció por completo nuestro pasado, absolutamente divergente. Nos conocíamos desde la eternidad, y comenzamos a amarnos desde que nuestros ojos se abrieron a la luz.

Entré en mi habitación henchido de reconocimiento y de gratitud por esos misterios infinitos que Dios oculta en su seno y que aparecen paulatinamente y uno tras otro ante nuestros ojos semejantes a las hojas de un libro desconocido.

Hacia el mediodía regresaron Constantino y Fortunato de Andros. Quise salir a recibirles al muelle, pero me faltó el valor. Me intimidaba la idea de encontrarme en su presencia y hubiese querido retardar todo lo posible el momento de verles; pero a poco de haberles oído entrar en casa, abrióse la puerta de mi habitación y entró Constantino.

Venía a anunciarme que, dentro de dos semanas, saldría de Zea para recorrer los mares. A continuación, sin exigírmelo, me preguntó si quería aprovechar la escala que pensaba hacer en Scio para llegar hasta Esmirna y dar cumplimiento a la fúnebre misión que me encargara Apostoli para su madre y hermana.

Las pocas palabras que Constantino me dirigió, que eran prueba evidente de que no le agradaba que yo me quedase en Ceos durante su ausencia y la de Fortunato, echaron por tierra, de un golpe, todo el andamiaje de mi dicha. ¡Separarme de Fatinitza!... Ni había pasado por mi imaginación la idea de que pudiera llegar el momento de separarme de ella ni por un solo día, y, sin embargo, quedarme a su lado era imposible, sin dar a Constantino y a Fortunato motivos sobrados de sospecha. En mis circunstancias, sólo dos caminos tenía abiertos: seguir a Constantino o declarárselo todo: abandonar a Ceos o quedarme con el título de prometido de Fatinitza.

Me había aventurado con los ojos vendados por el camino del amor, y una mano despiadada me arrancaba la venda y me hacía ver que me encontraba frente a una realidad terrible. Escribí a Fatinitza por conducto de mi alada mensajera, diciéndole que habían regresado su padre y su hermano y que debía esperarme más tarde; y en efecto, cuando oí que Constantino se encerraba en su habitación, salí yo de la mía y bajé con paso furtivo la escalera, para deslizarme luego como una sombra a lo largo de los muros. Llegado al sitio de costumbre, arrojé mi escalera. La fijó Fatinitza, que estaba esperando, y segundos después estábamos juntos.

Mi tristeza llamó su atención desde el primer instante.

—¡Dios mío! —exclamó, presa de viva inquietud—. ¿Qué tienes, qué te pasa, amado de mi alma?

Sonreí con amargura y la estreché contra mi corazón.

—¡Habla! —repuso ella—. ¡Me estás haciendo morir!... ¿Qué ocurre, di?

—Ocurre, Fatinitza adorada, que tu padre sale de Ceos dentro de dos semanas.

—Sí; lo sé. Hoy me lo dijo... ¡Dios mío! ¡Te amo tanto, que lo había olvidado!... Pero quien tiene motivos para estar triste soy yo, no tú... ¿Qué te importa que se vaya mi padre? No es el autor de tus días y...

—Cierto, Fatinitza, pero me lleva consigo. Me indicó que debo prepararme para acompañarle en el viaje... Si me niego, buscará y encontrará los motivos que aquí me retienen... y si me voy... ¡No! ¡No puedo irme dejándote aquí!

—¿Y quién te impide confesárselo todo, amado mío? Como a un hijo te quiere mi padre... nos uniremos... seremos felices.

—¡Escúchame, Fatinitza! —contesté después de algunos momentos de silencio, durante los cuales me miró con expresión de inquietud indefinible—. Escucha, y no interpretes mal lo que voy a decirte.

—Habla.

—Si tu madre viviera y tú te encontraras lejos de ella y de tu padre, ¿te casarías sin su consentimiento?

—¡No!... ¡Nunca!

—Pues bien, Fatinitza: yo estoy alejado de un padre y de una madre que me idolatran y a quienes adoro: no les he proporcionado más que dolores y angustias, puesto que, a estas horas, saben que destruí todas las esperanzas que en mi porvenir habían puesto, toda vez que es indudable que pesa sobre mi cabeza una sentencia que me condena a muerte y me cierra para siempre las puertas de mi patria.

—¿Pero por qué te condenan a muerte? ¿Por haber contestado con un reto a un insulto sangriento? ¿No estarías condenado a eterna vergüenza si te hubieses conducido de otra suerte?

—Sí, Fatinitza, pero nuestras leyes son inflexibles. Si pongo mis pies en Inglaterra muero irremisiblemente.

—¡Oh! ¡No los pongas nunca! —exclamó, echándome los brazos al cuello—. ¿Qué necesidad tienes de ir a ese odioso país? ¿No es tuyo el mundo entero, no puedes vivir en esta pobre isla, que no vale lo que tu Inglaterra, ya lo sé, pero donde has despertado amores como no has de despertarlos en ninguna región del mundo?

—Dios me es testigo, Fatinitza mía —contesté, aprisionando su cabeza entre mis manos y mirándola con mi alma entera—, de que no suspiro por mi patria... Mi patria es el rincón de la tierra donde vives tú, donde me dices que me amas... Un peñasco solitario y tu amor, es lo único que ansío... cree que no pediría otra cosa si mis padres me escribieran: "Sed felices y recibid nuestra bendición tu prometida y tú".

—¿Por qué no les escribes, entonces? Di a mi padre lo mismo que acabas de decirme a mí, y éste esperará con paciencia la bendición que deseas.

—Por mi desgracia, eso es precisamente lo que no quiero decirle, ángel mío —repliqué, pasando mi brazo alrededor de su talle y estrechándola contra mi pecho—. Mira, Fatinitza: en mi país no sólo hay leyes extrañas, absurdas, como decías hace un instante, sino también prejuicios terribles. Soy el último representante de una familia noble y antigua...

Fatinitza desprendióse con brusquedad de mis brazos y me miró con orgullo.

—¡Pero no más noble ni más antigua que la mía, John! —replicó—. ¿Acaso ignoras cuál es el segundo apellido de mi padre? ¿Por ventura no reparaste en que sus servidores le hablan como se habla a los reyes? ¿No significa para ti nada descender de los espartanos y llamarse Sophianos? Vete a Monobasia, visita su cate-

dral, y en ella encontrarás nuestras ejecutorias de nobleza al pie de la capitulación de la ciudad que, regida por uno de nuestros antepasados, resistió por espacio de tres años las acometidas de todos tus antepasados de Occidente.

—¡Lo sé, Fatinitza, lo sé! Sé que tu familia es muy noble; pero las circunstancias... acontecimientos dolorosos... el despotismo... hicieron de tu padre...

—Un pirata, ¿verdad? Hicieron de mi padre un pirata, como hicieron kleftas de Mavrocordato y de Botzaris. ¡Día vendrá, John, en que estos piratas y aquellos kleftas harán enrojecer al mundo que les dió semejantes nombres! Pero, mientras tanto, tienes razón: la hija de un pirata o de un klefta debe aprender a ser humilde, debe aprender a entender cuál es su puesto... ¡Habla!

—¡Oh, mi Fatinitza adorada! ¡Si mi madre pudiera verte un día, una hora, un instante, ¡ah!, entonces mi tranquilidad sería completa, ni por un momento dudaría! Si yo pudiese arrojarme a sus pies, decirle que mi vida depende de ti, que sin ti me es imposible soportar la existencia, que tu amor lo es todo para mí... ¡Sí! ¡Entonces estaría seguro de su consentimiento! Pero lucho con lo imposible; ella no puede conocerte, no puedo yo hablarle, me veo condenado a confiar a un papel mi demanda, ¡y las súplicas encomendadas a un frío papel son por necesidad frías! No sabrá ver que cada una de sus letras fué escrita por mí con sangre de mi corazón, y es muy posible que me niegue su consentimiento.

—Y si te lo niega, ¿qué piensas hacer?

—Iré a solicitar personalmente su bendición, sin la cual me sería imposible vivir: iré, poniendo en grave riesgo mi vida, porque nada vale mi vida en comparación de mi amor. Iré, Fatinitza, en persona... Toma nota de mi compromiso: iré, tan cierto como eres tú un ángel de virtud.

—¿Y si aun así te lo negase?

—Entonces, Fatinitza, volvería aquí, para pedirte que hicieras por mí un sacrificio inmenso, para pedirte que abandonases a tu familia como yo habría abandonado ya la mía. Nos iríamos a cualquier rincón del mundo para vivir desconocidos... y nuestra familia serían las estrellas, que contemplarían envidiosas nuestra dicha y que dejarían de lucir antes que yo de amarte.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—¡Por mi honor, por tu amor, por tu vida lo juro! Desde este instante, Fatinitza mía, eres mi prometida.

—¡No! ¡Desde este momento soy tu esposa! — exclamó, echándome los brazos al cuello y besándome con pasión.

XXX

Las palabras que Fatinitza me había dicho no fueron vanas: afirmó que era mi esposa y lo era, en efecto. Desde el día en que tuvimos la conversación que dejo transcripta, hasta el de mi marcha, pasamos juntos todas las noches y éstas fueron noches de suprema dicha, pues su alma de ángel me creyó como se cree a un Dios, y no vió en nuestra separación más que una crisis dolorosa que debía reunirnos para siempre. En honor a la verdad, diré que yo era digno de su confianza.

No quiero decir, empero, que nos viéramos completamente libres, en medio de nuestra confianza mutua y de la tranquilidad que debíamos a nuestra convicción instintiva, de ciertas dudas extrañas e indefinibles que de vez en cuando venían a apretujar nuestros corazones. Nuestra decisión era real y poderosa; pero entre dos personas que se separan puede colocarse, y fatalmente se coloca con frecuencia, una divinidad terrible que no es la Providencia, sino el azar. Ni yo mismo podía verme libre de la mordedura de esa inquietud, que despojaba a mis protestas del acento de seguridad que tan necesario era para llevar la tranquilidad al ánimo de Fatinitza.

Convinimos la norma de conducta que yo debía seguir. Ante todo, iría a Esmirna, donde me llamaba el cumplimiento de un deber doble, o, mejor dicho, el cumplimiento de un deber y la realización de un paso que me era conveniente. Una vez en la ciudad mencionada, centro de las comunicaciones entre Oriente y Occidente, escribiría yo y esperaría la contestación de mis padres, y luego, como no podía yo seguir a Constantino y a Fortunato en sus correrías, que durarían de dos a tres meses, es decir, mayor tiempo del necesario para que yo recibiera de mi familia respuesta a la carta que le dirigiría, aguardaría hasta que aquéllos vinieran a recogerme para volver con ellos a Ceos. Mientras tanto, nada diría a Constantino ni a Fortunato sobre mis amores con Fatinitza. Si volvía sin ellos a Ceos, me dirigiría a Estéfana, a quien su hermana se lo había confiado todo.

Fáciles y sencillas de cumplir eran todas estas cosas: ambos estábamos seguros uno de otro, y sin embargo, no conseguíamos vernos libres de tristes presentimientos que nos torturaban más de lo que a nuestra tranquilidad convenía. De lágrimas fué la noche última que pasé al lado de Fatinitza: ni mis promesas, ni mis juramentos, ni mis caricias, consiguieron tranquilizarla y consolarla. Más muerto que vivo, me separé de ella y entré en mi habitación como un loco. Escribí una carta postrera en la que le ratifiqué mis promesas y juramentos, añadiendo cuantas consideraciones creí que podrían tranquilizarla, y confié el mensaje a nuestra querida tórtola que, no bien amaneció vino a posarse sobre el alféizar de mi ventana.

Las ocho serían cuando vi que Constantino y Fortunato atravesaban el patio y se dirigían al pabellón: iban a decir adiós a Fatinitza. No me invitaron a acompañarles ni yo me atreví a solicitarlo: cierto es que prefería mil veces no ver a Fatinitza a verla con expresión indiferente. Poco más de una hora estuvieron a su lado, viniendo luego a buscarme. Mientras subían la escalera, di libertad a la mensajera, que tendió inmediatamente su vuelo en derechura a la ventana de su dueña. El último que de Fatinitza se despedía era yo.

Tuve necesidad de apelar a toda la energía de mi carácter para no venderme; aunque, por otra parte, la preocupación de Constantino y de su hijo era muy grande para que pusieran atención en la mía, y su dolor muy vivo para que observaran el mío. No habían visto nunca a Fatinitza tan triste y desesperada, y entrambos la amaban demasiado para no compartir su dolor y su desesperación, que ellos atribuían al temor a los peligros que pudieran correr.

Llegó el momento de salir de la habitación donde tan dulces emociones había experimentado en los dos meses últimos. Constantino y Fortunato me esperaban en la puerta exterior, hablando con animación. Me reuní a ellos procurando dar a mi rostro una expresión de indiferencia natural, pues, en realidad, para ellos, no tenía yo por qué sentir abandonar a Ceos.

En el puerto nos esperaban Estéfana y su marido: la primera, como casada, llevaba su rostro descubierto. En los míos se clavaron sus grandes ojos negros que parecían querer penetrar hasta el fondo de mi alma, y, en el momento en que yo entraba en la pasarela que debía dejarme en la barca, me dijo en voz baja:

—¡No olvides tus juramentos!

Me volví hacia la casa donde dejaba a Fatinitza como para poner al pasado como testigo del porvenir, y, a través de la celosía de mi adorada, vi asomar la mano y el pañuelo que habían saludado nuestra llegada, y que ahora saludaban nuestra marcha.

Mientras nos dirigíamos al jabeque, que esperaba fondeado en la entrada del puerto, exponiéndome a llamar la atención, no separé mis ojos de aquella mano y de aquel pañuelo. Lágrimas que podían más que mi voluntad subían hasta mis ojos velándolos como una nube que se interponía entre Fatinitza y yo. Volvía entonces la cabeza para ocultarlas, mas no tardaba en dirigirlos de nuevo hacia la mano y el pañuelo que me decían adiós. El jabeque partió impulsado por las velas y los remos. Pronto doblamos el promontorio y perdimos de vista a Zea y la casa de Constantino.

Entonces apoderóse de mí una atonía profunda. Me parecía como si lo único que a la vida me retuviese fuera aquella postrera señal de despedida y que, una vez desaparecida ésta, nada existía para mí en el mundo. Pretexté una indisposición que el exceso de calor hacía muy posible, me retiré al camarote y, tendido en la hamaca, di rienda suelta a las lágrimas.

A los diecisiete días de habernos hecho a la mar anclamos a la vista de Esmirna, pero alejados de la ciudad, pues, aunque Constantino sabía que podía contar con las simpatías de sus compatriotas, no osó entrar en un puerto tan frecuentado y poderoso como el mencionado.

Constantino y Fortunato me ofrecieron cuanto podían y valían antes de despedirse de mí, ofrecimientos que agradecí y no acepté, pues en realidad nada necesitaba: aun me quedaban unos ocho mil francos en dinero contante y letras de cambio. Lo único que les supliqué fué que volvieran a tocar a Esmirna para recogerme, si yo continuaba en la expresada ciudad. Confieso que respiré más tranquilo y experimenté un alivio extraño al separarme de aquellos dos hombres: ante ellos me encontraba yo violento y como humillado.

Hicieron la señal convenida para indicar que a bordo iba alguien que deseaba desembarcar, y no tardamos en ver que desatracaban un bote y venían a buscarme. Apenas en tierra, pregunté por la residencia de la madre de Apostoli, y supe que, desde tres semanas antes, vivía en una casa de campo, distante media legua de Esmirna. Uno de los marineros del bote encargóse de acompañarme a ella.

Criados de luto fué lo primero que encontré al llegar: los pasajeros de *La Bella Levantina*, que eran deudores de su libertad a la muerte de Apostoli, habían sido portadores de la triste nueva. La madre y la hermana del difunto, al saberla, se habían retirado al campo para llorar allí su pérdida.

Las puertas de la casa me fueron abiertas de par en par tan pronto fué pronunciado mi nombre, pues la madre de Apostoli había tenido noticia de la amistad íntima que me unió a su hijo y de los cuidados y atenciones que le prodigué hasta su muerte. Me esperaba en el fondo de una habitación tapizada de negro. La encontré en pie, llorando lágrimas silenciosas y puestos los brazos como los de la Madre de los Dolores. A la vista de tristeza tan profunda, caí de rodillas; pero la buena señora me levantó y, estrechándome entre sus brazos, me dijo:

—Hábleme de mi hijo.

Entró en aquel momento la hermana de Apostoli. Su madre le indicó por medio de un gesto que se sacara el velo, indicación que fué obedecida. Pude admirar una doncella lindísima, de dieciséis a diecisiete años de edad. Entregué a cada una el legado fúnebre de que era portador: los cabellos a la madre, a la hermana el anillo, y la carta para las dos, y a continuación tuve que entrar en detalles sobre la enfermedad y muerte del infeliz Apostoli. Yo sabía que los grandes dolores sólo con las lágrimas se endulzan y mitigan, así que no me importó hacer resaltar en mi narración los detalles que retrataban al ángel que habían perdido, al santo que dejó la tierra para volar al cielo. Lloraban las dos, lloraban mucho, pero sin convulsiones, sin desesperación, como lloran las personas verdaderamente cristianas.

Pasé a su lado el día entero, y al atardecer regresé a la ciudad y corrí a visitar al cónsul. De todo lo relacionado conmigo, tenía noticia por los oficiales del *Tridente*, que había atracado en Esmirna algunos días después de mi fuga de Constantinopla, pues precisamente

el día que siguió a mi duelo con Burke, el capitán Stanbow recibió órdenes de volver inmediatamente a Inglaterra. Supe que todos lamentaron mi desgracia; y que el capitán Stanbow estaba resuelto, tan pronto como llegase a Londres, a dar a los lores del Almirantazgo una versión exacta del suceso. Me entregó el cónsul una carta de mis padres, que incluía una letra de cambio de quinientas libras esterlinas. La carta era de tres meses de fecha, y por lo tanto había sido escrita antes que la noticia de la muerte de Burke hubiese podido llegar a Inglaterra.

Permanecí en Esmirna ocho días esperando oportunidad para dirigir una carta a mi madre. La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la madre de Apostoli, que me quería como a un hijo y a la que constantemente hablaba yo de la mía. El día noveno, al entrar en la fonda, supe que había fondeado en el puerto un buque inglés, procedente de Londres. Dos horas después, el cónsul me enviaba una carta. Confieso que sentí un estremecimiento general al recibirla: mi pobre madre debía saber ya el suceso de que fuí protagonista, y temblé al pensar que la carta que acababa de recibir fuera vivo reflejo de su desesperación.

Abrí la carta, cuyas primeras palabras fueron motivo de inmensa alegría para mí, pues me traían una noticia inesperada. El señor Stanbow, no bien tocamos Gibraltar en nuestro viaje a Constantinopla, indignado por la conducta observada por su segundo con respecto al infortunado David, había escrito a los lores del Almirantazgo solicitando el relevo del señor Burke, y fundando su petición en la enemistad declarada entre aquél y toda la dotación del buque. Precisamente porque todos conocían el carácter bondadoso del capitán, su petición adquiría un peso considerable que pocos capitanes de la armada británica hubiesen podido darle, de lo que resultó que el Almirantazgo relevó inmediatamente al señor Burke, nombrándole segundo comandante del *Neptuno*, buque que se estaba armando en Plymouth para acompañar y proteger un convoy que debía ir a la India. Resultaba que el nuevo destino del señor Burke había sido firmado en Londres una semana antes de nuestro duelo de Constantinopla, y, como consecuencia, que yo había muerto en desafío a un oficial de la marina de guerra inglesa, mas no a un superior mío, lo que era muy diferente. Cierto que el consejo de guerra me había condenado a deportación, pero el rigor de la sentencia fué debido a mi rebeldía. Mi padre no dudaba que, de haber comparecido yo a la vista, hubiese sido absuelto. Me instaba a que me presentase inmediatamente, y a sus instancias uníanse las de mi madre, que me decía que la mataría la inquietud si, inmediatamente que yo leyera la carta, no volvía para tranquilizarla.

Sus deseos concordaban con mis proyectos, toda vez que mejor defendería mi causa y la de Fatinitza personalmente que por medio de carta. Corrí al puerto; supe que un buque mercante disponíase a zarpar rumbo a Portsmouth; lo visité, me pareció que era de mucho andar, y tomé pasaje en él. Fuí a comunicar a la madre de Apostoli la alegre nueva que acababa de recibir, teniendo la satisfacción de observar, por primera vez, que por sus ojos cruzaba un rayo de alegría y una sonrisa jugueteaba en sus labios.

Doce días después de mi llegada a Esmirna la abandonaba, embarcando rumbo a Europa, al mes aproximadamente de haberme separado de Fatinitza. Para la madre de Apostoli, mi despedida fué motivo de nuevo dolor, pues le parecía que, al perderme, perdía el cuerpo de su hijo después de haber perdido su alma. Yo le aseguré que mi intención era volver a Oriente muy en breve.

No me había engañado al ver en la *Betzy*, que tal era el nombre del buque en que embarqué, un velero excelente, pues al segundo día de nuestra salida de Esmirna dábamos vista a Nicaria. ¡Desde lejos distinguí el túmulo bajo el cual dormía Apostoli!... ¡Apenas había en el Archipiélago isla que no conservara algún recuerdo mío!

Cinco días después pasábamos frente a Malta, sin detenernos. No parecía sino que el capitán de la *Betzy* sentía las mismas impaciencias que yo, y que el viento era nuestro esclavo sumiso. A los ocho días, después de haber pasado frente a Malta, dejábamos atrás el estrecho de Gibraltar, y a los veintinueve de haber zarpado de Esmirna anclábamos en la rada de Portsmouth.

Era tal la impaciencia que me dominaba, que no quise utilizar la diligencia pública. La distancia que separaba a Portsmouth de la Williams-house era de unas noventa leguas que opté por hacer a caballo.

Los postillones debieron tomarme por algún loco que había hecho una apuesta insensata. Serían las tres de la tarde cuando salí de Portsmouth, corrí toda la noche, y al hacerse de día me hallaba en Northampton. A las diez franqueaba las fronteras del Condado de Leicester, cruzaba el Derby a todo galope de mi caballo al mediodía, y al fin tuve la dicha de ver la Williams-house, el gran paseo de álamos que conducía al castillo, la puerta abierta, al perro sujeto a su cadena en el fondo del patio, a Patricio limpiando los caballos y a Tom que bajaba por la escalinata. Al pie de ésta nos encontramos: me tiré del caballo gritando:

—¡Madre mía!... ¿Dónde está mi madre?

Mis palabras resonaron en los oídos de mi pobre y adorada madre, que acudió corriendo desde el fondo del jardín. Observé que vacilaba, que estaba a punto de caer; de un salto me puse a su lado y la recogí en mis brazos cuando la emoción daba con su cuerpo en tierra. Segundos después llegaba mi padre, corriendo con la velocidad que le permitía su pierna de palo. Le tendí la mano, en tanto que con la otra sostenía y abrazaba a mi madre y mientras el buen Tom, ebrio de alegría tiraba la gorra por los aires y nos disparaba todo el vocabulario de sus exclamaciones y juramentos más variados.

Pronto vinieron a engrosar el grupo todos los amigos de la casa, tan rápidamente se propagó la nueva de mi llegada. Entre ellos citaré a la señora Denison, cuya jerga irlandesa me prestara tan excelentes servicios en mi aventura de *La Verde Erin;* al señor Sanders, nuestro administrador; al buen doctor, cuyas lecciones, felizmente para mí, había conservado en mi memoria, y finalmente a nuestro cura, el señor Robinsón, que no había perdido su antigua afición al *whist*.

Acompañado por mi madre, hice una visita a toda la casa. Quise ver la gruta del capitán, que seguía siendo su paseo favorito, y finalmente el lago, mi hermoso lago, que en otro tiempo me parecía más grande que un océano y que ahora me pareció un estanque. Todo estaba en el mismo sitio que lo dejé, todo en el mismo estado.

Tan asombrada y conmovida como yo estaba mi pobre madre. No acertaba a creer que fuera su hijo adorado, el hijo al que creyó que no vería más, el que tenía ante sus ojos. Me estrechaba entre sus brazos, me oprimía contra su corazón, como si necesitara convencerse de que no era una sombra lo que abrazaba y oprimía, y entonces rompía a reír estrepitosamente, sin motivo aparente, mientras sus ojos vertían abundantes lágrimas. Otras veces detenía bruscamente sus pasos, me miraba con fijeza y decía que su querido John se había hecho un hombre... Tenía razón: yo estaba por cumplir dieciocho años y había envejecido mucho durante el último.

Entramos en el salón donde me obligaron a contar la historia de mis viajes y aventuras. Obedecí, pero terminándola con la muerte de Burke, y limitándome a decir que, a raíz de mi duelo, huí al Archipiélago, donde permanecí hasta que la carta de mi madre me aconsejó que regresara.

Mi padre quiso que al día siguiente emprendiéramos el viaje a Londres. Cierto que la condena que pesaba sobre mí no era deshonrosa; pero era una condena, y mi padre, en cuyo corazón hablaba más alto que nada el sentimiento más estricto del honor, quería que me lavase de ella lo más pronto posible. Nos acompañó mi madre. En cuanto al fallo del nuevo Consejo que debía revisar mi causa, a ninguno de nosotros nos parecía dudoso.

Llegados a Londres, nuestra primera visita fué al Almirantazgo. Yo declaré que venía, libre y espontáneamente, a entregarme en manos de la justicia, y al efecto rogué que me indicasen la prisión donde debería encerrarme o la fianza que habría que depositar. Me concedieron la libertad bajo fianza; pero, como el *Tridente* hacía a la sazón un crucero por el Canal de la Mancha, para revisar el proceso antiguo y abrir otro nuevo se necesitaba esperar su retorno, que tendría lugar dentro de un mes, como plazo mínimo y seis semanas, como máximo. Como es natural, la demora me contrarió horriblemente, pero fuerza era someterse a ella. Pasamos en Londres todo ese tiempo. Habían transcurrido ya más de cuatro meses desde que salí de Ceos, y no podía menos de comprender que, en las despedidas, los dolores más acerbos son los del que queda. ¿Qué haría, qué pensaría Fatinitza, que continuaba viva en mi alma y presente a mi espíritu?

Al fin entró el *Tridente* en la rada de Portsmouth, y como el buque almirante se hallaba en el mismo puerto, resolvieron que tuviera lugar allí la revisión de mi proceso. Salimos inmediatamente de Londres.

Grande, muy grande era mi impaciencia, pero en nada pudo apresurar los preparativos del proceso, que duraron un mes más. Llegó, al fin el día señalado para la revisión. Mi padre, que quiso acompañarme vistió su uniforme de almirante, al paso que yo volvía a lucir el de guardiamarina, que había abandonado el día que maté a Burke. A las siete de la mañana el buque disparó un cañonazo, y anunció, por medio de una señal, que el Consejo de guerra estaría constituído a las nueve. Huelga decir que fuimos puntuales. Me puse a disposición del oficial de guardia, llegaron unos tras otros los capitanes que debían formar el Consejo, y, a las nueve en punto, éste quedó constituído. Me llamaron a las nueve y media. Entré en la cámara del Consejo. Frente a una mesa estaba sentado el almirante, que presidía, y a su lado el capitán encargado de la acusación. A uno y otro lado del presidente, por orden de antigüedad, había sentados seis capitanes más. Frente al almirante, tomó asiento el defensor, y a la izquierda de este último me coloqué yo, en pie, como acusado que era. El proceso antiguo fué declarado nulo y abrióse otro nuevo, fundado sobre pruebas nuevas. Me acusaban de haber asesinado a un oficial de la marina de guerra inglesa, sin que mediara provocación por parte suya, en el cementerio de Constantinopla. Descartada, como se ve, la cuestión de insubordinación, todo se reducía a demostrar que el señor Burke murió en duelo leal y no asesinado a mis manos.

Escuché la acusación en silencio, y una vez terminada, después de pedir la palabra, que me fué concedida, referí sencillamente y con la mayor calma cómo ocurrió el lance, y pedí, como descargo único, que fueran escuchados los oficiales del *Tridente*, sin designar a nadie en particular, y dejando a los jueces la elección de los testigos. El Consejo resolvió oír las declaraciones del capitán Stanbow, del oficial Trotter, del guardiamarina Jaime Perry y del contramaestre Thomson. También prestarían declaración cuatro marineros que completarían el número de los testigos de descargo: en cuanto a los de cargo, no existían.

Inútil es decir que las deposiciones fueron unánimes. No sólo recayó toda la culpa sobre

el señor Burke, sino que todos los oficiales, terminada su declaración respectiva, hicieron constar que, en mi lugar, si alguien les hubiese inferido una ofensa tan grave como la que yo recibí del señor Burke, habrían procedido como procedí yo. En el mismo sentido declararon los cuatro marineros, uno de los cuales fué Bob. Hubo uno que declaró lo que yo ignoraba, es decir, que encontrándose de servicio, ocupado en el cumplimiento de una orden que le dió el señor Burke, vió, a través de la puerta, que estaba entreabierta, el gesto violento que dió motivo a mi venganza.

Oídos los testigos, el Consejo retiróse a deliberar. Un cuarto de hora después me llamaban de nuevo, así como a los testigos y las personas que asistieron al Consejo. El Consejo estaba en pie. Hubo un momento de silencio grave y profundo, durante el cual confieso que sentí vivas inquietudes. El presidente, puesta la mano sobre el corazón, dijo con voz solemne y entera:

—Por mi alma y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, declaro que el acusado no es reo de asesinato.

En la sala resonó un grito unánime de alegría, y en el mismo momento, no obstante la solemnidad del acto y la presencia de los jueces, mi padre, que no se había separado un instante de mí, me abrazó y estrechó contra su corazón. Todos los oficiales del *Tridente*, con el señor Stanbow a la cabeza, acercáronse a mí para testimoniarme su alegría con palabras de cariño, apretones de manos y felicitaciones sin fin. Sin darme casi tiempo para saludar y dar las gracias a mis jueces, me encontré llevado como en triunfo hasta el puente del navío. Atracado al buque almirante estaba el bote del *Tridente*, en el cual embarqué con mis antiguos compañeros, que me acompañaron a Portsmouth.

Una vez en tierra, me acordé de mi pobre madre que, como no pudo acompañarme a bordo, esperaba el resultado del Consejo, presa de horribles inquietudes. Dejé que mi padre y el señor Stanbow se encargaran de ultimar los detalles del gran banquete que debíamos tener para festejar la sentencia favorable y corrí a la fonda. De dos saltos subí la escalera, violenté la puerta de su cuarto en vez de abrirla, y la encontré de rodillas, pidiendo a Dios por mí. No tuve necesidad de decirle nada: ella lo comprendió todo. Lanzó un grito de júbilo infinito, me tendió los brazos, y exclamó:

—¡Libre!... ¡Libre!... Soy la más dichosa de las madres!

—Y de ti depende —contesté cayendo de rodillas frente a ella— que yo, a mi vez, sea el más feliz de los hijos y el más dichoso de los esposos.

XXXI

Mi contestación dejó atónita a mi pobre madre. Y como el momento era muy favorable, lo aproveché para referir a mi madre el resto de mis aventuras, tomando la continuación desde el momento que embarqué en *La Bella Levantina* y poniéndole fin el día que, hallándome en Esmirna, recibí su carta que me llamaba a su lado.

La continuación de mi historia fué motivo de nuevas emociones para mi madre. Retuve entre las mías su mano mientras duró el relato, y pude observar que, al hablar del terrible combate con el buque pirata y del peligro que corrí de perecer ahogado, aquélla temblaba y experimentaba continuos sacudimientos. La muerte del pobre Apostoli arrancó abundantes lágrimas a sus ojos. Pasé a hablar de Ceos; hice historia de mi curiosidad, de mis deseos, de mi amor naciente hacia Fatinitza, a la que pinté como era, es decir, como un ángel de amor y de pureza. Hablé de la fe absoluta que puso en mis palabras, de la confianza que en mí tenía depositada, del agrado con que accedió a mi exigencia, cuando le dije que necesitaba ir a buscar la bendición de mis padres. La persuadí de las torturas que a aquellas horas debía estar sufriendo la desventurada niña, separada de mí y sin saber noticias mías ni recibir consuelos míos en cinco mortales meses, sin que nada sostuviera en ella la convicción de que continuaba siendo amada tanto como ella amaba, y seguidamente, cayendo de rodillas, tomé sus dos manos, las cubrí de besos y de lágrimas, y le rogué, con acento suplicante, que no me obligara a desobedecerla.

Era tan buena mi madre, y tanto me quería, que por singular y extraña que mi aventura le pareciera, por contraria a nuestras costumbres de Occidente, me permitió entrever que yo había ganado la mitad de mi causa. Por desgracia quedaba mi padre, mi padre, que si bien es cierto que me profesaba una ternura sin límites, era de esperar que no se rindiera sin lucha. Mi padre estaba orgulloso de su nobleza, soñaba para mí una alianza brillante, y aunque la filiación de Constantino se remontaba, como la de todos los Maniotas, hasta Leónidas, temía yo que para el vicealmirante, lleno de prejuicios, el oficio que aquél ejercía pareciera poco en relación con el apellido que de sus antepasados había recibido.

Llegó mi padre acompañado de mi amigo Jaime para decirme que el señor Stanbow había exigido que el banquete en mi honor fuera celebrado a bordo del *Tridente*, alegando para ello derechos tan incontestables como, por ejemplo, el de haber sido mi capitán, que mi padre hubo de darle la razón.

Mi padre pidió y obtuvo permiso para que Tom comiera a su vez con los marineros, y por lo tanto, nos acompañó al navío, donde me apresuré a presentarle a Bob. Bastó que se vieran aquellos dos viejos lobos de mar para que simpatizaran y se comprendieran. Fué aquel día uno de los más felices de mi vida. El capitán Stanbow estaba tan alegre, tan contento, que, pese a sus esfuerzos, no lograba mantener su dignidad. Jaime, que no tenía los mismos motivos para guardar compostura, parecía loco. Me refirió a los postres, que el día de mi duelo con el señor Burke, al verme tomar el bote para ir a tierra, sospechó el motivo que me guiaba, sospecha que confirmó Bob a su regreso, diciéndole cómo me había despedido de él, y repitiéndole las palabras que al separarme le dije. De ello resultó que, no bien volvió a bordo el capitán, le pidió, alegando motivos urgentes, permiso para ir a tierra con Bob y para no regresar hasta la hora de la noche que tuviera por conveniente. Opuso algunas dificultades el señor Stanbow; pero Jaime empeñó su palabra de honor de que el permiso que solicitaba reconocía graves motivos, y el señor Stanbow accedió a su deseo.

Desembarcaron Jaime y Bob y se dirigieron al cementerio de Galata, encontrando, apenas llegados, el cadáver del señor Burke tendido junto al camino. Si alguna duda hubiesen abrigado, que no la abrigaban, pronto se hubiera disipado, pues reconocieron como mía la espada que atravesaba el cuerpo del segundo comandante. Recogieron la espada del señor Burke, que encontraron al lado del cadáver, y la examinaron con anhelante cuidado para ver si en el duelo había yo resultado también herido, pero como encontraron la hoja limpia de sangre, conjeturaron que no. Tranquilo sobre este particular, Jaime permaneció en el cementerio, mientras enviaba a Bob para que fuera a buscar un medio de transporte cualquiera. No tardó Bob en regresar con un griego y un asno, y cargando en el borrico el cadáver del señor Burke, se dirigieron a la puerta Tophana, donde Jaime había mandado que los esperase el bote para volver a bordo.

El señor Stanbow mandó instruir la oportuna causa, haciendo cuanto estuvo en su mano para favorecerme; pero se trataba de un hecho imposible de paliar: el inferior que mata a su superior, en todos los países del mundo incurre en la pena de muerte. La tristeza del capitán fué inmensa hasta que recibió los despachos que le ordenaban el regreso a Inglaterra, porque acompañaba a aquéllos el nombramiento del señor Burke para el buque *Neptuno*, y, como consecuencia, mi asunto tomaba el giro que conoce el lector, siendo de esperar un fallo favorable.

Volvimos bastante tarde a la fonda, donde mi madre nos estaba esperando. Aproveché el momento de abrazarla para repetir que en ella confiaba, y la dejé a solas con mi padre.

Pasé una noche muy agitada: mi suerte decidíase en aquellos momentos; me sometían a un proceso cuya sentencia afectaba, no a mi cuerpo, sino a mi corazón. Cierto que contaba con el cariño entrañable de mis padres; pero les hacía una demanda tan inesperada y extraña, que verla rechazada no tendría nada de asombroso. Por la mañana, entré, como de costumbre, en la habitación de mi padre, a quien encontré arrellanado en un sillón, silbando una tonadilla que no existía y marcando el compás con su bastón sobre su pierna de palo, indicios de profunda preocupación.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó al verme, con entonación que me decía bien a las claras que lo sabía todo.

—Sí, padre mío — respondí con timidez.

Nunca, en las circunstancias más peligrosas de mi vida, me latió el corazón con tanta fuerza como en aquel momento.

—Ven acá —continuó en el mismo tono.

Me aproximé. Mi santa madre entró en aquel instante y respiré a mis anchas, comprendiendo que me llegaban socorros.

—¿Conque quieres casarte?... ¡A tu edad!

—Padre mío —contesté sonriendo—; los extremos dicen que se tocan. Tú te casaste algo tarde, y tantas bendiciones derramó el cielo sobre tu unión, que yo deseo casarme joven, para saborear, a los veinte años, una dicha que tú no gustaste hasta los cuarenta.

—¡Pero yo era libre, y no tenía padres a quienes pudiera lastimar mi casamiento! Además, la mujer, mejor dicho, el ángel con quien yo me casé... ahí la tienes... ¡Era tu madre!

—Yo, en cambio, gracias al cielo, disfruto de la dicha de tener padres tan excelentes, a quienes respeto y por quienes soy querido. Tengo por seguro que no querrán labrar mi eterna desventura negándome su consentimiento. También quiero yo poder presentar al ángel a quien amo y ponerla frente a ti, como hubieras presentado tú a mi madre si hubieses tenido padres.

—Y si negásemos el consentimiento, ¿qué diría, usted, caballerito?

—¡Escúchame, padre mío, y óyeme también tú, madre querida! —exclamé, cayendo de rodillas y uniendo sus manos en las mías—. Dios sabe... y vosotros también, que soy hijo sumiso y respetuoso. Me separé de Fatinitza prometiéndole volver dentro del plazo de tres meses, y me dirigí a Esmirna para esperar allí el consentimiento, que hoy os pido de viva voz. Me disponía a escribiros cuando recibí vuestra carta. Me rogaba mi madre emprendiese el viaje inmediatamente, añadiendo que la inquietud la mataría si no volvía a verla pronto. Ni un momento titubeé al leer la carta de mi madre: salí de Esmirna sin volver a ver a Fatinitza, sin decirle adiós, sin dirigirle una carta, y seguro de que ella, esclava de su palabra, y llena de confianza en las mías, me esperaría tranquila, sin inquietudes. Salí de Esmirna, y aquí me tenéis de rodillas a vuestros pies. Hasta aquí, el hijo ha cumplido, sacrificando sin titubear al amante... Pues bien, padre mío... ¡Sé bueno para mí, sé complaciente, como yo fuí sumiso, y no coloques a mi corazón entre mi amor, que es inmenso, y mi respeto, que es infinito!

Mi padre se levantó del sillón, tosió, escupió, dió dos o tres vueltas a la habitación y, al fin, deteniéndose con brusquedad, y clavando en

mis ojos su mirada, preguntó:

—¿Dices tú que esa mujer puede compararse con tu madre?

—No hay en el mundo mujer que con mi madre pueda compararse —respondí sonriendo—, pero, después de ésta, juro que mi adorada es el modelo que más se aproxima a la perfección.

—¿Y estaría dispuesta a abandonar su patria, a sus padres, a su familia?

—¡Lo abandonaría todo por mí, padre mío! En ti y en mi querida madre encontrará cuanto haya sacrificado.

Tres vueltas más dió mi padre a la habitación; cesó luego de andar, y dijo:

—¡Vaya!... ¡Veremos!

Me arrojé sin vacilar en sus brazos.

—¡No, padre mío, no! —exclamé—. ¡Ahora mismo! ¡Si reflexionaras que cuento los minutos, como los cuenta el condenado a la última pena que espera el indulto! Consentirás... ¿Verdad, padre mío? ¿Verdad que sí?

—¡Ingrato! —exclamó el capitán, con acento de tierna cólera, imposible de traducir—. ¿Acaso he sabido negarte nada jamás?

No pude contestar: las lágrimas me lo impidieron haciendo un nudo en mi garganta; pero si no contesté con palabras, hiciéronlo harto elocuentemente los abrazos que di al autor de mis días.

—¡Canastos! —exclamó mi padre—. ¡Vas a ahogarme!... ¡Hombre..., déjalo, por lo menos, para después que vea a mis nietecitos!

Me separé de mi padre para correr hacia mi madre.

—¡Gracias..., gracias, madre querida! —grité—. ¡Gracias, porque te soy deudor del consentimiento de mi padre! Tu corazón bellísimo ha sabido adivinar las bellezas que el de Fatinitza encierra. Mi dicha de hombre te la deberé a ti, de la misma manera que te debo la que disfruté de niño.

—¡Bueno, hombre, bueno! —contestó mi madre—. Puesto que crees deberme tanto, haz una cosa por mí.

—¡Todo, madre mía, todo! ¿Qué no haría yo por ti, Dios santo?

—Apenas he tenido tiempo de verte: permanece un mes a nuestro lado.

No pudo pedirme cosa más sencilla, y sin embargo sentí un estremecimiento general y se me oprimió el corazón al escuchar su demanda.

—¿Me lo negarás? —repuso, juntando las manos en ademán de súplica.

—No, madre mía, no: pero quiera Dios que lo que acabo de experimentar no sea un presentimiento.

Conforme había prometido a mi madre, permanecí un mes a su lado.

XXXII

La fatalidad quiso que, durante un mes, no zarpara ningún buque con destino al Archipiélago: el único barco que debía hacerse a la mar para Levante fué la fragata de guerra *Isis*, que conduciría a Butrento a sir Hudson Lome, coronel del regimiento real corso, quien, desde el puerto expresado, debía ir a Janina. Me apresuré a solicitar pasaje en la fragata indicada, logrando mi objeto sin dificultad. El buque no me llevaba directamente al punto donde me urgía llegar, es cierto; pero pensé que, una vez en Albania, conseguiría, gracias a la carta de lord Byron, que conservaba religiosamente, una escolta que me facilitaría Alí-Pachá, con la cual atravesaría la Livadia, ganaría a Atenas, y desde aquí, tomando una barca, llegaría al fin a Zea. Decidieron mis padres permanecer conmigo en Portsmouth hasta la salida de la *Isis*, que zarpó veintisiete días después de la promesa hecha por mí a mi madre y ocho meses después de mi marcha de Ceos. El plazo de separación había sido largo, pero no importaba: estaba yo tan seguro de Fatinitza como de mí mismo; ni yo dudaba de ella ni ella dudaba de mí, aparte de que, aunque tarde, iba a buscarla para no separarme de ella jamás.

También en esta ocasión parecía que el tiempo se había puesto de acuerdo con mi impaciencia. A los diez días de haber dejado las costas de Inglaterra doblábamos el estrecho de Gibraltar, donde no nos detuvimos más que el tiempo indispensable para recoger los despachos y hacer agua. Puestos de nuevo en marcha, no tardamos en dejar a nuestra izquierda las islas Baleares para pasar más tarde de entre Sicilia y Malta y dar al fin vista a la Albania, "país de peñascos, nodriza de hombres de bravura sin igual y de crueldad sin parecido, de la cual ha desaparecido la cruz, donde se alzan los alminares, donde brilla la pálida media luna sobre los bosques de cipreses que rodean a todas las ciudades". Hicimos fondo en Butrento y, mientras mis compañeros de viaje hacían sus preparativos para presentarse dignamente a Alí-Pachá, yo tomaba un guía para encaminarme en derechura a Janina.

Ante mis ojos se extendían, tal como yo me las imaginaba, las agrestes colinas de la Albania, los negros peñascos de Souli y la cima del Pindo, medio envuelta en espesa niebla, que bañan riachuelos de nieve y coronan bandas de púrpura alternadas con rayas sombrías. Tan raros son allí los rastros del paso del hombre, que con dificultad cree uno que se encuentra cerca de la capital de un poderoso pachá. Muy de tarde en tarde se distinguen algunas cabañas solitarias suspendidas sobre horribles precipicios, o bien alguno que otro pastor arrebujado en su capote blanco y sentado sobre cualquier roca, con las piernas pendientes sobre el abismo, cuidando, con expresión de indiferencia, de un rebaño ruin, cuya falta de carnes y encanijamiento bastarían para ahuyentar a cualquier ladrón. Franqueamos al fin la cadena de colinas tras la cual se oculta Janina, y vimos el lago sobre cuyas márgenes se alzó en otro tiempo Dodona, y en cuyas aguas se miran las copas de las encinas proféticas. Seguimos luego el curso del Arta, antiguo Aqueronte, aunque lo esconde entre las escarpadas márgenes que lo encierran.

Sobre las márgenes de este río, dedicado a los muertos, había erigido su morada el hombre extraño a quien yo iba a visitar. Hijo de Veli-Bey, quien después de haber achicharrado a sus hermanos Salik y Mehemet en el pabellón donde se habían encerrado, llegó a ser el primer *agá* de la ciudad de Tebelin, y de Khamco, hija de un bey de Conitza, tendría Alí-Tebelin-Veli-Zade, en la época a que me refiero, unos setenta y dos años. La primera parte de su vida la pasó cautivo y en la miseria, pues, al morir su padre, los habitantes de las inmediaciones de Tebelin, temiendo el espíritu emprendedor de Khamco más aun de lo que habían temido la crueldad de Veli, la atrajeron a una emboscada, y el jefe de Cormovo, después de haber violado, en presencia de los hijos amarrados a dos árboles, a la viuda, cuyo marido apenas acababa de ser enterrado, la sepultó, juntamente con Alí y con Chainitza, en las mazmorras de Cardiki, de donde no salieron hasta que un griego de Argyro-Castron, llamado Malicoro, pagó, sin sospechar que rescataba a una tigre y a sus cachorros, su rescate, que ascendía a veintidós mil ochocientas piastras.

Muchos años transcurrieron desde el día del rescate hasta el momento en que Khamco, roída por una úlcera gangrenosa, comprendió que la muerte la acechaba dispuesta a llevarla consigo, pero, esto no obstante, en su corazón se agitaba el odio con tanta fuerza como si hubiese nacido la víspera. Para hacer a su hijo recomendaciones en armonía con su iracundia, despachó mensajero tras mensajero, incitando a aquél a que viniera a recoger su postrera voluntad; pero la muerte, que monta un caballo alado, caminó con mayor rapidez que ninguno de aquellos. Khamco, persuadida de que era preciso renunciar, antes de morir, a la dicha de ver a su hijo predilecto, hizo depositaria de sus últimos deseos a Chainitza, quien juró, puesta de rodillas, cumplirlos al pie de la letra. Obtenida la promesa, Khamco reunió todas sus fuerzas, se incorporó penosamente en la cama, y juró a su vez, poniendo por testigo al cielo, que saldría de su tumba para maldecir a sus hijos, si éstos dejaban incumplidas sus postreras disposiciones. Aquel esfuerzo sobrehumano agotó sus fuerzas y cayó muerta. Una hora más tarde llegaba Alí y encontraba a su hermana arrodillada todavía junto al cadáver. Abalanzóse sobre el lecho, creyendo que Khamco respiraba aún; mas viendo que acababa de expirar, preguntó en seguida si había dejado algún encargo para él.

—Nos lo ha dejado, hermano mío —respondió Chainitza—. Nos ha legado una obligación que no puede estar más en armonía con nuestro corazón: quiere que exterminemos hasta el último de los habitantes de Cormovo y de Cardiki, de los cuales hemos sido esclavos, y nos amenaza con su maldición si dejamos de llevar a cabo esta venganza.

—Duerme tranquila, madre mía —dijo Alí, extendiendo la diestra sobre el cadáver—. Se hará como lo deseas.

Una de las recomendaciones pronto tuvo cumplimiento: sorprendida Cormovo durante la noche, despertó en medio de los gritos de muerte de sus habitantes. Excepción hecha de los contados que lograron ganar las montañas, todos fueron pasados a cuchillo, hombres y mujeres, niños y ancianos. El prelado, que había agraviado a Khamco, fué empalado, atenaceado con tenazas puestas al rojo y asado a fuego lento. Pasaron treinta años, durante los cuales creció el poderío de Alí, juntamente con sus dignidades y fortuna. Pasaron treinta años, treinta años durante los cuales Alí dejó incumplido su juramento, dejando que la Gomorra destruída esperase las ruinas de Sodoma. Docenas de veces recordó Chainitza a su hermano, durante ese lapso, el juramento fúnebre, y otras tantas respondió Alí, frunciendo el entrecejo:

—No es llegado el momento: todo se andará.

Y siempre, volviendo hacia otra parte los ojos, disponía nuevas matanzas, nuevos incendios.

Los gritos de una mujer despertaron bruscamente a Janina cuando más completo parecía el olvido de la venganza exigida por una madre. Acababa de morir Aden-Bey, el último hijo de Chainitza, y ésta, con aspecto de loca, desgarrados los vestidos, esparcidos los cabellos, echando espumarajos por la boca, recorría las calles de la ciudad pidiendo que le fueran entregados los médicos que hubieran podido salvar la vida de su hijo. Inmediatamente se cerraron las tiendas y el luto se hizo general. Cuando mayor era el espanto y más completa la desesperación, Chainitza quiso arrojarse a la cloaca del harén; lograron detenerla, pero se desasió de los que intentaban sujetarla y corrió en dirección al lago. Detenida por segunda vez, viendo que no la dejaban morir, entró en el palacio, trituró con un martillo sus diamantes, quemó sus cachemiras y sus pieles, juró no invocar en un año el nombre del profeta, prohibió a su servidumbre que observara el ayuno del *Rhamadan*, hizo expulsar de su palacio a los *derviches*, después de apalearlos, dispuso que cortaran las crines de los caballos de guerra de su hijo, y, finalmente, desdeñando los cojines de seda y los mullidos divanes, se obstinó en dormir sobre un jergón de paja. Pero se levantó de pronto como una pantera... ¡Acababa de ocurrírsele una idea terrible! ¡La maldición de su madre había venido a herir a su hijo: había muerto Aden-Bey porque existía Cardiki!

Abandonó entonces su palacio, atravesó las habitaciones de Alí, penetró hasta el fondo del harén, y encontró allí a su hermano en el momento que ponía su firma a la capitulación que concedía a los cardikiotas, que, no obstante verse atacados por todas partes, hasta en sus nidos de águilas, impusieron, antes de rendirse, sus condiciones. Estipulaba la capitulación que setenta y dos *beys*, jefes de los más ilustres de los skipetares, mahometanos todos ellos y grandes vasallos de la corona, entrarían libremente en Janina, donde serían recibidos y tratados con todos los honores y consideraciones debidas a su rango, que disfrutarían de todos sus bienes, que serían respetadas sus familias, y, finalmente, que todos los habitantes de Cardiki, sin excepción, serían considerados como los amigos más leales del visir. Se hacía constar asimismo que quedarían extinguidos todos los odios, y que Alí-Pachá sería reconocido y jurado señor de la ciudad, a la que tomaría bajo su especial protección. Acababa de jurar Alí estas condiciones sobre el Corán, y de firmarlas y sellarlas, cuando entró Chainitza gritando:

—¡Maldición sobre ti, Alí, que eres la causa de la muerte de mi hijo, porque no has cumplido el juramento prestado a mi madre! Nunca más te daré el nombre de visir, nunca más te llamaré hermano, a menos que Cardiki quede reducida a escombros y todos sus habitantes sean degollados, a menos que pongas a mi disposición a todas sus mujeres, a todas sus hijas, para que yo disponga de ellas a mi capricho, porque te prevengo que quiero dormir sobre colchones hechos con sus cabellos. ¡Pero no lo harás, no! Cual débil mujer lo has olvidado todo..., ¡sólo yo me acuerdo!

Alí no perdió la tranquilidad: cuando su hermana dejó de hablar, le mostró la capitulación que acababa de firmar. Chainitza lanzó al verla gritos de delirante alegría, pues no en vano conocía la lealtad con que su hermano cumplía las capitulaciones pactadas con sus enemigos. Segura de que presenciaría el exterminio de la ciudad aborrecida, volvió a su palacio con la sonrisa en los labios. Ocho días después anunció Alí su decisión de ir personalmente a Cardiki, donde se proponía afianzar el orden, a cuyo efecto instituiría un tribunal y organizaría un cuerpo de policía para proteger a sus habitantes. La víspera del día de la marcha de Alí llegué yo. Hice que le entregasen la carta de recomendación de lord Byron, y aquella misma noche recibí contestación, concediéndome audiencia para el día siguiente.

El desfile de las tropas, que llevaban consigo un tren formidable de artillería, regalo de Inglaterra, comenzó al amanecer. Lo formaban baterías de montaña, obuses y carros de bombas, y eran las arras del convenio de Parga, recientemente recibidas por Alí-Tebelin. A la hora que me designaron, me dirigí a la residencia de Alí, palacio por dentro y fortaleza por fuera. Constantemente entraban mensajeros a caballo, unos a recibir órdenes, otros a dar cuenta de su cumplimiento. El gran patio exterior parecía inmensa posada donde se hubiesen reunido viajeros de todas las regiones de Oriente. Llamaban desde luego la atención los albaneses, por sus zaragüelles blancos como la nieve del Pindo, sus chaquetillas de terciopelo de seda carmesí, cubiertas de galones de oro y de ricos arabescos, su cinturón primorosamente bordado, del que salía un verdadero arsenal de pistolas y de puñales, sin que dejaran de ser notables los *delbis*, con sus altos gorros puntiagudos; los turcos, con sus holgadas pellizas y sus turbantes; los macedonios, con sus *écharpes* de púrpura; los nubios, de tez de ébano. El cuadro resultaba pintoresco, aunque poco animado, pues todos ellos fumaban indiferentes, y apenas si alzaban la cabeza cuando escuchaban el rápido galopar de algún caballo, montado por un mensajero tártaro que era portador de órdenes de feroz exterminio.

El aspecto del segundo patio era, si se me permite la expresión, más íntimo. Pajes, eunucos y esclavos hacían sus menesteres, sin importarles un ardite de la docena de cabezas recién cortadas que se veían clavadas en los hierros de otras tantas picas, ni de otras cincuenta o cien más antiguas, colocadas en el suelo como proyectiles de artillería apilados en los arsenales. Pasé entre aquellos sangrientos trofeos y entré en el palacio. En la puerta me esperaban dos pajes, que tomaron de manos de los que los llevaban los presentes que yo ofrecía al pachá, y que consistían en un par de pistolas y una carabina magníficas, ricas en primorosas incrustaciones en oro, y obra del armero más afamado de Londres. Los pajes mencionados me condujeron a un gran salón espléndidamente amueblado, donde me dejaron solo, con objeto, así lo supuse, de presentar a Alí el homenaje que yo le llevaba, y que probablemente sería la pauta a cuya medida se ajustaría el recibimiento que me dispensase. Se abrió la puerta poco después para dar paso al secretario del pachá, que venía a informarse de mi salud. Parece que mis presentes habían producido efecto, puesto que me recibían bien. Me dijo que su señor estaba en aquel momento con el embajador de Francia, pero que, en atención a que debía ponerse en camino muy en breve, nos recibiría a los dos a un mismo tiempo, si yo tenía la bondad de seguirle. Como yo tenía tanta prisa como el pachá, obedecí en el acto.

Precedido por el secretario, atravesé una porción de salones amueblados y decorados con lujo indescriptible. Cubrían los divanes telas de Persia y de la India de una riqueza y de un gusto infinitos; de las paredes pendían armas magníficas, y sobre aparadores de madera tallada, dispuestos como en las tiendas de lujo de la Bond *street*, se veían soberbios jarrones de China y del Japón, mezclados con porcelanas de Sèvres. Al fin, después de dejar a nuestras espaldas un corredor tapizado de cachemira, levantó el secretario un cortinón de brocado de oro y vi a Alí-Tebelin, en actitud pensativa, medio cubierto con una capa de color escarlata, calzado con botas de terciopelo carmesí, apoyado sobre un hacha de armas damasquinada, pendientes las piernas fuera del borde de un sofá y luciendo en sus dedos maravillosos brillantes. Mientras él soñaba, su intérprete traducía su discurso al señor de Pouqueville y cual si lo que acababa de decir hubiese volado de su pensamiento, parecía completamente extraño al rumor de las palabras que llegaban hasta mis oídos. Como el *drogman* hablaba en francés, entendí perfectamente todo el discurso.

"Mi querido embajador —decía—; desde este momento, vas a dar al olvido las prevenciones que abrigabas contra mí. Si en otro tiempo fuí cruel y vengativo para mis enemigos, débese a que sé perfectamente que las aguas duermen muchas veces, pero que la envidia no ha dormido jamás. Hoy que he afianzado mi poderío, hoy que veo respetada por todos mi autoridad, quiero coronar mis dilatados trabajos demostrando que, si fuí severo y terrible, sé respetar, cuando de respeto son dignos, al infortunio y a la humanidad. No está en mi mano remediar el pasado, y cree que lo haría sin vacilar; porque enfriados mis rencores a la par que mi corazón, quisiera que en mis actos no hubiese influído tanto el ansia de venganza. He derramado tanta sangre, que ni me atrevo a volver la cabeza atrás, pues me siguen implacables los ríos que aquella formó."

El embajador se inclinó y contestó que veía con placer indefinible que en el pecho de Su Alteza dominaban sentimientos de dulzura, y que le felicitaba en nombre propio y en el del Gobierno del que era representante. Resonó en aquel instante un trueno espantoso: Alí dejó caer el hacha y tomó entre sus manos un rosario de perlas que llevaba pendiente de su cinturón. Yo no sé, pues bajó los ojos y no miró a nadie, si habló o si rezó: sus labios pronunciaron en voz baja una serie muy larga de palabras: como el intérprete las tradujo en seguida, debieron ser discurso y no oración.

"Sí,... sí —dijo el intérprete—; tienes razón, embajador. Deseé la fortuna, y ésta me colmó de favores: ansié, suspiré por un serrallo, por una corte, por el fausto, por el poderío, y todo lo he obtenido. Cuando comparo la choza donde vivió mi padre con el palacio de Janina y mi casa del lago, no puedo menos de confesar que mi dicha, mi felicidad, no podrían ser mayores. Mi grandeza deslumbra a mi pueblo, los albaneses se arrastran a mis pies y me envidian, la Grecia entera me mira y tiembla; pero todo esto, embajador, es fruto, como has dicho muy bien, del crimen, y por lo mismo que lo reconozco, pido humillado perdón a Dios, que suele hablar a los hombres apelando a la voz de sus truenos. Me arrepiento, embajador, me arrepiento de veras. En mi poder están mis enemigos; pero, lejos de castigarles, pienso colmarles de beneficios. Haré de Cardiki la flor de Albania e iré a pasar los últimos años de mi vida a Argyro-Castron. ¡Por mis barbas, embajador, juro que los expuestos son los proyectos últimos que acaricio!"

—Dios recompensará a Vuestra Alteza —contestó el embajador—. Al despedirme, llevo conmigo la esperanza de ver los proyectos trocados en realidades.

—¡Espera! —exclamó Alí en francés, poniendo su mano sobre el brazo del embajador—. ¡Espera!

Seguidamente habló en turco, pero con un tono de voz tan insinuante, que dejaba entrever el sentido de las palabras aunque no las comprendiésemos.

—Dice Su Alteza —prosiguió el *drogman* — que los proyectos que acaba de exponer son los que no tardará en realizar, y que, si lograse obtener de ti a Parga, que tantos años ha viene pidiéndote inútilmente, a Parga, por cuya posesión te pagaría todo lo quisieras pedir, vería satisfechos todos sus deseos. No tendría entonces más que un anhelo; sólo de una cosa cuidaría: de colmar de dicha a los pueblos de los cuales Alá le ha hecho rey, cuyo título cambiaría él por el de pastor.

Contestó el embajador que se veía en la precisión de repetir a Su Alteza la respuesta que tantas veces le había dado ya; es decir, que mientras Parga continuase bajo la protección de Francia, los parganiotas no tendrían otro señor que el que ellos mismos se escogieran, y por tanto, que procurara recabar de aquéllos que lo pidieran como soberano.

Alí estaba murmurando entre dientes algunas expresiones terribles cuando me vió en pie junto a la puerta. Volvióse con gran viveza hacia su *drogman*, y le preguntó quién era yo; el secretario que me había acompañado avanzó unos pasos, cruzó los brazos delante del pecho, e inclinando hasta el suelo la cabeza, contestó que era el inglés que le había traído una carta de su noble hijo lord Byron y regalado las armas que le había dispensado el honor de aceptar. El rostro de Alí adquirió súbitamente una expresión de dulzura increíble, a la que su barba blanca como la nieve daba una dignidad suprema, y luego, haciendo una señal a su *drogman* y a su secretario para que se retiraran, me dijo en francés:

—Sé bien venido, hijo mío. Amo de veras a tu hermano Byron, que te envía a mí, y amo el país de donde vienes. Inglaterra es mi fiel aliada; me envía excelentes armas y excelente pólvora, mientras que Francia sólo hace llegar hasta mí quejas y consejos.

Era un favor inmenso el que Alí me dispensaba hablándome en francés, pues muy contadas veces empleaba otra lengua que la griega o la turca.

Me incliné profundamente.

—La acogida que Tu Alteza me dispensa —contesté en el mismo idioma— me da valor para pedirte una gracia.

—Habla.

Por el rostro de Alí pasó como una nube de inquietud.

—Un asunto importantísimo me obliga a ir al Archipiélago y necesito atravesar la Grecia entera. Como el rey de Grecia eres tú y no Mahmoud, vengo a pedirte un salvoconducto y una escolta.

Disipóse la nube de inquietud.

—Tendrá mi hijo todo lo que pueda apetecer —contestó—. Pero ha venido de muy lejos, le recomienda su hermano Byron, señor muy alto; me ha ofrecido un presente magnífico, y como consecuencia, no puedo verle partir antes de tenerle unos días a mi lado: mi hijo me acompañará a Cardiki.

—El asunto que me llama al Archipiélago es muy urgente, pachá —repliqué—. Si quieres demostrarme más generosidad que la que podría testimoniarme un rey poderoso poniendo a mi disposición todos sus tesoros, no me detengas, y dame la escolta y el salvoconducto que te pido.

—¡No, no! Mi hijo me acompañará a Cardiki, y dentro de ocho días podrá continuar su marcha. Le daré un salvoconducto de tesorero y una escolta de capitán, pero quiero que mi hijo vea por sus ojos cómo Alí, después de setenta años, sabe cumplir una promesa hecha a su madre en el lecho de muerte... ¡Ah!... ¡En mis manos están al fin!... ¡Infames! —repuso el pachá, asiendo de nuevo su hacha de armas con vivacidad y fuerza de adolescente—. ¡Son míos, y los exterminaré, conforme prometí a mi madre, desde el primero hasta el último!

—¡Pero..., piensa..., no comprendo! —exclamé yo azorado—. ¿No hablabas al embajador de Francia, hace un momento, de arrepentimiento y de clemencia?

—No. Entonces tronaba —contestó Alí.

XXXIII

Un deseo del pachá era una orden terminante. Así que no repliqué: me incliné; y, como era la hora de emprender la marcha, bajamos al primer patio. En el momento de penetrar en éste, un bohemio se precipitó desde lo alto del tejado sobre las losas del pavimento, gritando:

—¡Caigan sobre mí las desgracias que pudieran amenazarte a ti, señor!

Me volví lanzando un grito de espanto, atribuyendo a una imprudencia el accidente, pero Alí me desengañó: era el bohemio un esclavo que se sacrificaba por su señor. Mandó Alí que sus pajes se informaran de si el bohemio había muerto, y como le contestaran que vivía aún, si bien se había fracturado ambas piernas, le asignó en el acto una renta vitalicia de seis *paras* diarias, y continuó su camino sin preguntar más por el desgraciado. En el segundo patio esperaba su carruaje. Alí se recostó. Un negro tendido a sus pies le sostenía la pipa. En cuanto a mí, me presentaron un caballo soberbio, cubierto de terciopelo y de oro; era un presente del pachá que correspondía al que yo le había ofrecido.

Rompieron la marcha los tártaros, a caballo, que formaban la vanguardia; los albaneses escoltaban el carruaje, caminando a pie a uno y otro lado del mismo, y cerraban la marcha los turcos. En esta forma atravesamos Janina. Aproximadamente a mitad de la distancia que separaba al palacio de las puertas de la ciudad, un griego que caminaba junto a la portezuela vió un bache transversal bastante profundo en el camino y se tendió en él, rellenándolo con su cuerpo, a fin de que el pachá no experimentase la menor sacudida. Creyendo yo que el griego en cuestión había resbalado y caído, intenté volar en su socorro, pero me lo impidieron dos albaneses. Las ruedas del coche pasaron sobre el pecho del desgraciado. Creí que moriría aplastado bajo el peso del carruaje, pero le vi que se levantaba gritando con entusiasmo:

—¡Gloria a nuestro señor! ¡Gloria al sublime Alí!

El sublime Alí le señaló en el acto una renta de una *ogue* de pan diario por todo el resto de su vida.

En las puertas de la ciudad encontramos otra exposición de cabezas cortadas. Una de ellas lo había sido recientemente; aun caía gota a gota la sangre de su cuello con lúgubre regularidad, sobre el hombro de una mujer sentada al pie del poste que la sostenía. Aquella desventurada, casi desnuda, había hundido la frente entre las rodillas y descansaba su cabeza sobre las manos. A sus pies jugueteaban dos niños preciosos, que parecían gemelos. Tan profundo era el dolor de la desventurada, tan alejado estaba su espíritu de las cosas de la tierra, que no alzó la cabeza ni nos miró, no obstante el ruido de nuestra marcha. Pude observar que Alí la miraba con la misma indiferencia con que hubiese mirado a una perra con sus cachorros.

Fuimos primero a Libaovo, donde se había retirado Chainitza esperando el día de la venganza. Nos detuvimos en el palacio. Habían desaparecido las huellas de luto; todos los salones, poco antes tendidos de negro, desplegaban el lujo habitual, y Chainitza conservaba su corte tan esplendorosa como en sus tiempos de prosperidad materna. Festejóse nuestra llegada con un banquete que presidió el viejo pachá, donde se hizo la repartición de víctimas entre él y su hermana. Alí se encargó de los hombres. Chainitza de las mujeres.

Seguimos a Chendrya, nido de águilas colgado de una roca. Emplazada sobre la margen derecha del Celydnus, domina todo el valle de Drynópolis, y desde lo alto de sus torres almenadas se distingue la ciudad de Cardiki, cuyas casas, blancas como la nieve y colocadas entre inmensos olivares, parecen bandada de cisnes que, rendidos de su viaje aéreo, se han posado, para descansar, en las vertientes de una montaña. Más allá se extienden los desfiladeros antigonianos, las escalas de Moursina y todo el territorio de Argyrene. Allí fué donde Alí descendió semejante a un ave de rapiña, allí donde sujetó a su tribunal de muerte a aquella nación desventurada, situada desde más de dos mil años antes en medio de los peñascales del Acroceraunо. Desde el día de nuestra llegada, sus heraldos atravesaron el largo valle de Drynópolis y subieron a Cardiki. Iban a publicar, en nombre del pachá, una amnistía general, mandando al propio tiempo que todos los varones desde los diez años hasta los ochenta, debían presentarse en Chendrya para escuchar de labios de Su Alteza la declaración que les garantizaba su vida y su libertad.

Pese al juramento de Alí, en el cual ponía por testigos lo más santo y sagrado del cielo y de la tierra, un vago terror penetró en los corazones de aquellos desgraciados, a quienes Alí prometía demasiado para que abrieran sus pechos a la fe. El mismo pachá dudaba mucho que consiguiera inspirarles confianza. Había mandado colocar un dosel y poner cojines sobre la torre más elevada, y allí, semejante al águila entronizada sobre su picacho, fijos los ojos en la ciudad, esperaba impaciente, pasando sin cesar entre sus dedos su rosario de perlas. Su pecho dejó escapar un grito de alegría al ver asomar la cabeza de una columna que salía por una de las puertas de la ciudad. Aunque la orden de Alí sólo se refería a los hombres, los acompañaban las mujeres, ganosas de permanecer a su lado todo el tiempo posible, pues todos presentían en el fondo de sus corazones la inminencia de una catástrofe espantosa. A mil pasos de la ciudad vimos que aquellos hombres, que no lograron dominar veinticinco siglos de continuos y terribles combates, depositaban sus armas y se despedían de sus mujeres y de sus hijos, comprendiendo que ni éstos ni aquéllas podrían defenderlos. Aunque la distancia era muy larga, Alí pudo apreciar su desesperación, y como ya entonces no podían escapársele, su rostro adquirió la expresión de calma y de serenidad que hacían de él uno de los más hermosos tipos de Oriente. Se separaron maridos, mujeres e hijos: las mujeres quedaron de pie, inmóviles, y los hombres continuaron su camino, atravesando el Celydnus, cuyo caudal habían engrosado las lluvias recientes; se volvieron para ver una vez más a Cardiki, saludaron con los ojos y con gestos sus casas, donde habían muerto sus padres y donde nacieron sus hijos, y penetraron en un desfiladero tortuoso que terminaba en Chendrya. Los soldados empujaron entonces a las mujeres y las llevaron, como un rebaño, a la ciudad viuda, cuyas puertas cerraron inmediatamente.

Alí, mientras tanto, seguía con la mirada aquella larga columna de hombres que se acercaba a él, ondulando por los repliegues de la hondonada que estaba recorriendo, y sobre cuyos vestidos, cubiertos de bordados de oro, se quebraban los rayos del sol, como se quebrarían sobre las aceradas escamas de una serpiente inmensa. A medida que aquélla estrechaba distancias, sus ojos se llenaban de una expresión de extraña dulzura. ¿Era que se ensayaba para engañarlos mejor o que la perspectiva de la venganza próxima a realizarse determinaba la engañadora expresión de su rostro? He aquí lo que no podía precisar quien, como yo, le veía por primera vez. Así era, sin embargo, aunque yo, no habituado todavía al sutil disimulo de Oriente, no podía creer que el pachá abrigase los siniestros proyectos de carnicería que llenaba su pecho cuando emprendió el viaje. Al fin, cuando la cabeza de la columna de los cardikiotas llegó muy cerca de la fortaleza, Alí descendió de la torre y fué a estacionarse junto a la puerta. A sus espaldas se colocaron Omer, ejecutor pasivo de sus voluntades, y cuatro mil soldados, armados hasta los dientes. Adelantaron los cardikiotas de más edad y pidieron gracia para ellos, para sus mujeres, para la ciudad, llamando a Alí su señor, e implorando su compasión en nombre de sus hijos, de su mujer y de su madre. Entonces Alí, como si hubiese querido darme una lección completa del terrible disimulo oriental, hizo decir a Maquiavelo que para aprender a ser buen político, precisase ir a estudiar a Constantinopla, alzó del suelo con dulzura infinita a los postrados, derramó lágrimas, les llamó hermanos, hijos queridos que jamás se borraban de su memoria. Sus miradas escudriñaron las filas y, reconociendo a sus antiguos compañeros de armas o de placeres, los llamó por sus nombres, les estrechó las manos y les preguntó por los individuos de sus familias, nacidos o fallecidos desde la remota fecha en que fueron amigos. A unos prometió puestos honoríficos, a otros rentas, pensiones a éstos y ascensos a aquéllos; entresacó los niños más hermosos y nobles y dijo que se les daría educación en el colegio de Janina, y al fin les despidió a todos con gran pesar, se enterneció una vez más, les llamó de nuevo, y puso fin a aquella comedia extraña y cruel mandándoles que se retirasen a un lugar murado próximo, adonde les seguiría muy en breve para dar cumplimiento a las promesas que les había hecho.

Obedecieron los cardikiotas, disipadas sus inquietudes en vista de demostraciones tan ca-

riñosas, y se encaminaron al lugar que les había sido indicado, situado en la llanura al pie de la fortaleza. El rostro de Alí, mientras los veía alejarse, adquiría una expresión de ferocidad sin igual. Luego que todos hubieron entrado en el recinto y fueron cerradas las puertas, cuando los vió desarmados y tímidos como un rebaño de corderos, palmoteó, lanzó un grito de alegría, pidió su palanquín y bajó la escarpada pendiente de la montaña, llevado en hombros por sus leales valacos, a quienes excitaba con el gesto y con la voz, como si le pareciera que no corrían bastante.

Esperaba al pie de la pendiente una especie de trono provisto de cuatro ruedas y tirado por dos briosos caballos. Alí saltó sobre su asiento, cubierto por preciosas telas de brocado de oro y cachemiras riquísimas, y partió como una flecha hacia el recinto murado, seguido por sus guardias que no sabían adonde les llevaba, al galope de sus caballos. Llegado junto a los muros, Alí se alzó sobre los cojines a fin de dominar con la vista el interior del recinto donde estaban encerrados los cardikiotas como rebaño de ganado que espera a los matarifes, dió dos vueltas a los muros, a todo galope, más temible y más implacable que Aquiles frente a Troya, y, seguro de que nadie podía escapar a su venganza, se puso en pie, montó su carabina, y lanzando el grito "¡Matad!" disparó un tiro al azar, bien que apuntando a los infelices cautivos, a fin de dar por sí mismo la señal de exterminio.

Cayó un hombre a raíz del disparo, que resonó lúgubremente en los corazones de todos los presentes: subió una humareda, semejante a una nubecilla flotante que busca las altas regiones de la atmósfera; pero los guardias de Alí quedaron inmóviles, desobedeciendo, por primera vez, una orden del pachá, mientras los desventurados cardikiotas, que al fin comprendieron lo que les aguardaba, corrían en tropel por el recinto murado visitado ya una vez por la muerte. Alí debió creer que sus leales *tchoadars* no habían oído su palabra, o bien la habían comprendido mal, pues repitió con voz de trueno:

—*¡Vras! ¡Vras!* (¡Matad! ¡Matad!)

Al feroz grito no contestaron más que los gemidos de los aterrados prisioneros. Los guardias del pachá tiraron a tierra sus armas cargadas y declararon, por conducto de su jefe, que siendo mahometanos, no podían bañarse en la sangre de otros mahometanos. Tal mirada dirigió Alí a su instrumento pasivo Omer, que éste, con el espanto en el corazón, pasó corriendo como un insensato frente a todas las filas de los guardias, excitando a éstos a cumplir la orden del pachá: nadie obedeció; al contrario: fueron muchas las voces que se alzaron pidiendo *gracia*.

Por medio de un gesto terrible mandó Alí a sus guardias que se alejaran; obedecieron los *tchoadars*, dejando en el suelo sus armas, y el pachá mandó que se acercasen los cristianos negros que tenía a su servicio, llamados así por llevar la cabeza cubierta con una especie de capucha negra. Avanzaron éstos con paso lento y mesurado hasta ocupar el sitio que los guardias habían dejado vacante.

—A vosotros, mis bravos latinos —gritó Alí, — os concedo el honor de exterminar a los enemigos de vuestra religión. ¡Herid en nombre de la cruz, herid en nombre de Cristo! ¡Matad!... ¡Matad sin descanso!

Siguió a estas palabras un silencio prolongado; oyóse al cabo de un rato un murmullo confuso, parecido al que las olas del mar producen al agitarse sin fuerza, y al fin contestó una voz, una sola, voz entera, briosa, sonora, que, sin muestras de temor, pronunció las palabras siguientes:

—Somos soldados y no matarifes. ¿Acaso hemos huído alguna vez frente al enemigo, o cometido cualquier acto de cobardía, para que se pretenda envilecernos, colocarnos en el rango de los asesinos? ¡Pregunta a los *goks* de Scodra, visir Alí, conjura al jefe de la bandera roja a que te diga si ninguno de nosotros retrocedió jamás ante la muerte! ¡No, visir Alí; no somos asesinos! Devuelve a los cardikiotas las armas que les han sido quitadas, déjales que tomen posiciones en campo raso o que se encierren en su ciudad, y mándanos entonces que ataquemos; verás con qué presteza obedecemos tu orden. Mientras no ocurra eso, no te molestes en invocar la diversidad de nuestras creencias religiosas, que para nosotros, hermano nuestro es todo hombre inerme.

El que acababa de hablar era Andrés Gozzolouri, comandante en jefe del cuerpo auxiliar latino.

Alí lanzó rugidos de león. Si con sus manos hubiese podido degollar a todos los encerrados, lo hubiese hecho sin compartir con nadie la horrenda tarea; pero como eso no era posible, miró en derredor, buscando personas bastante viles para aceptar su mandato. Adelantóse entonces un griego que, llegado al pie del trono, se postró, besó el polvo, y alzando la cabeza como lo hubiera hecho una serpiente, dijo:

—Señor; he aquí mi brazo. Dispón de él, y que perezcan todos tus enemigos.

Alí lanzó un grito de alegría, llamó al griego su salvador, su hermano querido, le arrojó su bolsa, le entregó su propia carabina, emblema de mando, instándole a apresurarse a fin de ganar el tiempo perdido.

Atanasio Vaia, que así se llamaba el miserable griego, fué escogiendo las heces de los que seguían al ejército, consiguiendo reunir ciento cincuenta hombres. Al frente de aquella turba dirigióse a las murallas, que cercó por todas partes. Alí levantó su hacha: cien hombres hicieron fuego desde el coronamiento de los muros sobre los setecientos cardikiotas encerrados: seguidamente cambiaron sus fusiles descargados por otros cargados que les sirvieron los que de este odioso menester se habían encargado, y antes que los infelices prisioneros tuvieran tiempo de ver de dónde les había venido el rayo, retumbaba la segunda descarga, a la que siguieron con idéntica rapidez la tercera y la cuarta. Los que no habían muerto recurrieron a los medios más desesperados para escapar a la matanza. Precipitáronse unos contra las puertas, que intentaron echar abajo, pero las barras que por la parte de fuera las afianzaban eran demasiado sólidas: otros saltaron sobre los muros, semejantes a jaguares, con ánimo de salvarlos; pero coronaban los muros hombres armados hasta los dientes, mientras los cardikiotas no disponían del arma más insignificante. Rechazados los condenados por las puntas y los filos de los puñales, yataganes y hachas que les recibieron en el muro, volvieron en tropel al centro del recinto, quedando apelmazados de nuevo: Alí levantó otra vez su hacha y los fusiles hablaron como antes. Cuatro horas duró aquella caza feroz, cuatro horas durante las cuales los condenados no pensaban ya más que en burlar la puntería de los tiradores corriendo con mucha rapidez y en *zig-zag*. Al cabo de cuatro horas, de todos los hombres que aquella mañana salieran de la ciudad, fiados en el valor de una promesa santa, no quedaba uno solo con vida, de lo que resultó que, un crimen que sesenta años antes cometieron los antepasados, venían a pagarlo, al cabo de tres generaciones, los biznietos, que perecieron todos.

Terminaba la carnicería cuando se vió pasar por la ladera de la montaña, a las madres, las mujeres y las hijas de los desgraciados a quienes acababan de asesinar, formando interminable línea de seres, que más que de carne y hueso parecían fantasmas. Eran conducidas a Libaovo, conforme al pacto celebrado entre Alí y su hermana, y mientras caminaban, veíase que se retorcían los brazos y daban señales de violenta desesperación, pues en sus oídos resonaban las descargas de fusilería y, sin que nadie se lo dijera, sabían quiénes eran los desventurados objetos de la matanza. Pronto penetraron en una garganta profunda y tortuosa, que conduce desde Chendrya a Libaovo, donde desaparecieron unas tras otras, cual sombras que descienden al infierno. Tuve el dolor de asistir a aquella ejecución espantosa, sin poder hacer nada en favor de los desdichados; ni intenté siquiera interceder por ellos, comprendiendo que la resolución que los condenaba era antigua e inmutable. Cuando terminó la matanza, cuando Alí, seguro de que todos sus enemigos estaban muertos, respiró con satisfacción, me acerqué a él, tan pálido como los que ante nosotros yacían sin vida, y le pedí la escolta y el salvoconducto que me había ofrecido, pero me contestó que tenía su sello en Janina y que tan pronto como regresáramos a aquélla me dejaría en libertad. Nada podía yo contestar: en manos de aquel hombre estaba la llave de la puerta que debía llevarme hasta Fatinitza, y yo quería a toda costa llegar hasta ella, aun cuando hubiese de pasar por los infiernos, como Dante pasó para llegar a Beatriz.

Penetraron los asesinos en el recinto murado, probaron los cadáveres con las puntas de sus puñales para cerciorarse de que estaban bien muertos, y remataron implacables a los que todavía respiraban. Hizo Alí que escogieran los cadáveres de los jefes, con los cuales formó grupos semejantes a las almadías que arrastran nuestros ríos, y los hizo arrojar al Celydnus, a fin de que ellos mismos se encargaran de difundir, desde Tebelin hasta Apolonia, la noticia de su venganza, y luego, dejando a los otros donde estaban, mandó que quedaran abiertas las puertas del recinto, para que los cadáveres sirvieran de alimento a los lobos y a los chacales que, habiendo venteado la sangre, aullaban ya en la montaña.

Aquella noche emprendimos el regreso. Nuestra marcha fué tan silenciosa como la de los convoyes fúnebres: *tchoadars* y cristianos negros llevaban sus fusiles a la funerala en señal de luto, y Alí, semejante al león harto de sangre, dormitaba, tendido en su palanquín que llevaban a hombros sus valacos. Horadábamos las tinieblas de una noche tan tétrica como nuestros pensamientos, cuando de pronto, al doblar la estribación angulosa de una montaña, vimos resplandores inmensos e hirieron nuestros oídos alaridos de agonía: era el festín de la leona que seguía a la comida del león. Había terminado Alí su obra y Chainitza comenzaba la suya. Continuamos nuestro camino: una hoguera colosal, encendida ante las puertas de Libaovo, nos servía de faro. Sus resplandores nos permitían ver infinidad de sombras que corrían en tropel. Apresuramos el paso sin que Alí diera la orden, y al cabo de pocos momentos pudimos ver lo que pasaba. Las mujeres de los cardikiotas eran conducidas, en grupos de cuatro, a presencia de Chainitza, ésta les arrancaba los velos, mandaba que les cortasen los cabellos y a continuación los vestidos a la altura de los muslos, y las abandonaba a la soldadesca, que las arrastraba como botín de guerra.

Detúvose Alí a la vista de este espectáculo. Su hermana, al verle, le saludó con gritos más bien que con palabras. Tendidos en desorden sus cabellos y rojas de sangre las manos, parecía una Euménide. Incapaz de soportar espectáculo tan repugnante, obligué a mi caballo a retroceder algunos pasos. En aquel instante rasgó los aires un alarido que partió del centro de las desgraciadas, y una doncella, separándose de sus compañeras de infortunio, corrió hacia mí, y abrazándome por las rodillas, gritó:

—¡Soy yo!... ¡Soy yo!... ¿No me reconoces? ¡En Constantinopla me salvaste una vez la vida!... ¡Oh..., acuérdate! ¡He olvidado tu nombre, pero te diré el mío! ¡Me

llamo Vasiliki!

—¡Vasiliki! —repetí yo—. ¿Vasiliki? ¿La griega del ramo de brillantes?

En efecto, recordé entonces que ella me había dicho que su propósito era refugiarse en Albania.

—¡Bendito sea Dios!... —exclamó Vasiliki—. ¡Se acuerda!... ¡Yo soy..., sí..., yo soy! ¡Sálvame una vez más..., a mí de la deshonra, a mi madre de la muerte!

—Ven —contesté—. Ven conmigo: voy a probar.

Me dirigí con ella a presencia de Alí.

—Pachá —le dije—; necesito pedirte una gracia.

—¡Oh, sí! —exclamó Vasiliki—. ¡Gracia, visir, gracia! ¡Señor.., nosotras no somos naturales de la desventurada ciudad que encendió tu ira! ¡Señor..., somos desterradas, desterradas de Estambul, y jamás hicimos nada, ni mi madre ni yo, para merecer tu cólera! ¡Señor..., soy una pobre niña... recíbeme en el número de tus esclavas..., me entrego a ti..., pero salva a mi madre!

El visir dirigió sus miradas a la doncella, que estaba arrebatadoramente sublime en aquella postura suplicante, flotando al viento su largo velo y suelta su opulenta cabellera. Tras breves momentos de contemplación muda, durante los cuales desapareció de su rostro la expresión de ferocidad para ser reemplazada por otra de dulzura extraña, le tendió la mano y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Vasiliki — contestó la doncella.

—Es un nombre precioso que significa reina. A partir de este instante, Vasiliki, eres la reina de mi harén... Manda, ¿qué deseas?

—¿No te burlas de la desgracia, visir? — interrogó Vasiliki, temblando como una azogada y mirando alternativamente a Alí y a mí.

—¡No y mil veces no! — grité yo—. El corazón de Alí es de león, no de tigre; toma terrible venganza de los que lo han ofendido, pero sabe perdonar a los inocentes. Visir, esta doncella no es de Cardiki; hace dos años que yo mismo la ayudé a huir de Constantinopla, a ella y a su madre... Visir, no retires tus palabras.

—Lo que ofrecí, ofrecido está: tranquilízate, hija mía — contestó el pachá—. Preséntame a tu madre, que de hoy en adelante, mi palacio será vuestra morada.

Alzóse Vasiliki lanzando un grito de alegría y corrió a mezclarse de nuevo entre las mujeres, no tardando en reaparecer acompañando a su madre. Ambas cayeron de rodillas a los pies de Alí, pero éste se apresuró a levantarlas.

—Hijo mío — me dijo entonces el pachá—; te confío estas dos mujeres, de las cuales me responderás. Toma una escolta, y que nadie sea osado de tocar un solo cabello de sus cabezas.

Lo olvidé todo: de mi imaginación desapareció la terrible visión de aquella sangrienta jornada, y mis ojos dejaron de ver el repugnante espectáculo que en aquel momento se estaba desarrollando. Tomé la mano de Alí y la besé, y a continuación designé a diez hombres para que me sirvieran de escolta, y entré en Libaovo acompañando a Vasiliki y a su madre. Al día siguiente salimos para Janina. Mientras atravesábamos la plaza, un heraldo gritaba:

—¡Maldición sobre el que facilite asilo, vestidos o pan a las mujeres, a las doncellas y a los niños de Cardiki! Chainitza las condena a errar por los bosques y las montañas, y es su voluntad entregarlas a las bestias feroces, de las que deben ser presa. ¡Así venga a su madre la hija de Khameo!

La nueva de la terrible ejecución nos había precedido. Durante el viaje, todo el mundo, temblando por su vida, salía a felicitar al pachá por lo que llamaban su justicia. Delante de las puertas de Janina encontró a sus esclavos, a sus aduladores y a sus cortesanos que le esperaban, los cuales, no bien le vieron, atronaron el espacio con aclamaciones, llamándole grande, sublime, magnífico. Hizo alto Alí para contestarles; mas en el momento que iba a abrir la boca, se abrió paso por entre la muchedumbre un derviche que avanzó hasta colocarse frente al pachá. Este experimentó un estremecimiento general a la vista del rostro amarillento y el flaco brazo extendido del derviche. Todo el mundo calló. En medio de un silencio aterrador, preguntó Alí:

—¿Qué me quieres?

—¿Me conoces? — replicó el derviche.

—Sí; eres el que llaman el santo entre los santos, el *scheik* Yusuf.

—¡Y tú eres el tigre del Epiro, el lobo de Tebelín, el chacal de Janina! Tus pies no pisan un palmo de tapiz ni una pulgada de tierra que no estén regados con la sangre de tus hermanos, de tus hijos o de tus mujeres: no puedes dar un solo paso sin hollar la tumba de un ser creado a imagen de Dios que te acusa de su muerte. Siempre fuiste feroz, visir Alí, pero jamás habías hecho nada parecido a lo que acabas de hacer, ni aun aquel día que mandaste arrojar al lago a diecisiete madres y a veintiséis niños. ¡Maldición sobre ti, visir Alí! Pusiste tus manos sobre musulmanes que, a estas horas, te acusan ante el tribunal de Dios. Tus aduladores rastreros te dicen que eres poderoso, y tú les crees; te dicen tus esclavos que eres inmortal, y les das fe... ¡Maldición sobre ti, visir Alí! Tu poderío se disipará como un soplo... ¡Maldición sobre ti, visir Alí! ¡Tus días están contados! El ángel de la muerte no espera, para herirte, más que un movimiento de cabeza del Señor. He aquí lo que yo quería, he aquí lo que deseaba decirte. ¡Maldición sobre ti, visir Alí, maldición!

Nadie se atrevía ni a respirar. Todo el mundo esperaba con indescriptible ansiedad, creyendo que la venganza sería proporcionada al insulto; pero Alí, despojándose de su pelliza, forrada de armiño, la colocó sobre los hombros del derviche diciendo:

—Acepta esto y ruega a Alá por mí; porque tienes razón, santo viejo: soy el más grande y el más miserable de los pecadores.

El derviche tiró la pelliza, como temiendo que le manchase su contacto, limpió en ella el polvo de sus pies y alejóse entre las apiñadas turbas, que se abrieron, mudas y temblorosas, para dejarle paso. Aquella misma tarde Alí me facilitaba el salvoconducto y la escolta que me había ofrecido, y a la mañana siguiente emprendía el camino para atravesar la Livadia.

XXXIV

Dos de los cincuenta albaneses que componían mi escolta, habían formado parte de la que acompañó a lord Byron en el viaje que éste hizo por el mismo país que nosotros debíamos recorrer, y lo recordaban perfectamente. Seguimos el mismo camino que siguió aquél, por ser el más corto. Ordinariamente costaba doce días recorrerlo, pero los albaneses me prometieron hacerlo en ocho. En efecto: al día siguiente al de nuestra partida fuimos a pernoctar a Vonetza, habiendo recorrido unas veinticinco leguas en las dos jornadas. La fatiga del camino y las preocupaciones que me embargaban no me impidieron tomar una barca y hacerme llevar a Nicópolis. Como soplaba viento favorable, me dijeron mis marineros que podríamos atravesar el golfo, en nuestro viaje de ida, en dos horas, costándonos más tiempo el regreso, porque tendríamos que hacerlo a remo. Poco me importaba el tiempo, pues el fondo de la barca y mi capa me proporcionarían mayores comodidades de las que me brindaba la habitación que dejé para hacer la excursión.

Por un azar extraordinario tuvo aquella lugar en la noche del 2 al 3 de septiembre, aniversario del célebre combate de Actium. Nosotros encontramos tranquilo y silencioso aquel mismo golfo que mil ochocientos treinta y cuatro años antes, a la misma hora, debió ofrecer un espectáculo terrible a los numerosos habitantes que, apiñados como para una naumaquia inmensa, llenaban las orillas que nosotros veíamos desiertas. A aquella misma hora se jugaron el imperio del mundo que perdió Marco Antonio. Los restos de su flota se debatían aún, pero él había huído ya al ver escapar a Cleopatra, y Octavio, desde que se inició la fuga, se llamaba en realidad Augusto.

Atracamos en la orilla opuesta del golfo, salté a tierra y caminé errante, durante algún tiempo, como una sombra, por entre las ruinas de Nicópolis, la ciudad de la victoria, mandada edificar por Augusto, para conmemorar el combate de Actium, sobre el mismo sitio donde, habiendo encontrado un labriego con su asno y preguntándole el nombre de éste, contestó el dueño en lengua latina:

"—Yo me llamo *Eutychus*, que significa *dichoso*, y mi amo se llama *Nicon*, que quiere decir *vencedor*."

Augusto, el hombre de los presagios, vió uno en las palabras del labriego, y no lo olvidó; tanto, que mandó fundir dos estatuas con destino a la plaza de Nicópolis, una representando al labriego y otra a su asno.

Embebecido en ideas tristes y sombrías y en pensamientos evocadores estaba yo sentado sobre un pedazo de columna rota, frente a una masa de piedra, resto de algún templo desconocido, cuando me pareció que una sombra tomaba cuerpo y crecía en proporciones. Quedé con los ojos fijos y la respiración en suspenso, y no sin motivo ciertamente, pues lo que en un principio me pareció que sería combinación caprichosa de los rayos de la luna, adquiría aparentemente cierta realidad. Era algo de contornos confusos, no precisos, pero que semejaba una mujer cubierta por un velo y por un sudario. He nacido en un país fértil en leyendas poéticas, y con frecuencia en mis años juveniles, había oído contar historias de apariciones, siempre debidas a alguna que persona que acababa de morir o al espíritu de alguien que se encontraba en grave peligro. En casos como estos — conste que me atengo a las tradiciones que recibí de mi madre—, hay un medio segurísimo para cerciorarse de si es ser sobrenatural el que a los ojos de la carne se presenta: basta volverse rápida y sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, y si el fantasma describe el mismo círculo con la velocidad misma del que queda en el centro, ya no puede caber duda de que la visión viene de Dios. Me levanté; y luego de haberme convencido de que lo que veía no era ilusión de mis sentidos, me volví sucesivamente hacia Occidente, hacia el Norte y hacia Oriente, y en los tres puntos indicados tropezaron mis ojos con la misma aparición, velada, en pie e inmóvil, silenciosa como un mármol, rápida como el pensamiento. Me he confesado al lector con sobrada franqueza para que éste haya adquirido el convencimiento de que no soy cobarde; y, sin embargo, no me duele reconocer que sentí que se me erizaron los cabellos y que el sudor del espanto inundaba mi frente. Durante breves momentos quedé con los ojos fijos en aquella extraña figura, pero, al fin, impulsado por una fuerza desconocida que me incitaba a salir de dudas a cualquier precio, avancé en línea recta hacia el fantasma. Este me dejó llegar hasta una distancia de cuatro o cinco pasos, y entonces, al extender yo el brazo, desapareció, exhalando un gemido semejante al postrer suspiro de un moribundo. Me pareció que azotaba mi rostro una ráfaga de viento y que ésta llevaba envuelto en sus alas mi nombre, pronunciado con acento como de quien pide socorro. Me precipité al sitio que ocupaba la sombra, y no vi nada, no distinguí huella alguna, ni siquiera estaba hollada la hierba. Por las inmediaciones no había ningún

muro, ninguna ruina, ningún sitio donde pudiera esconderse nadie, si el ser incomprensible que acababa de aparecérseme hubiera sido un cuerpo material, y no un espectro.

Lancé un agudo grito y acudieron corriendo los marineros, temiendo que yo hubiera encontrado entre las ruinas algún ladrón o alguna fiera. Me encontraron solo y les referí lo que acababa de sucederme, invitándoles a que me ayudaran en mis pesquisas. Movieron ellos la cabeza y dieron algunos pasos alrededor del sitio donde tuvo lugar la aparición, pero más bien para no desobedecer mis órdenes que con la esperanza de descubrir alguna cosa. Las investigaciones resultaron inútiles: nada encontramos que pudiera disipar mi incertidumbre.

Hacíase ya tarde, y, sin embargo, sentía yo una fuerza que me retenía en aquellas ruinas; fué necesario que los marineros me recordasen varias veces que era tiempo de regresar. Les mandé que fueran a esperarme en la barca, prometiendo seguirles en breve, y cuando me dejaron solo, pedí fervorosamente a Dios que hiciera surgir de nuevo la aparición y que permitiera a ésta que me hablase: Dios desoyó mis súplicas. Me decidí entonces a marcharme, y lo hice volviendo atrás a cada paso la cabeza, llegando a la barca sin haber visto nada. Me tendí en el fondo de la barca, no con ánimo de dormir, sino para recapacitar sobre mi extraña aventura. Mis remeros empuñaron con mano firme los remos e hicieron que la barca volase sobre la superficie de las aguas, cual ave marina retrasada sin despegar los labios, durando su expresivo silencio desde la costas de Nicópolis hasta las de Actium.

* * *

Eran las dos de la mañana y yo no tenía la menor esperanza de conciliar el sueño, pues la agitación de mi espíritu había ahuyentado la fatiga de mi cuerpo. Desperté a mis albaneses y les pregunté si estaban prontos para partir: contestaron tomando sus armas y nos pusimos en camino, abrigando la esperanza de llegar aquel día mismo a Vrachouri, la antigua Thermas. A las cinco horas de marcha hicimos alto, para almorzar, en las márgenes del Achelous, y cruzando el río, después de dos horas de descanso, por el sitio mismo donde, según la tradición, Hércules domó al toro, entramos en Etolia.

Tuvimos que hacer otro alto a las cuatro de la tarde. Mis hombres estaban rendidos, pero, dos horas de descanso les devolvieron las fuerzas para reanudar la marcha. A eso de las diez dimos vista a Vrachouri, mas era ya demasiado tarde para entrar en el pueblo. Estaban cerradas sus puertas y hubimos de acampar fuera, lo que no suponía, en medio de todo, gran contrariedad, toda vez que la noche estaba hermosísima y templada, como suelen serlo las de los comienzos de septiembre, fecha en que nos encontrábamos. Lo peor del caso era que no teníamos víveres de ninguna clase, y, después de una jornada como la hecha, se precisaba restaurar las fuerzas con una cena substanciosa. En consecuencia, dos de mis albaneses corrieron hacia algunas chozas de pastores que vimos suspendidas sobre un precipicio, para reaparecer al cabo de algunos minutos llevando, el uno un abeto encendido, y el otro una cabra sobre los hombros. Seguíanles cinco o seis montañeses cargados con un carnero y pan y vino en abundancia. Todo el mundo consagró su actividad al arte culinario: mientras unos degollaban el carnero y la cabra, otros encendían dos hogueras inmensas y otros cortaban ramas de laurel. Al cabo de breves instantes, nuestra cena daba vueltas sobre las ascuas, ensartada en dos palos de laurel. Como los montañeses nos habían ayudado en los preparativos, y yo observé que contemplaban con ojos de hambre la cena homérica que nos habían proporcionado, los invité a compartirla con nosotros, invitación que ellos aceptaron sin hacerse de rogar y dispuse que ellos y mis hombres despacharan algunos odres de vino para ir entreteniendo el hambre. Produjo el vino sus efectos: los obsequiados, en su deseo de pasar el tiempo, y quizá para corresponder a mi invitación, comenzaron a bailar una danza muy movida, en la que no tardaron mis albaneses, pese a su cansancio, en tomar parte activa, resultando que el círculo de bailadores, que principió por ser de ocho personas, hubo de ensancharse extraordinariamente, pues a los ocho primeros se unió toda mi escolta. Los danzantes daban vueltas en derredor de los dos braseros, cayendo de vez en cuando de rodillas para tornar a levantarse y dar vueltas cantando. Cantaban el famoso himno de guerra de Riga, del cual copiaremos algunas estrofas y el coro.

Helo aquí:

Solo. — ¡Levantaos, hijos de Grecia! Alboreó, al fin, para nosotros el día de gloria. Mostrémonos dignos de nuestro nombre y no olvidemos quiénes fueron nuestros antepasados.

Coro. — ¡A las armas, hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas.

Solo. — ¡Sacudamos el yugo de nuestros tiranos! ¡Cunda la insurrección por nuestra patria, y los hierros que nos encadenan caerán hechos pedazos! ¡Sombras de nuestros sabios, presidid nuestros consejos! ¡Sombras de nuestros guerreros, llevadnos a los combates! ¡Griegos de las Termópilas y de Maratón, despertad al ronco bramar de nuestras trompas de guerra, romped las losas funerarias que cubren vuestros sepulcros, venid a engrosar nuestros batallones, corred a atacar a Istamboul, esa nueva ciudad de las siete colinas, y no volváis a descansar en vuestros sepulcros hasta que nosotros hayamos reconquistado nuestra libertad.

Coro. — ¡A las armas, hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas.

Solo. — ¡Esparta, Esparta! ¿Por qué duermes con sueño de hielo? ¡Despierta, y que tus hijos se unan a los atenienses, tus antiguos aliados! Invoquemos a aquel caudillo célebre de los himnos antiguos que te salvó de la ruina. Invoquemos a Leónidas y a sus trescientos mártires; y si nos traiciona la victoria, sepamos morir, al menos, como murieron aquellos, anegados en las olas de sangre que nuestras manos hayan vertido.

Coro. — ¡A las armas, hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas."

¡Hermoso espectáculo! En todas partes vibraban anhelos de emancipación: en los mares del Arcripiélago, lo mismo que en la antigua Etolia; en el lecho del moribundo próximo a comparecer ante el tribunal de Dios lo mismo que en el pecho del hombre lleno de vigor y de vida, bullía el mismo espíritu de independencia, lucía la misma esperanza de libertad. Los cantos y la danza duraron hasta que el carnero y la cabra estuvieron asados, cesando entonces para hacer los honores correspondientes a una cena que nuestro apetito nos hizo encontrar excelente. Restauradas nuestras fuerzas con la cena, y con el sueño que la siguió, reanudamos al día siguiente la marcha, que se hizo por la falda del Parnaso. Mis albaneses me indicaron el sitio donde lord Byron había dado libertad a las doce águilas que le parecieron presagio excelente para su futura reputación de poeta. Sin visitar la famosa fuente cuyas aguas dan al hombre el don de profecía, aquella noche nos detuvimos en Castri.

Aquí me despedí de mis albaneses. La autoridad de Alí-Pachá no alcanzaba más allá, y, por otra parte, el resto de mi viaje no ofrecía peligro alguno. Quise recompensar generosamente a los hombres que me sirvieron de escolta; pero su jefe, haciéndose intérprete de la voluntad de todos, contestó con acento de dignidad:

—Queremos que nos aprecies; no que nos pagues.

Abracé al jefe y di sendos apretones de manos a los demás.

En Castri tomé una escolta de seis hombres montados, mandados por un *drogman*, y emprendí la marcha, siguiendo siempre la cordillera del Parnaso. El primer día recorrimos unas veintitrés leguas. Viajábamos con rapidez extraordinaria, y, sin embargo, lejos de respirar con más desahogo a medida que avanzábamos, me oprimían el pecho presentimientos tristes y temores. Dos días después de nuestra salida de Castri pernoctábamos en Lefsina, la antigua Eleusis, última etapa de mi dilatado viaje antes de llegar a las riberas del mar Egeo.

Salimos al amanecer. A eso del mediodía llegamos a Atenas, donde hicimos un alto de dos horas, durante el cual, preocupado por una sola idea, la de ver de nuevo a Fatinitza, no salí de mi habitación. A medida que a ella me aproximaba, su recuerdo daba tales vuelos a mi amor, que nada encontraba digno de interés ni de curiosidad. Quizá habré sido yo el único viajero que ha pasado por Atenas sin visitarla.

A eso de las cinco de la tarde entrábamos en una cordillera que, cruzando el Atica de Norte a Sur, nace en Maratón y va a morir, en pendiente insensible y montuosa, a la punta del cabo Sunium. Mis hombres hicieron alto antes de penetrar en una garganta que nos mostraba su angostura, y luego que celebraron una especie de consejo, declararon que el cielo presentaba síntomas de tempestad próxima y violenta, y por tanto, que era peligrosísimo internarnos a aquella hora en las montañas. Dadas las circunstancias, nos convenía, dijeron, hacer alto en una aldea que teníamos cerca, donde dejaríamos que pasase la tempestad. El lector, que sin duda comprenderá mi impaciencia, adivinará que semejante proposición no podía ser de mi agrado. Insté, supliqué, pero convencido de la inutilidad de mis instancias, puse ante los ojos de mis hombres oro, y, después de pagarles el precio convenido, les ofrecí el doble si se decidían a continuar la marcha sin detenerse. Aceptaron mis hombres, que no eran ya mis altivos albaneses, y nos aventuramos por la garganta, sombría de ordinario, y negra entonces como consecuencia de las nubes acumuladas sobre ella. Creo que un muro de llamas no me hubiese detenido en aquellos momentos: sabía que la garganta desembocaba en el mar y que a cinco leguas de las playas se alzaba la isla de Ceos, desde la cual más de una vez había contemplado yo las costas de Atica, envueltas en los rayos purpúreos de un sol próximo a ocultarse.

Por desgracia, los temores de mis guías tenían sobrado fundamento. No bien penetramos en la garganta, surcaron algunos relámpagos el océano de nubes amontonadas sobre nuestras cabezas, y el retumbar lejano del trueno acompañó a aquéllos, saltando de picacho en picacho. A cada presagio de esta clase se miraban unos a otros mis hombres, como preguntándose si no sería conveniente volverse atrás; pero, como observaban que mi resolución era inquebrantable, pensaron, sin duda, que sería cobardía dejarme solo y continuaron resueltos la marcha. Pronto se desprendieron de las nubes masas de vapores blanquecinos que, semejantes a vellones gigantescos, parecían quedar clavados en las puntas de las rocas, y al cabo de un rato, todos los vellones, separados hasta entonces, se reunieron formando un mar que comenzó a avanzar amenazador hacia nosotros, envolviéndonos en contados segundos. Desde aquel momento ya no podíamos saber si el rayo corría bajo nuestros pies o sobre nuestras cabezas, porque sus deslumbradores zig-zags y ensordecedor estruendo nos rodeaban por todas partes. Los relinchos de nuestros caballos, sus resoplidos, su espanto, me hicieron comprender lo fundado de la va-

cilación de mis guías. Era la primera vez que yo presenciaba una tempestad en las montañas, y como si la Naturaleza hubiese tenido empeño en iniciarme de una sola vez en todos los misterios de su fuerza y de su grandeza, desencadenó a un mismo tiempo sus más espantosos mensajeros de destrucción.

Para colmo de desgracias, el sendero que seguíamos, abierto en las escarpaduras de la montaña, no nos ofrecía el menor abrigo contra la lluvia que comenzaba a caer, ni contra el trueno, que constantemente retumbaba sobre nuestras cabezas. Se acordaron mis guías de una caverna que podría distar una legua poco más o menos del sitio en que nos hallábamos, y pusieron sus caballos a galope, ganosos de refugiarse en ella antes que el huracán desencadenase toda su intensidad. Los caballos, más espantados aún que los jinetes, se lanzaron locos, como si pretendieran vencer en rapidez al viento. A costa de grandes esfuerzos contenía yo al mío, de más sangre y mejor que los de mis guías, cuando de pronto fulguró un relámpago tan cerca de nosotros que hombres y animales quedamos ciegos. Se encabritó mi caballo, y, acordándome yo, no obstante mi espanto, que si le ponía alguna resistencia era posible que se lanzase ciego al fondo del precipicio, solté las riendas, hundí las espuelas en los ijares y dejé que me llevase adonde su instinto o el vértigo lo impulsasen. Oí... durante un segundo nada más, los gritos de mis guías que me llamaban: intenté refrenar mi caballo, pero era tarde: un trueno formidable que retumbó en aquel punto vino a aumentar, si cabía, su terror. Debí desaparecer de la vista de mis compañeros como arrebatado por un torbellino, pues era tal la velocidad de la carrera, que mis pulmones no encontraban aire para respirar.

Casi media hora duró aquella carrera insensata. Durante la media hora en cuestión brillaron muchos relámpagos, a cuya luz cárdena pude ver muchos precipicios sin fondo; me pareció que mi caballo saltaba de roca en roca, sin seguir sendero ni vereda. Recuerdo que saqué los pies de los estribos a fin de poder tirarme a tierra en cualquier momento dado. No había hecho más que adoptar esta precaución, cuando mi caballo se hundió perpendicularmente, como si la tierra le hubiese faltado de pronto. Una rama de árbol azotó al mismo tiempo mi rostro. Instintivamente extendí los brazos, me así a la rama providencial, y mi caballo precipitóse solo, quedando yo suspendido sobre el abismo. Al cabo de un segundo hirió mis oídos el ruido sordo que hizo el pobre animal al rebotar de picacho en picacho.

El árbol al que providencialmente me así era una higuera que salía de una grieta de las rocas. Ningún camino llegaba hasta allí, pero, merced a las asperezas y cavidades de la roca, conseguí, no sin correr inminente peligro de caer precipitado veinte veces, ganar una pequeña plataforma que me ofrecía relativa seguridad. Cuando uno acaba de escapar de un peligro inmenso, desaparecen y no se tienen en cuenta los de menor cuantía; digo esto, porque me consideré completamente a salvo cuando vi que el único motivo de inquietud era la tempestad.

Me quedé en aquella plataforma sin osar aventurarme más lejos en la obscuridad, porque cada relámpago me desplegaba ante los ojos abismos y precipicios por todos lados. Llovía a mares, bramaban los torrentes formados por el agua caída de las nubes, retumbaba el trueno sin interrupción, y los ecos de la montaña no habían terminado de repetir uno, cuando estallaba otro sobre mi cabeza, digno del Júpiter de la Grecia. Pensar en el sueño era pensar en lo imposible: lo único que podía hacer era acurrucarme en el estrecho espacio donde me había refugiado a fin de combatir el vértigo. Me pegué a la roca y esperé. La noche se arrastró con lentitud mortal: me pareció oír algunos disparos de fusil mezclados con los truenos, pero no pude contestar más que a gritos, porque mis pistolas habían quedado en las pistoleras de mi caballo, y los gritos se perdieron ahogados por el ensordecedor estruendo del huracán.

Al amanecer amainó la tempestad. El cansancio me tenía destrozado, pues acababa de recorrer en ocho días ciento treinta leguas, sin descanso, y casi sin dormir. Busqué algo donde poder sentarme y encontré una peña, donde me acomodé, quedando profundamente dormido a los dos segundos. Cuando abrí los ojos creí que soñaba. Sobre mi cabeza brillaba un cielo azul, a mis pies dormía una mar tranquila, mar que, a una distancia de cuatro a cinco leguas, me mostraba una isla muy conocida, Ceos, la isla que buscaban mis ansias, el lugar donde Fatinitza y la dicha me esperaban.

Me levanté lleno de fuerzas y de alegría, y busqué un sendero que me permitiera llegar a la playa. Desde el borde de la plataforma distinguí, a unos doscientos pies de profundidad, mi caballo despedazado, que las aguas del torrente comenzaban a arrastrar hacia el mar. Separé la vista, estremecido a mi pesar, y vi que el sendero que mi caballo dejó pasaba a unos cuarenta pies de altura sobre mi cabeza, pero que podía llegar hasta él merced a las raíces hundidas en la roca y las asperezas de ésta. Inmediatamente puse manos a la obra, que terminé felizmente al cabo de unos veinte minutos, no sin correr cien veces riesgo de despeñarme. Una vez en el sendero, podía considerarme a salvo; el sendero terminaba al borde del mar.

Bajé corriendo a una cabaña de pescadores emplazada en la playa, donde encontré a los hombres de mi escolta, los cuales, aunque me creían muerto, sabedores como eran de que el fin de mi viaje era la playa, habían resuelto llegar hasta ella, por si, por un capricho de la fortuna, llegaba yo. No eran más que cuatro: el *drogman* habíase extraviado y no se tenían noticias suyas; otro quiso atravesar el torrente, le arrastraron las aguas y, según todas las probabilidades, habría perecido ahogado. Di a los cuatro hombres una recompensa nueva, y pedí una barca con los mejores remeros que fuera posible encontrar. El dueño de la cabaña quiso que compartiera el almuerzo de su familia; pero yo le di las gracias, manifestando que quería partir al instante, y al cabo de cinco minutos me anunciaron que la barca estaba lista. Además del precio convenido, di una moneda de oro a cada uno de mis cuatro remeros, consiguiendo que la barca volase materialmente sobre la superficie del agua. Desde el punto en que nos encontrábamos no se divisaba la isla de Ceos, pues la ocultaba por completo la islita de Elena, que desde lo alto de la plataforma donde pasé la noche me pareció un escollo; mas no bien doblamos su punta meridional, Ceos apareció ante mis ojos. Bien pronto logré distinguir detalles que a causa de la distancia ni podía apreciar en los comienzos del viaje: la población parecía una línea obscura paralela al puerto, y en el fondo, semejante a un punto, destacábase la casa de Constantino, la casa que tantas veces viera yo en sueños, y que, a medida que nos acercábamos, dibujaba sus contornos, parecida a una mancha blanca con toques grises en medio de la alfombra verde formada por los extensos olivares y moreras que la circundaban. Reconocí al fin la ventana desde la cual Fatinitza nos diera la despedida. Puesto en pie sobre la proa de la barca saqué yo mi pañuelo y lo agité, como aquélla había agitado el suyo; pero Fatinitza debía encontrarse en el interior de la casa, pues la celosía continuó cerrada y nadie contestó mi saludo. No por ello abandoné la proa, aunque comenzó a inquietarme la ausencia de vida que creí notar en toda la casa: nadie subía ni bajaba por el camino que a ella conducía; nadie transitaba por los alrededores de sus murallas; parecía una tumba inmensa.

Aunque sentía extrañas opresiones en mi corazón, me era imposible abandonar mi puesto: sobre la proa continué en pie, agitando mi pañuelo sin que me contestara nadie. En esa forma llegué al puerto. Inmediatamente salté a tierra. Permanecí algunos instantes como aturdido, sin saber qué hacer, indeciso entre preguntar por Fatinitza o en correr a su casa para informarme personalmente. Acerté a ver a mi niña griega, vestida con mi tela de seda, ya hecha jirones, y corrí hacia ella. Asiéndola por un brazo, pregunté:

—Me espera Fatinitza, ¿verdad?

—Sí, sí; espera —respondió la niña—: pero has llegado tarde.

—¿Dónde está?

—Yo te acompañaré.

La niña empezó a caminar.

La seguí algunos pasos; mas viendo que tomaba dirección contraria a la de la casa de Constantino, me detuve.

—¿Pero adónde me llevas? —pregunté.

—A donde está Fatinitza.

—Pero éste no es el camino de su casa.

—En su casa no hay nadie: la casa está vacía y la tumba llena.

Un estremecimiento terrible recorrió todo mi cuerpo, pero me acordé de que la pobre niña era tenida por loca o idiota.

—¿Y Estéfana? —pregunté.

—Está en su casa —contestó la niña, extendiendo el brazo hacia una.

Dejé en medio de la calle a la niña y corrí a la casa de Estéfana, porque no me atrevía a ir a la de Constantino. Penetré en la primera habitación, donde sólo encontré criados, y la atravesé sin parar mientes en los gritos que lanzaron al verme. Llegado al pie de la escalera que conducía al primer piso, donde suelen estar las habitaciones de las mujeres, la subí corriendo y abrí la primera puerta que me salió al paso. Allí encontré a Estéfana, vestida de negro, sentada en el suelo sobre una estera, pendientes los brazos y apoyada sobre las rodillas la cabeza. La levantó al escuchar el ruido de mis pasos: lágrimas abundantes inundaban sus mejillas. Al conocerme lanzó un grito y se mesó los cabellos, haciendo un gesto de suprema desesperación.

—¡Fatinitza!... —grité yo—. ¡En nombre del cielo...! ¿Dónde está Fatinitza?

Se levantó sin despegar los labios, tomó un rollo sellado con lacre negro, que había sobre un cojín, y me lo entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El testamento de mi hermana: ha muerto.

Quedé horriblemente pálido, se doblaron mis piernas, me apoyé contra el muro, y, al fin, caí sobre un diván: me parecía que acababa de herirme el rayo. Cuando se disipó mi estupor, Estéfana se había ido de la estancia dejándome el rollo fatal. Rompí el sello, seguro de que iba a leer la historia de alguna catástrofe horrenda... No me había engañado: he aquí lo que decía:

DIARIO DE FATINITZA

¡Te fuiste, amado mío! Con la vista seguí el buque que te lleva, y que te devolverá a mis brazos: así lo espero. Hasta que aquél desapareció, mis ojos, que te acompañaban, vieron los tuyos fijos en mí... ¡Gracias!

¡Oh, sí! Me amas, lo sé. Puedo fiar ciegamente en ti. Si tus palabras no son realidad, habría que desterrar de la tierra a la fe; sería preciso rendir culto a la mentira como al más hermoso y poderoso de los dioses, si ésta, semejante a Júpiter, pudiera convertirse en hermoso cisne de blanco plumaje y seductor canto. Quedo sola, y como ya no temo excitar sospechas, pedí cuanto es preciso para escribir, y te escribo. Sin el recuerdo de tu imagen, sin la certeza de tu regreso, tu ausencia sería el infierno para mí. Todos mis pen-

samientos, todas las impresiones de mi corazón, las escribiré en este papel, amado mío, y cuando regreses, tendrás la seguridad de que ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante, he dejado de pensar en ti.

Grande, muy grande es el dolor que tu separación me produjo, y creo que aumentará más todavía. Es muy reciente tu ausencia para que yo me resuelva a creer en ella; llenas aún esta casa, como llenas mi pensamiento, y no puede decirse que el sol se ha puesto mientras la tierra guarda el reflejo de sus rayos. Tú, amado mío, eres mi sol; hasta que tus rayos me iluminaron, en mí no brotaron flores; a tu luz abriéronse las tres más hermosas de la creación: la fe, la esperanza y el amor. ¿Sabes quién pretende distraerme en este instante? Nuestra querida mensajera. Posada sobre la mesa, toma la pluma con su pico, levanta el ala como si me trajera una carta tuya... ¡Viene de tu habitación y no te vió! ¡Pobrecita!... ¡No sabe lo que eso significa!

¡Las lágrimas me ahogan, alma mía! ¡No he llorado bastante, suben hasta mis ojos y, no encontrando salida, vuelven a caer sobre mi corazón!

Estéfana vino a pasar el día conmigo, con tu pobre abandonada, y no hemos dejado de hablar de ti. Es feliz, pero con una felicidad que no le envidio, con una felicidad a la cual prefiero mi dolor. Conforme es costumbre entre nosotros, no había visto a su marido hasta el momento de casarse con él, y después de casada, como aquél es joven, bello y muy bueno, le ha tomado cariño, pero le ama como a un hermano.

¿Comprendes tú esa clase de cariño? ¿Comprendes que se ame como a un hermano al hombre a quien se entrega la vida entera? ¡Ni imaginarme puedo lo que pasaría por mí si durante un solo día te amase como amo a Fortunato! ¡Yo creo que si eso me sucediera, durante ese día cesaría de latir mi corazón! ¡Ah! ¡Tranquilízate, que el amor que te profeso es otro muy distinto! Yo te amo con mi espíritu, con mi alma, con mi cuerpo: te amo como ama la abeja a las flores, es decir, que vivo por ti y para ti, y que, sin ti, me sería imposible vivir.

¿Quieres saber lo que me dijo Estéfana? Que no me fíe de ti, porque eres de una raza que nunca tuvo palabra. Asegura que te fuiste para no volver... ¡Pobre Estéfana! ¡Perdónala, alma mía, pues habla así porque no te conoce como te conozco yo! No sabe que, antes que dudar de ti, dudaría yo del sol que me ilumina y hasta de Dios, creador de ese sol. Envió a buscarla su marido y me deja: cuando tú lo seas mío, no me separaré de tí ni una hora, ni un segundo, y nunca tendrás necesidad de enviarme a buscar, porque siempre estaré a tu lado.

A la hora de costumbre fuí al jardín. No hace más que tres días que, cuando salía de mis habitaciones para ir al jardín, sabía que te encontraría allí... ¿Por qué no te encontré hoy? ¡Dios mío! ¡Te fuiste!... Encontré aquellas hermosas flores que nos sonreían durante las noches, aquellas flores que enviaban sus perfumes a las brisas, e hice un ramo que significaba: "Te adoro y te espero". Inmediatamente lo he arrojado sobre el muro... ¡Ay de mí! ¡No estabas tú allí para recogerlo, como de costumbre, y para contestarme con tus besos: "Te adoro, y aquí me tienes".

Hasta medianoche no me moví de nuestra linda cuna de jazmines, templo hace dos días del amor y de la dicha, y altar desolado hoy, donde no queda otra divinidad que el recuerdo... ¡Adiós, vida de mi vida! Voy a dormir para soñar que te veo.

Tuve unos sueños horribles, amado mío, sueños en los que ni una sola vez te vi. ¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡Estar lejos de ti durante mis vigilias y no verte tampoco en mis sueños! Soñé con Constantinopla, con nuestra casa ardiendo, con mi pobre y querida madre moribunda; en una palabra: con sucesos dolorosos pasados. ¿Es que no sufro bastante, Dios mío? ¿Quieres arrojar sobre mí tantas amarguras que formen un mar insondable en cuyas aguas me ahogue?

Por la mañana mandé ensillar a Pretly, *y, envuelta en velos más espesos que las nubes que hoy ocultan el sol, me dirigí a la gruta. Es el sitio de la isla que continúa hablándome de ti. El arroyuelo que se desliza rumoroso por el fondo del valle, las hermosas flores rojas que crecen a los bordes del camino y cuyos nombres me has enseñado tú, las hojas de los árboles que hoy dirigen sus quejas al viento porque el día está triste y nuboso, todo, todo me recuerda tu imagen. Llegada a la gruta, he dejado en libertad a* Pretly *para volver a leer el poema de* I Sepolcri *que tantas veces leí. ¿No te parece extraño, alma mía, que encontrase en ese libro la prenda primera de tu amor, aquella ramita de biniesta, símbolo dulce de una esperanza naciente e indecisa que, después de haberse marchitado en el libro, se está secando ahora sobre mi corazón?*

Si muriera antes de tu regreso, vida mía, quisiera que me enterrasen en la gruta. Con razón la preferías tú a cualquier otro sitio de la isla, pues, aparte de otros atractivos, tiene un portillo sublime que da al mar y que parece una ventana asomada al cielo.

¿Pero qué idea acaba de cruzar por mi imaginación? ¡Morir!... ¿Por qué he de morir? ¡Cómo vamos a reírnos, cuando vuelvas, de todas estas ideas locas y de mil otras cosas más! ¿Sabes lo que hice? Abrí el libro por la misma página que lo estaba cuando lo encontraste tú, y puse allí una ramita de biniesta semejante a la que tú pusiste: a continuación, salí de la gruta, y, dando un gran rodeo, volví a ella por el mismo camino que seguí el día que lo encontré. Me ha producido viva alegría encontrar el libro y la ramita, pero te confesaré que me preocupó que el primero tenga por título I Sepolcri.

Decididamente voy a reñir con Estéfana: vino a verme, y como me encontrara llorando, me dijo que soy una necia, que no debería amarte como te amo, que a estas horas, mientras yo lloro desconsolada, tú cantas a bordo del jabeque de mi padre cualquier canción alegre, y ríes y te diviertes con los marineros. ¿Verdad que no es cierto, amado de mi alma? ¿Verdad que, si no lloras, porque eres hombre y los hombres no lloran..., aunque es lo cierto que yo te vi llorar lágrimas más preciosas que las perlas del mar; verdad que si no lloras, por lo menos estás triste, que no cantas canciones, como no sea aquella canción siciliana, tan dulce y melancólica, la única que te permito que cantes?

Mientras escribía la línea anterior, *saltó una cuerda de mi* guzla. *Dicen que es un* mal presagio, *pero tú me mandaste que no crea en presagios ni en sueños, y nada creo... ¡No...! ¡Miento, vida mía! ¡Creo en ti, dueño mío, todopoderoso, creador de mi nueva existencia, creo en tu amor, mi única vida!... ¡Oh! ¿Pero qué estoy escribiendo, Dios mío? ¡Sin darme cuenta, estoy parodiando el Símbolo de los Apóstoles!... ¡Perdón, Dios santo, perdón! ¡Hoy mi religión es mi amor!*

No me atrevo a decirte lo que temo y lo que espero, amado de mi corazón, porque se trata de algo que, de confirmarse, sería una alegría inmensa y una desgracia espantosa. Sólo dos cosas quiero hoy, sin contarte a ti, como es natural: mis tórtolas y mis flores. En cuanto a Estéfana, la detesto.

Mis tórtolas se aman, pero lo que yo ignoraba era que se amasen también mis flores. Hay algunas que crecen más lozanas y florecen más bellas cuando están cerca de otras determinadas, y otras que, por el contrario, languidecen y se marchitan cuando se ven cerca de plantas que les son antipáticas. Resulta, pues, que en el mundo de las flores, lo mismo que en el de los hombres, el amor es la vida, la indiferencia, la muerte. ¡Oh! Si estuvieras cerca de mí verías que mi cabeza, hoy abatida y marchita, se erguía vigorosa; verías que mis mejillas, ahora pálidas, recobraban de pronto los colores que tanto te agradaban... ¿Pero es que mi palidez y mi debilidad acaso tengan por causa algo que no sea tu ausencia!... ¡Detente, pluma!... Cuando me asegure de ello, te lo diré.

Nosotros, los maniotas, tenemos una costumbre terrible. Preguntaba en una ocasión un viajero francés a mi abuelo, Nicetas Sophianos, qué castigo imponían los espartanos al seductor de una doncella.

"—Le obligan —respondió mi abuelo— a entregar a la familia agraviada un toro tan grande, que, puestos sus cuartos traseros en la Mesenia, pueda beber en el Eurotas.

"—¡Pero si no es posible que se encuentre toro de semejantes dimensiones! —replicó el francés.

"—Tampoco se encuentran entre nosotros ni seductores ni seducidas —dijo mi abuelo".

Desde entonces han variado mucho los tiempos. Hoy, para castigar el crimen que no conocieron nuestros abuelos inventaron nuestros padres una venganza espantosa. Si el seductor no ha abandonado el país, los hermanos de la doncella seducida van a buscarle y le obligan a reparar su falta o a batirse con ellos. Comienza el hermano mayor; si sucumbe, riñe con el seductor el segundo hermano, luego el tercero, y cuando no quedan más hijos, se bate el padre. Este, si muere, lega la venganza al hermano, al tío o al primo, y así sucesivamente hasta que el culpable pierde la vida.

Si el seductor se ha ausentado, la familia venga el agravio en su cómplice. El padre de la seducida, o su hermano mayor, o el jefe de la familia, pregunta a aquélla cuánto tiempo desea que se le conceda para que se presente su amante: señala ella el plazo que considera necesario, plazo que puede ser de tres, seis, nueve meses, nunca mayor de un año, y una vez convenido ese extremo, todo en la casa de la seducida recobra su ser y estado habituales. Nadie habla de la falta cometida a la infeliz niña, y todos esperan con paciencia el plazo en que aquélla debe ser reparada. El día prefijado, el jefe de la familia pregunta a la seducida dónde está su esposo, y si éste no ha vuelto, inmediatamente le levanta la tapa de los sesos.

¡No dejes de venir, vida mía! Si no vinieras, no sólo me matarías a mí, sino también a nuestro hijo!

Estéfana me dice que no me reconoce. Esta mañana me recomendaba que tuviera cuidado, no fuera a enfermar de la dolencia que arrebató la vida al pobre Apostoli. ¡Qué inocente! ¡No sabe ella que no puedo morir desde que vivo para dos!

¿Dónde estás, luz de mis ojos? Indudablemente en Esmirna. Uno de los dolores más terribles que acompañan a la ausencia es la incertidumbre. Tal como lo había previsto, a medida que pasa el tiempo, aumenta mi tristeza. Es que voy temiendo que el recuerdo, tan vivo en el momento de la separación, se debilite y llegue a cerrarse como se cierran las heridas. Casi siempre éstas dejan cicatriz; ¿pero no es cierto que las hay que llegan a borrarse por completo? Claro que lo que digo no puede aplicárseme a mí, alma mía, porque para mí, cada uno de los objetos que me rodean es una lengua que habla a mi corazón. A ningún sitio voy donde tú no hayas esta-

do; todo está lleno de tu memoria. Aun cuando pretendiera olvidarte, encerrada como me veo en un círculo trazado por tu recuerdo, me sería imposible, y si mi herida llega a cicatrizarse un día, será encerrando tu imagen en el hueco que tu amor abrió. No estás tú en las mismas condiciones: alejado de mi isla, no has de ver nada que a mí me haya visto, nada tocarás que yo haya tocado, nada conocerás que a mí me conozca. Soy tan ignorante, que si, por un imposible, acertara a adivinar el lugar en que te encuentras, no sabría a qué parte del horizonte enviar mis suspiros y mis besos para que tú los recogieras.

Esta misma ignorancia redobla mi amor. Si yo fuera instruída como tú, tendría a mi disposición espacios inmensos por los cuales podría perderse mi imaginación: me preguntaría qué fuerza suspende las estrellas sobre mi cabeza, qué movimiento combinado regula el círculo infinito de las estaciones, qué genio providencial determina la ruina y la elevación de los imperios, y entonces, abismada en esas investigaciones, difíciles y profundas, dejaría de pensar algún momento en ti, mientras intentaba medir el poder de Dios y aquilatar la ciencia humana: pero no es así. Doy unos pasos en ese sentido, y tropiezo inmediatamente con la barrera, y mi ignorancia misma, los límites de mi espíritu, vacío de instrucción, me obligan a no salirme del corazón, que rebosa amor.

¡Qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Sin noticias tuyas, y sin esperanzas de tenerlas! ¡Un pasado luminoso, un presente sombrío y un porvenir negro! ¡Desespera no poder ayudar de alguna manera a los acontecimientos de los que depende mi muerte o mi vida! ¡Esperar!... No dudo de tu amor; tengo fe completa y ciega en tu palabra; sé que harás todo lo humanamente posible para volver: ¿pero no puede ocurrir que el destino sea más fuerte que tu voluntad? ¿No me veo yo encadenada aquí, sin poder ir a reunirme contigo, por muchos y grandes que mis deseos sean? Momentos hay en que quisiera morir para que mi espíritu volara libremente, desligado de las cadenas del cuerpo.

¡Oh! ¡Ahora puedo decirte que sufro de veras, vida de mi vida! Yo no sé qué fiebre me devora, qué causa hace que pase incesantemente de una agitación terrible a una languidez mortal. Creí que podría escribirte todos los días, que me proporcionaría algún consuelo confiarte todos los latidos de mi corazón, todos los pensamientos de mi alma, pero pronto se agotó el círculo. ¿Qué te diré que no te haya dicho y repetido ya? ¡Que te adoro, que te adoro y que te adoro! Conque todas las noches escriba esa misma palabra, sabrás mis pensamientos de todos los instantes.

Ya no hay duda, amado mío: en mi seno vive otro ser. Acabo de sentir su primer movimiento, y corro a escribirte para decirte: "Te amamos dos". ¡Oh! Piénsalo bien. Ya no estoy sola, ya no vendrás sólo por mí. Entre nosotros hay ya algo más sagrado que nuestro amor: está nuestro hijo. ¡Lloro, alma mía!... ¿Es de alegría? ¿Es de terror? ¡No importa!... ¡Encontré, al fin, las lágrimas y éstas siempre producen bienestar!

Hoy hace tres meses que te fuiste, tres meses, día por día, tres meses de los cuales ni una hora he dejado de pensar en ti, tres meses durante cuyo plazo he preguntado por ti al cielo y a la tierra, y ésta y aquél han permanecido sordos a mi voz. No tardes, amado mío, porque no vas a reconocer a tu Fatinitza: tan débil y amarilla está en este instante.

Dios sabe si yo siempre fuí buena hija y tierna hermana, Dios sabe si, durante las largas y peligrosas ausencias de mi padre y de mi hermano, dejaba pasar un solo día sin rogar a la Panagia por ellos. Pues bien; escucha lo que voy a decirte, escucha el crimen de que voy a acusarme: desde el día que partisteis juntos, apenas si tres o cuatro veces me acordé de ellos, y, sin embargo, son ellos los que afrontan todos los peligros, para ellos tiene el mar horribles tempestades, el combate horrorosas heridas, y la justicia tremendos castigos. ¡Perdón, Dios mío, si no me acuerdo de mi padre y de Fortunato! ¡Perdón, Dios mío, si sólo para mi amante tengo pensamiento!

¡Quisiera caer en un letargo profundo y no despertar hasta ser dichosa o morir! Pasa el tiempo, corren las horas, sin que acierte a medirlas más que por la sucesión de los días y de las noches. ¿Por qué no ha de eternizarse un estado de cosas que dura ya cinco meses? Los únicos relojes que miden el tiempo son la alegría o el dolor. ¡Señor! ¡Dios santo!... ¡Qué es lo que veo a lo lejos! ¿Es el jabeque?... ¡Bendito seas, Dios mío..., sí..., el jabeque es!

¿Voy, pues, a verte? ¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas!... ¡Oh! ¡Voy a morir de alegría!...

¡Moriré, sí, pero de dolor! ¡No vienes!... ¡No vienes! ¡Piedad, Señor, piedad!

Ya lo saben todo. No bien distinguí el jabeque, corrí a la ventana, y a medida que aquél se acercaba al puerto, mis ojos te buscaban por su cubierta. ¡Perdón, Dios mío, perdón! ¡Hubiese querido verte a ti, aun cuando hubieran faltado mi padre o mi hermano!

No venías: mucho antes de que el jabeque entrase en el puerto, yo había adquirido esa horrible certidumbre. Todo el mundo salió presuroso a recibirles, todos menos yo, que quedé como clavada en la ventana, y ni fuerzas tuve para demostrarles, por medio de un gesto, que los veía. Tomaron el sendero, y les vi subir preocupados, inquietos. Resonaron en mis oídos las aclamaciones con que sus criados los saludaban, y, poco después, oí resonar sus pasos en la escalera y abrirse la puerta. Intenté salir a su encuentro, y caí de rodillas en el centro de la habitación pronunciando tu nombre.

No sé qué me contestaron: comprendí únicamente que te habían dejado en Esmirna, donde debías esperarles, y que, a su regreso a la ciudad mencionada, supieron que te habías ido sin decir dónde y sin indicar si volverías. Caí desmayada: cuando volví de mi desmayo, me encontré sola con Estéfana. Esta lloraba, porque yo no le había confesado que estaba encinta, y ella fué la que, al querer socorrerme, reveló mi estado.

¡Qué noche tan larga y tan llena de desesperación! ¡Qué noche de tempestades en el cielo y de huracanes en mi espíritu! ¡Oh! ¿Qué me importaría que todo lo creado se hiciera mil pedazos, si sobre sus informes ruinas pudiera verte una vez más?

Estoy condenada, alma mía. Si de hoy en cuatro meses no has vuelto, moriré para ti y por ti. ¡Dios te bendiga! Esta mañana subieron a mi habitación solos y reflejando en sus rostros calma y severidad a un mismo tiempo. Adivinando el objeto que les traía, en cuanto les vi entrar, caí de rodillas. Me sometieron a un interrogatorio semejante al que los jueces hacen sufrir a los criminales, y lo confesé todo.

Me han preguntado si creía que tú volverías, pregunta que contesté con las siguientes palabras: "Volverá si no ha muerto". Quisieron saber entonces qué plazo deseaba que me concedieran, y respondí: "Hasta que yo dé a luz a mi hijo". Me han concedido tres días más de los solicitados por mí. Para entonces, amado de mi alma, o habrás vuelto, o será prueba de que no has de volver más, y si no vuelves, no me hace falta vivir.

Ya no vivo: espero. Me levanto, voy a la ventana, y allí permanezco los días enteros, fijos los ojos en el mar. Cada barca que diviso siento un estremecimiento, espero..., se acerca..., y vuelvo a esperar. ¡Oh! ¿Podrá nuestro hijo sobrevivir a los sufrimientos que me matan? Estéfana me regaña constantemente por no haberle revelado mi secreto, pues dice que, con su complicidad, habría podido engañar a mi padre y a Fortunato. ¡Engañarles!... ¿Para qué? ¡Si tú no vuelves, para nada necesito la vida!

¡Vuelve..., oh, vuelve, vida de mi vida! ¡Vuelve, si no por mí, por nuestro pobre hijo! ¡Si es que no me amas ya, vuelve también: no me verás a mí..., esperarás a que haya nacido..., lo arrojaré sobre tu capa, te lo llevarás, y me dejarás morir!

¡Los días!... ¡Qué largos son cuando sueño, y qué cortos cuando reflexiono! ¡Siete meses pasaron ya!... ¡Siete! ¿Qué haces, amado mío? ¿Dónde estás? ¡Me pediste tres meses, cuatro a lo sumo, y pasaron siete! ¡O estás preso o has muerto, no me cabe duda! Te habrán encarcelado en Inglaterra, sometido a un proceso..., tal vez te hayan condenado como a mí, y como yo esperes el momento de morir!

Olvidé preguntarte si estabas seguro de que aquellos que abandonan este mundo vuelven a verse en el cielo.

Como en esta casa todo sigue como antes, a menudo me pregunto si lo que parece realidad no es más que un sueño. Mi padre y mi hermano parece como si lo hubieran olvidado todo. Vienen a verme como de costumbre, y son para mí tan buenos y tan cariñosos como fueron siempre. Alguna que otra vez sorprendo en ellos algún estremecimiento súbito que me hace comprender que se acuerdan, y que, como yo, esperan. No pasa día sin que recuerde las siguientes estrofas de tu canción siciliana:

Una flor silvestre
recogí de la playa,
y se me desmaya
de eterno sufrir.
Es que toda planta
de su tallo ausente
marchita y doliente
tiene que morir.

También muere aquella
que de amores loca
en vano me invoca.
¡Pobrecilla flor!
¡Bella flor de playa
pálida cual sueño
cuyo solo dueño
fué mi único amor!

Tú me decías que no se debía creer en las profecías!

Acostarse todas las noches con un solo pensamiento, despertar todas las mañanas con una sola esperanza, pasar los días viendo cómo se pierde ésta y cómo se disipan unos tras otros los sueños de la noche, es, tesoro mío, para volverse loca. Vuela el tiempo como si la muerte lo empujase... ¡Ocho meses pasaron desde que te fuiste...! ¡Dentro de uno más, de uno solo, o habrás vuelto, o terminará todo para mí! Compuse una oración, larga, muy larga, dirigida a Dios, que repito maquinalmente todo el día, de pie junto a mi ventana y fijos mis ojos en el mar. Voy a la ventana por hábito, porque allí tenía costumbre de pasarme el día, pues no espero ya que vuelvas, sino que has debido morir. ¡Oh, esposo mío! ¡Pide por mí a Dios! ¡Pídele que mi tránsito de este mundo al otro no sea muy doloroso!

¡Señor..., Señor! ¿Ha llegado el momento? ¿Los atroces dolores que me despedazan anuncian que voy a ser madre? Sufro tanto, que me es imposible escribir... Mi mano tiembla. ¿Moriré sin verte? Creo que sí... ¡Oh!... ¡Un hijo! ¡Es un hijo!... ¡Qué hermoso!... ¡Cómo se parece a ti! ¡Qué feliz soy!... ¡Desventurada de mí!... ¿Qué estoy diciendo? ¡Oh!... ¡Ven..., ven, amor mío; ven, ángel adorado..., ven, que no me quedan más que tres días!

No has muerto; estoy segura: te he visto. ¡Qué sueño tan singular! ¡No! ¡Por ardiente que la fiebre sea, no puede producir apariciones semejantes. ¡Fué realidad, fué favor de Dios, fué un milagro! Me dormí destrozada por mis amarguras, con mi hijo al lado: al pie de la cama velaba Estéfana. Me pareció entonces que mi alma, flúida y transparente como un vapor, abandonaba el cuerpo. Sentí después que me arrastraba el viento, como arrastra a las avecillas por los aires, como arrastra a las nubes del cielo. Pasé por encima de varias ciudades, sobres ríos y montañas, siempre de espaldas al mar. Al cabo de algunos instantes, vi otro mar que no conocía, un golfo que no recuerdo haber visto nunca, ni en sueños. Silenciosa como una sombra, descendí sobre las ruinas de una ciudad muerta.

A unos veinte pasos de mí, sentado sobre un resto de columna, vi a un hombre que tenía la cabeza entre las manos. El hombre alzó segundos más tarde la cabeza... ¡Eras tú, amado mío, eras tú! ¡Quise hablarte, tenderte los brazos!... ¡Pobre de mí! ¡Me encontré sin voz y sin movimiento! Me conociste, pues te oí pronunciar mi nombre... ¡Oh, Señor! Sonó en mis oídos tu voz, tu voz querida... ¡Aun resuena ahora, semejante a un murmullo! Tres veces te volviste hacia tres diferentes puntos del horizonte, y tres veces me sentí arrastrada por una fuerza superior, encontrándome siempre delante de ti. Entonces viniste hacia mí, vi que te acercabas, estuviste a punto de alcanzarme, extendiste el brazo, ibas a tocarme... Lancé un grito y desperté. Vives, me amas, vienes; ¿pero llegarás a tiempo? Estéfana está en la ventana y mira mientras yo escribo. Nuestro hijo duerme.

¡Oh! Si el viento no te empuja con fuerza bastante, abandona tu buque y toma una barca ligera, y si ésta no vuela, arrójate al mar y llega. ¡Llega, sí, llega; porque mañana será el tercer día, y no nos resta más que una noche para que expire el plazo fatal! La pasaremos rezando Estéfana y yo. Mi hermana ha pedido y consiguió del sacerdote que la casó que traigan a mi habitación la imagen de una Virgen milagrosa. Ante la imagen estamos postradas, y yo hago que con frecuencia le bese los pies nuestro desgraciado e inocente hijo. ¡Virgen santa, ten piedad de mí! ¡Estrella de amor, ten compasión de mí! ¡Madre de dolores, dirígeme una mirada de misericordia!

¡Qué buena, qué compasiva es Estéfana! Me repetía todos los días que no te vería más, y ahora me asegura que volverás! ¡Es que perdió todas las esperanzas!

El día último, amado mío, el día postrero de mi vida, día hermoso, radiante, como si tú te hallaras a mi lado, como si no fuera el de mi muerte! Le dijeron a Estéfana que me dejarán vivir todo el día, que esperarán a que el sol, que se alza detrás de la isla de Tenos, se esconda detrás de las montañas del Atica. Hoy me espanta la muerte, porque vives, estoy segura. ¡Oh! ¿Me viste también tú, y presientes el peligro que me amenaza? ¿Sabes que te llamo? ¿Sabes que tú, tú sólo, podrías salvarme? ¿Sabes que ya no invoco la compasión de la Virgen, sino la tuya? ¡Me asaltan tentaciones de escapar con nuestro hijo!... ¡Dios mío! ¿Por qué no huí antes de que llegasen? ¡Ah! ¡Es que esperaba!

Estéfana ha querido salir, y un criado le levantó el velo para asegurarse de que no era yo. La población entera sabe que hoy es el día último de mi vida, y todo el mundo reza por mí. Hace poco la campana de la iglesia dejaba oír sus fúnebres sonidos; yo no comprendía, no sabía que llamaba a las almas piadosas, que las invitaba a que rezasen por la que va a morir. ¡Y la que va a morir soy yo..., entiendes, alma mía..., soy yo..., tu Fatinitza..., la madre de tu hijo! ¡Pobre cabeza mía! ¡No sentiré el golpe, porque cuando suene la hora, estaré loca!

¡Nada sobre el mar!... ¡Mis miradas, como las de los moribundos, alcanzan lejos, muy lejos, y nada ven!... ¡Agua..., agua desierta! ¡Me acerqué a la puerta con objeto de escuchar. ¡Dos criados rezan por mí al otro lado! ¡Todo el mundo reza..., menos yo, que no puedo ya rezar! ¡Dios mío! ¡Con qué rapidez se hunde hoy el sol!

Estéfana se arrojó sobre mi lecho..., se arranca los cabellos... y yo, yo no ceso de abrazar a mi hijo. ¡Pobre hijo mío y pobre de mí! Doy vueltas por la habitación como una insensata, y de vez en cuando me siento para escribir una línea más. ¡Inocente hijo mío!... ¡Si al menos te perdonasen a ti! ¡Oh! ¡No llores así, mi buena Estéfana!... ¿No comprendes que me destrozas el corazón? No me olvidarás nunca..., ¿verdad, querida hermana mía? ¡Alma de mi alma!... ¿Comprenderás algún día la inmensidad de mis sufrimientos? ¡O eres muy desgraciado, o muy culpable! El sol no baja, cae precipitado... Está rozando ya las cimas de las montañas... Dentro de un momento se habrá hundido detrás de aquéllas... ¡Horror!... ¡Tiene color de sangre!

Siento sed. Ya no cuento por días, ya no cuento por horas, ya no cuento por minutos..., ¡cuento por segundos! ¡Todo acabó! Aun cuando ahora estuvieras en el puerto, aun cuando hubieses saltado a tierra, aun cuando cuando subieras en este momento el sendero, no te dejarían ya llegar hasta aquí... ¡Estéfana..., oigo rumor de pasos!... ¿Son ellos? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ya no se ve más que la mitad del disco del sol!... ¡Virgen santa!... ¡Quisiera pensar en ti, madre mía, quisiera acordarme de vos, Dios mío; pero perdonadme si sólo pienso, si sólo me acuerdo de él!... ¡Son ellos..., sí..., no me cabe duda! ¡Han cumplido su palabra!... ¡Se ha puesto el sol!... ¡Viene la noche!...

Suben..., se detienen frente a la puerta..., abren... ¡Te perdono, alma mía! Adiós... ¡Recibe mi alma!

Así concluía el manuscrito de Fatinitza.

Como un loco penetré en la habitación de su hermana.

—¿Y después... qué? —grité.

—Después —respondió Estéfana—, mi padre le concedió tiempo para que encomendara su alma a Dios; y cuando Fatinitza terminó su plegaria, sacó una pistola del cinto y le levantó la tapa de los sesos.

—¿Y mi hijo? —repuse, retorciéndome los brazos—. ¡Mi hijo..., mi inocente hijo!

—Fortunato lo asió por los pies y le estrelló la cabeza contra el muro.

Lancé un grito desgarrador, y caí sin sentido.

Fin de "AVENTURAS DE JOHN DAVYS"

FERMATA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

estaba al piano; Lauretta lo abrumó bajo los más amargos reproches: el viejo se levantó y ganó la puerta, en silencio. El clarinete del pueblo, a quien Lauretta había tratado de *asino maledetto*, se puso el instrumento bajo el brazo y el sombrero en la cabeza. Dirigióse también hacia la puerta y fué seguido por los demás músicos, que guardaron los arcos y destornillaron las boquillas. Sólo quedaron en sus puestos los *dilettanti*, y el receptor de impuestos exclamó con amargo acento:

—¡Oh, Dios mío, qué funesto día!

Toda mi timidez me había abandonado; corté el paso al clarinete y le supliqué, le imploré que se quedara, prometiéndole (tanto era mi temor) escribirle seis minués con doble trío para el baile público. Logré ablandarle. Volvió a su atril; sus camaradas lo imitaron, y la orquesta no tardó en quedar restablecida. Sólo faltaba el organista. Iba atravesando el mercado, pero ni las señas ni los gritos lograron hacerle retroceder.

Teresina había asistido a toda esta escena mordiéndose los labios para no reír, y Lauretta, a quien se le había pasado el enojo, compartía la hilaridad de su hermana. Mucho alabó mis esfuerzos, y me preguntó si tocaba el piano; antes de que me hubiera sido posible contestar ya me había empujado al asiento del organista. Yo nunca había acompañado el canto ni dirigido una orquesta. Teresina se sentó a mi lado y me daba el compás: Lauretta me animaba sin cesar; la orquesta se fué entusiasmando, y el concierto marchó cada vez mejor: en la segunda parte ya nos entendíamos perfectamente, y el efecto que produjo el canto de las dos hermanas parecía increíble.

Habían sido llamadas a la Residencia, donde debían celebrarse grandes solemnidades, con motivo del regreso del Príncipe; consintieron en permanecer entre nosotros hasta el día de su partida para la capital, de modo que tuvimos varios conciertos. La admiración del público rayó en delirio. La vieja cantante de la corte fué la única descontenta, y pretendió que aquellos gritos impertinentes no merecían el título de canto. Mi organista desapareció por completo, y yo fuí el hombre más feliz de la tierra. Pasaba el día entero junto a las damas; las acompañaba y transportaba las partituras a su voz, para que las cantasen en la Residencia.

Lauretta era mi ideal; sus caprichos, su malhumor, su violencia inaudita, sus impaciencias de "virtuosa" en el piano, todo lo soportaba yo resignadamente. ¡Ella, sólo ella, había abierto para mí las verdaderas fuentes de la música!

Me puse a estudiar el italiano, y a ensayarme en la *canzonetta*. ¡Qué satisfacción la mía cuando Lauretta cantaba mis composiciones! Muchas veces me pareció que los cantos que escuchaba no me pertenecían, sino

que habían germinado en el alma misma de Lauretta. En cuanto a Teresina, costábame trabajo acostumbrarme a ella; cantaba rara vez, parecía hacer poco caso de mis esfuerzos, y algunas veces llegué a creerme objeto de sus burlas.

El momento de la partida llegó al fin. Entonces pude comprender cuánto significaba para mí Lauretta, y vi que me era imposible separarme de ella. Yo poseía una voz de tenor bastante pasable, poco ejercitada, es verdad, pero que se había formado con mucha rapidez al lado suyo. A menudo cantaba yo con Lauretta uno de esos *duettini* italianos, cuyo número es infinito. El día de la partida cantamos un trozo que comenzaba así:

Senza di te, ben mio,
Vivere non pos'io!

Caí a los pies de Laureta. Estaba desesperado. La joven me levantó, diciendo:

—Pero, amigo mío, ¿acaso es forzoso que nos separemos?

La escuché con la mayor sorpresa. Me propuso que fuera con ella y con Teresina a la Residencia, porque, de todos modos, decía, siempre me vería obligado a salir de mi pueblo, si quería dedicarme a la música.

Figúrese el lector: un desdichado que se precipita a un insondable abismo, sin esperanza de salvar la vida, y que en el momento mismo de recibir el golpe que ha de acabar con él, se halla en un risueño bosquecillo, donde voces queridas le saludan con los más dulces nombres: tal era la impresión que acababa yo de recibir. ¡Partir con ella a la Residencia! Desde aquel instante fué mi idea fija. Tanto hice, que logré convencer a mi tío de que aquel viaje me era indispensable. Rindióse a mis instancias y hasta prometió acompañarme. Esto me contrarió extremadamente. Yo no podía revelarle mi intención de viajar con las dos cantantes; pero sólo hasta la primera posta donde me detuve para aguardar a mi dama. Una bolsa bien provista me permitía prepararlo todo convenientemente. Deseaba acompañar a las dos hermanas a caballo como un paladín; compré una cabalgadura bastante buena y corrí a su encuentro. Pronto vi aproximarse su cochecito de dos asientos. Las cantantes ocupaban la testera, y en el pescante iba la doncella, la baja y gorda Gianna, morena hija de Nápoles. Además, el coche iba cargado con multitud de cajas, cajones y canastas de que las dos damas no se separaban nunca; dos falderillos ladraban en las faldas de Gianna, y me saludaron con sus aullidos. Todo marchó perfectamente hasta la primera posta, en que mi corcel tuvo la veleidad de volverse a la aldea de que lo había sacado. En vano empleé todos los medios de poner fin a sus saltos y corvetas. Teresina, asomada fuera del carruaje, reía a carcajadas, mientras Lauretta se ocultaba la cara entre las manos, temiendo que mi vida estuviese en peligro. Su desesperación redobló mi valor, y clavé las espuelas en los ijares del caballo; pero apenas lo había hecho, cuando ya estaba tendido en el polvo a algunos pasos de distancia. El caballo se quedó inmóvil, y me contempló con el pescuezo tendido, con aire regularmente sardónico. No podía levantarme, y el cochero acudió en mi ayuda; Lauretta se había tirado del coche, gritaba y lloraba a la vez, y Teresina no cesaba de reír, hasta llorar de risa. Yo me había resentido un pie, y me era imposible volver a montar. ¿Cómo continuar el viaje? Atóse mi caballo detrás del coche, dentro del cual me instalé con gran trabajo. El coche era estrecho, iba ya atestado con las dos mujeres y el equipaje, y en él se oían a la vez los lamentos de Lauretta, las carcajadas de Teresina, la charla de la napolitana, los ladridos de los perros, las vociferaciones del cochero y los gritos que me arrancaba el dolor.

Teresina declaró que no podía soportar más tiempo aquella situación; de un salto se lanzó fuera del carruaje, desató mi caballo, se sentó en la silla a mujeriegas, y echó a galopar delante de nosotros. Debo confesar que manejaba el caballo con extremada habilidad; la nobleza de su apostura y la gracia de sus maneras desplegábanse a caballo con mayor relieve; hízose dar la guitarra, y pasando el brazo por las riendas, cantó las primeras estrofas de la *Profecía del Pirineo*, la altiva poesía española de don Juan Bautista de Arriaza:

Y oye que el gran rugido
es ya trueno en los campos de Castilla,
en las Asturias bélico alarido,
voz de venganza en la imperial Sevilla,
junto a Valencia rayo,
y terremoto horrísono en Moncayo.

Mira en haces guerreras
la España toda hirviendo hasta sus fines,
batir tambores, tremolar banderas,
estallar bronces, resonar clarines,
y aun las antiguas lanzas
salir del polvo a renovar venganzas.

Su vestido de seda, de colores llamativos, flotaba en ondulantes pliegues, y las plumas blancas que coronaban su sombrero agitábanse como balanceadas por los acordes de su voz. No me cansaba de contemplarla aunque Lauretta la tratara de loca y atolondrada; corrió así por el camino, precediéndonos, y no volvió a subir al carruaje sino cuando estábamos muy próximos a las puertas de la ciudad.

* * *

Desde entonces se me vió en todos los conciertos, en todas las óperas; vivía en plena música, era el ensayador asiduo de todos los dúos, de todas las *ariettas*, de todos los trozos que deseaban ejecutar. Habíase operado en mí una rápida y sorprendente revolución. Habíame despojado de toda provinciana timidez, y dirigía las partituras al piano como un maestro, cada vez que mi *donna* cantaba una escena. Mi espíritu entero, mis pensamientos todos, no eran ya más que dulces melodías. Escribía sin descanso *canzonettas* y aires que Lauretta cantaba en su casa. Pero, ¿por qué se negaba a ejecutar en público los trozos compuestos por mí?

A veces Teresina aparecía a mi imaginación sobre un caballo fogoso, con una lira en la mano, como la misma Musa; entonces escribía involuntariamente cánticos graves y austeros. Cierto es que Lauretta jugaba con los tonos como un hada que se mece cantando sobre la corola de las flores. Nada. Era imposible para ella; vencía todas las dificultades. Teresina no hacía nunca un trino, daba siempre la nota sencilla, pero con un tono puro, largo rato sostenido, que penetraba en el alma como un vivo rayo de luz. No sé cómo había podido desconocerla tanto tiempo.

El día del concierto a beneficio de las hermanas, llegó por fin; Lauretta cantó conmigo una gran escena de Anfessi. Yo estaba al piano, como de costumbre. Llegamos al último final: Lauretta desplegó todos los recursos del arte; el ruiseñor no hubiera encontrado acentos más flexibles, notas mejor sostenidas, trinos más sonoros. Aquella vez hasta me pareció que esa perfección duraba demasiado; yo sentí un ligero escalofrío. Al propio tiempo Lauretta tomó aliento para pasar al *a tempo*, por medio de una brillante *fioritura*. El diablo me extravió; con ambas manos toqué un acorde, la orquesta me siguió, y dimos al traste con la *fioritura*, que iba a arrancar frenéticos aplausos. Lauretta, fulminándome con enfurecidas miradas, tomó la partitura y me la lanzó a la cabeza con tanta violencia, que las hojas volaron por la sala; luego escapó por entre la orquesta, derribando músicos e instrumentos. Cuando terminó el *tutti* corrí a reunirme con ella: la hallé llorando; sollozaba y pateaba a la vez.

—¡Fuera de aquí, miserable! —me gritó—. ¡Eres el demonio que me ha robado mi reputación y mi honor! Aléjate, vete, monstruo, y no vuelvas a aparecer a mi vista...

Y esto diciendo se precipitó hacia mí, haciéndome escapar a toda prisa. Durante la segunda parte del concierto, Teresina y el maestro de capilla consiguieron calmar a la bella enfurecida; pero exigió que yo dejara el piano.

En el último dúo que cantaban las hermanas, Lauretta ejecutó por fin su trino de armonía, que yo le había hecho perder; fué estruendosamente aplaudida y recuperó el buen humor.

Pero yo no podía olvidar el tratamiento que había recibido de Lauretta en presencia de tantas personas extrañas, y resolví volverme al día siguiente a mi ciudad natal. Estaba preparando mi equipaje cuando Teresina entró en mi habitación. Al verme ocupado en aquella faena, exclamó:

—¡Cómo es eso! ¿Piensas abandonarnos?

Declaré que la ofensa que había recibido de Lauretta no me permitía continuar a su lado.

—¿De modo que una locura, de la que Lauretta está arrepentida ya — dijo Teresina —, te aleja de nosotras? ¿Dónde podrás vivir mejor con tu arte que entre nosotras dos? Sólo de ti depende que Lauretta no vuelva a tratarte así en lo venidero. Eres demasiado bondadoso, demasiado débil con ella, y sobre todo estimas demasiado alto su talento. Tiene una voz bastante agradable y mucho encanto, es verdad; pero esas singulares e interminables *fiorituras*, esos aventurados saltos, esos trinos evaporados, todo el mariposeo que emplea y que el público admira, ¿no se parece acaso a los saltos mortales de los acróbatas? ¿Se conmueve así el corazón, se penetra así en el alma? En cuanto a mí, todos los adornos de que se preocupa tanto, me son insoportables; me persiguen y me sofocan. Y luego, esos ascensos repentinos, ¿no son un abuso de la voz humana que sólo es conmovedora mientras permanece siendo verdadera? Yo no aprecio sino los tonos medios y bajos. Un sonido penetrante, un *portamento di voce* me encanta más que cualquier otra cosa: nada de bordados inútiles, una exposición firme que parta del alma; así es el canto verdadero, así es como canto yo. Si ya no amas a Lauretta, piensa en Teresina que te ama porque serás un maestro y un compositor, según tu propia manera y según el impulso de tu ingenio. No te enfades, todos tus aires amanerados y todas tus *canzonettas* no valen este trozo.

Teresina me cantó entonces, con voz llena y sonora, una cantata sagrada que yo había compuesto pocos días antes. Nunca sospeché que aquella composición tuviera tanto mérito. Los sonidos de su voz agitaban todo mi ser, y lágrimas de arrobamiento escapábanse de mis ojos; tomé la mano de Teresina, la llevé mil veces a mis labios y juré que nunca me separaría de ella. Lauretta vió con celos mis relaciones con Teresina, pero se contuvo; me necesitaba; a pesar de todo su talento no podía estudiar sola; leía mal y no era muy segura en el compás. Teresina, por el contrario, leía de corrido, y su tacto musical era prodigioso. Lauretta no se mostraba nunca tan testaruda y violenta como cuando yo la acompañaba. Para ella nunca hacía yo un acorde a tiempo; consideraba el acompañamiento como un mal necesario y nunca debía oírse el piano: éste tenía que ceder ante la voz, y cambiar de compás cada vez que a ella se le antojaba. Me opuse con firmeza a sus caprichos, combatí sus arrebatos; le demostré que no había acompañamiento sin energía, y que el compás era la guía necesaria del canto. Teresina me secundaba fielmente. Yo no volví a componer más que música de

iglesia, y todos mis *soli* eran para la voz de bajo.

Recorrimos todo el mediodía de Alemania. En una pequeña ciudad nos encontramos con un tenor italiano que iba de Milán a Berlín. Las dos damas quedaron encantadas de hallarse con un compatriota; éste no se separó de ellas, dedicándose especialmente a Teresina, y con gran pesar mío me vi relegado a un papel secundario.

Un día que me disponía a entrar en la sala común, con una partitura bajo el brazo, oí un animado coloquio entre las cantantes y el tenor; pronunciaban mi nombre; me estremecí y escuché. Ya comprendía tan bien el italiano que no se me escapó una palabra. Lauretta relataba la catástrofe del concierto en que le quité un triunfo con un acorde mal dado.

—*Asino tedesco!* — exclamó el tenor.

Mucho me costó contenerme, tantas ganas tenía de entrar y echar al tenor por la ventana, pero me contuve.

Lauretta continuó: contó que había querido echarme, pero que mis ruegos la habían ablandado y que, por compasión, había consentido en dejarme estudiar el canto a su lado. Con gran sorpresa mía, Teresina confirmó las palabras de su hermana.

—Es un buen muchacho —dijo—. Ahora está enamorado de mí, y todo cuanto escribe es para contralto. No le falta talento, pero es menester que se cure de no sé qué estiramiento y almidonamiento, que es característico en los alemanes. Espero hacer de él un compositor que escriba para contralto, porque no le faltan trozos aceptables, y en seguida lo dejaré plantado. Es terriblemente fastidioso con sus ternezas y sus suspiros, y no me fastidia menos con sus composiciones que muchas veces no valen un pito.

—Por mi parte —agregó Lauretta—, ya me he librado de él, gracias a Dios. ¿Recuerdas, Teresina, cómo me abrumaba con sus dúos y sus *ariettas?*

Lauretta comenzó entonces un dúo compuesto por mí, y que me había alabado mucho. Teresina hizo la segunda voz y ambas comenzaron a parodiar mi canto y mis ademanes de la manera más cruel. El tenor se reía tan fuerte que la sala retemblaba.

Un sudor frío inundó mi cuerpo entero; volví sin ruido a mi habitación, cuya ventana daba a una callejuela vecina donde estaba la casa de postas. Delante de ésta había un coche preparado y los viajeros debían salir una hora después. Hice mi equipaje, pagué mi cuenta al posadero, y subí al carruaje.

Al pasar por la calle principal vi a las dos cantantes en la ventana con el tenor; me oculté en el fondo del carruaje, y pensé con alegría en el efecto que iba a producirles la carta que había dejado para ellas en la posada. ¡Nunca hubiera sospechado tanta falsía en Teresina! Aquel rostro encantador no se ha borrado nunca de mi memoria; todavía me parece verla cantando romanzas españolas, graciosamente sentada en el fogoso caballo que caracoleaba a los acordes de la guitarra. Aun recuerdo la singular impresión que en mí produjo aquella escena, y que me hacía olvidar mis males; Teresina cautivaba mis sentidos todos: la veía ante mis ojos como una criatura superior. Momentos así penetran profundamente en la vida, y producen una impresión que, lejos de debilitarse con el tiempo, se coloran cada vez más. Si he compuesto alguna romanza activa y enérgica, será porque la imagen de Teresina a caballo se ha presentado a mi imaginación mientras la escribía.

❦ ❦ ❦

Hace dos años, cuando me hallaba a punto de salir de Roma, di un pequeño paseo a caballo por la campiña romana. Vi una linda moza a la puerta de una *locanda* y tuve el capricho de hacerme servir un vaso de vino por la encantadora muchacha.

Detuve mi caballo frente a la puerta, bajo la espesa glorieta por la que penetraban largos rayos de luz. Oí a lo lejos el sonido de una guitarra y un canto animado. Escuchaba atentamente, pues dos voces de mujer producían en mí la impresión más singular, y despertaban recuerdos confusos que no podía clasificar.

Eché pie a tierra y me adelanté lentamente, acercándome a cada nota al bosquecillo de que partían aquellos acentos.

La segunda voz dejó de hacerse oír. La primera cantó sola una *canzonetta*. Cuanto más me acercaba, menos desconocida me parecía aquella voz. La cantora había acometido un final brillante y complicado. Era un laberinto de escalas ascendentes y descendentes, una lluvia salpicada de notas heterogéneas; por último sostuvo largo rato una nota.

Pero de pronto una voz de mujer estalló en reproches, juramentos y palabras violentas. Un hombre contestó, otro se echó a reír. Una segunda voz de mujer se mezcló a la disputa, que iba haciéndose cada vez más loca y se animaba con toda la *rabbia* italiana.

Por fin me encontré junto al bosquecillo; un hombre acude corriendo y casi me hace rodar; me mira y reconozco en él al buen abate Ludovico, uno de mis amigos de Roma.

—¿Qué tiene usted, en nombre del Cielo? —le dije.

—¡Ah, signor maestro, signor maestro — exclamó—, sálveme usted; defiéndame contra esa furia, ese cocodrilo, ese tigre, esa hiena, esa diabólica chica! Yo le llevaba el compás de una *canzonetta* de Anfossi; verdad es que al marcar el acorde, demasiado pronto le he cortado el trino, pero también, ¿por qué diablos fuí a mirar los ojos de esa divinidad infernal? ¡Que el demonio se lleve todos los finales!

Penetré muy conmovido con el abate en el bosquecillo, y a la primer mirada reconocí a las dos hermanas Lauretta y Teresina.

Lauretta gritaba y protestaba todavía; Teresina tenía el rostro menos animado; el posadero, con los brazos desnudos doblados sobre el pecho, las miraba riendo, mientras la joven criada depositaba en la mesa nuevas botellas.

En cuanto me vieron, las cantantes corrieron a echarse en mis brazos.

—¡Ah, signor Teodoro! —exclamaron ambas a la vez, colmándome de caricias.

La disputa cesó por completo.

—Mírelo usted —dijo Lauretta al abate—, es un compositor gracioso como un italiano y enérgico como un alemán.

Las hermanas, interrumpiéndose alternativamente con vivacidad, se pusieron a contar los felices días que habíamos pasado juntos, alabaron mis profundos conocimientos musicales y convinieron en que nunca habían cantado nada con más gusto que mis composiciones.

Teresina me anunció por fin que estaba contratada por un empresario como primera cantante trágica para actuar durante el próximo carnaval; pero que no trabajaría sino bajo la condición de que se me encargase una ópera, porque, decía, la música grave era mi nota y mi elemento verdadero.

Lauretta, por el contrario, pretendía que sería una lástima que yo abandonara el género que me convenía especialmente, y que no me dedicara por completo a la ópera bufa; estaba contratada como *prima donna* para esa clase de óperas, y declaró que no cantaría nada que no fuese escrito por mí. De nuestra separación y de mi carta no se dijo una palabra.

Todo lo que me permití fué contar al abate que, algunos años atrás, otro final de Anfossi me había valido un tratamiento semejante al que acababa de recibir él. Traté el encuentro con ambas hermanas en tono tragicómico, y bromeando sobre nuestras relaciones pasadas les hice comprender cuánta experiencia y razón me habían dado los años.

—Es una suerte — les dije — que haya echado a perder ese final, pues las cosas estaban arregladas de tal modo que podían durar una eternidad, y creo que, sin esa circunstancia, aun me hallaría sentado al piano de Lauretta.

—Pero también, signor — replicó el abate —, ¿qué maestro tiene derecho a dictar leyes a la *prima donna?* Y por otra parte, aquella falta cometida en un concierto público, era muchísimo más grande que la mía, en la intimidad, bajo estos árboles. Además, yo no era maestro de capilla, sino imaginariamente, y si esos lindos ojos no me hubieran aturdido, nunca hubiera hecho semejante burrada.

Estas palabras del abate produjeron maravilloso efecto, pues los ojos de Lauretta, que todavía brillaban de cólera, se dulcificaron de pronto y tomaron una expresión de ternura.

Permanecimos juntos la tarde entera. No hacía menos de quince años que me había separado de las hermanas, y quince años cambian mucho las cosas. Lauretta había envejecido algo; sin embargo, todavía no estaba completamente desprovista de encantos. Teresina se había conservado mejor, sin perder su lindo talle. Ambas iban todavía vestidas de colores abigarrados, y su *toilette*, exactamente la misma de antes, tenía también quince años menos que ellas.

A mi pedido, Teresina cantó algunos de aquellos aires graves que tanto me habían conmovido en otro tiempo; pero me pareció que antes habían resonado de otra manera en mi alma, y el canto de Lauretta, aunque su voz no hubiera perdido sensiblemente su extensión y su fuerza, era completamente distinta de la que yo conservaba en la memoria.

El sentimiento de comparación entre una impresión conservada y una realidad menos atractiva me disponía poco en favor de las hermanas, cuyo éxtasis artificial, cuya admiración exagerada y cuya ternura poco sincera, me eran ya tan conocidos.

El jovial abate, que representaba junto a las dos artistas el dulce papel de *amoroso*, sin dejar por eso de acariciar la botella, me devolvió el buen humor, y la alegría presidió nuestra reunión. Las hermanas me invitaron con insistencia a que regresara pronto para hacerles algunas partituras para su voz; pero salí de Roma sin visitarlas.

Y sin embargo, ellas eran quienes habían despertado en mí el sentimiento de la música y una multitud de impresiones y de ideas musicales; pero eso precisamente fué lo que me impidió verlas... Todo compositor conserva, sin duda, alguna impresión profunda que el tiempo no puede debilitar. El genio de la armonía le habló una vez, el suyo fué el acento mágico que le reveló el poder de su alma. Que una cantante haga oír al artista melodías que entusiasmen su corazón, y el porvenir comienza inmediatamente para él. Pero el sino que tenemos, nosotros, pobres y débiles mortales atados a la tierra, es el de querer encerrar en el estrecho círculo de nuestra miserable realidad lo que es celestial e infinito. Que esa cantante llegue a ser nuestra querida o nuestra mujer, y el encanto queda destruido, y la voz melodiosa que nos abría la puerta del Cielo sirve para expresar vulgares quejas, para reñir por un vaso roto, para enfurecerse por una mancha en un traje nuevo.

¡Dichoso el compositor que no vuelve a ver en su vida terrestre a la que hizo arder en él el fuego sagrado del arte, por medio de una potencia misteriosa que se ignora a sí misma! ¡Que gima al verse separado de ella, que languidezca, que se desespere; la figura de la encantadora que ha perdido se le aparecerá siempre como un tono admirable y celestial; vivirá eternamente para él, coronada de juventud y belleza; lo envolverá en una nube de melodías sin cesar renovadas; será el ideal perfecto, cuya imagen se reflejará en todos los objetos exteriores, coloreándolos con deliciosos reflejos!... ❖

PICHE-CIEGO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 13)

gía hasta tres semanas de trabajo intenso. A causa de la extensión del campo y la cantidad de ovejas para esquilar, la tarea se dividía por zonas y así la comparsa se dividió en tres grupos. El contingente más numeroso quedó en la estancia y el resto se repartió para atender la esquila en los dos puestos. Piche-Ciego y el viejo Narciso fueron comisionados por el patrón para ayudar en los trabajos de recogida y embretamiento en el puesto "La Lomita".

Narciso rezongó, pero Ramón estaba contentísimo. Iba al paraíso, pues el puestero de "La Lomita" era don Raimundo, ¡digno padre de Rosita!...

Piche-Ciego, al recibir la orden, corrió a ensillar, para partir en seguida.

—'tas loco —protestó el viejo Narciso—, ¿vas a salir, aura, a la hora 'e la siesta? Esperate a que venga la fresca, muchacho...

El albino tuvo que resignarse a esperar, pero, cuando por fin partieron, imprimió tal ritmo acelerado a la marcha de su caballo, que el viejo le pronosticó que llegaría al puesto "con el pingo aplastao".

Por fin arribaron a su destino. Los esquiladores habían llegado un par de horas antes y estaban en la cocina mateando y charlando a grandes voces. Eran doce y "el oriental" formaba parte de la comitiva. Aquella noche se cenó temprano porque al día siguiente se trabajaría fuerte. Todo el mundo se acostó después de comer.

Ramón no podía conciliar el sueño. La proximidad de su ídolo lo desvelaba. A su llegada al puesto, la grácil silueta de Rosita se había asomado, fugazmente, a la puerta del rancho paterno, y la dulce visión poblaba la mente del mozo con mil imágenes halagadoras. Casi no durmió, y mucho antes que aclarara ya salía para buscar la tropilla. Aquel día y los dos subsiguientes la tarea fué brava.

Entre las salidas al campo y el trabajo en los corrales, el tiempo se le iba volando a Piche-Ciego. De vez en cuando, un afable saludo de la joven penetraba, como un rayo de sol, en el alma de Ramón y le infundía nuevos bríos para el trabajo.

Las veladas, alrededor del fogón, eran animadas, pues los esquiladores eran chacotones y alegres. Piche-Ciego se mantenía casi siempre apartado del corrillo, y sentado en el rincón más oscuro de la cocina escuchaba la charla, riendo, a veces, silenciosamente, por la salida oportuna de algún ocurrente.

Las bravatas del "oriental" le disgustaban. Había notado que Garrido se arrimaba, con demasiada frecuencia, al rancho del puestero y se mostraba muy obsequioso con Rosita. Al recordar ciertos detalles, un sordo rencor hacia el enamoradizo esquilador se agitaba en el pecho de Piche-Ciego, y el rojo fulgor de sus ojos se volvía más intenso en la oscuridad del rincón donde se acurrucaba.

Aquella noche, la reunión era más bulliciosa que de costumbre. La esquila había terminado y al día siguiente, domingo, se organizaría un bailecito con la concurrencia de varias "flores del pago" de los alrededores.

La bota de vino circulaba de mano en mano. La conversación estaba en su apogeo y los dichos, ocurrencias y "sucedidos" fluídos, inagotables, de los labios de los gauchos. El "oriental" Garrido estaba más locuaz que nunca. Sus cuentos y chuscadas eran festejados por la concurrencia con grandes risas y exclamaciones.

Piche-Ciego, como de costumbre, se hallaba acurrucado en el rincón más oscuro de la cocina. La charla del "oriental" le resultaba insoportable y su odio hacia el petulante fué aumentando.

Nadie se ocupaba de Ramón. Sólo se acordaban de él cuando había algún trabajo fastidioso para endosarle. ¡Un infeliz, para decirlo todo!

La charla continuaba. Ante un comentario del pardo Alvarez, el "oriental" soltó una de sus bravatas habituales:

—¿La Rosita? ¡Bah!... El día menos pensado me la alzo en el anca de mi bayo...

Un embarazoso silencio acogió las palabras del imprudente. Don Raimundo, el puestero, era querido y respetado por todos. La grosera alusión a su hija disgustó hasta a los más curtidos.

Rompiendo el silencio, una voz grave y tranquila se hizo oír claramente:

—No sea compadrón, amigo.

Sorprendidos, todos miraron hacia el rincón de donde había partido la voz. Piche-Ciego estaba allí, muy pálido y muy tranquilo. Sus ojos, heridos por el resplandor del fogón, tenían el fulgor de las brasas.

El más sorprendido fué el "oriental".

—¡Oh! —dijo por fin—, oigalé... —y soltó una risotada que sonó a falsa. A pesar de todas las miradas fijas en él, Piche-Ciego seguía impasible.

Alguien se rió burlón, y el "oriental" preguntó con voz insegura y tratando de recuperar su habitual insolencia:

—¿Qué ha dicho ese sotreta?

—Que se necesita ser guacho para hablar en esa forma de las mujeres —fué la tajante respuesta de Piche-Ciego.

Garrido palideció bajo el insulto y luego se puso lívido de furor. Barbotó una amenaza furibunda y se puso de pie de un salto.

—¿Ah, m'estás provocando, infeliz? —gritó con voz ronca, manoteando el cuchillo—. ¡Te vi'achurar, desgraciao!...

Piche-Ciego no se había movido siquiera. Sólo se puso más pálido aun. Contestó con una frialdad desconcertante:

—A vos, maula, te peleo hasta de noche...

El "oriental" forcejeaba entre dos hombres que intentaban contenerlo.

—¡Salí ajuera! —aulló—. ¡Salí ajuera! —y desprendiéndose bruscamente de las manos de sus compañeros, salió rápidamente al patio.

En Piche-Ciego se operó un cambio repentino. Antes que nadie pudiese impedirlo, se levantó y de un salto ganó la puerta que daba al exterior. Los hombres, saliendo, por fin, de su estupor, corrieron atropelladamente para agolparse ante la puerta y la ventana que daban al patio. La noche estaba oscurísima y las ávidas miradas de los esquiladores sólo vislumbramos, confusamente, dos bultos que se agitaban en las sombras.

—Vamos a separarlos — dijo alguien.

El viejo Narciso fué el primero en salir.

En ese momento resonó un grito ahogado y luego el sordo ruido producido por un cuerpo golpeando contra la tierra.

De las dos formas que, un momento antes, se destacaban en la oscuridad, una se mantenía erguida. La otra era una mancha tenebrosa, tendida, inmóvil, en el suelo.

El grupo de esquiladores se acercó al lugar de la tragedia.

La silueta solitaria se movió, y la voz extrañamente tranquila de Piche-Ciego se oyó clara:

—Vi'agarrar mi caballo...

Y, después de leve pausa:

—Adiós, don Narciso...

—Que Dios te ayude, m'hijo —contestó la voz temblona del viejo.

Piche-Ciego se volvió y se perdió en la noche.

En silencio, varios hombres se apoderaron del cuerpo yacente y lo transportaron a la cocina, donde lo depositaron sobre un banco.

El "oriental" estaba muerto. Una mancha roja, debajo de la tetilla izquierda, señalaba el lugar donde la punta del cuchillo de Piche-Ciego había puesto fin a las andadas del aventurero.

—¿Quién lo hubiera dicho?... — comentó el pardo Alvarez, interpretando el sentir de todos.

El viejo Narciso sacó la tabaquera y fué a sentarse junto al fogón.

—En custión de amores —dijo sentenciosamente —, hasta el piche-ciego se agranda — y se puso a liar un cigarrillo con la solemne tranquilidad de un filósofo. ◈

"DICEN QUE TIENES TRECE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

decir!" Y lleva a la niña ante el cadáver embalsamado del "Silencioso", como ella llamaba a su marido muerto. Y la niña repite sus palabras allí. Entonces, recién cede, aunque de mala gana.

Carolina Coronado gustaba de actuar en política. Hasta una reina de España se contó entre sus amistades poderosas. Manuel del Palacio le escribió en ese sentido unos versos que Gómez de la Serna considera malísimos, pero que, me parece, fueron oportunos:

Tierna, discreta, sensible,
yo te admiro, Carolina;
pero, ¡ay!, me das mucha pena
cuando me hablas de política.

La adhesión a la tumba, signo romántico

Durante veinte años Carolina Coronado mantuvo cerca de sí el cuerpo inanimado de su esposo, es decir, hasta que ella misma fué llamada por la muerte, esa muerte corporal a la que tanto incienso han quemado siempre los románticos. "Morir es realizar un acto de suma trascendencia", dice perogrullescamente Anatole France. ¡Con cuánto gusto habrían suscripto la frase los poetas románticos del otro siglo! La "tumba fría" era una meta. Se declamaba en artículo de muerte. Como nuestro americano Acuña, se decía: "¡Mi juventud, adiós!" Todavía resonaban en esos oídos delicados los horrorosos versos de Espronceda:

Me agrada un cementerio
de muertos bien relleno...

El verso fácil y la vida triste

Carolina Coronado fué, es natural, un espíritu ingenuo, como lo fueron todos los poetas de su tiempo. Estaban, en todo momento, tocados por eso que ellos creían que era la "inspiración". En todo lugar y momento, la musa los visitaba. Un álbum, un abanico, las arenas del mar, servían para escribir versos.

Y no sin cierta pena, nosotros, hombres fatalmente de nuestro tiempo, recordamos, con alguna sonrisa suficiente, la ingenuidad mortal de aquellos líricos, a quienes un siglo contradictorio — acaso menos que el nuestro — puso su sello personalísimo. ◈

LA GRANJA

AVE FUEGUINA



El *caiquén*, que así se llama esta ave que sostiene entre sus manos este sonriente muchacho, es típica de Tierra del Fuego. Anda en bandadas, y es muy perseguida por los cazadores, pues su carne es rica y abundante.

DEL COLMENAR

Con las colmenas modernas, de cuadros movibles, se protege mejor a la abeja de sus enemigos, se asegura la enjambrazón y se aumenta la calidad y cantidad de la miel. Tales son las razones que justifican el reemplazamiento de las rústicas.

AVENA PARA EL GANADO



Entre los buenos forrajes con que suele engordarse a nuestro ganado para que se convierta en la mejor carne del mundo, la avena figura en primer lugar. Aquí vemos a este chacarero cargándola en su carro de bueyes.

INTENSIFICACION AVICOLA

Julio y agosto pueden considerarse como los meses propicios para comenzar la intensificación avícola. Las polladas nacidas en agosto y septiembre son, sin lugar a dudas, las que más rendimiento les darán a los granjeros y avicultores en general.

Las pollitas que se obtienen en cualquiera de los dos meses citados, ya estarán con elevada postura en mayo y junio venideros, época en que los huevos adquieren su más alto precio.

En cuanto a los pollos, su desarrollo y crecimiento se verifica en forma sumamente favorable, pues, aun soportando los últimos fríos del invierno —que no son los más rigurosos—, llegan a la primavera en la edad más conveniente para crecer y aumentar rápidamente de peso.

Además, y en apoyo de nuestra afirmación, diremos que no son tan frecuentes las enfermedades y pestes que tanto diezman a los pollitos en los meses de verano y comienzos del otoño, por la elevada temperatura, en el primer caso, y la persistencia de humedad y fuertes vientos, en el segundo.

Por eso ahora, en este mes en que estamos y en el siguiente, deben reunirse los gallos con las gallinas a fin de obtener huevos fecundos para las incubaciones de agosto.

Conviene tener presente que se consideran huevos fértiles aquellos que se ponen después de los ocho días de estar juntos los gallos y las gallinas.

Los más convenientes para incubar son los procedentes de buenos reproductores, de tamaño corriente, cáscara

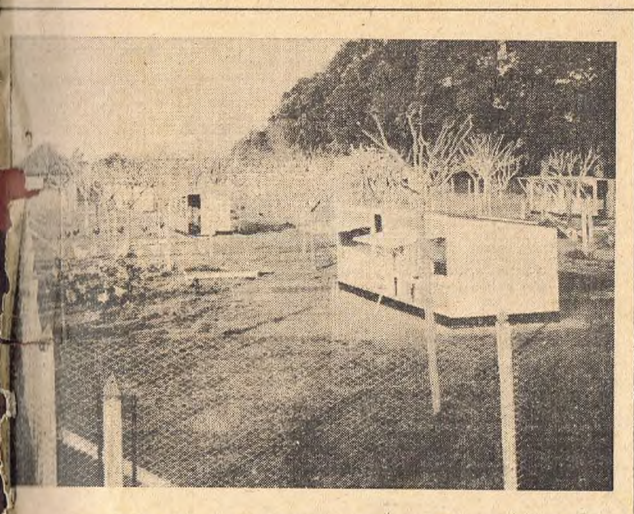
AGRICULTORAS



Que la mujer se interesa cada día más por las labores del campo, es innegable. No sólo lo consignan las estadísticas, sino que lo revelan, de modo concluyente, las fotos. En esta que ofrecemos a los lectores aparecen numerosas labradoras norteamericanas sembrando papas, después de haber preparado la tierra en forma realmente elogiosa y conveniente para la siembra.

por Emilio Pérez





lisa y fuerte, y forma y peso normales. Destinando para la venta los de cascarón rugoso o manchado, los de forma irregular y los que son demasiado grandes o sumamente pequeños.

Y como indicación final, subrayaremos que los huevos destinados para incubar deben ir guardándose hasta el momento fijado para iniciarla, manteniéndolos, entretanto, en lugares frescos y dándoles vuelta diariamente para evitar adherencias de la yema. ◈

VALIOSO ROPAJE



Esto que parece un conejito de trapo, es un precioso ejemplar de raza angora, a quien esquilaron sin tener en cuenta para nada la crudeza del tiempo ni el frío que el animalito tendrá que pasar. Es que la demanda del pelo del conejo se acrecienta día a día, pues son múltiples las aplicaciones a que se destina el sedoso y fino pelo del productivo roedor.

MISCELANEA



La reina de una colmena debe ser reemplazada cuando pierde los pelos o tiene deterioradas las alas, las antenas o las patas. Un buen signo de que una reina es vieja se tiene cuando se nota ausencia total o parcial de pollo de obreras en la colmena.

Una combinación de radar y equipo sonoro del tamaño de un receptor de radio se comenzó a utilizar en los Estados Unidos para localizar los bancos de peces. Se asegura que con tal procedimiento la pesca es abundante.



Ahora, en julio, se debe hacer la segunda curación anual contra la gastrofilosis de los equinos, o "gusanos del estómago de los caballos", dando en ayunas a cada animal una cápsula de 30 gramos de sulfuro de carbono y ocho horas después, estando siempre a dieta, de trescientos a cuatrocientos gramos de sulfato de soda.

Las plumas, que hasta ahora sólo servían como adorno, tendrán en lo sucesivo otra aplicación. Ya se están utilizando en la fabricación de una fibra textil de óptimas cualidades.



Para evitar que las papas almacenadas broten, basta espolvorearlas con un producto recientemente descubierto, que impide el crecimiento del brote.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

LA TENTACION

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

miento. Sus ojos se llenan de lágrimas, junta las manos..., está casi bella.

* * *

Zoska hace rápidos progresos por el camino de la salvación. Lleva el renunciamiento hacia sí misma hasta lavarse en la cubeta donde acaban de bañar a Dickon. De todas las virtudes, la caridad es la que más le atrae. Santa Zyta daba sus bienes y los bienes ajenos a diestra y siniestra. Zoska, ella también, quiere dar para recibir cien veces más.

Comienza por pequeñas cosas: un trozo de torta, por ejemplo, que arroja a un niño pobre. Los amos no dicen nada. Milagro, sin duda alguna. El trozo de torta ha sido milagrosamente reemplazado.

Distribuye, pieza a pieza, todos sus vestidos. No le queda más que su querida ropa de cama, que guarda para el último momento y que será el sacrificio supremo que Dios le pagará al contado. ¿Acaso no tiene todos los días pruebas de la protección celeste? Se apoya en la puerta de la capilla: la puerta se abre. Zoska sabe a qué atenerse. Hay que ser impío, como el señor, para pretender que eso se debe a que la cerradura no funciona...

* * *

Una tarde estaba sacándole el polvo a una piel, en el corredor. Era una hermosa piel forrada en fino paño. Le sacaba el polvo, suspiraba y rezaba. Una frágil campana daba el *Angelus* y sus sones volaban sobre los estanques helados, ligeros como copos de nieve.

—Y el Verbo se ha hecho carne... —murmuró Zoska.

—Y ha habitado entre nosotros —respondió una voz gruesa.

Se inclinó Zoska y vió en el camino a un mendigo vestido de harapos, tiritando, morado de frío.

—Ayúdeme, buena niña —gimió éste.

La primera intención de la sirvienta fué enviarlo a paseo. Ninguno de esos vagabundos decía nada bueno. Pero reprimió bien pronto ese mal pensamiento. ¿No son los pobres los miembros sufrientes del Cristo? Lo que se le hace a ellos se le hace a Dios. Un ángel devolvió a santa Zyta la capa que ella había dado a un pobre. Zoska tuvo un deslumbramiento. ¡Un ángel ¡Vendría un ángel! Alguien le cuchicheaba al oído... Era el espíritu de la tentación que le aconsejaba tentar a Dios.

—¡Oh!, la hermosa piel —decía el pobre guiñando los ojos—, si alguien me diera una semejante, iría de rodillas de aquí a Sontch.

Zoska cerró los ojos, como alguien que se arroja al agua, y tiró la piel por encima de la balaustrada.

—¡Tome! ¡En nombre del Señor! —gritó.

Y huyó hacia la cocina.

¿Y ahora? ¿Qué va a ocurrir?

Durante dos horas Zoska permanece en un estado de exaltación inaudita. Por instantes se siente elevada y sonríe, radiante. Ocurrirá un milagro. Sería pecado dudarlo. Pero, de pronto, recibe un golpe en pleno pecho.

—¿Has limpiado la piel? —le pregunta la cocinera.

—¡No!

—¿La has colgado en el armario?

—¡No!

—El señor se va mañana a Sontch. Cuida de que esté limpia.

La respuesta de Zoska se ahoga en su garganta. El hecho brutal está allí: mañana el amo pedirá la piel. Y no habrá piel. ¿Qué sucederá si el ángel tarda en devolverla?

Zoska monda febrilmente las legumbres. Trata de calmarse y de persuadirse de que el buen Dios, que lo sabe todo, que sabe que su amo parte al día siguiente para Sontch, no la dejará en ese apuro. El ángel aparecerá, quizá, esa tarde; con seguridad al alba.

Cuando todo el mundo se ha acostado y la luna, inundando los campos, hace centellear el Dunajec, Zoska sale de la casa al sendero que conduce al camino.

Ha nevado todo el día: todo está blanco, los árboles y los campos; únicamente el estanque, cerca del molino, tiene un círculo negro en el medio.

Zoska permanece allí y ruega con toda su alma. Espera al ángel que debe venir, con su manto de luz, sobre un rayo de luna. Tendrá cabellos de oro y una corona de flores. De rosas, quizá; quizás de lirios, y esas flores embalsamarán el ambiente como el hálito del verano. No hay nadie afuera a esa hora y no se ven luces en las casas. Los perros aúllan a la muerte. La luna se oculta entre las nubes. Nieva. Los copos cubren ya a Zoska. Ella permanece inmóvil, transida hasta el alma. Una hora, dos horas aun antes del alba y el ángel no viene. Trata de rezar, pero le faltan las palabras; sin embargo, espera. ¡Oh! ¡Y cómo espera!

Apunta el día. La luna reaparece. La nieve, implacable, cae de un cielo gris, que se va tornando azul y se cubre de tonos rosados. Se ven ya los sauces del estanque.

Zoska semeja una estatua. Ya no ruega; dos lágrimas se han congelado en sus mejillas; sus labios, morados, se entreabren. No, el ángel no vendrá. Ella comprende.

La buscarán y después... el tribunal, quizá. El libro le ha hecho creer que ella era digna de un milagro. Decididamente, está lejos de ser santa Zyta...

El ángel no apareció, la piel faltaba y los gendarmes se llevaron a Zoska a Sontch.

Aquí le contestamos

Jorge Repetto, *Buenos Aires*. — Aunque no se puede calcular con exactitud la cantidad de kilos de algodón que se pueden obtener por hectárea sembrada, le diremos que el promedio de gramos que se cosecha por planta, oscila entre 180 y 200. Así que, para dar una respuesta concreta a su pregunta, necesitaríamos saber el número de plantas que hay sembradas en esa hectárea de tierra.

Antonio Romero Morán, *Rosario*. — No conocemos ninguna revista que trate exclusivamente ese tema que a usted le interesa. Le recomendamos que se dirija a alguna buena librería solicitando tratados de tal materia, que existen.

Ramón Rojo, *Mar Chiquita*. — La primavera es, sin duda, la mejor época para la apicultura... Esas reinas a que usted se refiere no se importan al país desde hace años. Existe una variedad americana que reúne las mismas buenas propiedades que la italiana.

Antonio Lorenzini, *Vicente López*. — Lea la respuesta que damos en esta misma sección a Antonio Romero Morán. En cuanto a su segunda pregunta: está usted en lo cierto, pues los conejos de Flandes figuran entre los de mayor tamaño que se conocen.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

Un Cazador, *Saira (Córdoba)*. — Por tratarse de un menester que puede acarrearle desgracias, preferimos recomendarle que recurra a una buena armería o bien se ponga en contacto con algún aficionado que se dedique a fabricarlos por su cuenta.

S. E. B., *Capital*.—1º Como usted seguramente sabrá, el *hectógrafo* es un aparato multicopista fundado en el hecho siguiente: Cuando se emplea para escribir o dibujar una tinta que contenga una materia cuyo poder colorante sea muy intensivo, y se aplica sobre la superficie de una placa de cola apropiada, prensándola ligeramente, la tinta queda en parte retenida por la cola y puede reproducirse lo escrito prensando ligeramente sobre esta cola papel blanco. De este modo se pueden sacar cuarenta o cincuenta copias. La cola debe ser perfectamente elástica, para lo cual se le adiciona glicerina en cantidad suficiente. Si desea datos complementarios, gustosos se los proporcionaremos en algún próximo número. 2º. No, la continuación de dicha novela no fué publicada en LEOPLÁN. 3º Por el momento no podemos satisfacer este deseo suyo, pues no tenemos ofrecimiento alguno al respecto.

Un Lector, *Rosario de Santa Fe*. — "El misterio del cuarto amarillo" y "Humillados y ofendidos" fueron las novelas publicadas en los números 284 y 285, respectivamente, de LEOPLÁN.

Un Lector Uruguayo, *Montevideo*. — 1º No existen reglas en este sentido. Tales escritores se guiaron, seguramente, de acuerdo a su capricho. De cualquier manera no es asunto que revista una gran importancia. 2º Sí, fué el autor de "Pepita Jiménez" el traductor de tal obra.

Juan F. C., *Santiago de Chile*. — Enrique Pérez Escrich, célebre novelista y comediógrafo español, autor de tantas obras conocidas, como "El cura de aldea", "El infierno de los celos", "El amor de los amores", "La mosquita muerta", y otras muchas, nació en Valencia, en 1829. Fué uno de los escritores de novelas por entregas —en la época del esplendor de dicho ramo de la literatura— más cotizado. Su producción teatral fué igualmente voluminosa. En cualquier librería hallará probablemente obras de este autor.

Leoplanista, *Capital*. — Tendremos en cuenta sus amables sugerencias cuando llegue la oportunidad. Muy agradecidos por sus palabras encomiásticas.

Curioso, *Mar del Plata*. — *Abobi* es el nombre (y no se escribe de otra manera castellanizado) del padre de Tolomeo, quien ordenó asesinar a su suegro Simón Macabeo, junto con sus dos hijos, Matías y Judas, en el castillo Doch, mientras hallábanse entregados a los placeres de un suntuoso banquete con que él mismo les había invitado.

Alfonso Ribas, *La Plata*. — Mariano José de Larra, "Fígaro", se suicidó pegándose un tiro, el 13 de febrero de 1837 (no había aún cumplido los veintiocho años), a las 7 de la tarde, en su casa de Madrid.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
"LEOPLAN"

Anual................ $ 9.60
Semestral............ „ 5.—

Estos precios rigen para todo el país, América y España.